HERNANDO COLÓN

Historia del Almirante

Edición de Luis Arranz

CRÓNICAS DE AMÉRICA 1

La *Historia del Almirante* fue escrita por Hernando Colón entre los años 1537 y 1539. Pese a las críticas que la han rodeado y el apasionamiento que envuelve todo lo relacionado con Cristóbal Colón o sus adversarios, lo cierto es que sigue siendo una valiosa fuente de conocimiento, tanto para la historia de los descubrimientos colombinos como para los primeros asentamientos españoles en el Nuevo Mundo.

Para su elaboración, el hijo menor del Almirante utilizó material de primera mano procedente del descubridor y de otros protagonistas de aquella primera hora americana. Algunos documentos, hoy perdidos, nos han llegado a través de esta obra como, por ejemplo, la famosa *Relación* del ermitaño fray Ramón Pané, auténtico tesoro sobre la mitología, creencias y costumbres de la población indígena antillana.

La *Historia del Almirante* fue escrita con el objetivo de enaltecer la figura y obra del descubridor de América. En tal sentido, alcanza relieve excepcional todo lo relativo a viajes y descubrimientos colombinos. Es ahí donde la pluma hernandina brilla más y mejor. Entreteje unos relatos —sobre todo el del cuarto viaje— bastante completos, aunque olvide transmitirnos ciertos comportamientos paternos dudosos y criticables. Hernando tuvo en todo momento los diarios de a bordo y relaciones de su padre, aportación que, debidamente expurgada, siempre deberá reconocer el historiador. Ni qué decir tiene que cualquier lector que se acerque a esta obra deberá hacerlo con enorme cautela y sentido crítico. Habrá de recordar siempre que si la obra cuenta mucho, también mucho es lo que calla, especialmente en lo que se refiere a los datos biográficos de Cristóbal Colón en su etapa anterior a 1492.

epublibre

Fernando Colón

HISTORIA DEL ALMIRANTE

Crónicas de América 1

ePub r1.0
Himali 23.03.15

Título original: *Historie del S. D. Fernando Colombo : nelle quali s'ha particolare & vera relatione della vita & de' fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre, et dello scoprimento, ch' egli fece dell'Indie Occidentali, dette Mondo Nuouo... / nouuamente di lingua Spagnuola tradotte nell Italiana dal S. Alfonso Vlloa*

Fernando Colón, 1571

Traducción: Manuel Serrano y Sanz

Edición, introducción y notas: Luis Arranz Márquez

Diseño de cubierta: Himali

Editor digital: Himali

ePub base r1.2

Conversión a pdf: FS, 2021

INTRODUCCIÓN

Dícese que un autor se proyecta siempre en su obra, sea ésta la que fuere. Nada más natural. Aplicado este principio a don Hernando Colón, los historiadores que le saben autor de la *Historia del Almirante* y a su vez creador y organizador de la Biblioteca Colombina, no han dejado de sorprenderse durante más de un siglo. Cuando menos, dicen que están ante una personalidad compleja, difícil y contradictoria. Cuando más, creen y tratan de demostrar que no todo ese edificio intelectual a él atribuido pertenece a la misma persona ni lleva el mismo sello.

Lo que trae de cabeza a todos es cómo explicar y hacer compaginar al autor de la *Historia del Almirante*, generosa en imprecisiones, ligerezas y errores, saturada de una fuerte carga de emotividad y apasionamiento con el Hernando bibliófilo y bibliógrafo, siempre metódico y ordenado, meticuloso hasta extremos casi enfermizos, frío en cualquier planteamiento y siempre realista. He aquí el problema en que hasta el presente han sido gastados varios miles de páginas.

Nadie discute ya que don Hernando fue el paladín más capaz y esforzado de cuanto tuviera que ver con la honra y gloria colombinas, con la grandeza y renombre del apellido y casa del descubridor de América. Formada su personalidad más a la luz del fracaso paterno que bajo el regusto de su triunfo —tan efímero—, inteligente y leído que fue, se identificó pronto con esa defensa. Andando el tiempo, con la pluma por arma y la documentación familiar a su merced, no dudó en transmitir a veces verdades a medias; otras, soslayar hechos que comprometerían

al más grande de los descubridores; en ocasiones, borrar huellas y confundir a la posteridad con el fin de que el protagonismo de los Colón sobre el Nuevo Mundo no se viera empañado.

Ha quedado retratado como el más intransigente y combativo de la familia, como demuestra su actuación vigilante en los Pleitos Colombinos. Siempre se negó a ceder ante la Corona; ni siquiera fue partidario de buscar una transacción razonable — cuando esto sucedió, se hizo a sus espaldas.

Su afición por el saber y los libros es la otra cara del personaje, que llegó a reunir la más rica biblioteca particular del momento; cultivó la cosmografía y destacó en ciencia náutica; se interesó en la descripción topográfica de España, empresa que no culminó por impedimento ajeno; fue amante y cultivador mediocre de las Bellas Artes.

Entrados en estos terrenos científicos y de recopilación, la obra de Hernando se hace más segura y conocida, apenas discutida y siempre ensalzada. Aquí se encaramó como lo que de verdad fue: una figura señera del Renacimiento español con vocación enciclopédica y realizaciones muy notables.

Nacimiento y primera formación

Por *memorias suyas fidedignas*, nos dice su albacea testamentario el licenciado Marcos Felipe, don Hernando Colón nació en Córdoba el 15 de agosto de 1488[1], siendo hijo natural de Cristóbal Colón y Beatriz Enríquez de Arana, su amante. Los recuerdos familiares que desprenden sus escritos fueron siempre precisos para con el padre, a quien le debía apellido, honra y estado, es decir, posición social. La madre, por el contrario, se ve envuelta en el silencio más absoluto. Ninguna referencia, ni temprana ni tardía, hacia su persona; ninguna alusión a la calidad de parientes suyos de los Arana de Córdoba, algunos de los cuales destacaron como *criados* de confianza de los Colón, pero

sin que a Hernando se le escape —en sus escritos, repetimos— que también eran deudos o familiares.

Algunos han querido ver como una alusión a su humilde origen aquella inscripción que don Hernando ordenó poner en la parte baja de la fachada de su casa sevillana y que debía rezar así: «*Menosprecien los prudentes la común estimación, pues se mueven las más gentes con tan fácil opinión que lo mesmo que lanzaron de sus casas por peor de que bien consideraron juzgan hoy ser lo mejor*». Refiriéndose a su origen o no, todos los indicios traslucen que su nacimiento irregular y la ascendencia y situación maternas debieron pesar grandemente en el segundo hijo del descubridor de América.

Beatriz Enríquez de Arana[2], amante de Colón y madre de Hernando, fue una cordobesa de posición social humilde, hija de unos pequeños agricultores de las cercanías de Córdoba, Pedro de Torquemada y Ana de Arana. Huérfana muy joven, pasó a vivir con sus parientes a la ciudad, y aquí residía cuando apareció en escena un hombre que ofrecía a los Reyes la manera de llegar a las Indias por la ruta nueva del Atlántico.

En Córdoba, durante las largas temporadas que pasó esperando la resolución de su negocio, Cristóbal Colón hizo casi de todo: explicó sus proyectos, no faltándole algún que otro protector; llevó a los Monarcas la duda de si no sería verdad lo que con tanto convencimiento defendía.

Al convertirse la ciudad califal en residencia habitual de la corte año tras año, de la primavera al otoño, era también cita obligada para Colón desde 1485. El deseo regio de terminar la guerra granadina antes de embarcarse en otra aventura condujo a indecisiones y aplazamientos para Colón. Y a pesar de que, mientras se discutía su proyecto, recibió ayudas de los Reyes, nunca fueron regulares y mucho menos suficientes.

Fue en Córdoba donde pasó las mayores necesidades *y traía la capa raída, o pobre*, que dice el cronista Oviedo. Su necesidad llegó a tanto que en esa y en otras ciudades de Andalucía tuvo que dedicarse a *mercader de libros de estampa* y a pintar *cartas de marear* para venderlas a los navegantes. Los que han reconstruido cuidadosamente las andanzas colombinas en tan críticos momentos cuentan[3] que a finales de 1487 su empresa era rechazada y su postración era total. Sólo Beatriz Enríquez debió sentirse generosa con el genovés, y meses después nacía su hijo Hernando.

La condición jurídica de este niño era la de hijo ilegítimo o natural, nacido al margen del matrimonio por la Iglesia, lo que en esta época arrastraba graves inconvenientes legales al vástago, como la privación de ser heredero de bienes, honras, dignidades y honores que correspondieran a los padres.

En consecuencia, para que el pequeño Hernando, en lugar de apellidarse Torquemada, Núñez, Arana o cualquier otro nombre familiar o local —que en esto reinaba la anarquía más absoluta—, recibiera el muy ilustre de Colón, sobre todo después del glorioso triunfo de 1492, tenía que producirse una de estas dos circunstancias: *a)* que Cristóbal Colón se casara con Beatriz Enríquez, hecho que no sucedió y ningún historiador discute ya; *b)* que don Cristóbal legitimara a su hijo, lo que desde ese mismo momento le permitiría disfrutar de una posición social privilegiada, como hijo que era de uno de los nobles más importantes del reino después de 1492.

Por este camino es por donde el futuro autor de la *Historia del Almirante* pasó a convertirse en *don* Hernando *Colón*. Una simple declaración por parte del padre ante los Reyes y una presentación del niño ante la corte eran requisitos suficientes. En 1493 Colón solicitó y obtuvo de los Reyes la merced de que Hernando fuera nombrado paje del Príncipe don Juan. Y según el testimonio del propio interesado, la presentación oficial fue

llevada a cabo a principios de 1494 por su tío, Bartolomé Colón, *llevando consigo a D. Diego Colón, hermano mío, y a mí, para que sirviésemos de pajes al serenísimo Príncipe don Juan, que esté en gloria, como lo había mandado la Reina Católica Isabel, que a la sazón estaba en Valladolid* (c. LXI). Así se cumplía la formalidad legal, y don Hernando Colón, niño de cinco años, se convirtió en hijo legítimo del descubridor del Nuevo Mundo.

El exquisito esmero con que los Reyes Católicos cuidaron la educación del príncipe don Juan, futuro rey de todas las Españas, se proyectó igualmente sobre los pajes reunidos junto a él, hijos de la nobleza más granada de Castilla y futuros compañeros de D. Juan en el gobierno. Sabían los Reyes que de la colaboración sincera de aquéllos y éste brotaría un reino fuerte que haría olvidar para siempre banderías pasadas. Y para ello no escatimaron esfuerzos, recursos ni ilusión. Al igual que el Príncipe tenía su maestro, la enseñanza de los pajes[4] fue encomendada al humanista Pedro Mártir de Anglería, un milanés inquieto, devotísimo del saber y de los libros, futuro cronista de Indias y amigo personal de Colón. En este ambiente fue creciendo Hernando Colón y, en cuanto a glorias terrenales —apellido, ascenso social, reconocimiento público y la corte— todo se lo debla a su admirado y triunfante padre, el descubridor de las Indias.

Sin embargo, no todo en la corte fueron recuerdos gratos y camino de rosas. Un pasaje de la *Historia del Almirante*, pleno de realismo, aunque amargo como pocos, nos traza el reverso de las horas triunfales del apellido Colón. Corrían los años de 1499-1500 y el antaño paraíso de las Indias se estaba convirtiendo para muchos en un verdadero infierno. La imagen de aquel Colón cumplidor de cuanto decía, exacto en sus predicciones y admirado por todos, había dado paso al duro gobernante, enemigo de vagos y hambrientos a la vez que castigador implacable de contestatarios.

El Príncipe don Juan había muerto en 1497 y los hijos de don Cristóbal seguían en la corte, ahora como pajes de la Reina Católica; Hernando contaba once-doce años y Diego andaba por los dieciocho-diecinueve. La escena, mezclando pasajes de los años 1499-1500, se sitúa en Granada, donde los descontentos de los Colón, más que de las Indias, se manifestaban ruidosamente ante el paso del monarca: *y si acaso yo y mi hermano, que éramos pajes de la Serenísima Reina, pasábamos por donde estaban, levantaban el grito hasta los cielos, diciendo*: Mirad los hijos del Almirante de los mosquitos, *de aquel que ha descubierto tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos; y añadían otras muchas injurias, por lo cual nos escusábamos de pasar por delante de ellos* (c. LXXXV).

Hernando no debió olvidar nunca esta amarga experiencia; porque no era sólo la actitud de esos vociferantes *hombres sin vergüenza*, sino las repercusiones entre compañeros de oficio cortesano, *con lo que daban que decir y murmurar a todos los que estaban en la Corte*. Pocas veces sentiría tan en sus adentros como en esta ocasión la fragilidad de su pasado y la razón misma de su encumbramiento. Cierto era que en punto a dignidades y títulos su posición social había alcanzado la mayor altura nobiliaria; pero al mismo tiempo, su reciente escudo de armas y la falta de pasados orgullos familiares, en contraste con añejos blasones y casas arraigadas, los hacía más quebradizos a los ojos de sus *teóricamente* iguales.

Con espíritu de vieja nobleza castellana o, más aún, de nobleza nueva y advenediza, lo plebeyo, el origen humilde era una mancha difícil de sobrellevar. Esta debe ser la razón por la que el Almirante del Mar Océano, Virrey y Gobernador de las Indias, convertido en uno de los principales nobles castellanos, nunca se casara con la humilde cordobesa Beatriz Enríquez de Arana. Y acaso por el mismo celo social, aunque resulte muy duro, casi nunca aludió don Hernando a su origen materno; só-

lo en un documento muy privado y restringido, como veremos después, recuerda a su madre y familia. Por parte de los Colón cuatro breves testimonios —tres de don Cristóbal y uno de su hijo y heredero don Diego— evocan a Beatriz. El primero tiene fecha de 24 de mayo de 1493 y se trata de la merced de 10 000 maravedís anuales concedidos por los Reyes a Colón por considerarle el primero en ver tierra[5]. Esta renta vitalicia estaba situada en las carnicerías de Córdoba y don Cristóbal Colón se la traspasó a la madre de don Hernando.

En 1502, antes de iniciar su cuarto viaje descubridor, ordena a don Diego que vele por Beatriz Enríquez *por amor de mí, atento como teníades a tu madre: haya ella de ti diez mil maravedís cada año, allende de los otros que tiene en las carnicerías de Córdoba*[6].

La tercera referencia es una manda testamentaria del descubridor a su heredero para que no descuide a Beatriz y la provea de todo lo necesario para que pueda vivir honestamente *como a persona a quien soy en tanto cargo. Y esto se haga por mí descargo de conciencia, porque esto pesa mucho para mi ánima. La razón dello non es lícito de la escribir aquí*[7]. ¡Todo un mundo de remordimientos, promesas incumplidas y abandonos que pesan a la hora de hacer balance!

Por último, el testamento del segundo Almirante, Diego Colón, recuerda el encargo de su padre hacia Beatriz Enríquez, *vecina que fue de...*[8]. ¿Qué mayor indiferencia que a la que fue madre de su hermano y en cuya casa él mismo residió algunas temporadas se la identifique simplemente como vecina de un lugar que deja en blanco? ¿Había algún deseo expreso de borrar huellas nada honrosas para tan ilustre apellido? Así parece.

Ni el segundo Almirante, cumpliendo la orden de su padre, ni Hernando, como hijo suyo, se preocuparon mucho de Beatriz durante sus últimos años de vida, pues el mismo Diego reconocía *que se le dexaron de pagar los dichos diez mil maravedís*

tres o quatro años antes que muriese e no me acuerdo bien dello. Que se averigüe cuánto es la deuda y se pague a sus herederos. Eso es todo.

¿Y qué decir de Hernando en asunto que tanto le concierne? Veamos dos datos indirectos, escuetos y para algunos harto ilustrativos de lo poco que se preocupaba por su madre. El 6 de noviembre de 1519 —recuérdese que la fecha coincide con el comienzo del retraso en el pago reconocido por Diego Colón— Beatriz Enríquez venderá a Juan Ruiz, canónigo de la catedral de Córdoba, dos casas de su propiedad por el precio de 52 000 maravedís[9]. Nada sabemos sobre si tal venta fue hecha porque la que fuera amante de Cristóbal Colón sufriera necesidad; de haberlo sido así, habría que calificar con duros epítetos la conducta de hijo tan olvidadizo. En otras ocasiones su actividad viajera podría hasta disculparlo, mas ahora estaba bien cerca pues la mayor parte de ese año residió en Sevilla, encargado por su hermano de tramitar negocios de envergadura[10]; y bien sabemos que nada pasaba en la ciudad de la Giralda que no se supiese pronto en Córdoba.

Otro breve dato nos lleva a mediados de 1521; en tal fecha Beatriz otorgaba un poder al genovés Francisco de Cazana, estante en Sevilla, para que éste, a su vez, cobrase de Juan Francisco de Grimaldi, banquero genovés muy ligado a los negocios colombinos, todo el dinero que quisiera darle por su hijo Hernando. En contraste con esto, ese mismo banquero concedía a Hernando Colón un mes después, en Venecia, un préstamo de 200 ducados que se invertirían en la compra de los más de 4500 libros que para su biblioteca particular adquirió durante el viaje que hizo recorriendo media Europa. Es probable que las cantidades libradas por los Colón anteriormente en favor de Beatriz las recibiera ésta a través de la casa Grimaldi.

Por último, la excepción —que bien mirado no es tal— a la que antes nos referíamos con respecto al silencio hernandino

sobre su madre y los Arana de Córdoba. Se trata de una escritura notarial[11] de 17 de agosto de 1525 por la que don Hernando Colón, hijo *de mi señora Beatriz Enrriques* hace donación irrevocable en favor de Pedro de Arana, *mi primo*, de unas casas, bodega, lagar, pila, tinajas y huerta que heredó tras la muerte de su madre.

En un documento así, de uso familiar exclusivamente y sin mayor trascendencia, no era lógico ocultar estos detalles. Pero en los demás escritos hernandinos, bien privados, bien públicos, de mayor proyección nunca dejará escapar referencia alguna sobre sus familiares de Córdoba; en esos escritos el tal Pedro de Arana constará como *su criado*. Hernando era un Colón y su orgullo familiar, honra y posición social le llego siempre por vía paterna. Para los demás, el silencio.

Hernando Colón, cosmógrafo

La herencia de un apellido diestro en el arte de ensanchar mundos, los papeles paternos saturados de observaciones y de saber, el ejemplo vivido cerca y también su propia inquietud personal inclinaron a Hernando a la navegación y a la cosmografía.

Rozaba los 14 años cuando experimentó la mar acompañando a su padre y a su tío en el cuarto viaje colombino, el más difícil y penoso. A tan escasa edad demostró no poca entereza y mucho interés. El valioso relato que de esta navegación nos ha dejado en su *Historia del Almirante* hacen pensar en un cuaderno de notas o apuntes personales tomados durante esa inolvidable experiencia. A la luz del ejemplo paterno aprendió los buenos resultados que podían obtenerse cuando alguien sabía conjugar conocimiento teórico y práctica lograda a golpe de mil observaciones diarias. ¡Cómo no iba a quedar agigantado a los ojos de aquel joven el gran descubridor, tras la manera que tuvo de presentir y esquivar aquel terrible huracán cuando na-

vegaba por las costas de Santo Domingo en el verano de 1502! ¡O la escena de Jamaica aprovechando un eclipse de luna para intimidar a los indios y tenerlos sumisos![12].

Muerto el primer Almirante, papeles y escritos, dibujos, cartas y mapas, su herencia, en suma, continuó viva en todos los Colón, especialmente en sus hijos. Por todo ello, resulta muy difícil discernir si este escrito o aquel proyecto de Hernando (o de Diego, que para esto estaban y se sentían profundamente hermanados) aportaba algo personal o era cosecha totalmente prestada.

Enlazando con esto, un historiador serio como Jos[13] no dudó en calificar a nuestro personaje de *plagiario* de su padre. Dicho tan a bote pronto parece duro, excesivo si a tal acepción la rodeamos de las connotaciones peyorativas que hoy tienen para cualquier intelectual al uso. Por si sirve de algo aclarar lo de *plagiario*, los tiempos en que escribía Hernando eran muy otros a los actuales, con costumbres algo diferentes y harto poco respetuosas con la producción intelectual ajena, Y si esta producción o inspiración procedía del propio padre o de su tío don Bartolomé, injustamente relegado por muchos, miel sobre hojuelas, que dirían algunos; todo quedaba en casa.

Sin embargo, no vayamos demasiado deprisa. Es sabido que una persona que plagia es aquella que se atribuye y firma como propio algo perteneciente a otra. ¿Es este el caso de Hernando Colón con respecto a su padre? A pregunta directa, respuesta igualmente directa, adelantándonos a lo que diremos a continuación: no. Cierto es que entre padre e hijo hay influencias notables, paralelismos claros, pero las alusiones y referencias, unas claras, veladas otras, son suficientes para en puro rigor tener que desechar el término plagio.

Las obras referentes al tema que ahora nos ocupa son varias, y unas con otras, tanto las conocidas como las que se han per-

dido, nos acercarán a la verdadera dimensión del personaje.

Entre 1509 y 1511 la actividad de don Hernando es intensa. Tras su rápido viaje a las Indias, casi de ida y vuelta y que será estudiado en relación con los Pleitos Colombinos, todo —interés familiar e intereses de la Corona— incitaba a no quedarse quieto al que tenía algo que ofrecer. Lo primero en el tiempo es un *Memorial por el Almirante* (finales de 1509) con apuntes y notas traídos de las Indias, pero cuya elaboración final lleva el sello incuestionable de don Hernando[14]. En este Memorial se esbozan ideas sobre poblar y descubrir que remiten explícitamente al descubridor. En relación con dicho *Memorial*, acaso como una ampliación de esas ideas esbozadas habría que situar el *Tratado sobre la forma de descubrir y poblar en la parte de las Indias*, cuya autoría se atribuye él mismo por propia confesión. Esta obra se ha perdido.

En la misma línea de hacer méritos ante el rey Fernando el Católico está el *Proyecto de Hernando Colón en nombre y representación del Almirante, su hermano, para dar la vuelta al mundo*, fechado en Sevilla el 19 de julio de 1511, y que no hace mucho tuvimos la fortuna de sacar a la luz. Para quien dude por sistema de Hernando sirvan estas líneas: *Diré lo que dello siento así como por lo que de él aprendí de palabra y de muchos libros y escrituras que de él me quedaron y de otras partes he recogido*. Aparte de la novedad y curiosidad del documento, de la temprana fecha (casi 10 años antes del viaje de Magallanes-Elcano), de su ofrecimiento para dirigir la expedición, conviene destacarlo igualmente porque alude a otra importante obra suya, presentada por esas mismas fechas en la corte, y que se titulaba *Colón de Concordia*, también perdida. Este trabajo hernandino ha sido visto siempre en paralelo con el *Libro de las Profecías* en el que tanto trabajó el descubridor auxiliado por su amigo el cartujo Gaspar Gorricio, y en algunas páginas también por Hernando.

Esta etapa plena de actividad intelectual y deseo de servir a la Corona se debe cerrar con aquella respuesta del Rey (22 de agosto de 1511) dándose por enterado y agradeciéndole el servicio, pero ordenándole al mismo tiempo que permaneciera en Sevilla o en Córdoba, donde mejor gustara, en espera de decisiones que nunca llegaron.

A nadie debe extrañar que durante estos años las ideas colombinas estuvieran tan presentes y fueran aceptadas sin discusión y con orgullo por toda su familia. Téngase en cuenta que la visión cosmográfica del descubridor aún no había sido rectificada; es decir, las tierras de América corresponderían al borde más oriental del ámbito asiático.

Con los años, don Hernando sumaba lecturas, saber y fama de experto en cosmografía. De 1522 debe ser la *Escritura o forma de navegación para su alto y felicísimo pasaje de Flandes a España*. Regresaba Carlos I de coronarse Emperador y entre su séquito estaba —no se sabe en calidad de qué— el segundo hijo de Colón. Por desgracia también se ha perdido esta pieza[15]. Pero eso no es óbice para que todos los historiadores le encuentren un extraño paralelismo con otro documento elaborado por su padre en 1496, cuando la princesa Margarita venía de Flandes a Castilla a casarse con el Príncipe don Juan.

Por último, el trabajo más completo y maduro, colofón en buena medida de su actividad como experto cosmógrafo, tiene fecha de 1524 y se titula *El derecho que la Real Corona de Castilla tiene a la conquista de las provincias de Persia, Arabia e India, e de Calicut e Malaca con todo lo demás que al Oriente del Cabo de Buena Esperanza el Rey de Portugal sin título ni derecho alguno tiene usurpadas*[16]. En esta pieza documental repasa sus trabajos anteriores a modo de curriculum meritorio jalonado de servicios a la Corona.

Ha sorprendido a algunos estudiosos que don Hernando, en esta ocasión, olvidase aludir expresamente a su padre cuando este se había manifestado con toda claridad años antes sobre este mismo asunto (un *Memorial* entregado a los Reyes Católicos en el monasterio de la Mejorada el año 1497 y la *Información y relación del derecho que tenían los Reyes Católicos a las Indias,* de hacia 1500). La razón del proceder hernandino es que ahora —no así en 1511— el gran descubridor había dejado de ser aquella autoridad incontestable que fuera tiempo atrás; se había equivocado al identificar las tierras de América con las más extremas de Asia, como acababa de demostrar la triunfante expedición de Elcano tras dar la vuelta al mundo. El globo terráqueo era más grande de lo que había imaginado don Cristóbal. Y por eso don Hernando, cual hombre sabio y prudente, al silenciar ideas y trabajos paternos, soslayaba igualmente sus errores.

Este escrito que venimos comentando fue el punto final y, en buena medida, justificativo de un fracaso personal precedente que Hernando sufrió en las juntas de Badajoz-Elvas de 1524[17]. Aquí se habían reunido expertos castellanos y portugueses (3 astrónomos, 3 marinos y 3 letrados de cada reino) con el fin de llegar a un acuerdo sobre la demarcación que el meridiano acordado en el Tratado de Tordesillas (1494) habría de tener sobre la zona oriental. Dicho de forma más simple: si las islas de la Especiería y el Maluco pertenecían a España o a Portugal. Don Hernando participó en calidad de afamado cosmógrafo y su postura fue la más intransigente y dura de la representación castellana. Y acaso también la más inteligente. Los portugueses no cedieron y no hubo acuerdo.

Todo lo dicho tiene por telón de fondo las Indias, y bien podemos concluir con el encargo hecho por el Emperador en 1526: que don Hernando se reuniera con los principales pilotos españoles y elaboraran un mapamundi o carta general de nave-

gación que quedase como modelo y guía en la Casa de la Contratación de Sevilla. Por, razones que desconocemos no se realizó[18].

La faceta cosmográfica de don Hernando quedaría incompleta si no mencionáramos, siquiera brevemente, la *Descripción y Cosmografía de España*[19], como él gustaba llamar. Hoy día se la conoce también con el nombre de *Itinerario*. La intención de este proyecto inacabado era recorrer todos los pueblos de España en busca de los datos geográficos y topográficos más interesantes de cada lugar, para reunirlos después alfabéticamente en un *Vocabulario o diccionario topográfico de España*. El día 3 de agosto de 1517 se puso en marcha la obra, después de que su promotor hubiera establecido el método a seguir. Empeño tal, por muy viajero que se fuera, no podía ser obra individual sino de equipo. Para ello se sirvió de criados y delegados suyos que con las debidas autorizaciones legales recorrieran los pueblos de España en busca de información fidedigna.

Este esfuerzo, costeado exclusivamente por el hijo del descubridor, fue impedido por el Presidente del Consejo Real de Castilla, según palabras del propio Hernando. Y una orden del Emperador, de 13 de junio de 1523, ponía punto final a tan encomiable iniciativa al prohibirles taxativamente continuar lo emprendido. Un colaborador de Hernando, Juan Pérez, adelantó por su cuenta una explicación: *La envidia no lo dexó llevar a cabo*. Otras explicaciones posteriores han apuntado que si una empresa de tal envergadura era más propia del Estado que de un particular; que si al utilizar datos administrativos quien ningún cargo público ejercía, es decir, Hernando, estaba atribuyéndose unas competencias que no le correspondían. Sea lo que fuere, lo único cierto es que hubo de esperar a las *Relaciones topográficas escritas en tiempos de Felipe II* para encontrar algo parecido a lo que quiso realizar don Hernando. El historiador y

el geógrafo lamentan más que nadie que no le dejaran terminar este trabajo.

Hernando Colón, alma de los pleitos colombinos

Obtener los mayores privilegios como recompensa al Descubrimiento fue hazaña que correspondió a Cristóbal Colón; mantenerlos después contra todo y todos, intentar que no fuesen mermados ni se extinguiesen fue obra de sus sucesores, y a esto se dedicaron con tenacidad y constancia, desde el primero hasta el último.

Cuando Cristóbal Colón era un *don nadie* y su empresa descubridora parecía la más arriesgada aventura que se pudiera imaginar, fue capaz de esperar siete años hasta que los Reyes, por fin, le dieron lo que pedía. Cuando, tras el paréntesis de la gloria, llegó el fracaso y la Corona dejó en suspenso tales privilegios, sus hijos y herederos, haciendo honor a su sangre, entablaron un pleito contra la misma Corona que duró cincuenta años; treinta, la parte principal y veinte años más los últimos detalles o derivaciones.

Pues bien, tocante al capítulo de los Pleitos Colombinos —y de manera especial a su etapa clave, que se extiende desde 1508 a 1536— si hubiera que destacar al personaje más representativo del sentir familiar ese sería, sin lugar a dudas, don Hernando Colón, tan intransigente como conocedor de lo que estaba en juego, y siempre vigilante. Bastará repasar los momentos álgidos de dichos Pleitos, cuando se presume que puede haber decisiones trascendentes, para comprobar que Hernando siempre anda cerca, muy cerca de donde conviene a los intereses familiares.

Todo empezó en 1508 con una jugada maestra del Rey Católico. Don Diego, heredero en el mayorazgo colombino, fue nombrado Gobernador de las Indias —pero no Virrey— con los mismos poderes, ni uno más, que disfrutaba Nicolás de

Ovando, a quien sustituiría[20]. Decimos que era una jugada maestra del Rey porque teóricamente cedía ante la insistencia de D. Diego (éste, casado con D.ª María de Toledo, sobrina del Duque de Alba, contaba con el respaldo de la poderosa familia). Pero en la práctica, Fernando el Católico no transigía ante la pretensión colombina de que se le reconocieran los mismos derechos y privilegios disfrutados hasta 1500 por el descubridor de América.

Es decir, el nombramiento dicho era una concesión graciosa del monarca, revocable cuando este quisiera; mientras que don Diego defendía que a él y a sus sucesores les correspondía por derecho de justicia ser gobernadores y virreyes hereditariamente de todas las tierras descubiertas y por descubrir, con todas las prerrogativas políticas, jurisdiccionales y económicas inherentes a tales oficios. El único título que no se discutía era el de Almirante, conservado siempre por don Cristóbal y heredado tras su muerte por su hijo Diego. En cierto modo, también se les había respetado la mayor parte de los beneficios económicos concedidos en las Capitulaciones de Santa Fe.

El 9 de julio de 1509 todos los Colón, con el segundo Almirante y nuevo gobernador a la cabeza, desembarcaron en Santo Domingo. Dos meses después Hernando regresaba a Castilla para defender los intereses de su hermano y agilizar una sentencia judicial sobre los privilegios colombinos. Acababan de comprobar que don Diego estaba sufriendo recortes económicos, mermas en sus facultades de gobierno, y hasta el protagonismo descubridor de don Cristóbal por las costas de Centroamérica (1502) podía quedar ensombrecido, por causa de la expedición de Pinzón y Solís. Razones todas más que suficientes para movilizar a toda la familia, con parientes incluidos.

Hernando Colón, con plenos poderes de su hermano Diego, actuará al frente de esta empresa. Y nadie discute su participación activa presentando escritos de réplica contra la postura

del fiscal. Tenía 22 años, comenzaban los famosos y larguísimos Pleitos y ahí estaba él, empapándose de argumentos legales para reclamar todo en favor de su apellido y para no ceder nunca un ápice desde esta postura inicial. Sus argumentos fueron siempre los mismos: los privilegios colombinos eran un contrato entre los Reyes y Colón. Un contrato obliga a ambas partes; si Colón cumplió la suya (descubrimiento de nuevas tierras al otro lado del Océano), los Reyes estaban obligados igualmente a respetar lo capitulado con él. En consecuencia, todas las promesas hechas a Cristóbal Colón debían cumplirse. Así pensaba y eso es lo que defendió don Hernando hasta el final de sus días, sin entrar en otras matizaciones. El punto débil de esta postura invariable radicaba en que mezcló concesiones que tenían calidad de contrato con otras que eran mercedes otorgadas graciosamente por los Reyes.

El primer capítulo del proceso se cerró con la Sentencia dada por el Consejo Real en Sevilla (5 de mayo de 1511). La discrepancia colombina con el fallo abrió un rosario interminable de protestas, nuevas vistas, comprobaciones, nuevas sentencias y vuelta a empezar hasta 1536[21].

Un segundo momento de plena actividad hernandina al lado de su hermano Diego, esta vez presente en Castilla, tiene mucho que ver con los cambios políticos que vive el reino. Muerto Fernando el Católico (1516) que tanto recortó las aspiraciones colombinas, es hora de no dormirse, de maniobrar ante el nuevo rey Carlos I, ganar sus oídos o comprar favores de los influyentes cortesanos flamencos que invaden Castilla.

Dos referencias relativas al período que va desde 1516 a 1520 pueden ser suficientes. La primera podría fecharse entre 1516 y 1517. Se trata de una *Propuesta o proyecto de Audiencia Real en Santo Domingo de la isla Española, bajo la presidencia del Almirante de las Indias*[22]. Tenía como finalidad controlar esta institución jurisdiccional que tantos quebraderos de cabeza ve-

nía dando a Diego Colón desde que los primeros jueces de Apelación llegaron a Santo Domingo entrado el año 1512. Sin embargo, la propuesta hernandina era difícilmente aceptable para cualquier gobernante que se opusiera a los privilegios colombinos.

La segunda referencia nos traslada a mediados de 1519. Diego Colón y Bartolomé de Las Casas, estando en Barcelona con la Corte, elaboran un plan conjunto para poblar una extensa zona de Tierra Firme[23]. El Almirante estaba dispuesto a secundarlo cuando llegó Hernando y aconsejó a su hermano que pidiera la gobernación perpetua de dicha tierra a cambio de los gastos que se comprometía a hacer. De nada sirvió la advertencia que les hiciera Las Casas de que con esa condición no se aceptaría el proyecto, pues era precisamente la parte capital que se discutía en los Pleitos. Merece resaltarse el lamento lascasiano: *Era el don Hernando docto en cosas de cosmografía y de historias que llaman de humanidad, por lo cual, el Almirante, su hermano, le daba demasiado crédito; y no fue chico el yerro que ambos, el uno en dar el parecer y el otro en seguillo, hicieron, ni el daño que la casa y estado del Almirante rescibió dello*[24].

En 1523-24 arrecia de nuevo el peligro para los intereses familiares, y otra vez Hernando, pluma en ristre, aguzará su saber de jurista muy notable formado en estos Pleitos que siente tan suyos. Hay que atribuirle dos piezas de gran madurez, muy en línea con aquella otra que como cosmógrafo elaboraría meses después. Por una parte está el *Papel (que de su misma letra dice que es el mejor que escribió en esta materia) acerca del derecho que como Almirante y Virrey debía tener su hermano en el grado de suplicación en las causas civiles y criminales que se seguían en los tribunales de las Indias*[25], en paralelo acusadísimo con la respuesta del Almirante al fiscal (12 de septiembre de 1524) en los Pleitos, y que se le atribuyese[26]. El momento exigía hilar muy fino, ya que las denuncias contra Diego Colón por abusos de poder co-

metidos en Indias durante los años 1521 y 1522 eran muy graves. Tanto que cuando se enteró el Emperador le ordenó regresar inmediatamente a la Corte para dar cuenta de sus actos.

A veces, sin saber cómo ni por qué, los papeles comprometidos cambian de lugar, y como por ensalmo lo que estaba en un cajón aparece en otro o desaparece sin más. Es cosa del demonio que todo lo revuelve, dicen. Esto viene a cuento de dos noticias curiosas[27], anecdóticas, que deben servir más para pensar que para sacar conclusiones, pues faltan pruebas definitivas.

A primeros de octubre de 1524 Tomás del Mármol y Juan de Vitoria, dos escribanos, de familia a su vez de escribanos, eran requeridos por los señores del Consejo que entendían en los Pleitos, y a petición del fiscal, a que buscasen entre los papeles que guardaban un proceso hecho al Almirante don Cristóbal Colón sobre la justicia que hizo a ciertos hombres en la isla Española (año de 1500) y que estaba relacionado con la sustitución y regreso de Colón a Castilla. Buscaron y rebuscaron los eficientes escribanos (lo mismo que la Corte era itinerante, los secretarios y escribanos solían moverse con los papeles a cuestas y con frecuencia los guardaban en sus casas) y no lograron encontrar nada; y lo que era peor, no tenían noticia de tal proceso. Conclusión: naturalmente que hubo proceso, pero se perdió o *extravió*, por supuesto.

La otra noticia se refiere concretamente a Hernando Colón. Se trata de una relación de gastos hechos por un criado suyo obedeciendo órdenes del propio Hernando. Entre tales gastos aparecen recogidos algunos obsequios que se enviaron a ciertas personas (secretarios, relatores, licenciados…) que intervinieron en un pleito que Hernando ganó a don García de Toledo. Entre los detalles enviados *por buenos respetos* aparecen *un par de perdices, un par de conejos, dos docenas de zorzales, un barril de aceitunas*, etc.[28] Basándose en este hecho comprobado, algún

historiador aventura que con más razón tuvo que funcionar lo de los *buenos respetos* en los Pleitos Colombinos.

En una de esas jornadas de peregrinaje por Castilla siguiendo a la corte murió Diego Colón (23 de febrero de 1526). Había gastado vida y hacienda pleiteando, y sus negocios estaban en esa hora peor que al principio. Tal era el embrollo procesal que se había ido organizando que pareció que lo mejor era hacer tabla rasa de lo dictaminado anteriormente y así el Consejo ordenó que se viese el Pleito desde el principio en su totalidad. El viejo paladín de esta causa que era Hernando fue confirmado como uno de los representantes legales de la familia, aunque perdiendo algo el protagonismo casi exclusivo de otros tiempos. Pero esto entra de lleno ya en la escenografía que ambientará la gestación de la *Historia del Almirante*.

La Historia del Almirante. Origen y finalidad

El trabajo de ver de nuevo el Pleito en su totalidad acabó con la Sentencia de Dueñas (27 de agosto de 1534) que resultó ser más negativa y contraria a los intereses colombinos que ninguna de las dictadas anteriormente[29]. El hecho, como síntoma de lo que podría suceder en adelante, era para preocupar al más optimista.

Hernando Colón había estado cerca y vigilante los últimos meses. Pero algo estaba cambiando. La Virreina de las Indias, responsable última de las decisiones familiares como tutora de su hijo, Luis Colón, debió hacerle perder algo el protagonismo de antaño. Ahora, entre criados, familiares y asesores con poderes de doña María de Toledo formaban tropa. ¿Hubo discrepancias sobre la estrategia a seguir tras lo de Dueñas? Así parece. Casi seguro que Hernando, después de manifestar por escrito su opinión en contra de la Sentencia, puso tierra por medio e inició un largo viaje que habría de durar año y medio (todo 1535 y hasta junio de 1536).

Hubo apelación colombina y también del representante de la Corona, con lo que el ambiente se caldeó. El 9 de agosto de 1535 el fiscal Villalobos, entre sensacionalista e insolente, quiso dar un vuelco al proceso y presentó un escrito por el que se negaba que Cristóbal Colón tuviera la exclusividad del descubrimiento de América, estando dispuesto a probarlo. Argumentaba que el protagonismo y prioridad de dicho descubrimiento debía atribuirse a los Pinzones antes que a Colón; que fueron ellos, cuando en un momento del primer viaje Colón *iba ya sin tino y desconfiado, y se quería volver*, los que le animaron a seguir y descubrir tierra; y por si todo esto no fuera suficiente decía que si se respetaban los privilegios colombinos la Corona y los pobladores de las Indias sufrirían un daño *enormísimo*.

Para hacer más sugerente la idea, el fiscal conseguía poco después un testimonio de Juan Martín Pinzón, hijo legítimo y heredero de Martín Alonso Pinzón, según el cual, y aludiendo a un acuerdo verbal entre su padre y Colón para repartirse los beneficios del descubrimiento, *cedía y traspasaba a la Corona Real de Castilla* la mitad de los derechos que, en consecuencia, le correspondieran.

Era grave —para los Colón, se entiende— que a estas alturas un fiscal se atreviese a poner en entredicho lo que al Almirante le había sido reconocido en cien fechas y lugares por ser tan *público y notorio*. Y preocupaba no poco, a su vez, que los jueces del Consejo permitieran que tamaña argucia se sometiera a prueba. También debió herir —y mucho— la forma descortés e insolente empleada por Villalobos en el curso de esta fase cuando se refería al *dicho Cristóbal Colón* como si de un *plebeyo* cualquiera se tratara. *Vuestra Alteza no lo debe consentir, antes se le debe reprender*, protestará un representante legal de los Colón (de nombre Diego de Arana, por si sugiere algo) y añadirá que antes de este fiscal nadie había quitado *al dicho Almirante su título*

y nombre y le honran como se debe hacer a semejantes personas de título.

Bien mirado, el montaje era perfecto: si don Cristóbal había llegado alto fue gracias al Descubrimiento; demostrado que esto no fue obra suya, consecuentemente se derrumbaría el pedestal de privilegios sobre el que se había encaramado.

De haberse restringido el hecho al marco exclusivo de los pleitos, posiblemente no hubiera pasado de pura anécdota, tan duradera como el tiempo que tardaran en declarar los testigos. Al fin y al cabo tampoco podía pillar de sorpresa si tenemos en cuenta que algo parecido —aunque no se haya insistido en ello— había sido intentado en 1515 durante los últimos meses de gobierno del Rey Católico[30], de ese mismo rey al que con escasas simpatías se alude en la *Historia*.

Otra cosa bien distinta era que a tales teorías les saliesen seguidores o divulgadores. Llegado ese caso, habría que dar la batalla en el mismo terreno y con todas las armas disponibles. Si a un memorial jurídico se respondía con otro, a un libro o libros se contestaría de la misma manera. En este sentido, nos interesa destacar a dos autores: Oviedo y Giustiniani.

En septiembre de 1535, Gonzalo Fernández de Oviedo publicaba en Sevilla la primera parte de su *Historia General de las Indias*. Que todo un cronista oficial de las Indias, bien que reciente y deseoso de hacer méritos para su amo el Emperador, se destapase ahora con la fábula aquella de identificar las Antillas con las Hespérides de la Antigüedad sorprendió mucho. Pero que además se atreviese a publicar que dichas islas Hespérides habían pertenecido 1600 años a. C. al entonces rey de España Hespero XII, capaz era de hacer saltar Pluma en ristre al mismísimo don Hernando Colón. Ciertamente, el asunto no parecía baladí, llegando a interesar al propio Rey de Romanos —léase Carlos V—. Y no lo parecía entonces porque el matiz en

juego era importante: no significaban lo mismo unas tierras regaladas por Colón a los reyes castellanos que reincorporar a la soberanía de España algo que antaño fue suyo.

A don Hernando, en cuanto leyera la Historia de Oviedo, debió parecerle muy necesario ponerse a ordenar papeles o ideas y acaso empezar a escribir alguna relación relativa a los viajes de su padre. Porque a ojos hernandinos el peligro no radicaba tanto en el tratamiento hecho al Almirante —del que Oviedo contaba mucho y bueno— cuanto en el juicio, también positivo, que ofrecía de los adversarios de don Cristóbal (sublevación de los españoles ante la *dureza* de los Colón, elogio a Bobadilla y de manera especial a Ovando). Además, dejaba caer entre visos de rumor extendido algunas llamadas con atención sobre ciertos puntos oscuros de la biografía colombina, como la leyenda del piloto anónimo o el haber ocultado a los reyes el descubrimiento de las perlas.

El otro escritor, blanco de la pluma hernandina, se llamaba Agostino Giustiniani, genovés para más señas y erudito obispo de Nebbio en la isla de Córcega. Basándose en informaciones del cronista oficial de Génova y canciller del Banco de San Jorge, Antonio Gallo, en 1516 había escrito que Cristóbal Colón procedía de esa tierra y de una familia de origen humilde. Esto mismo volvió a repetirlo en su obra *Anales... sobre la muy excelsa e ilustrísima República de Génova*, impresa en dicha capital el 18 de marzo de 1537. Giustiniani insistía, sin prever la réplica, en que los Colombo genoveses habían ejercido oficios de manos o mecánicos, como tejedores de paños. ¡Qué desgracia para don Hernando: su madre plebeya, y ahora tejedores los Colombo! Como siguieran así le iban a dejar harto chico su orgullo nobiliario, sobre todo, si empezaba a difundirse en demasía.

El ataque a este autor genovés ya nos lleva a una fecha (1537) en que Hernando debía estar puesto manos a la obra en la tarea de escribir la vida de su padre. En plena faena incorporaría el

capítulo dedicado a Giustiniani. Este acababa de ponerle en bandeja la manera de salir airoso de otro pasaje oscuro sobre don Cristóbal: el de su origen humilde y sus actividades artesanales.

Decíamos que en 1537 ya estaba Hernando escribiendo la *Historia del Almirante*. Ello se comprenderá mejor si no olvidamos un hecho capital en relación con los Pleitos Colombinos: el 28 de junio de 1536 se dictaba el *Laudo arbitral de Valladolid* que cerraba el viejo pleito —quedarán aún pequeñas derivaciones— con la Corona a cambio de concesiones importantes en favor del Tercer Almirante de las Indias Luis Colón y de sus hermanas. El acuerdo se había logrado a espaldas de don Hernando, que en junio de 1536 llegaba a Barcelona y de agosto a octubre estaba en Valladolid, y de ninguna manera podía ser de su agrado[31], Para el paladín de la intransigencia colombina la Sentencia de Valladolid era una claudicación que en modo alguno podía aprobar, mas tampoco modificar ya. Sólo le quedaba la protesta personal y solitaria de hombre que coge la pluma con el fin de desahogar comezones internas y una infinita sensación de fracaso. Con este fondo nacía la *Historia del Almirante*, empezada a escribir posiblemente en 1536, desarrollada con seguridad durante 1537-38 y culminada por la primavera de 1539.

Finalidad de la obra

Una y sólo una es la intención de Hernando al escribir esta obra: enaltecer la persona y los hechos de don Cristóbal Colón, *varón digno de eterna memoria*. Para ello, descontento como estaba de lo que otros historiadores escribían, *determiné tomar a mi cargo el empeño y fatiga de esta obra, creyendo será mejor para mí tolerar lo que quisiere decirse contra mi estilo y atrevimiento, que dejar sepultada la verdad de lo que pertenece a varón tan ilustre*.

No será precisamente el estilo de Hernando lo que llevará a los historiadores a dedicarle miles de páginas, sino más bien la necesidad de esclarecer y constatar esa *verdad* pregonada, esa *su verdad* que con tanta generosidad y desvelo derrochó en cada momento.

Es claro que no se puede hacer aquí, en tan breves páginas, una exposición pormenorizada de todos y cada uno de los puntos conflictivos que ofrece esta obra. Por ello hemos preferido una visión de conjunto, remitiendo al lector a algunas notas aclaratorias que acompañan a pie de página la *Historia del Almirante*.

No debe olvidarse nunca que Hernando escribe, sobre todo, entre 1537 y 1539, y menos aún que lo que se ha propuesto hacer es un alegato en favor de su padre convirtiéndolo en eje y centro de todos sus empeños. Con esto muy presente, los méritos ajenos o se difuminan o se soslayan, para centrarse casi exclusivamente en los del descubridor; por el contrario, con los defectos sucede a la inversa: se acrecentarán los de los demás, minimizando u olvidando los colombinos.

A lo largo de toda la *Historia*, ¡qué poco canta a aquellos que siempre apoyaron al Almirante, al grupo de leales castellanos, cabales, honrados, obedientes y buenos servidores! Y, sin embargo, ¡cómo se ensaña con los revoltosos, desobedientes, deslenguados y hombres sin vergüenza! Lo de menos es comprender las razones por las que sucedió así. Eso apenas importa, o mejor dicho, no importa nada. Para la pluma hernandina se trata de una pandilla de vagos, lujuriosos, traidores, ladrones y alguna lindeza más. Los actos de tan *desvergonzados* personajes, así cantados, contrastarán con la pobre víctima: el sufrido y resignado Colón.

Los Margarit y Aguado, Roldán y los roldanistas, al discrepar de la persona *elegida* por Dios —Cristoferens—, al sentir y de-

fender un poblamiento diferente al colombino fueron cavando la fosa del navegante metido a gobernar gente castellana. Hernando conocía los hechos, pero no los podía disociar de las consecuencias negativas que tuvieron para el apellido Colón.

En el caso de la marinería, si hubo algunos que en ciertos momentos podían hacer sombra al navegante genial éstos fueron los Pinzones. Contra ellos, más que con nadie, se ensañará Hernando; cuando él escribía su *Historia* aún estaba reciente aquella manipulación parcial y sensacionalista, hecha en 1535 por el fiscal Villalobos, del nombre de tan excelentes navegantes. Esta fea jugada permite comprender mejor —jamás justificar— el furor hernandino[32].

Tampoco anduvo recatado con las autoridades que intervinieron en la caída y pérdida de los privilegios colombinos. Del rey a los gobernantes que ejercerán en Indias para desgracia del descubridor y de sus intereses, pasando por el obispo Fonseca, adversario contumaz del más contumaz de los navegantes, nadie se salvará de la pluma hernandina.

A los Reyes Católicos les culpó *de haber elegido para aquel cargo a un hombre malo y de tan poco saber* (Bobadilla), *de estar mal informados... contra el Almirante*. Con más pasión de hijo que predicador de verdades puede entenderse el suspicaz retrato que nos brinda del rey Fernando el Católico: *algo seco y contrario a sus negocios* (del Almirante). *Esto se vio más claro en la acogida que le hizo* (en 1505), *pues aunque en la apariencia le recibió con buen semblante y fingió volver a ponerle en su estado, tenía voluntad de quitárselo totalmente si no lo hubiese impedido la vergüenza* (cap. CVIII). Cuando escribe no puede olvidar que Fernando el Católico fue el monarca que aplicó hasta el final de su vida los mayores recortes a los privilegios colombinos.

De don Juan Rodríguez de Fonseca, eclesiástico mundano y director de las armadas y negocios indianos, Hernando, con to-

da claridad, resumirá así el sentir familiar y casi público: *abrigó continuamente mortal odio al Almirante y a sus empresas, y estuvo a la cabeza de quienes lo malquistaron con el Rey* (cap. LXV). En consecuencia, muchos criados o protegidos suyos andan sembrados por las páginas de su *Historia* poniendo trabas al Almirante. Hasta el más santo varón —piensa Hernando— perdería la calma entre tanta infamia.

De las autoridades con mando en Santo Domingo, implicadas directamente en la caída y mal tratamiento que en adelante tendría todo lo colombino, qué iba a decir don Hernando sino destapar todos sus recursos verbales contra ellos. Bobadilla truncó sañudamente la carrera del Virrey y ningún Colón se lo perdonó jamás. Acaso por ello, desencantado de la justicia de los hombres, a Hernando le brotó como nunca la vena providencialista al narrar la muerte de su enemigo: *Yo tengo por cierto que esto fue providencia divina, porque, si arribaran estos a Castilla, jamás serían castigados según merecían sus delitos, antes bien, porque eran protegidos del Obispo* (Fonseca), *hubiesen recibido muchos favores y gracias* (cap. LXXXVIII). Nicolás de Ovando, sustituto de Bobadilla, no recibe mejor tratamiento.

Cuanto queda referido de ataque al oponente para elevar a don Cristóbal no era suficiente. ¿Qué hacer con tantos puntos oscuros como tenía la vida del descubridor? Algunos eran secretos celosamente guardados por la familia, que por nada del mundo debían ser descubiertos. Sin embargo, inquietaba el atrevimiento de algunos escritores (Oviedo, sobre todo) que empezaban a publicar ciertos relatos que podían ser muy dañinos.

Para salir airoso de esta prueba Hernando hará gala de su extraordinaria inteligencia y saber; y como lo que está en juego es la memoria de su padre, apenas le preocupará la objetividad de los hechos. El procedimiento seguido fue variado. Por una parte utiliza la ambigüedad, decir que dicen, mezclar lo que mu-

chos manifiestan a veces de forma contradictoria o discrepante; hecho esto, evitará manifestarse oponiéndose o aclarando rotundamente tales *fábulas* o *leyendas* o *habladurías*; donde sí que se detiene y llama la atención del lector es en las contradicciones o errores del autor de turno, haciendo gala de una fina dialéctica; en este caso sale a relucir el hombre meticuloso que era, el detallista y pormenorizado; una vez que ha logrado poner al descubierto los puntos débiles, aunque sean nimios, maneja con soltura la ironía y desprecio al adversario y conduce al lector a no tomar en cuenta opiniones de quien no es de fiar pues tanto erraba[33].

Por otra parte, hay que registrar en el haber de Hernando una serie de olvidos intencionados tocantes a errores imputables al héroe. Unas veces se silencian sin más, como en el caso de los amores irregulares de Colón con Beatriz Enríquez de Arana y nacimiento de Hernando; o como el secreto de algunos descubrimientos[34]; o el de los cargamentos de esclavos indios enviados a Castilla poco antes de ser depuesto. En otras ocasiones, si el silencio es demasiado ostensible, mezclará momentos históricos y confundirá[35]. También es digna de ser resaltada la labor de retoque hernandino de algunas ideas cosmográficas del *infalible* Colón; ideas que en 1537, en que Hernando escribe, la realidad había demostrado que eran equivocadas[36].

Evolución historiográfica[37]

El manuscrito original de don Hernando Colón se ha perdido. No obstante, sabemos por el prólogo que fue Luis Colón, Tercer Almirante de las Indias y sobrino de don Hernando quien lo cedió a Baliano de Fornari, persona principal de Génova. Este se comprometió a editarlo en castellano, italiano y latín. Con tal propósito se desplazó a Venecia y encargó la edición a Juan Bautista Marino, quien a su vez delegó en Moleto. Por fin, la obra vio la luz en Venecia el 25 de abril de 1571. De

las tres ediciones proyectadas (español, italiano y latín) sólo apareció la versión italiana. El encargado de hacer la traducción del manuscrito original fue el hidalgo extremeño Alfonso de Ulloa, quien tenía en su haber más de media vida en Italia, experiencia en este trabajo y reconocida fama. El título con que apareció el escrito de don Hernando en italiano fue el siguiente: *Historie del S. D. Fernando Colombo; nelle s'ha particolare et vera relatione della vita e de fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre*.

Esta obra alcanzó pronto gran difusión por Italia y fuera de ella. La primera edición en castellano no llega hasta 1749 y la realizó con muchos errores A. González Barcia, titulándola *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón*. Este título o el más abreviado de *Historia del Almirante* no se corresponde con la traducción literal italiana (historie: historias, relatos, narraciones); sin embargo, hizo fortuna y hoy se acepta sin más discusión.

Como ediciones más modernas y mejores que la de Barcia se deben destacar principalmente dos: la preparada por Manuel Serrano y Sanz: *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, Madrid, 1932, a la que aludiremos al final de este capítulo; y la que realizó Ramón Iglesia: *Vida del Almirante don Cristóbal Colón* (México, 1947).

Desde hace más de un siglo se viene discutiendo sobre la autenticidad de la *Historia del Almirante*. Y la llama sigue aún viva. Hay opiniones para todos los gustos, que en un ejercicio de apretadísima síntesis podríamos clasificar en *tres* grupos, principalmente:

a) Los que niegan que Hernando sea el autor total o parcial de la obra. Bartolomé José Gallardo y H. Harrisse fueron sus primeros animadores, a principios del último tercio del siglo pasado. Atribuyeron a pluma impostora —que no a Hernando

— la labor de quitar, poner, olvidar y confundir. Entrados en el siglo XX, algunos relacionarán esa pluma impostora con Bartolomé de Las Casas, tras de lo cual los gritos lascasistas hicieron retumbar los cielos y corrió tinta a raudales.

b) Un segundo grupo lo forman aquellos que aceptan a Hernando como autor de una parte de la *Historia del Almirante*, aquella que se refiere a los viajes y descubrimientos colombinos, pero rechazan como impropios de su mano otros capítulos, especialmente los primeros, aquellos que tratan de la etapa colombina anterior a 1492; ven interpolaciones por todas partes. Sin embargo, se mueven en el terreno de la conjetura, razonable muchas veces y siempre discutible.

c) Un tercer grupo defiende que la *Historia del Almirante* es obra totalmente hernandina, pero reconoce al mismo tiempo que por diversos motivos (sea por culpa o interés del propio Hernando, sea por ligereza o desconocimiento del traductor del manuscrito español al italiano) dicha obra no es del todo fiable. La enojosa parcialidad de Hernando y la tendenciosa manera que tenía de enjuiciar todo lo que afectara negativamente a su padre, están siendo aclaradas sin cesar por los historiadores. Y cuanto más se esclarecen los enigmas colombinos, mayor lógica adquiere toda la sarta de imprecisiones, lagunas informativas, aparentes incoherencias, etc., que a muchos habían parecido incomprensibles, tratándose de una personalidad como la de don Hernando.

Hemos insistido en los puntos más conflictivos, más polémicos. Sin embargo, nadie pone en duda los valores de la *Historia del Almirante*. Es una fuente de manejo imprescindible para el historiador del descubrimiento de América. Algunos documentos colombinos hoy perdidos los conocemos gracias a esta obra; la discutida carta de Toscanelli sólo es transmitida por Hernando; el relato de fray Ramón Pané merece en favor de don Hernando todas las alabanzas imaginables por haberlo in-

cluido en su obra y salvado para la posteridad; su relato del cuarto viaje colombino siendo testigo del mismo lo convierten en pieza capital. Y así un sinfín de pasajes, testimonios y noticias varias desgranados a lo largo de todas sus páginas.

Nos ha servido de texto base para esta edición el que publicara Manuel Serrano y Sanz en 1932, si bien con algunas modificaciones de léxico y de puntuación, con el fin de lograr una mayor claridad. También hemos realizado correcciones en algunos giros, a la vez que rectificado ciertos errores que no constaron en la versión italiana, Y todas las variaciones efectuadas han sido debidamente contrastadas con la versión italiana de Alfonso de Ulloa.

Una vida dedicada a los libros

De las muchas y grandes obras emprendidas por don Hernando, la principal, la que resume más justamente su vida toda *fue querer juntar todos los libros de todas las lenguas y facultades que por la Cristiandad y fuera della se pudiesen hallar*[38]. Con estas palabras el albacea Marcos Felipe definía la verdadera pasión que tuvo en vida su amigo Hernando. Y fue también en ese empeño donde más y mejor puso a prueba aquella condición y costumbre suya *de dar a sus cosas toda la mayor perfección que en esta vida pudiesen tener*. Asomarse a su librería particular, conocida hoy universalmente como «Biblioteca Colombina», es la manera más cumplida de comprobar estos dos testimonios[39]. Fue el legado más señero que dejó a la posteridad.

Cantidad, calidad, variedad y organización interna son reconocidos como cuatro signos de distinción que engrandecen su Biblioteca. La *cantidad* de libros reunidos —después de que la fantasía de otros tiempos jugara con los números— sobrepasaba algo los 15.300. De ellos más del 90 por 100 serían impresos, y el resto manuscritos. A veces, sólo comparando se alcanza la verdadera dimensión de las cosas. Con la imprenta empezando

a generalizarse por toda Europa, la Librería de don Hernando fue considerada con razón la biblioteca particular más voluminosa de toda Europa.

La *calidad* no andaba a la zaga. Encargado personalmente de seleccionar y adquirir los libros, se guió siempre de su vasta cultura, capacidad crítica y una perfecta información sobre las novedades del mercado. Consta que a veces no le importaba comprar diversas ediciones de un mismo libro, y, una vez compradas, se quedaba con la mejor aunque no fuera la más moderna, y se desprendía de las demás.

La *variedad* ha sido otra de las peculiaridades de su librería que más ha llamado la atención a los estudiosos. No estamos ante un simple librero o ante un especialista de una determinada materia científica —dice Marín—, sino ante un bibliófilo universal que quería abarcar cualquier campo del saber. Dice mucho de su capacidad y preparación el criterio selectivo y certero demostrado a la hora de adquirir toda clase de libros.

En su testamento aconseja a su heredero que del dinero a gastar en la adquisición de libros para la Biblioteca (100 ducados anuales) se concertase con los grandes mercaderes de las principales ciudades impresoras de Europa para que enviaran las novedades que fuesen saliendo; y que no olvidase también hacer lo mismo con algunos libreros pequeños que se ocupasen de las *obrecillas pequeñas... coplas e refranes y otras cosillas que también se han de tener en la librería*[40]. Centrado en el caso español, el bibliófilo cordobés llegó a reunir en la Colombina una variada producción de cancioneros y poesía popular del siglo XVI. Por todas estas singularidades don Hernando pudo sentirse orgulloso de haber levantado con su esfuerzo y fortuna la *Biblioteca privada más numerosa y selecta que había tenido Europa hasta* 1540.

El último punto a destacar se refiere a la *estructura y organización interna* de la Biblioteca pensada por el mismo Hernando con criterios de racionalidad moderna. La clave para seguir el método empleado en la Colombina han sido los amplios repertorios bibliográficos (que algunos historiadores anteriores al profesor Marín preferían denominar catálogos, inventarios e índices) que forman muchos millares de páginas manuscritas. Estos repertorios, una vez descubiertas todas sus claves internas, son los que han convertido a Hernando en un adelantado genial de la biblioteconomía moderna.

En un *registro* o índice numeral (topográfico) de los libros adquiridos e incorporados a la Biblioteca se hacía constar, entre otras muchas cosas, el número, título, autor, división interna del libro (partes en que se divide, etc), aspectos del principio y del final (*incipit* o *desinit*), añadidos al texto principal, datos de imprenta y comerciales, además de otros detalles personales (lugar de adquisición, obsequios, dedicatorias, etcétera).

El índice general alfabético o *Autores* ordenaba por orden alfabético a los autores y todas las obras escritas por ellos, con el fin de allanar el camino al estudioso.

El libro de los Epítomes contendría, según Hernando, *la suma y sustancia de lo que cada libro contiene, que, en efecto, es un epítome o argumento de tal libro*.

El libro de las materias o *proposiciones* pretendía facilitar la tarea a los que quisieran tratar de una materia concreta, ordenando alfabéticamente tales temas, y los autores y libros donde cualquiera podría hallarlos. Tal libro sería general para todas las ciencias y disciplinas.

Todo esto, con ser lo más sobresaliente como plasmación innovadora, no fue lo único. Es preciso citar, aunque sólo sea de corrida, algunos otros esfuerzos relativos a la labor de catalogación, como los repertorios o índices de autores y ciencias, de

pinturas o grabados, del Diccionario o vocabulario latino, y, sobre todo, el proyecto de *Catálogo Concordado*, el cual, pensado tal vez para relacionar el libro de Epítomes con el de materias, quedó solamente esbozado. A pesar de ello es considerado actualmente de gran valor bibliográfico y erudito.

Más de treinta años le costó al hijo de Beatriz Enríquez de Arana formar su librería particular. Sus aficiones primeras parecen brotar con el siglo. Los años de 1508-9 suelen aceptarse como fecha inicial de la librería Hernandina. Y a finales de 1509 nadie duda de que las cuatro arcas con un total de más de 238 libros que a su regreso a Castilla quedaban en Santo Domingo pertenecían a Hernando como depositario y heredero intelectual de su padre. En consecuencia, la Biblioteca Colombina tiene su embrión en las obras que pertenecieron a la familia (sobre todo a don Cristóbal y a Bartolomé Colón), crecerá con obsequios y donaciones y se multiplicará ininterrumpidamente, sobre todo con las compras hechas por él hasta poco antes de morir.

Como si de hacer honor al apellido se tratara, Hernando fue un viajero incansable. No le permitieron ir a descubrir nuevas tierras cuando él se ofreció y por eso sus rumbos fueron las viejas rutas y ciudades de Europa en busca de saber y de libros. Conocedor de los grandes centros impresores del Viejo Continente, aconsejaba con conocimiento de causa, en su testamento, no descuidar seis grandes ciudades punteras en este comercio: Roma, Venecia, Nuremberg, Amberes, París y Lyon. Venía a decir sin ambages que para un bibliófilo español, amigo de estar al día y poder comprar lo último en libros de estampa, no bastaba sólo con frecuentar los centros peninsulares de Sevilla y Salamanca, aunque habían alcanzado reconocida fama en los mercados de libros europeos.

La costumbre hernandina de registrar sus adquisiciones con noticias curiosas sobre el precio, la fecha y el lugar donde con-

seguía los libros ha permitido reconstruir el itinerario de muchos de sus viajes por Europa. Desde 1512 a 1536 se mueve preferentemente por Italia; con menos frecuencia, por la ruta sembrada de ciudades que llega hasta Flandes; tampoco olvidó hacer alguna incursión por Francia.

Para viajes de negocios, que así es como debieran calificarse principalmente estos desplazamientos de don Hernando por Europa, lo mismo que cualquier otro en ocupación semejante precisaba ir pertrechado, más que de dinero, de suficientes cartas de crédito avaladas por una buena relación con las principales casas comerciales que operaban en Europa. Con todo ello, un viaje que se prolongara excesivamente o una compra que sobrepasara los cálculos iniciales podía ser resuelta al instante, convirtiendo en dinero efectivo los documentos de crédito. Así es como se movió Hernando.

Los banqueros y mercaderes genoveses, metidos en negocios frecuentes con los Colón y con oficinas abiertas en las principales ciudades cubrieron sus necesidades de dinero y se hacían cargo del transporte a Sevilla de los libros adquiridos.

A modo de ejemplo de lo que debieron ser estos desplazamientos hernandinos sirva el viaje que realizó entre 1520 y 1522 formando parte del séquito de Carlos I. No se le conoce cometido oficial alguno, como no fuera el de asesor al Emperador en temas cosmográficos, en lo que se le tenía ya por experto. Lo que sí se demuestra es que gozó de gran libertad de movimientos para cumplir con el rito de visitar libreros y adquirir abundante mercancía. A finales de 1520 había recorrido las principales ciudades alemanas de la línea del Rhin, para seguir al año siguiente por tierras italianas, con Venecia como punto de destino.

En todo ese recorrido comprará más de 1600 libros, la inmensa mayoría en la ciudad de los canales. Aquí tuvo que recu-

rrir a un préstamo de 200 ducados concedido por Octaviano Grimaldi el 25 de junio de 1521. Y este mismo mercader genovés será el encargado de transportar los libros por mar a Sevilla. Aunque sabemos que el barco se hundió y los libros se perdieron, conocemos las referencias debido al cuidado de registrarlos antes de dejar Venecia, lo que Hernando realizó. De regreso al Norte para unirse al séquito imperial siguió su afán de comprar y comprar, sumando a las anteriores adquisiciones otros 3000 ejemplares. En suma, la cosecha total de este viaje que duró dos años alcanzó más de 4500 libros.

En este contexto de hombre precavido y meticuloso, experimentado en recorrer caminos y mucho mundo europeo, y sobre todo en querer lo mejor para su Biblioteca hay que leer y entender un pasaje de su testamento, criticado por demás. A las puertas de la muerte, aconsejaba que en el futuro el encargado de comprar libros para la Colombina (sumista) se pusiera siempre en relación con mercaderes genoveses como experimentados y eficaces, y en saliendo al exterior que el dicho sumista sea o parezca italiano, alemán o francés antes que español pues *va más seguro fuera de España y le miran con mejores ojos que no al español y esto tengo muy experimentado; y cuando andaba fuera destos reinos* (de España) *hablaba italiano do quiera que fuese por no ser conoscido por español; y con esto, bendito Nuestro Señor, me escapé de muchos peligros en que me vi y en que fenesciera si supieran que era español*[41].

Serrano y Sanz[42], algo escorado de anticolombinismo, quiso ver en este pasaje un pecado de ingratitud hacia España por parte de Hernando Colón. No hay que forzar las interpretaciones. Esto se llama pura y simplemente pragmatismo, sentido común y conocer el terreno que pisa. Y lo dice un hombre que ha pasado por Venecia cuando los ejércitos de esa República luchaban contra los de España; y por Roma cuando aún seguía vivo el recuerdo de las tropas de Carlos V saqueando la Ciudad

Eterna; o por Milán con los españoles en armas recorriéndolo incesantemente; y por las ciudades alemanas en pleno fervor de lucha religiosa; o por Lyon, ciudad francesa y, como tal, rival de la gran potencia española.

Orgulloso de su obra y consciente de haber creado algo grande con sabor a posteridad, quiso que se conociera y se identificara obra y personaje, según el mejor espíritu renacentista, y así ordenó que todos sus libros llevaran esta inscripción: *D. Fernando Colón, hijo de D. Cristóbal, primer Almirante que descubrió las Indias, dejó sus libros para uso y provecho de sus prójimos; rogad a Dios por él.*

Hasta la losa que cubriría su sepultura en el trascoro de la catedral sevillana quiso que recordara su Biblioteca, Junto a su nombre y al recuerdo paterno, se colocaría en el centro su escudo de armas y a los lados cuatro libros abiertos que eran el resumen de su biblioteca: *Autores, ciencias, epítomes y materias*.

Para no perder lo que tanto le costó levantar, Hernando destapó una vez más sus esencias previsoras, aunque de poco le sirvieron. En el año 1526 empezó a edificar una casa en un solar cedido por el Concejo hispalense junto a la puerta de Goles (hoy Puerta Real), a orillas del Guadalquivir. Todo el espléndido conjunto, casa y huerta, se transformó a su terminación en uno de los lugares más hermosos de Sevilla, según lo alaban los contemporáneos. Y creado el marco idóneo, el hacedor de la Librería dispuso el reglamento. Algunas cláusulas testamentarias retratan por sí solas al personaje que tenemos delante: hombre extremadamente cicatero, detallista y previsor. A modo de ejemplo, sirvan algunas observaciones:

Los libros se mantendrán todos reunidos y quien herede la Biblioteca será a condición de conservarla y acrecentarla. Se cuidará la colocación de cada ejemplar. Se separará el recinto reservado a los libros del público con una reja, la cual se man-

tendrá incluso cuando el interesado tenga que leer o consultar algo; en ese caso, se colocará en un sitio donde la reja tenga un hueco en que quepa la mano para pasar las hojas *pues que vemos que es imposible guardarse los libros aunque tengan cien cadenas*. No se prestará ni se sacará ejemplar alguno bajo fuertes penas, La plaza de encargado de la Librería (sumista) se cubrirá por oposición a celebrar en Salamanca con obligación de que el ganador ocupe ese puesto tres años como mínimo.

Sólo a finales de 1536 se le concederá una pensión vitalicia de 500 pesos de oro, situada sobre las rentas de Cuba, *para ayuda a la sustentación y de la Librería que hace en la ciudad de Sevilla*. Era una merced que Hernando quiso convertir en perpetua, pero acaso la muerte repentina truncó su deseo y tramitación.

Don Hernando instituyó heredero universal de la Biblioteca y de sus bienes, que se emplearían como fondo para ella, a su sobrino, el Almirante Luis Colón, y a sus sucesores en el mayorazgo, a condición de que se comprometiesen a gastar cien mil maravedíes en la salvaguarda y acrecentamiento de la misma. De no ser así, sucedería con las mismas condiciones el Cabildo de la Catedral de Sevilla o el monasterio de San Pablo, por este orden. En último extremo, si ninguna de estas instituciones mostraba interés, sería entregado en depósito al monasterio cartujo de las Cuevas.

De poco sirvió tanta meticulosidad. Tras la muerte de Hernando Colón, el 12 de julio de 1539, todo se desmoronó ante la indiferencia general. El joven Almirante de las Indias Luis Colón, y su tutora y madre doña María de Toledo mostraron escaso interés por hacerse cargo de la Biblioteca[43]. Ante el silencio de la familia, el Cabildo de la Catedral hizo un requerimiento notarial (24 de septiembre de 1540) para que aceptasen o renunciasen a la mencionada herencia, En 1544, doña María de Toledo, saltándose las cláusulas testamentarias, cedió en depósito la Biblioteca al monasterio dominico de San Pablo, sin du-

da por consejo de su hermano, el fraile de la misma Orden Antonio de Toledo.

Ocho años después, el 31 de marzo de 1552, tras recurrir el Cabildo ante la Cancillería de Granada y fallar ésta a su favor, la Biblioteca Colombina pasó a ocupar una de las dependencias catedralicias, en la nave nordeste (también conocida como del Lagarto) que da al patio de los Naranjos. Tampoco cumplieron sus obligaciones, pero ya no salió de allí.

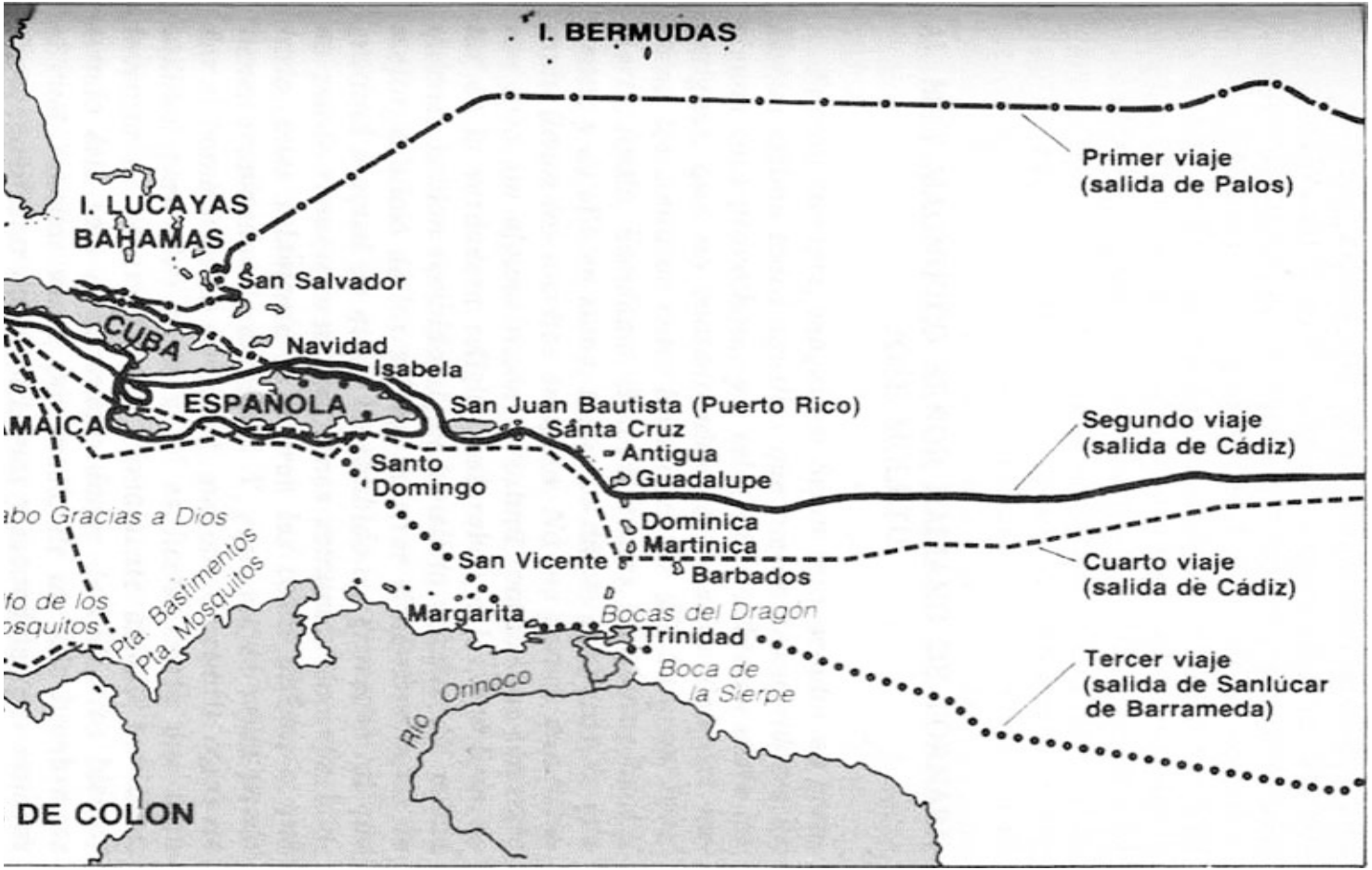
De aquel tesoro bibliográfico de más de 15 300 ejemplares dejados por su fundador conservamos hoy en día unos 5000. El resto se fue perdiendo entre trasiegos, el abandono y la desidia general. La casa terminó siendo embargada; hubo pleito y en 1563 la familia Colón renunció a todo derecho sobre la Casa y la Huerta de Goles a cambio de una indemnización de 600 ducados. Dos siglos después, de la espléndida mansión hernandina no quedaba piedra sobre piedra. Por la misma fecha, aún se elevaba en la huerta un hermoso zapote nombrado por los sevillanos el árbol de Colón.

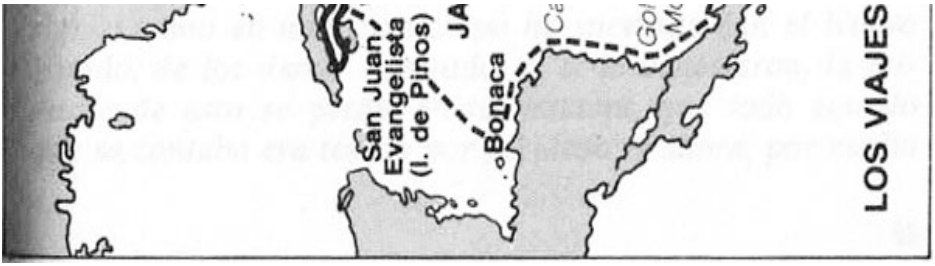
Como final de la faceta bibliográfica de don Hernando Colón sirvan las ajustadas palabras con que cierra su libro el profesor Marín: *Si su padre, al morir en* 1506, *dejó multiplicado o en vías de multiplicarse casi por dos el mapa geográfico del mundo, el de la historia del saber humano y sus manifestaciones bibliográficas quien lo recompuso y aumentó en proporción infinitamente mayor fue el hijo, con los libros tan afanosamente reunidos, pero sobre todo con los Repertorios tan obsesivamente elaborados*.

Para unos hablar de don Hernando Colón es identificarlo con la *Historia del Almirante*; para otros es imaginarlo rodeado de libros, El historiador polémico frente al erudito elogiado por todos; el apasionado, frente al racionalista y frío; el defensor acérrimo de privilegios trasnochados y medievales, frente al adelantado a su tiempo, representante de la modernidad hu-

manista. He aquí las dos caras de un mismo personaje. He aquí el drama de don Hernando Colón.

Luis Arranz
Madrid, verano de 1984


I. BERMUDAS
Primer viaje
(salida de Palos)
I. LUCAYAS
BAHAMAS
San Salvador
CUBA
Navidad
Isabela
ESPAÑOLA
San Juan Bautista (Puerto Rico)
Santa Cruz
Antigua
Guadalupe
Segundo viaje
(salida de Cádiz)
Santo
Domingo
Dominica
Martinica
Barbados
San Vicente
Cuarto viaje
(salida de Cádiz)
Margarita
Bocas del Dragon
Trinidad
Boca de
la Sierpe
Tercer viaje
(salida de Sanlúcar
de Barrameda)
Rio Orinoco
Pta. Bastimentos
Pta. Mosquitos
DE COLON


San Juan
Evangelista
(I. de Pinos)
JA
Bonaca
Ca
Go
Mo
LOS VIAJES

AL MUY MAGNÍFICO SEÑOR BALIANO DE FORNARI, JOSÉ MOLETO

Fueron siempre, magnífico Señor mío, tenidos en grandísima estima todos aquellos que fueron descubridores de alguna cosa provechosa; y a tal aprecio subieron entre los antiguas, que, no contentándose con darles alabanza humana, los contaron entre los dioses. De allí, Saturno, Jove, Marte, Apolo, Esculapio, Baco, Hércules, Mercurio, Palas y Ceres; y de allí, en suma, todos los dioses gentílicos de que están llenos los escritos antiguos. No me parece que hicieron esto sin alguna razón verosímil, porque no teniendo luz de la verdadera religión, adoraban a los hombres de quienes habían recibido algún beneficio notable. Ni puede mejor, a juicio de los sabios, mostrar el hombre señal de gratitud a aquel de quien ha recibido un provecho tal que no puede remunerarse con dones comunes, sino con honrarlo, pues solamente se honran las cosas divinas o que tienen resplandor de divinidad. Y, ¿qué mayor señal puede dar el hombre de su divinidad, que con descubrir cosas de utilidad para otro hombre? Y es hecho cierto que todo inventor de cosas útiles es sumamente amado por Dios, siendo éste sólo el verdadero dador de todos los bienes; el cual, muchas veces, por medio de un solo hombre, se digna manifestar cosas rarísimas y escondidas por muchos siglos; como en nuestro tiempo ha sucedido con el Nuevo Mundo, de los demás ignorado, o, si lo conocieron, la memoria de esto se perdió en tal manera, que todo aquello que se contaba era tenido por fabuloso; y ahora, por medio del ilustre D. Cristóbal Colón, hombre verdaderamente divino, le ha placido manifestarlo. Por lo cual, de esto cabe deducir primeramente, que este varón singularísimo, fue muy grato al eterno Dios, y, por

tanto, se puede afirmar que si hubiese vivido en la Edad Antigua, no solamente los hombres, por tan magna obra, le habrían contado y puesto en el número de los dioses, más aún le hubiesen hecho el príncipe de éstos. Y es cosa cierta que no puede esta época honrarlo tanto que no sea digno de mayor honra. Y es digno de grandísima alabanza quien se consagra a la inmortalidad de un hombre tan esclarecido, verdaderamente digno de vivir en la memoria de los hombres mientras dura el mundo; como se ve que ha hecho vuestra señoría, que con tanta diligencia ha procurado que salga a luz la vida de tan egregia persona, escrita, ha tiempo, por el ilustre D. Hernando Colombo, segundo hijo del mencionado D. Cristóbal, Cosmógrafo mayor del invictísimo Carlos V. Fue D. Hernando de no menos valer que su padre, y dotado de más letras y ciencias que éste; el cual dejó a la Iglesia mayor de Sevilla, donde hoy se ve honrosamente sepultado, una librería, no sólo numerosísima, mas también riquísima y llena de muchos libros rarísimos de toda Facultad y Ciencia; la cual, quienes la han visto, la juzgan una de las cosas más notables de toda Europa. Resulta indudable que su Historia *es verdadera, pues la escribió el hijo con relaciones y cartas y con mucha prudencia. También está fuera de sospecha que no fuese escrito por manos del susodicho ilustre D. Hernando, y que lo que ha visto vuestra señoría, no sea el mismo original, pues a vuestra señoría le dio por tal el ilustre D. Luis Colombo, muy amigo de vuestra señoría, y el día de hoy Almirante de Su Majestad Católica; fue sobrino del dicho D. Hernando, e hijo del ilustre D. Diego, primogénito de D. Cristóbal; el cual D. Diego heredó el estado, y la dignidad de su padre. Del buen ánimo de dicho D. Luis no se puede decir tanto que lo sea más vuestra señoría, por lo que, como caballero de honor, de suma bondad, y deseoso de que la gloria de tan excelente varón quede siempre inmortal, no mirando a su edad, de setenta años, ni a la estación, ni a lo largo del viaje, vino de Génova a Venecia con propósito de hacer imprimir el mencionado libro, tanto en lengua castellana, en la que fue escrito, como en la italiana, y aun con designio de mandar traducirlo a la*

latina, para que del todo pudiera hacerse clara y manifiesta la verdad de los hechos de hombre tan eminente, ciertamente gloria de Italia, y en especial de la patria de vuestra señoría. Mas viendo el mucho tiempo que esto exigía, obligado por sus muchas ocupaciones, públicas y particulares, a volver a su ciudad, se encargó de ello el Sr. Juan Bautista de Marino, caballero adornado de nobilísimas cualidades, de mucho ánima y muy estudioso; el cual, siendo como es muy señor mío, ha querido que fuese mío en buena parte el afán de tal negocio, y yo no he intentado eludirme, sabiendo que daría gusto al mencionado señor y que a vuestra señoría no le sería desagradable, observándolo yo como fue.

He, aquí, pues, señor mío, que el libro se publica, y con razón, bajo el nombre de vuestra señoría, como de quien ha procurado con tanta fatiga que se imprima y de quien he recibido tan diligente ayuda.

Siendo casi como obra vuestra, es justo que los efectos retornen y se reflejen en su causa. Recibid, pues, señor, con alegre semblante, vuestro libro, y tenedme siempre por afectísimo.

De Venecia, el día 25 de Abril de 1571.

PROEMIO DEL AUTOR

Siendo yo hijo del Almirante D. Cristóbal Colón, varón digno de eterna memoria, que descubrió las Indias Occidentales, y habiendo navegado con él algún tiempo, parecía que, entre las demás cosas que he escrito, debía ser una y la principal su vida y el maravilloso descubrimiento que del Nuevo Mundo y de las Indias hizo; pues los ásperos y continuos trabajos y la enfermedad que sufrió, no le dieron tiempo para convertir sus memorias en Historia. Yo me apartaba de esta empresa sabiendo que otros muchos la habían intentado; pero leyendo sus obras, hallé lo que suele acontecer en la mayor parte de los historiadores, los cuales engrandecen o disminuyen algunas cosas, o callan lo que justamente debían escribir con mucha particularidad. Mas yo determiné tomar a mi cargo el empeño y fatiga de esta obra, creyendo será mejor para mí tolerar lo que quisiere decirse contra mi estilo y atrevimiento, que dejar sepultada la verdad de lo que pertenece a varón tan ilustre, pues puedo consolarme con que si en esta obra mía se hallare algún defecto, no será el que padecen la mayor parte de los historiadores, que es la poca e incierta verdad de lo que escriben. Por lo cual, solamente de los escritos y cartas que quedaron del mismo Almirante, y de lo que yo vi, estando presente, recogeré lo que pertenece a su vida e historia; y si sospechase alguno que añado algo de mi paño, esté cierto que de esto no podía seguírseme ninguna utilidad en la otra vida, y que si diese algún fruto mi trabajo, gozarán de él solamente los lectores.

CAPITULO PRIMERO

De la patria, origen y nombre del Almirante Cristóbal Colón

Por cuanto una de las cosas principales que se requiere a la historia de todo hombre cuerdo, es que se sepa su patria y origen, porque suelen ser más estimados aquellos que proceden de grandes ciudades y de generosos ascendientes, algunos querían que yo me ocupase en declarar y decir cómo el Almirante procedió de sangre ilustre, aunque sus padres, por mala fortuna, hubiesen venido a grande necesidad y pobreza, y que hubiese mostrado cómo procedían de aquel Colón, de quien Cornelio Tácito, en el principio del duodécimo libro de su obra, dice que llevó preso a Roma al Rey Mitridates, por lo cual, dice que a Colón fueron dados, al pueblo, las dignidades Consulares y las Aguilas[44], y tribunal o tienda Consular; y querían que yo hiciese gran cuenta de aquellos dos ilustres Colones sus parientes, de quienes el Sabélico escribe una grande victoria contra vecenianos alcanzada, según en el quinto capítulo por nos se dirá; pero yo me retiré deste trabajo, creyendo que él hubiese sido elegido de Nuestro Señor para una cosa tan grande como la que hizo; y porque había de ser así verdadero Apóstol suyo, cuanto en efecto fue, quiso que en este caso imitase a los otros, los cuales, para publicar su nombre, los eligió [Cristo] del mar y de la ribera, y no ya de altezas y palacios, y que al mismo imitase, que siendo sus antecesores de la sangre Real de Jerasulán, tuvo por bien que sus padres fuesen menos conocidos.

De manera que cuan apta fue su persona y dotada de todo aquello que para cosa tan grande convenía, tanto más quiso que

su patria y origen fuesen menos ciertos y conocidos. Por lo cual, algunos, que en cierta manera piensan oscurecer su fama, dicen que fue de Nervi; otros, que de Cugureo, y otros de Buyasco, que todos son lugares pequeños, cerca de la ciudad de Génova y en su misma ribera; y otros, que quieren engrandecerle más, dicen que era de Savona, y otros que genovés; y aun los que más le suben a la cumbre, le hacen de Plasencia, en la cual ciudad hay algunas personas honradas de su familia, y sepulturas con armas y epitafios de Colombo, porque en efecto éste era ya el sobrenombre, o apellido de sus mayores, aunque él, conforme a la patria donde fue a morar y a comenzar nuevo estado, limóle evocablo para que se conformase con el antiguo, y distinguió aquellos que de él procedieron, de todos los otros que eran colaterales, y así se llamó Colón[45]. Considerado esto, me moví a creer que así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por algún misterio, así aquello que toca a la variedad de tal nombre y apellido no fue sin misterio. Muchos nombres podríamos traer por ejemplo, que no sin causa oculta fueron puestos para indicio del efecto que había de suceder, como aquello que toca al que fue pronosticado, la maravilla y novedad de lo que hizo; porque si miramos al común apellido o sobrenombre de sus mayores, diremos que verdaderamente fue Colombo, o Palomo, en cuanto trajo la gracia del Espíritu Santo a aquel Nuevo Mundo que él descubrió, mostrando, según que en bautismo de San Juan Bautista el Espíritu Santo en figura de paloma mostró que era el hijo amado de Dios, que allí no se conocía; y porque sobre las aguas del Océano también llevó, como la paloma de Noé, oliva, y el óleo del Bautismo, por la unión y paz que aquellas gentes con la Iglesia habían de tener, pues estaban encerrados en el arca de las tinieblas y confusión; por consiguiente, le vino A propósito el sobrenombre de Colón, que él volvió a renovar, porque en griego quiere decir miembro, porque siendo su propio nombre Cristóbal, se supie-

se de auténtico, es a saber, de Cristo, por quien para la salud de aquellas gentes había de ser enviado; y luego, si queremos reducir su nombre a la pronunciación latina, que es Christophorus Colonus, diremos que así como se dice que San Cristóbal tuvo aquel nombre porque pasaba a Cristo por la profundidad de las aguas con tanto peligro, por lo cual fue llamado Cristóbal, y así como llevaba y traía a las gentes, las cuales otra persona no fuera bastante para pasarlos, así el Almirante, que fue Cristóbal Colón, pidiendo a Cristo su ayuda y que le favoreciese en aquel peligro de su pasaje, pasó él y sus ministros, para que fueran aquellas gentes indianas colonos y moradores de la Iglesia triunfante de los cielos; pues es bien de creer que muchas almas, las cuales Satanás esperaba haber de gozar, no habiendo quien las pasase por aquella agua del Bautismo, hayan sido hechas por él colonos o ciudadanos y moradores de la eterna gloria del Paraíso.

CAPITULO II

Quiénes fueron el padre y la madre del Almirante, y sus cualidades, y la falsa relación que un cierto Justiniano hace de su ejercicio antes que adquiriese el título de Almirante

Dejando ahora la etimología o derivación y significación del nombre del Almirante, y volviendo a las calidades y personas de sus padres, digo que, si bien ellos fueron buenos en virtud, habiendo sido por ocasión de las guerras y parcialidades y pobreza, no hallo qué forma vieron y moraron, aunque el dicho Almirante diga en una carta que su trato y el de sus mayores, fue siempre por mar, y para certificarme mejor, pasando yo por Cuguero[46], procuré tener información de dos hermanos Colombos que eran los más ricos de aquel lugar, y se decía que eran algo deudos suyos; pero porque el menos viejo pasaba de los cien años, no supieron darme noticia de esto; ni creo que por esta ocasión es de menos gloria a nosotros que procedemos de su sangre; y porque tengo yo por mejor que toda la gloria venga a nosotros de la persona del, que el ir buscando si su padre fue mercader, o si iba a caza con halcones, porque de los tales hubo siempre mil en todo lugar cuya memoria al tercero día entre sus mismos vecinos y deudos se fue de corrida y pereció, sin que se sepa si fueron vivos, y por esto estimo yo que menos me puede ilustrar su lustre y nobleza que la gloria que me viene de un tal padre; y pues por sus claros hechos no tuvo necesidad de riquezas de sus predecesores, las cuales, como también la pobreza, no son ruedas de la virtud, sino de la fortuna, a lo menos, por su alto nombre y valor debía ser, al tratar de su profe-

sión los escritores, quitado fuera de mecánicos y de aquellos que ejercitan artes de manos. Lo cual, empero, queriendo alguno afirmar, fundado sobre lo que escribe un cierto Agustín Justiniano en una crónica suya, digo que yo no me pondré en otra manera a negar esto, pidiendo término y manera para probar con testigos lo contrario, porque así como para claridad y verificación de una cosa que hoy en día no es en memoria de hombres, no hace fe, ni es Evangelio, lo que dello escribe el Justiniano, así como tampoco haría fe que yo dijese haber entendido de mil personas lo contrario; no quiero mostrar su falsedad con las historias de los otros que de D. Cristóbal han escrito, sino con las escrituras y testimonio de este mismo autor, en quien se verifica aquel proverbio que dice que el mentiroso tiene necesidad de memoria, porque si le falta se contradirá a lo que antes dijo y afirmó, como en este caso hizo el Justiniano, diciendo en una su comparación de las cuatro lenguas, sobre el Psalterio, en aquel verso: *En toda la tierra salió su sonido*, estas palabras: «este Cristóbal Colombo, habiendo sido en sus tiernos años enseñado o aprendido los principios de las letras, después que fue de edad crecida se dio al arte de navegar y se fue a Lisboa en Portugal, donde enseñó la Cosmografía, y allí le fue enseñada de un hermano suyo que hacía cartas de marear; con lo cual y lo que trataba con los que iban a San Jorge de la Mina de Portugal en Africa, y con lo que él había leído en los cosmógrafos, pensó de poder ir a esas partes y tierras que descubrió»; por las cuales palabras es cosa manifiesta que no ejercitó el arte mecánica o de manos, pues dice que empleó la niñez o juventud en estudiar letras, y la mocedad en la navegación y Cosmografía, y su mayor edad en descubrir tierras; de manera que el mismo Justiniano se convence de falso historiador, y se hace conocer por inconsiderado o parcial y maligno compatriota, porque hablando él de una persona señalada y que dio tanta honra a la patria de quien el mismo Justiniano se hizo cronista y escritor

de sus historias, aunque los padres del Almirante hubieran sido personas viles, era cosa más honesta que él hablase de su origen con aquellas palabras que otros autores en tal caso usan, diciendo nacido en lugar humilde, o de padres pobres, que poner palabras injuriosas, como él las puso en el dicho *Psalterio*, repitiéndolas después en su Crónica, llamándole falsamente artesano[47], que aunque no se hubiera contradicho, la misma razón manifestaba que un hombre el cual en algún arte manual o ministerio hubiese sido ocupado, había de nacer y ocuparse en él para enseñarlo perfectamente, y que no hubiera él andado peregrinando desde su mocedad por tantas tierras, como tampoco habría aprendido tantas letras ni tanta ciencia cuantas sus obras muestran que tuvo, especialmente en las cuatro ciencias más principales que se requieren para hacer lo que él hizo, que son Astrología, Cosmografía, Geometría y Navegación; pero no hay de qué maravillar que el Iustiniano, en este caso, que es culto, se atreva a no decir la verdad, pues en las cosas muy claras de su descubrimiento y navegación, en media hoja de papel que en el dicho *Psalterio* escribió, puso más de doce mentiras, las cuales tocaré con brevedad, no alargándome en darle respuesta, por no interrumpir el hilo de la historia, pues por el curso della y por lo que otros escriben desto se comprobará la falsedad de lo que él dijo.

La primera, pues, es que el Almirante fue a Lisboa a aprender la Cosmografía de un hermano suyo que allí tenía, lo cual es al contrario, porque residía él en la dicha ciudad antes, y enseñó él al hermano lo que supo. La segunda falsedad es que como primero vino él a Castilla, aceptaron los Católicos Reyes Fernando e Isabel su propuesta, después de siete años que por él les fue hecha, huyéndola todos. La tercera falsedad es que él fue a descubrir con dos navíos, lo cual no es así, porque fueron tres carabelas las que él llevó. La cuarta, que la primera isla por él descubierta fue la Española, y no fue sino Guanahani, la cual

llamó el Almirante San Salvador. La quinta falsedad es que la misma Isla Española era de canívales, hombres que comían carne humana, y la verdad es que los moradores que allí fueron hallados fue la mejor gente y más llana que en aquellas parte se hallase. La sexta falsedad es que tomó peleando la primera canoa o barca de los indios que vio, y en contrario se halla que no tuvo guerra en aquel primer viaje con indio ninguno, antes tuvo amistad y estuvo en paz con ellos hasta el día de su partida de la Española. La séptima falsedad es que volvió por las islas Canarias, el cual viaje no es propio de la vuelta de aquellos navíos. La octava cosa falsa es que desde aquella Isla despachó un mensajero a los sobredichos Serenísimos Reyes, y es verdad que él, como ya se ha dicho, no se llegó antes a ella, y fue él mismo mensajero. La nona cosa falsamente escrita es que en el segundo viaje volvió él con doce naos, y está claro que fueron 17. Y la décima mentira es que él llegó a la Española en 20 días, el cual espacio de tiempo es brevísimo para llegar a las primeras islas, y no fue a ellas en dos meses, y fue a las otras mucho antes. La undécima, que súbitamente arribó a la Española con dos navíos, cuando sabemos que fueron tres los que él llevó para ir a Cuba desde la Española. La duodécima falsedad escrita de Justiniano es que la Española se diferencia cuatro horas de España, y el Almirante cuenta más de cinco. Y demás desto, para añadir a las doce, la décimotercera dice que el fin occidental de Cuba dista seis horas de la Española, poniendo más camino de la Española a Cuba del que hay de España a la Española. De manera que de la poca diligencia y cuidado que usó en informarse y escribir la verdad de lo que pertenece a estas cosas tan claras, se puede conocer cómo también se haya informado de aquello que tan escondido estaba, y así él mismo se contradice, según se ha visto[48]. Pero dejando esta diferencia aparte, con la cual pienso haber ya cansado a los lectores, diremos solamente que por los muchos errores y falsedad que en la dicha historia y

en el *Psalterio* de Justiniano se hallan, la Señoría de Génova, considerada la falsedad de su escrito, ha puesto pena a aquellos que la tuvieren o leyeren, y con gran diligencia ha enviado a buscarla en todas partes donde se ha enviado, para que por público decreto sea cancelada y extincta[49]; pero yo volveré a nuestro intento principal, concluyendo con decir que el Almirante fue hombre de letras y de grande experiencia, y que no gastó el tiempo en cosas manuales, ni en arte mecánica, como la grandeza y perpetuidad de sus maravillosos hechos lo requerían, y daré fin a este capítulo con lo que él escribió en una carta suya al ama del Príncipe don Juan de Castilla, con tales palabras: «Yo no soy el primer Almirante de mi familia; pónganme, pues, el nombre que quisieren, que al fin David, Rey sapientísimo, fue guarda de ovejas, y después fue hecho Rey de Jerusalem, y yo siervo soy de aquel mesmo Señor que le puso a él en tal estado».

CAPÍTULO III

De la disposición de cuerpo del Almirante y de las ciencias que aprendió

Fue el Almirante hombre de bien formada y más que mediana estatura; la cara larga, las mejillas un poco altas; sin declinar a gordo o macilento; la nariz aguileña, los ojos garzos; la color blanca, de rojo encendido; en su mocedad tuvo el cabello rubio, pero de treinta años ya le tenía blanco. En el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente; afable en la conversación con los extraños, y con los de casa muy agradable, con modesta y suave gravedad. Fue tan observante de las cosas de la religión, que en los ayunos y en rezar el Oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religión; tan enemigo de juramentos y blasfemias, que yo juro que jamás le vi echar otro juramento que «por San Fernando» y cuando se hallaba más irritado con alguno, era su reprehensión decirle: «*do vos a Dios, ¿porque hiciste esto o dijiste aquello?*»; si alguna vez tenía que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: *Jesús cum María, sit nobis in via*; y con tan buena letra que sólo con aquello podía ganarse el pan.

Dejando otras particularidades que en el contexto de la historia podrían ser escritas a su tiempo, pasaremos a contar las ciencias a que más se aplicó, y diré que siendo de pocos años aprendió las letras y estudió en Pavía[50] lo que le bastó para entender los cosmógrafos, a cuya lección fue muy aficionado, y por cuyo respeto se entregó también a la astrología y geometría; porque tienen estas ciencias tal conexión entre sí, que no

puede estar la una sin la otra, y aun Ptolomeo en el principio de su *Cosmografía,* dice que ninguno puede ser buen cosmógrafo, si también no fuere pintor. Supo también hacer disenos para plantar las tierras y fijar los cuerpos cosmográficos en plano y redondo.

CAPÍTULO IV

De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir a España

Teniendo el Almirante conocimiento de estas ciencias, empezó a atender al mar y hacer algunos viajes a Levante y a Poniente, de los cuales, y otras muchas cosas de sus primeros años, no tengo bastante noticia, porque murió cuando yo no tenía atrevimiento o práctica para preguntárselo, por el respeto de hijo, o para hablar con más brevedad, porque entonces, como muchacho, me hallaba yo muy lejos del pensamiento de escribirlo; pero en una carta que escribió a los Reyes Católicos el año de 1501, a los cuales no podría contar sino aquello que fuese verdad, dice las palabras siguientes:

«Muy altos Reyes: De muy pequeña edad entré en la mar navegando, y lo he continuado hasta hoy; la misma arte inclina, a quien la prosigue, a desear saber los secretos deste mundo; ya pasan de cuarenta años que yo soy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras sectas; a este mi deseo hallé a Nuestro Señor muy propio, y hobe del para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso; de Astrología me dio lo que abastaba, y así de Geometría y Aritmética, e ingenio en el ánima y manos para debujar esta espera[51], y en ella las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver todas escripturas, Cosmografía, historias, crónicas y Filosofía y de

otras artes, de forma que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrasó la voluntad para la ejecución dello, y con este fuego vine a Vuestras Altezas. Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa y burlando la negaban; todas las sciencias que dije no aprovecharon, ni las autoridades dellas; en solo Vuestras Altezas quedó la fe y constancia».

En otra carta que escribió a los Reyes Católicos en el mes de enero del año 1495, desde la Española, contando las variedades y errores que suelen hallarse en las derrotas y los pilotajes, dice:

«A mí acaeció, que el Rey Reynel[52], que Dios tiene, me envió a Túnez, para prender la galeaza *Fernandina*, y estando ya sobre la isla de Sant Pedro, en Cerdeña, me dijo una saetía que estaban con la dicha galeaza dos naos y una carraca[53]; por lo cual se alteró la gente que iba conmigo, y determinaron de no seguir el viaje, salvo de se volver a Marsella por otra nao y más gente. Yo, visto que no podía sin algún arte forzar su voluntad, otorgué su demanda, y mudando el cebo del aguja, di la vela al tiempo que anochecía, y, otro día, al salir el sol, estábamos dentro del cabo de Cartagine, tenido todos ellos por cierto que íbamos a Marsella».

Asimismo en una Memoria o anotación que hizo, mostrando ser habitables todas las cinco zonas, probándolo con la experiencia de las navegaciones, dice:

«Yo navegué el año de cuatrocientos y setenta y siete, en el mes de Hebrero, ultra Tile[54], isla, cient leguas, cuya parte austral dista del equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como algunos dicen, y no está dentro de la línea que incluye el occidente, como dice Ptolomeo, sino mucho más occidental, y a esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercadería, especialmente los de Bristol, y al tiempo que yo a ella fuí, no estaba congelado el mar, aunque había

grandísimas mareas, tanto que en algunas partes dos veces al día subía veinte y cinco brazas, y descendía otras tantas en altura».

Verdad es que Tile, de quien Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde dice y hoy se llama Frislanda; y más adelante, probando que la Equinocial es habitable, también dice: «Yo estuve en el castillo de San Jorge de la Mina[55] del Rey de Portugal, que está debajo de la Equinocial, y soy buen testigo de que no es inhabitable, como quieren algunos»; y en el libro del primer viaje, dice «que vio algunas sirenas en la costa de la Manegueta[56], aunque no eran tan semejantes a las mujeres como las pintan»; y en otro lugar, dice: «Navegando muchas veces desde Lisboa a Guinea, consideré diligentemente, que el grado corresponde en la tierra a 56 millas y dos tercios»; y más adelante dice que en Chios[57], isla del Archipiélago, vio sacar almástiga de algunos árboles; y en otra parte dice: «Veintitrés años he andado por el mar sin salir de él por tiempo que deba descontarse; vi todo el Levante, y todo el Poniente que se cree por navegar hacia el Septentrión, esto es, Inglaterra, y he navegado a Guinea. Pero en ninguna parte he visto tan buenos puertos como estos de la tierra de las Indias»; y más adelante, afirma que empezó a navegar de catorce años, y que siempre siguió el mar. Y en el libro del segundo viaje, dice: «Yo me he hallado traer dos naos y dejar la una en el Puerto Sancto a hacer un poco, en que se detuvo un día, y yo llegue a Lisboa ocho días antes que ella, porque yo llevé tormenta de viento de Sudueste, y ella no sintió sino poco viento Nornordeste, que es contrario».

De manera que de estas autoridades, o testimonios, podemos entender cuán experimentado fue el Almirante en las cosas del mar, y las muchas tierras y lugares por los que anduvo antes que se metiese en la empresa de su descubrimiento.

CAPÍTULO V

De la venida del Almirante a España y de lo que le sucedió en Portugal, que fue la causa del descubrimiento que hizo de las Indias

Cuanto al principio y motivo de la venida del Almirante a España, y de haberse él dado a las cosas de la mar, fue causa un hombre señalado de su nombre y familia, llamado Colombo, muy nombrado por la mar por causa de la armada que él traía contra los infieles, y también por causa de su patria, tal que con su nombre espantaban a los niños en la cuna; cuya persona y armada es de creer que fuesen muy grandes, pues que una vez tomó cuatro galeras gruesas venecianas, cuya grandeza y fortaleza no habría creído sino quien las hubiese visto armadas. Este fue llamado Colombo el Mozo, a diferencia de otro que antes había sido gran hombre por la mar. Del cual Colombo el Mozo escribe Marco Antonio Sabélico, que ha sido otro Tito Livio en nuestros tiempos, en el libro octavo de la décima Década, que cerca del tiempo en que Maximiliano, hijo de Federico Tercero Emperador, fue electo Rey de Romanos, fue enviado desde Venecia a Portugal, por Embajador Jerónimo Donato, para que en nombre público de aquella Señoría diese gracias al Rey D. Juan el Segundo, porque él había vestido y socorrido a toda la chusma y hombres de las dichas galeras gruesas que volvían de Flandes, dándoles ayuda con que pudiesen tornar a Venecia; porque aconteció que ellos habían sido vencidos cerca de Lisboa por Colombo el Mozo, corsario famoso, que los había despojado y echado en tierra. De la cual autoridad, siendo de un hombre tan grave como fue el Sabélico, se puede comprender

la pasión del susodicho Justiniano, pues que en su historia no hizo mención della, para que no se supiese que la familia de los Colombos no era tan baja como él decía. Y si, en fin, calló esto por ignorancia, también es digno de reprensión, por haberse puesto a escribir las historias de su patria, y dejado una victoria tan notable de que los mismos enemigos hacen mención, pues que el historiador contrario hace tanto caudal della, que dice que por eso fueron embiados embajadores al Rey de Portugal. El cual autor, también en el mismo libro octavo, un poco más adelante, aunque tuviese menos obligación de informarse del descubrimiento del Almirante, hace mención dél, sin mezclar aquellas doce mentiras que el Justiniano puso.

Pero tornando al principal propósito, digo que mientras en compañía del dicho Colombo el Mozo navegaba el Almirante, lo cual hizo largo tiempo, sucedió que fueron a buscar cuatro galeras gruesas venecianas que venían de Flandes, y las toparon entre Lisboa y el Cabo de San Vicente, que está en Portugal, y allí combatieron fieramente, y se acercaron de modo que se aferraron de ambas partes con gran odio, hiriéndose sin compasión, lo mismo con armas de mano que con alcancías y otras armas de fuego, de tal manera que habiendo combatido desde la mañana hasta el atardecer, y quedado muerta o herida mucha gente de ambas partes, se pegó el fuego entre la nave del Almirante y una nave gruesa veneciana, y porque estaban trabadas la una y la otra con ganchos y cadenas de hierro, instrumentos que los hombres de mar usan para tales efectos, no podía ser socorrida la una ni la otra, por lo trabadas que se hallaban y por el terror del fuego, el cual en poco espacio creció tanto que el remedio fue saltar al agua los que podían, por morir de aquella manera antes que soportar las llamas; y siendo el Almirante gran nadador, y estando dos leguas o poco más apartado de tierra, tomando un remo que topó, y ayudándose a veces con él, y a veces nadando, plugo a Dios (que le tenía guardado para ma-

yor cosa) darle fuerza que llegase a tierra, aunque tan cansado y trabajado de la humedad del agua que tardó muchos días en reponerse[58]. Y porque no estaba lejos de Lisboa, donde sabía que se hallaban muchos de su nación genovesa, lo más presto que pudo se fue allí, donde siendo conocido dellos, le hicieron tanta cortesía y tan buen acogimiento que puso casa en aquella ciudad y se casó.

Y porque se portaba honradamente y era hombre de hermosa presencia, y que no se apartaba de lo honesto, sucedió que una señora, llamada D.ª Felipa Muñiz, de noble sangre hidalga, Comendadora en el monasterio de Todos los Santos[59], donde el Almirante iba de ordinario a misa, tomó tanta plática y amistad con él que se casaron. Mas porque su suegro, llamado Pedro Muñiz Perestrelo[60], era ya muerto, se fueron a estar con su suegra, la cual, viéndole tan aficionado a la Cosmografía, le contó que su marido había sido gran hombre de mar, y que había ido con otros dos capitanes y licencia del rey de Portugal a descubrir tierra, con pacto de hechas tres partes de lo que se ganase llevase cada uno la suya por suerte. Con cuyo acuerdo, navegando la vuelta de Sudoeste, llegaron a la isla de la Madera y Puerto Santo, que hasta entonces no se habían descubierto; y por ser la isla de la Madera mayor, la dividieron en dos partes, y la tercera fue la isla de Puerto Santo, que cayó en suerte a su suegro Perestrelo, el cual tuvo el gobierno de ella hasta que murió. Y porque vio la suegra que daba mucho gusto al Almirante saber semejantes navegaciones, y la historia de ellas, le dio las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido con lo cual el Almirante se acaloró más, y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses a la Mina y por la costa de Guinea, y le gustaba tratar con los que navegaban por aquellas partes. Y para decir la verdad, yo no sé si durante este matrimonio fue el Almirante a la Mina o a Guinea, según dejo dicho, y la razón lo requiere; pero sea como se

quiera, como una cosa depende de otra, y otra trae otras a la memoria, estando en Portugal empezó a conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaban tan lejos al Mediodía, igualmente podría navegarse la vuelta de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje; por lo que, para confirmarse más en este dictamen, empezó de nuevo a ver los autores de Cosmografía que había leído antes y a considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento, y consiguientemente notaba todos los indicios de que oía hablar a algunas personas y marineros, por si en alguna manera podría ayudarse de ellos. De todas estas cosas supo tan bien valerse el Almirante, que llegó a creer sin ninguna duda que al Occidente de Canarias y de las islas de Cabo-Verde había muchas tierras, que era posible navegar a ellas y descubrirlas[61]. Y para que se vea de cuán débiles argumentos llegó a fabricarse o salir a luz una máquina tan grande, y para satisfacer a muchos que desean saber distintamente los motivos que tuvo para venir en conocimiento de estas tierras y arriesgarse a tomar esta empresa, referiré lo que he hallado en sus escritos sobre esta materia.

CAPÍTULO VI

La principal causa que movió al Almirante a creer que podía descubrir las Indias

Llegando a decir las causas que movieron al Almirante al descubrimiento de las Indias, digo que fueron tres, a saber: fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes. En cuanto al primero, que es razón natural, digo que él consideró que toda el agua y la tierra del universo constituían y formaban una esfera, que podía rodearse de Oriente a Occidente caminando los hombres por ella hasta llegar a estar pies con pies, unos con otros en cualquier parte donde se hallasen opuestos; lo segundo, presupuso y reconoció por autores aprobados que ya se había navegado gran parte de esta esfera, y que para descubrirla y manifestarla toda, no quedaba más de aquel espacio que había al fin Oriente de la India, el cual conocieron Ptolomeo y Marino siguiendo la vía de Oriente, y volverían por nuestro Occidente a las islas de los Azores y de Cabo Verde, que eran entonces la tierra más Occidental descubierta. Lo tercero, consideraba que este espacio referido que está entre el fin oriental, conocido de Marino, y las dichas islas de Cabo Verde, no podía ser más de la tercia parte del círculo mayor de la esfera, pues ya el dicho Marino había descrito hacia Oriente 15 horas o partes de 24 que hay en la redondez del universo, y para llegar a las islas referidas de Cabo Verde faltaban cerca de ocho, porque ni aun el dicho Marino empezó su descripción tan al Poniente. Lo cuarto, hizo cuenta de que habiendo Marino escrito en su *Cosmografía*, 15 horas o

partes de la esfera hacia Oriente, aún no había llegado al fin de la tierra oriental, y la razón precisaba a creer que este fin estuviese más adelante, y consiguientemente cuanto más se extendiese hacia Oriente, tanto más vendría a estar más cercano por nuestro Occidente a las islas de Cabo Verde; de suerte que si fuese mar este espacio, pudiera navegarse fácilmente en pocos días; y si fuese tierra, se descubriría más presto por el mismo Occidente, porque vendría a estar cercana a las mismas islas. A esta razón se junta lo que dice Estrabón en el libro XV de su *Cosmografía*, que ninguno ha llegado con ejército al fin oriental de la India, el cual afirma Ctesias ser tan grande como toda la otra parte de Asia; y Onesicrito afirma ser la tercera parte de la esfera; Nearco, haber cuatro meses de camino, por llano; sin lo que Plinio, en el capítulo XVIII del libro VI, cuenta de ser la India la tercera parte de la tierra; de modo que argüía ser ocasión tal grandeza de que estuviésemos más vecinos a nuestra España por Occidente. La quinta consideración que hacía creer más que aquel espacio fuese pequeño, era la opinión de Alfragano y los que le siguen, que pone la redondez de la tierra mucho menor que los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo a cada grado de ella más que 56 millas y dos tercios[62]; de cuya opinión infería el Almirante que siendo pequeña toda la esfera, de fuerza había de ser pequeño el espacio que Marino dejaba por ignoto, y en poco tiempo navegado; de que infería asimismo que, pues aun todavía no estaba descubierto el fin oriental de la India, sería aquel fin el que está cerca de nosotros por Occidente[63]; y por esta razón podrían llamarse justamente Indias las tierras que descubriesen; en lo cual se ve cuán desvariadamente Maese Rodrigo, arcediano que fue de Reina, en Sevilla, y algunos secuaces suyos, reprendían al Almirante, diciendo que no debían llamarlas Indias porque no son Indias; la verdad es que el Almirante no las llamó Indias porque fuesen vistas y descubiertas por otros, sino porque eran la parte de la India allende

el Ganges, a la cual ningún cosmógrafo señaló los términos a sus confines con otra tierra o provincia, sino con el Océano; y por ser estas tierras la parte oriental de la India no conocida, y porque no tenía nombre particular, las dio el nombre del país más cercano, llamándolas Indias occidentales, mayormente porque sabía ser a todos notorio cuán rica y famosa fuese la India, por lo cual quiso convidar con este nombre a los Reyes Católicos, que estaban dudosos de su empresa, diciendo que iba a descubrir las Indias por la vía de Occidente; y esto fue lo que le movió a desear el partido del rey de Castilla más que el de otro príncipe.

CAPÍTULO VII

La segunda causa que movió al Almirante a descubrir las Indias

El segundo fundamento que dio ánimo al Almirante para la empresa referida, y por el que razonablemente pueden llamarse Indias las tierras que descubrió, fue la autoridad de muchos hombres doctos, que dijeron que desde el fin occidental de Africa y España podía navegarse por el Occidente hasta el fin Oriental de la India, y que no era muy gran mar el que estaba en medio, como afirma Aristóteles en el libro 2, *Del Cielo y del Mundo*, donde dice que desde las Indias se puede pasar a Cádiz en pocos días, lo cual también prueba Averroes sobre el mismo lugar, y Séneca en los *Naturales*, libro 1, teniendo por nada lo que en este mundo se aprende, respecto de lo que se adquiere en la otra vida, dice que desde las últimas partes de España pudiera pasar un navío a las Indias en pocos días con vientos; y si como algunos quieren, hizo este Séneca las tragedias, podemos decir que a este propósito dijo en el coro de la tragedia de *Medea*:

«Venient annis
Secula seris, quibus Occeanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Detegat orbes, nec sit Terris
Ultima Thule».

que quiere decir: «en los últimos años vendrán siglos en que el Océano aflojará las ligaduras y cadenas de las cosas, y se descubrirá una gran tierra, y otro como Tiphis; descubrirá Nuevos Mundos, y no será Thule la última de la tierra»; lo cual se tiene por muy cierto haberse cumplido ahora en la persona del Almirante.

Estrabón, en el primer libro de su *Cosmografía*, dice que el Océano circunda toda la tierra y que al Oriente baña la India y al Occidente, España y Mauritania, y que si no lo impidiese la grandeza del Atlántico, pudiera navegarse de un sitio a otro por el mismo paralelo; y lo vuelve a decir en el libro 2. También Plinio, en el segundo libro de la *Historia Natural*, cap. CXI, dice también que el Océano rodea toda la tierra, y que su anchura de Oriente a Poniente, es la de la India a Cádiz. El mismo, en el capítulo 31 del libro VI, y Solino en el capítulo 68 *De las cosas memorables del mundo*, dicen que desde las islas Gorgóneas, que se cree ser las de Cabo Verde, hay cuarenta días de navegación, por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, las cuales tuvo por cierto el Almirante que fuesen las de las Indias.

Marco Polo[64], veneciano, y Juan de Mandavila[65], en sus *Viajes*, dicen que pasaron mucho más adentro del Oriente de lo que escriben Ptolomeo y Marino; y aunque suceda que no hablen del mar occidental, puede argüirse por lo que describen del Oriente que la India esté vecina a Africa y España; y Pedro de Aliaco[66] en el *Tratado de la imagen del Mundo, De quantitate terrae habilitabilis*, capítulo 8, Julio Capitolinos, de los *Lugares habitables*[67], y en otros muchos tratados, dicen que la India y España son vecinas por Occidente; y en el capítulo 19 de su *Cosmografía*, dice estas palabras: «Según los filósofos y Plinio, el Océano, que se extiende entre los fines de España y del Africa Occidental, y entre el principio de la India, hacia Oriente, no tiene muy largo intervalo, y se tiene por muy cierto que se puede navegar de una parte a otra en pocos días con viento prós-

pero; por lo cual el principio de la India por Oriente no puede distar mucho del fin del Africa, por Occidente».

Esta autoridad y otras semejantes de este autor fueron las que movieron más al Almirante para creer que fuese verdadera su imaginación; como también que un maestro Paulo[68], físico del maestro Domingo Florentin, contemporáneo del mismo Almirante, fue causa, en gran parte, de que emprendiese este viaje con más ánimo; porque siendo el referido maestro Paulo amigo de un Fernando Martínez[69], canónigo de Lisboa, y escribiéndose cartas uno a otro sobre la navegación que se hacía al país de Guinea en tiempo del Rey D. Alfonso de Portugal, y sobre la que podía hacerse en las partes del Occidente, llegó esto a noticia del Almirante, que era curiosísimo de estas cosas, y al instante por medio de Lorenzo Girardi, Florentin, que se hallaba en Lisboa, escribió sobre esto al maestro Paulo, y le envió una esferilla, descubriéndole su intento, a quien el maestro Paulo envió las respuestas en latín, que traducida en vulgar, dice así:

CAPÍTULO VIII

Carta de Paulo, físico florentino, al Almirante, acerca del descubrimiento de las Indias

A Cristóbal Colombo[70], Paulo, físico, salud. Yo veo el magnífico y grande deseo tuyo para haber de pasar adonde nace la especería, y por respuesta de tu carta te envío el treslado de otra carta que ha días yo escribí a un amigo y familiar del Serenísimo Rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla[71], a respuesta de otra que por comisión de Su Alteza me escribió sobre el dicho caso, y te envío otra tal carta de marear, como es la que yo envié, por la cual serás satisfecho de tus demandas; cuyo treslado es el que se sigue: A Fernan Martinez, canónigo de Lisboa, Pauli, físico, salud. Mucho placer hobe de saber la privanza y familiaridad que tienes con vuestro generosísimo y manificentisimo Rey, y bien que otras muchas veces tenga dicho del muy breve camino que hay de aquí a las Indias, adonde nace la especería, por el camino de la mar, más corto que aquel que vosotros haseis para Guinea, dicesme que quiere agora Su Alteza de mi alguna declaración y a ojo demostración, porque se entienda y se pueda tomar el dicho camino; y aunque cognozco de mi que se lo puedo mostrar en forma de esfera como está el mundo, determiné por más fácil obra y mayor inteligencia mostrar el dicho camino por una carta semejante a aquellas que se hacen para navegar, y ansi la envió a S. M, hecha y debujada de mi mano; en la cual está pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlanda al Austro hasta el fin de Guinea, con todas las islas que en este camino son, en frente de las cuales,

derecho por Poniente, está pintado el comienzo de las Indias, con las islas y los lugares adonde podeis desviar para la linea equinocial, y por cuánto espacio, es a saber, en cuantas leguas podeis llegar a aquellos lugares fertilisimos y de toda manera de especeria y de joyas y piedras preciosas: y no tengais a maravilla si yo llamo Poniente adonde nace la especeria, porque en comun se dice que nace en Levante, mas quien navegare al Poniente siempre hallará las dichas partidas en Poniente, e quien fuere por tierra en Levante siempre hallará las mismas partidas en Levante.

Las rayas derechas que están en luengo en la dicha carta amuestran la distancia que es de Poniente a Levante; las otras, que son de través, amuestran la distancia que es de Septentrion en Austro. También yo pinté en la dicha carta muchos lugares en las partes de India, adonde se podría ir aconteciendo algún caso de tormenta ó de vientos contrarios ó cualquier otro caso que no se esperase acaecer, y también porque se sepa bien de todas aquellas partidas, de que debéis holgar mucho.

Y sabed que en todas aquellas islas no viven ni tractan sino mercaderes, avisándoos que alli hay tan gran cantidad de naos, marineros, mercaderes con mercaderias, como en todo lo otro del mundo, y en especial en un puerto nobilisimo llamado Zaiton, do cargan y descargan cada año cien naos grandes de pimienta, allende las otras muchas naos que cargan las otras especerias.

Esta patria es populatisima, y en ella hay muchas provincias y muchos reinos y ciudades sin cuento debajo del señorio de un Principe que se llama Gran Can, el cual nombre quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes. El asiento del cual es lo más del tiempo en la provincia del Catayo[72]. Sus antecesores desearon mucho de haber plática e conversación con cristianos, y habrá doscientos años que enviaron al Sancto Padre para que enviase muchos sabios e doctores que les enseñasen nuestra fe,

mas aquellos que el envió, por impedimento, se volvieron del camino sin llegar a Roma; y también al Papa Eugenio vino un embajador que le contaba la grande amistad que ellos tienen con cristianos, e yo hablé mucho con él de muchas cosas e de las grandezas de los edificios reales, y de la grandeza de los rios en ancho y en largo, cosa maravillosa, e de la muchedumbre de las ciudades que son allá a la orilla dellos, e como solamente en un río son docientas ciudades, y hay puentes de piedra mármol muy anchas y muy largas adornadas de muchas columnas de piedra mármol. Esta patria es digna cuanto nunca se haya hallado, e no solamente se puede haber en ella grandísimas ganancias e muchas cosas, mas aún se puede haber oro e plata e piedras preciosas e de todas maneras de especeria, en gran suma, de la cual nunca se trae a estas nuestras partes; y es verdad que hombres sabios y doctos, filósofos y astrólogos, y otros grandes sabios en todas artes y de grande ingenio, gobiernan la magnífica provincia e ordenan las batallas.

Y de la ciudad de Lisboa, en derecho por el Poniente, son en la dicha carta veinte y seis espacios y en cada uno dellos hay doscientas y cincuenta millas hasta la nobilisima y gran ciudad de Quisay, la cual tiene al cerco cien millas, que son veinte y cinco leguas, en la cual son diez puentes de piedra mármol. El nombre de la ciudad, en nuestro romance, quiere decir Ciudad del cielo; de la cual se cuentan cosas maravillosas de la grandeza de los artificios y de las rentas. Este espacio es cuasi la tercia parte de la esfera; la cual ciudad es en la provincia de Mango[73], vecina de la ciudad del Catayo, en la cual está lo más del tiempo el Rey, e de la isla de Antilla, que vosotros llamáis de Siete Ciudades, de la cual tenemos noticia, hasta la nobilísima isla de Cipango[74], hay diez espacios, que son dos mil y quinientas millas, es a saber doscientas y veinte y cinco leguas, la cual isla es fertilisima de oro y de perlas y piedras preciosas.

Sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales; así que por no ser cognoscido el camino están todas estas cosas encubiertas, y a ella se puede ir muy seguramente.

Muchas otras cosas se podrian decir, mas como os tengo ya dicho por palabra y sois de buena consideracion, sé que nos vos queda por entender, y por tanto no me alargo más, y esto sea por satisfacion de tus demandas cuanto la brevedad del tiempo y mis ocupaciones me han dado lugar; y asi quedo muy presto a satisfacer y servir a Su Alteza cuanto mandare muy largamente.

Fecha en la ciudad de Florencia a veinte y cinco de Junio de mil y cuatrocientos y setenta y cuatro años.

Después de esta carta, volvió a escribir al Almirante, del modo que sigue:

A Cristobal Colombo, Paulo, físico, salud. Yo rescibi tus cartas con las cosas que me enviaste, y con ellas rescibi gran merced. Yo veo el tu deseo magnifico y grande de navegar en las partes de Levante por las de Poniente, como por la carta que yo te envio se amuestra, la cual se amostrará mejor en forma de esfera redonda. Pláceme mucho sea bien entendida; y que es el dicho viaje, no solamente posible, mas que es verdadero y cierto e de honra e ganancia inestimable y de grandisima fama entre todos los cristianos. Mas vos no lo podreis bien conocer perfectamente, salvo con la experiencia o con la plática, como yo la he tenido copiosisima, e buena e verdadera información de hombres magníficos y de grande caber, que son venidos de las dichas partidas, en esta corte de Roma, y de otros mercaderes que han tractado mucho tiempo en aquellas partes, hombres de mucha auctoridad. Asi que cuando se haga el dicho viaje será a reinos poderosos e ciudades e provincias nobilisimas, riquisimas de todas maneras de cosas en grande abundancia y a nosotros mucho necesarias, ansi como de todas maneras de especieria en gran suma y de joyas en grandisima abundancia.

También se irá a los dichos Reyes y Principes que están muy ganosos, más que nos, de haber tracto e lengua con cristianos destas nuestras partes, porque grande parte dellos son cristianos y tambien por haber lengua y tracto con los hombres sabios y de ingenio de acá, ansi en la religion como en todas las otras ciencias, por la gran fama de los imperios y regimientos que tienen destas nuestras partes; por las cuales cosas todas y otras muchas que se podrian decir, no me maravillo que tú, que eres de grande corazón, y toda la nación de portugueses, que han seido siempre hombres generosos en todas grandes empresas, te vea con el corazón encendido y gran deseo de poner en obra el dicho viaje»[75].

Esta carta, como he dicho, encendió mucho al Almirante para su descubrimiento, si bien quien la envió estaba en el error de creer que las primeras tierras que se encontrasen habían de ser las del Catay y el Imperio del Gran Can, con lo demás que refiere; pues, como ha probado la experiencia, es mayor la distancia desde nuestras Indias allí, que la de aquí a dichos países[76].

CAPÍTULO IX

La tercera causa y conjetura que en algún modo incitó al Almirante a descubrir las Indias

La tercera y última causa que movió al Almirante al descubrimiento de las Indias fue la esperanza que tenía de encontrar, antes que llegase a aquéllas, alguna isla o tierra de gran utilidad, desde la que pudiera continuar su principal intento. Afirmábase en esta esperanza con la lección de algunos libros de muchos sabios y filósofos que decían, como cosa sin duda, que la mayor parte de nuestro globo estaba seca, por ser mayor la superficie de la tierra que la del agua. Siendo esto así, argumentaba que entre el fin de España y los términos de la India conocidos entonces habría muchas islas tierras, como la experiencia ha demostrado; a lo que daba más fácilmente crédito, movido por algunas fábulas y novelas que oía contar a diversas personas y a marineros que traficaban en las islas y los mares occidentales de los Azores y de la Madera. Noticias que, por cuadrar algo a su propósito, las retenía en su memoria. No dejaré de contarlas, por satisfacer a los que gozan con estas curiosidades.

Conviene que se sepa que un Martín Vicente, piloto del Rey de Portugal, le dijo que, hallándose en un viaje a 450 leguas al Poniente del cabo de San Vicente, había cogido del agua un madero ingeniosamente labrado, y no con hierro; de lo cual, y por haber soplado muchos días viento del Oeste, conoció que dicho leño venía de algunas islas que estaban al Poniente.

Pedro Correa, casado con una hermana de la mujer del Almirante, le dijo que él había visto en la isla de Puerto-Santo,

otro madero, llevado por los mismos vientos, bien labrado como el anterior; y que igualmente habían llegado cañas tan gruesas que de un nudo a otro cabían nueve garrafas de vino. Dice que afirmaba lo mismo el Rey de Portugal, y que hablando con éste de tales cosas se las mostró; y no habiendo parajes en estas partes, donde nazcan semejantes cañas, era cierto que los vientos las habían llevado de algunas islas vecinas, o acaso de las Indias; pues Ptolomeo, lib. primero de su *Cosmografía*, capítulo 17, dice que en las partes orientales de las Indias hay de estas cañas. También algunos moradores de las islas de los Azores le contaban que cuando soplaban mucho tiempo vientos del Poniente, arrojaba el mar en sus orillas, especialmente en la isla Graciosa y el Fayal, algunos pinos, y se sabe que allí no había, ni en aquellos países, tales árboles. Añadían algunos que en la isla de las Flores, la cual es una de las islas de los Azores, hallaron en la orilla dos hombres muertos, cuya cara y traza era diferente de los de sus costas. Supo también de los mora dores del cabo de la Verga que habían visto almadias e, barcas cubiertas, de las que se creía que, yendo de una isla a otra, por la fuerza del temporal habían sido apartadas de su camino. No sólo había entonces estos indicios, que en algún modo parecían razonables, pues no faltaba quien decía haber visto algunas islas, entre los cuales hubo un Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, quien le contó que habiendo navegado muy adelante hacia Occidente había visto tres islas. El Almirante no se fió de lo que le decía, porque conoció, prosiguiendo la conversación, haber navegado a lo más cien leguas al Poniente, y podía engañarse, teniendo por islas algunas grandes rocas, que por estar muy lejos, no pudo distinguir; imaginaba también que estas podían ser las islas movibles, de que habla Plinio, cap. 97, libro II de su *Historia natural*, diciendo que en las regiones septentrionales el mar descubría algunas tierras cubiertas de árboles de muy gruesas raíces entretejidas, que lleva el viento a diversas partes

del mar como islas o almadías; de las cuales, queriendo Séneca, lib. 3 de los *Naturales*, dar la razón, dice que son de piedra tan fofa y ligera, que nadan en el agua las que se forman en la India. De modo que, aunque resultase verdad que el dicho Antonio de Leme había visto alguna isla, creía el Almirante que no podía ser otra que alguna de las mencionadas, como se presume fueron aquellas denominadas de San Brandán, en las cuales, se refiere haberse visto muchas maravillas. Igualmente son mencionadas otras que están mucho más abajo del Septentrión. También hay por aquellas regiones otras islas que están siempre ardiendo; Juvencio Fortunato[77] narra que se mencionan otras dos islas, situadas al Occidente y más australes que las de Cabo Verde, las cuales van sobrenadando en el agua.

Por esta razón y otras análogas puede ser que mucha gente de las islas del Hierro, de la Gomera y los Azores, asegurasen que veían todos los años algunas islas a la parte del Poniente, lo tenían por hecho certísimo, y personas honorables juraban ser así la verdad. Añádese que en el año de 1484 fue a Portugal un vecino de la isla de Madera a pedir al Rey una carabela para descubrir un país que juraba lo veía todos los años, y siempre de igual manera, estando de acuerdo con otros que decían haberlo visto desde las islas Azores. Por cuyos indicios, en las cartas y mapamundis que antiguamente se hacían, ponían algunas islas por aquellos parajes, y especialmente porque Aristóteles, en el libro *De las cosas naturales maravillosas*, afirma que se decía que algunos mercaderes cartagineses habían navegado por el mar Atlántico a una isla fertilísima, como adelante diremos más copiosamente, cuya isla ponían algunos portugueses en sus cartas con nombre de Antilla, aunque no se conformaba en el sitio con Aristóteles, pero ninguno la colocaba más de doscientas leguas al Occidente frente a Canarias y a la isla de los Azores, y han por hecho cierto que es la isla de las Siete Ciudades, poblada por los portugueses al tiempo que los moros quitaron Espa-

ña al Rey D. Rodrigo, esto es, en el año 714 del nacimiento de Cristo.

Dicen que entonces se embarcaron siete obispos y con su gente y naos fueron a esta isla, donde cada uno de ellos fundó una ciudad, y a fin de que los suyos no pensaran más en la vuelta a España, quemaron las naves, las jarcias y todas las otras cosas necesarias para navegar. Razonando algunos portugueses acerca de dicha isla, hubo quien afirmó que habían ido a ella muchos portugueses que luego no supieron volver. Especialmente dicen que, viviendo el Infante D. Enrique de Portugal, arribó a esta isla de Antilla un navío del puerto de Portugal, llevado por una tormenta, y, desembarcada la gente, fueron llevados por los habitantes de la isla a su templo, para ver si eran cristianos y observaban las ceremonias romanas; y visto que las guardaban, les rogaron que no se marchasen hasta que viniera su señor, que estaba ausente, el cual los obsequiaría mucho y daría no pocos regalos, pues muy pronto le harían saber esto. Mas el patrón y los marineros, temerosos de que los retuvieran, pensando que aquella gente deseaba no ser conocida y para esto les quemara el navío, dieron la vuelta a Portugal con esperanza de ser premiados por el Infante, el cual les reprendió severamente y les mandó que pronto volviesen; mas el patrón, de miedo, huyó con el navío y con su gente fuera de Portugal. Dícese que mientras en dicha isla estaban los marineros en la iglesia, los grumetes de la nave cogieron arena para el fogón, y hallaron que la tercera parte era de oro fino.

Aún fue a buscar esta isla cierto Diego de Tiene, cuyo piloto, llamado Pedro de Velasco, natural de Palos de Moguer, en Portugal[78] dijo al Almirante en Santa María de la Rábida, que salieron de Fayal y navegaron más de ciento cincuenta leguas al Sudoeste, y al tornar descubrieron la isla de Flores, a la que fueron guiados por muchas aves a las que veían seguir aquella ruta, siendo tales aves terrestres, y no marinas, de donde se juzgó

que no podían ir a descansar más que en alguna tierra; después, caminaron tanto al Nordeste que llegaron al cabo de Clara, en Irlanda, por el Este; en cuyo paraje hallaron recios vientos del Poniente, sin que el mar se turbara, lo que juzgaban podía suceder por alguna tierra que la abrigase nacia Occidente. Mas, porque ya era entrado el mes de agosto, no quisieron volver a la isla por miedo del invierno. Esto fue más de cuarenta años antes que se descubriesen nuestras Indias. Luego se confirmó por la relación que hizo un marinero tuerto, en Santa María, que en un viaje suyo a Irlanda, vio dicha tierra, que entonces pensaba ser parte de Tartaria y se extendía hacia el Poniente, la cual debe de ser la misma que ahora llamamos tierra de Bacallaos[79], y que por el mal tiempo no se pudieron acercar a ella. Con lo cual, dice que estaba de acuerdo un Pedro de Velasco, gallego, quien afirmó en la ciudad de Murcia, en Castilla, que yendo por aquel camino a Irlanda, se aproximaron tanto al Noroeste que vieron tierra al Occidente de Irlanda; la cual tierra creía ser aquella que un Fernán Dolmos intentó descubrir del modo que narraré fielmente como lo hallé en escritos de mi padre, para que se vea cómo un pequeño asunto lo convierten algunos en fundamento de otro mayor.

Gonzalo Fernández de Oviedo refiere en su *Historia de las Indias* que el Almirante tuvo en su poder una carta en que halló descritas las Indias por uno que las descubrió antes, lo cual sucedió de la forma siguiente: Un portugués, llamado Vicente Díaz[80], vecino de la villa de Tavira, viniendo de Guinea a la mencionada isla Tercera, y habiendo pasado la isla de Madera, vió o imaginó ver una isla, la cual tuvo por cierto que verdaderamente era tierra. Llegado, pues, a dicha isla Tercera, se lo dijo a un mercader genovés llamado Lucas de Cazzana, que era muy rico y amigo suyo, persuadiéndole a armar un bajel para ir a conquistarla. El mercader consintió en ello, alcanzó permiso del Rey de Portugal, y escribió a un hermano suyo que se llama-

ba Francisco de Cazzana y vivía en Sevilla, que con toda presteza armase una nave para el mencionado piloto. Mas haciendo burla Francisco de tal empresa, Lucas de Cazzana armó una nao en la isla Tercera, y el piloto fué tres o cuatro veces en busca de dicha isla, alejándose de 120 a 130 leguas; pero se fatigó inútilmente, pues no halló tierra. Sin embargo, ni él, ni su compañero dejaron la empresa hasta su muerte, teniendo siempre esperanza de encontrarla. Y me afirmó[81] el referido Francisco haber conocido dos hijos del capitán que descubrió la isla Tercera llamados Miguel y Gaspar de Corte Real, que en diversos tiempos fueron a descubrir aquella tierra, y perecieron en la empresa, uno después de otro, el año de 1502, sin saber cuándo ni cómo; y que esto lo sabían muchos.

CAPÍTULO X

Se demuestra ser falso que los españoles tuviesen antiguamente el dominio de las Indias, como Gonzalo Fernández de Oviedo se esfuerza en probar en sus Historias

Si lo que habemos dicho acerca de tantas islas y tierras imaginadas por personas que casi fueron de nuestros días, consta ser fábula y vanidad, ¿cuánto más se deberá estimar falso lo que Gonzalo Fernández de Oviedo imagina en el tercer capítulo de su *Historia natural* de las Indias? Al cual parece, con cierta fantasía que cuenta, haber probado que antes hubo otro autor de la navegación, al Occidente, y que los españoles tuvieron el dominio de aquellas tierras[82], aduciendo como prueba de su intento lo que Aristóteles dice de la isla de Atlante, y Seboso, de las Hespéridas. Lo que aquél afirma, según la opinión de algunos cuyos escritos hemos bien pesado y examinado, es tan sin razón y fundamento que habría pasado en silencio tal razonamiento, para no reprender a ninguno y no ser enojoso a los lectores, si no hubiese considerado que algunos, por disminuir el honor y la gloria del Almirante, juzgan de grande aprecio y valor tales fantasías; por lo cual, al querer demostrar con pura verdad los indicios y la autoridad que movieron al Almirante a llevar esta empresa, quiero que no parezca que dejo de satisfacer a quien tanto debo, olvidando tamaña mentira, cuya falsedad me consta. Por donde, a fin de manifestar mejor tal error, quiero primeramente recitar lo que Aristóteles dice acerca de esto, como lo expone Fr. Teófilo de Ferraris, el cual, entre las proposiciones de Aristóteles que reunió y puso en un libro ro-

tulado *De admirandis in Natura auditis*, hay un capítulo que contiene lo que sigue: «Dícese que en el mar Atlántico, más allá de las Columnas de Hércules, fue antiguamente hallada cierta isla, por algunos mercaderes cartagineses, la que jamás había sido habitada sino por bestias salvajes. Era toda una selva, llena de árboles, con muchos ríos aptos para ser navegados y abundantísima de todas las cosas que suele producir la Naturaleza, si bien distaba de tierra firme bastantes días de navegación».

Aconteció que arribados allí algunos mercaderes cartagineses, viendo que la tierra era buena, tanto por su fertilidad como por la templanza del aire, se establecieron en ella. Pero indignarlo, después, por esto, el senado cartaginés mandó pronto, por decreto público, que de allí en adelante, bajo pena de muerte, nadie fuese a dicha isla; y que los que primeramente habían ido, fuesen condenados a muerte, para que la fama de aquélla no pasase a otras naciones, y no tomase allí posesión algún imperio más fuerte, de modo que la isla llegase a ser contraria y enemiga de la libertad de Cartago. Ahora que yo he trasladado fielmente esta autoridad, quiero decir las razones que me mueven a decir que Oviedo no tiene justa causa para afirmar que esta isla sea la Española, o la de Cuba, como él asegura. Lo primero, porque no entendiendo Gonzalo Fernández de Oviedo la lengua latina, por fuerza se acogió a la declaración que alguno le hizo de dicho testimonio, el cual, por lo que se ve, no debía saber muy bien traducir de una lengua a la otra, pues mudó y alteró el texto latino en muchas cosas que quizás engañaron a Oviedo y le movieron a creer que esta autoridad hablaba de alguna isla de las Indias; porque en el texto latino no se lee que aquellos navegantes saliesen del estrecho de Gibraltar, como Oviedo narra, ni tampoco que la isla fuese grande y crecidos sus árboles, sino que era una isla de muchos árboles. Ni allí se lee que los ríos fuesen maravillosos, ni se habla de su fertilidad, ni se dice que estuviese más remota de Africa que de Europa,

sino solamente que era lejana de tierra firme; ni añade que ellos fundaron pueblos, porque pocas podían fabricar los mercaderes que por casualidad arribaron a ella; ni dice que fuese grande la fama de la isla, sino que se dudaba que su noticia anduviese en otras naciones. De modo que habiendo tanta ignorancia en el intérprete que expuso dicha autoridad, de aquí vino que Oviedo imaginase otra cosa distinta de lo que era en realidad; y, si este quisiese decir que en el texto de Aristóteles se lee de otra manera, y que lo que el fraile puso era como compendio de lo que escribió Aristóteles, yo le demandaré, quién le ha hecho juez para dar tantos reinos a quien le place, y quitar su honor a quien bien lo adquirió; y que no debía contentarse con leer dicha autoridad puesta en el cartapacio del fraile, sino que debía verla en la misma fuente, en las obras de Aristóteles. Además, que acerca de esto le fue hecha una desdichada relación en el caso, porque aunque Teófilo en todos sus otros libros siga a Aristóteles, poniendo el compendio o sustancia de lo que éste dice, en el libro *De admirandis* no lo hizo así, pues afirma él mismo en el principio que no hace un compendio de Aristóteles, en su libro, según que había hecho en los otros, sino que allí pone todo palabra por palabra, para que no pueda decirse que había más o menos en Aristóteles, de lo que él dejó escrito. Agréguese a esto que Antonio Beccaria, veronés, que tradujo este libro del griego en latín, de cuya versión se valió Teófilo, no lo trasladó tan fielmente que no pusiese más de cuatro cosas diversamente del texto griego, como verá cualquiera que se fije en ello.

En segundo lugar, digo, que aunque Aristóteles hubiese escrito esto como lo expone Teófilo, Aristóteles no aduce autor, sino como cosa sin fundamento dice: *fertur*. Lo que significa que escribió aquello que narra acerca de esta isla, como cosa dudosa y sin fundamento. Escribe también como de hecho acontecido, no hacía poco, sino mucho tiempo, diciendo: *nárra-*

se que antiguamente se encontró una isla; pero se podría decir con un proverbio, que, a largos caminos, grandes mentiras. Cuyo proverbio es más verdadero cuando en aquello que se cuenta hay circunstancias que no se conforman con la razón, como se nota en el decir que dicha isla era muy abundante en todas las cosas, pero que siempre estuvo despoblada, lo cual no es verosímil, ni compatible, porque la abundancia de las tierras no procede sino del cultivo de los pobladores, y donde no se habita, no solamente no nace cosa alguna por sí, sino que las domésticas se convierten en salvajes y estériles. Ni menos es verosímil que desagradase a los cartagineses que su gente hubiese hallado una tal isla, y que matase a los descubridores; porque si estaba tan apartada de Cartago como lo están las Indias, en vano se temía que aquellos que la habitasen viniesen a conquistar Cartago. A no ser, como Oviedo afirma, que los españoles que poseyeron en otro tiempo aquellas islas, no quisieron afincar allí; que los cartagineses eran profetas, y que ahora se cumplió dicho temor y su profecía, cuando tomó el César a Túnez, o Cartago, con dineros traídos de las Indias. Yo estoy seguro de que dijo esto por hacerse más grato, y lograr más favores de los que consiguió por admitir semejante novela; pero lo impidió el haber ya publicado su libro. De modo que cualquier hombre prudente comprende que es una fábula el decir que ya no se supo más de dicha isla por abandonar los cartagineses el dominio y la navegación, por miedo que otros se la quitaran y viniesen después a combatir su libertad; porque mayor temor de esto les debían dar Sicilia y Cerdeña, que distaban dos jornadas por mar de su ciudad, mientras que de ésta a la Española hay la tercera parte del mundo. Y si se dijese sospechar los cartagineses que las riquezas de dicha tierra podían hacer fuertes a sus enemigos, de tal modo que luego les causaran daño, replico que más bien tenían ocasión de esperar, siendo ellos dueños de tales riquezas, poder acometer y sojuzgar a los que quisieran, y que

si dejaban desierta aquella isla, quedaría en poder de otros el descubrirla, de donde resultaría para ellos el mismo daño que recelaban; antes bien, debían fortificarla pronto y custodiar su navegación, como sabemos hicieron otras veces en casos semejantes; porque habiendo descubierto las islas que entonces se llamaban Casitérides, y nosotros denominamos de los Azores, tuvieron mucho tiempo secreta la navegación, con motivo del estaño que de allí traían, como refiere Estrabón al fin del libro tercero de su *Cosmografía*. Por donde, aunque fuese verdadero que Aristóteles había escrito esta fábula, se podría decir que refirió lo que dice de dicha navegación, a las islas de los Azores, y que por falsa inteligencia o por la grande antigüedad, o por la pasión que ciega los hombres, ahora Oviedo argumenta que se deba entender de las Indias que hoy día poseemos, y no de dichas islas Azores o de alguna de ellas, Y si se me replicase que esto no puede ser, porque Estrabón no dice que fueron cartagineses quienes poseyeron las dichas islas de los Azores, sino fenicios, y que traficaban con Cádiz, digo que por haber venido los cartagineses de Fenicia con su reina Dido, en aquel tiempo eran llamados fenicios, como ahora llamamos españoles a los cristianos que nacen y habitan en las mismas Indias. Y si tornasen a replicar que el testimonio de Aristóteles, al nombrar esta isla, dice que contenía muchos ríos muy aptos para la navegación, los cuales no hay en las islas de los Azores, sino más bien en Cuba y en la Española, respondo que, si queremos mirar a esto, agreguemos que en ella había muchos animales salvajes que no había en la Española; y puede bien suceder que en una cosa tan antigua hubiese equivocación al referir tal particularidad, como en la mayor parte de estas cosas inciertas de la antigüedad suele suceder. Ahora bien, ni Cuba, ni la Española tienen ríos aptos para ser navegados, como dice aquel texto; en alguno de los mayores ríos de estas islas puede entrar cualquier navío, pero no navegar por él cómodamente; aparte de que, se-

gún dijimos, aunque éste fuese de Aristóteles, podría estar equivocado, y haberse escrito *navigandum*, en lugar de *potandurn*; lo cual convenía mejor a lo que se trataba, alabándola tanto de abundante en agua para beber como de fertilidad de frutos para comer. Esto bien podía suceder en alguna de estas otras islas de los Azores, y con más razón, porque ni Cuba, ni la Española, están en lugar ni en parte donde los cartagineses, o por vecindad, o por desventura, pudieran ser llevados; y si a los que con sólo este fin se arriesgaron a buscarlas con el Almirante pareció tan larga la navegación que resueltamente querían volverse, ¿cuánto mayor parecería a los que no tenían intención de hacer tan dilatado viaje, pues aunque el viento les hubiera sido favorable tenían que volver a su país? Ni se ve tempestad que dure tanto que lleve una nave de Cádiz a la Española por fuerza del viento. Menos es verosímil que, pues eran mercaderes, tuviesen pensamiento ni voluntad de alejarse de España, o de Cartago, más de lo que el viento les obligase, especialmente entonces que no se hacían ni se emprendían las navegaciones con la facilidad de hoy. Por lo cual, muy pequeña navegación parecía grande en aquellos tiempos, como vemos por lo que se lee del viaje que hizo Jasón, desde Gracia a Colcos, y por el de Ulises en el Mediterráneo, los cuales emplearon muchos años y fueron por esto tan nombrados que los más excelentes poetas los han cantado, por la poca experiencia que entonces tenían del mar; hasta que ya, en nuestra edad, ha progresado tanto como se ha visto por aquellos que tuvieron el atrevimiento de circundar el mundo, contra lo que se solía decir por proverbio: *Quien va al cabo de Non, o tornará o non*; cuyo cabo es un promontorio de Berbería, no muy distante de Canarias. Además, es un manifiesto error pensar que Cuba o la Española podían ser la isla donde fueron llevados los mercaderes por una tempestad, porque actualmente se sabe con certeza que es imposible llegar a ellas sin encontrar antes otras muchas islas que las ro-

dean por todas partes. Pero, aunque se quisiese decir que aquella tierra o isla no era alguna de las islas de los Azores, según lo que afirmamos antes, podría juntarse una mentira con otra, diciendo que aquella tierra era la isla de la que Séneca, en el libro sexto de sus *Naturales*, hace mención, donde narra que, según escribe Tucídides, en tiempo de la guerra del Peloponeso se sumergió del todo, o por la mayor parte, una isla llamada Atlántida, de la cual hace mención también Platón en su *Timeo*. Pero, pues va hemos razonado largamente acerca de esta fábula, pasaremos a otro capítulo, donde dice que los españoles tuvieron antiguamente el dominio de dichas Indias, fundando su pensamiento sobre lo que escriben Stacio y Seboso, a saber, que ciertas islas llamadas Hespéridas estaban a cuarenta días de navegación de las islas de las Gorgonas; y de aquí argumenta que pues aquellas, forzosamente, han de ser las Indias, Y se llaman Hespéridas, tal nombre lo tomaron de Héspero, rey que fué de España, y que por consiguiente, los españoles fueron señores de dichas tierras. De modo que bien considerado su decir, quiere de una autoridad incierta sacar tres conclusiones verdaderas, no conformándose mucho con la autoridad de Séneca, que en el libro sexto de sus *Naturales*, hablando de tales asuntos, dice ser difícil deducir alguna cosa cierta y determinada de aquello que se ha de considerar como conjetura; cual sucede en esto a Oviedo, pues de las islas llamadas Hespérides, solamente clijo Seboso la parte hacia donde estaban, pero sin afirmar que sean las Indias, ni de quién hayan sido sojuzgadas y nombradas. Y si Oviedo afirma que Héspero fué rey de España, pero no que diese nombre a España o Italia. Pero habiendo conocido Oviedo, como historiador verídico, que dicho pasaje falta en Seboso, se atuvo a Higinio, si bien cautamente, no especificando en qué libro, ni en qué capítulo; y así aleja, como se dice, los testimonios, porque, en efecto, no se encuentra pasaje donde Higinio diga tal cosa, antes bien, en un solo libro que de él se conserva,

intitulado *De poetica Astronomía*, no sólo no pone tales palabras, sino que en tres lugares donde habla de las Hesperides, dice así; *a Hércules se le pinta en actitud de matar el dragón que guardaba las Hespérides*. Y más adelante dice que habiendo Euristeo mandado a Hércules por las manzanas de oro a las Hespérides, y no sabiendo el camino, fué a Prometeo, que estaba en el monte Cáucaso, y le rogó que le enseñase el itinerario, de lo que se ocasionó la muerte del dragón. De donde, según esto, tendremos otras Hespérides al oriente, a las cuales podría mejor decir Oviedo que Héspero, rey de España, les dió su nombre. Añade más adelante Higinio, en el capítulo de los planetas, que por muchas historias es manifiesto ser llamado *Héspero* el planeta Venus, porque se pone poco después que el sol. De todo lo cual podemos inferior que si de persona acostumbrada a contar fábulas de poetas, como Higinio, debiéramos tomar autoridad o indicio alguno, esto hace más contra Oviedo que en pro de lo que éste aduce de Higinio, y podemos afirmar y presumir que se llamaron Hespérides por dicha estrella; como por la misma causa los griegos llamaron a Italia Hesperia, según escriben muchos, así diremos que Seboso llamó a aquellas islas Hespérides; y que, para demostrar el lugar donde se hallan, se sirvió de las conjeturas y razones que arriba señalamos haber movido al Almirante a tener por cierto que tales islas estaban en las partes occidentales; y así cabe afirmar que Oviedo, no sólo quiere fingir nueva autoridad en sus escritos, sino que por inadvertencia o por querer complacer al que le dijo estas cosas (pues es cierto que él no las entendía) se inclinó a dos hechos contrarios, cuya repugnancia era suficiente para manifestar su error. Porque si los cartagineses, como él dice, arribaron a Cuba o a la Española, y encontraron que aquella tierra no estaba poblada más que de animales, ¿cómo será verdad que los españoles la poseyeron mucho tiempo antes, y que su rey Héspero le había dado el nombre? Salvo si por ventura no dice que algún diluvio la dejó

desierta, y que después otro Noé la volvió al estado en que fué descubierta por el Almirante. Pero porque ya estoy cansado de tal disputa, y me parece que están hastiados los lectores, no quiero extenderme más sobre esto, sino seguir mi historia.

CAPÍTULO XI

Cómo el Almirante se indispuso con el Rey de Portugal con motivo del descubrimiento que le ofreció de las Indias

A la sazón, el Almirante, teniendo por fundadísimo su razonamiento, pensó darle ejecución e ir por el Océano occidental en busca de dichas tierras; pero conociendo que tal empresa no convenía sino a un príncipe que pudiese realizarla y sustentarla, quiso proponerla al rey de Portugal, por la residencia que allí tenía. Y aunque el rey D. Juan[83], que entonces gobernaba, escuchase con atención lo que el Almirante le proponía, se mostró, sin embargo, tibio en aceptar su empresa[84], por los grandes trabajos y gastos que llevaba consigo el descubrimiento y conquista de la costa occidental de Africa, llamada Guinea, sin que todavía le hubiese sucedido felizmente cosa alguna, ni hubiese podido pasar más allá del cabo de Buena Esperanza, cuyo nombre dicen algunos haberle sido dado, en lugar de Agesinga, su nombre propio, por ser dicho cabo el fin de la buena esperanza de su conquista y descubrimiento; aunque lo entiendan otros, de un modo diferente, afirmando que le fué dado porque dicho cabo les daba esperanza de mejor tierra y navegación. Pero sea como quiera, el mencionado rey era entonces poco inclinado a gastar más dinero en descubrimientos; y si escuchó al Almirante, ello fue por las buenas razones que éste, para corroborar su empresa, le proponía; no obstante, movido por ellas, comenzó a tomar tanta afición al proyecto que el aceptarlo dependía de conceder al Almirante las condiciones y pactos que demandaba. Porque, siendo el Almirante de genero-

so y altos pensamientos, quiso capitular con grande honor y ventaja, para dejar su memoria y la grandeza de su casa, conforme a la magnitud de sus obras y de sus méritos. Por lo cual dicho monarca, aconsejado del doctor Calzadilla, de quien mucho se fiaba, resolvió mandar una carabela secretamente, la cual intentase lo que el Almirante le había ofrecido, pues descubriéndose de tal modo dichas tierras, le parecía que no estaba obligado a tan gran premio como Colón pedía por su hallazgo. Y así, con toda brevedad y secreto, armada una carabela, fingiendo enviarla con vituallas y socorro a los que estaban en las islas de Cabo Verde, la mandó hacia donde el Almirante se había ofrecido a ir. Pero, porque a los que mandó les faltaba el saber, la constancia y la persona del Almirante, después de haber andado muchos días vagando por el mar, se volvieron a las islas de Cabo Verde, mofándose de tal empresa, y diciendo ser imposible que por aquellos mares se encontrase tierra alguna[85]; lo cual habiendo llegado a noticia del Almirante, y siéndole ya muerta su mujer, tomó tanto odio a aquella ciudad y nación, que acordó irse a Castilla con un niño que le dejó su mujer, llamado Diego Colón[86], que después de la muerte de su padre le sucedió en su estado. Pero, considerando que si tampoco el Rey de Castilla admitía su empresa, necesitaría proponerla de nuevo a cualquier otro príncipe, y así en esto pasase largo tiempo, mandó a Inglaterra a un hermano suyo que estaba con él, llamado Bartolomé Colón[87], el cual, aunque no tenía letras latinas, era hombre práctico y entendido en las cosas del mar, y sabía muy bien hacer cartas de navegación, esferas y otros instrumentos de aquella profesión, en lo que había sido instruido por el Almirante su hermano. Partido, pues, Bartolomé para Inglaterra, quiso su suerte que cayese en manos de corsarios, los cuales le despojaron, como también a otros de su nave. Por cuyo motivo y por la pobreza y enfermedad que en tan diversas tierras le asaltaron cruelmente, prolongó por mucho tiempo su

embajada hasta que, adquirida un poco de autoridad con los mapas que hacía, comenzó a tener pláticas con el rey Enrique VII, padre de Enrique VIII, que al presente reina, al cual presentó un mapa mundi en el que estaban escritos estos versos que yo hallé entre sus escrituras y que serán puestos aquí más por su antigüedad que por su elegancia:

Terrarum quicumque, cupis feliciter oras
Noscere, cuncta decens docte pictura docebit,
Quam Strabo affirmat, Ptolomacus, Plinius atque
Isidorus: non una tamen sententia quisque.
Pingitur hic etiam nuper sulcata carinis
Hispanis Zona illa, prius incognita genti,
Torrida, quae tandem nunc est notissima multis.

Y más abajo decía:

Pro auctore sive pictore,
Ianua cui patriae, est nomen, cui Bartholomeus
Columbus de Terra Rubra, opus edidit istud
Londoniis, anno Domini 1480, atque insuper anno
Octavo, decimaque die cum tertia mensis februarii.
Laudes Christo cantentur abunde.

Y porque advertirá alguno que se lee *Columbus de Terra Rubra*, digo que igualmente lo vi yo en algunas suscripciones del Almirante, antes que adquiriese su estado, donde se firmaba *Columbus de Terra Rubra*. Pero, volviendo al rey de Inglaterra, diré que, visto el mapa mundi y lo que le ofreció el Almirante, con alegre rostro aceptó su propuesta, y lo mandó llamar. Pero,

porque Dios la guardaba para Castilla, ya el Almirante en aquel tiempo había ido y tornado con la victoria de su empresa[88] según se contará más adelante.

CAPÍTULO XII

Salida del Almirante de Portugal y pláticas que tuvo con los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel

Dejando de referir lo que Bartolomé Colón había negociado en Inglaterra, tornaré al Almirante, el cual, a fines del año 1484, con su niño D. Diego, partió secretamente de Portugal, por miedo de que le detuviese el rey[89], pues conociendo éste cuánto le fallaron aquellos que había enviado con la carabela, quería congraciarse con el Almirante, y deseaba que éste volviese a la ejecución de su empresa; pero, como en ello no tuvo la misma solicitud que el Almirante en marcharse, perdió la ocasión, y el Almirante entró en Castilla a probar la suerte que le estaba aparejada. Dejado, pues, el niño, en un monasterio de Palos, llamado La Rábida[90], fué pronto a la corte de los Reyes Católicos, que estaba entonces en Córdoba, donde por ser persona afable y de dulce conversación, tomó amistad con aquellas personas en las que encontró mejor recibimiento y mayor gusto de su empresa, y que eran más a propósito para persuadir a los reyes que la aceptasen; de los cuales fue uno Luis de Santangel, caballero aragonés[91] y Escribano de ración en la casa Real, hombre de mucha autoridad y prudencia. Pero como el asunto debía tratarse más con fundamento de doctrina que con palabras o favores, Sus Altezas lo cometieron al prior del Prado que después fué arzobispo de Granada[92], encargándole que junto con peritos en Cosmografía, se informasen plenamente de aquello y luego le refiriesen lo que opinaban. Pero, porque en aquellos tiempos no había allí tantos cosmógrafos como hay ahora, los

que se juntaron no entendía lo que debían, ni el Almirante se quiso aclarar tanto que le sucediese lo mismo que en Portugal, y le quitasen la bienandanza. Por lo que fueron tan diversas la respuesta y la información que hicieron a Sus Altezas, cuanto eran la variedad de sus ingenios y pareceres. Porque algunos decían que, pues al cabo de tantos millares de años que Dios creó el mundo, no habían tenido conocimiento de tales tierras, tantos y tantos sabios y prácticos en las cosas del mar, no era verosímil que el Almirante supiese más que todos los pasados y presentes. Otros, que se inclinaban más al razonamiento de la Cosmografía, decían que el mundo era de tan inmensa grandeza, que no era creíble que bastasen tres años de navegación para llegar al fin del oriente, adonde él quería navegar; y para corroborar su propósito, aducían la autoridad que Séneca expone en una de sus obras, por vía de disputa, diciendo que muchos sabios discordaban entre sí acerca de esta cuestión: si el océano era infinito; y dudaban si pudiera ser navegado, y aun cuando fuese navegable, si a la otra parte se encontrarían tierras habitables a las cuales se pudiese ir. A lo que agregaban que de esta esfera inferior de agua y de tierra, no estaba poblada más que una zona o pequeña faja que en nuestro hemisferio quedó encima del agua, que todo lo demás era mar, y que no se podía navegar, ni recorrer, sino cerca de las costas y riberas. Y cuando los sabios concediesen que se podía llegar al fin de Oriente, admitirían también que se podía ir desde el fin de España hasta el último Occidente. Otros disputaban acerca de esto, como en otro tiempo los portugueses acerca de la navegación de Guinea, diciendo que si se alejase alguno a caminar derecho al occidente, como el Almirante decía, no podría después volver a España, por la redondez de la esfera; teniendo por certísimo que quien quiera que saliese del hemisferio conocido por Ptolomeo, andaría hacia abajo, y después le sería imposible dar la vuelta, pues afirmaban que esto sería lo mismo que subir a lo alto de un

monte; lo que no podrían hacer los navíos ni con grandísimo viento. Pero aunque a todas estas dificultades dió conveniente solución el Almirante, sin embargo cuanto más eficaces eran sus razones, tanto menos las entendían por su ignorancia[93]; pues cuando uno envejece con poco fundamento en la Matemática, no puede alcanzar la verdad, por las falsas reglas impresas en su inteligencia desde el principio. Finalmente, todos ellos decían, ateniéndose a un proverbio castellano, que en aquello que no parece razonable, suele decir, *duda San Agustín*, porque dicho santo, en el capítulo noveno del vigésimo primero libro de *Civitate Dei*, reprueba y tiene por imposible que haya antípodas, y que se pueda pasar de un hemisferio a otro; así que, prevaliéndose también contra el Almirante de las fábulas que se cuentan de las cinco zonas, y de otras mentiras que tenían por verísimas, se revolvieron a juzgar la empresa por vana e imposible, y que no convenía a la gravedad y alteza de tan grandes príncipes moverse por tan débiles informaciones. Por lo cual, después de haber gastado mucho tiempo en esta materia, Sus Altezas respondieron al Almirante que estaban ocupados en muchas otras guerras y conquistas, y especialmente en las de Granada, que hacían entonces, de modo que no tenían comodidad de atender a una nueva empresa; pero, con el tiempo se encontrarla mejor oportunidad para examinar y entender lo que el Almirante ofrecía. Así, los reyes no quisieron dar oídos a las grandes promesas que les hacía el Almirante.

CAPÍTULO XIII

Cómo el Almirante, no quedando de acuerdo con el Rey de Castilla, decidió marcharse a ofrecer a otro su empresa

Mientras que esto se trataba, los Reyes Católicos no estaban siempre fijos en un lugar, con motivo de la guerra que hacían a Granada, por lo cual se dilató largo tiempo su resolución y respuesta. Por esto, el Almirante vino a Sevilla, y no hallando en Sus Altezas más firme resolución que la vez anterior, acordó dar cuenta de su negocio el Duque de Medina Sidonia[94]. Pero después de muchas pláticas, viendo que no halló modo de concluir, como él deseaba, en España, y que tardaba mucho en dar ejecución a su empresa, resolvió irse al rey de Francia, al cual había escrito acerca de esto, con propósito de, si allí no fuese oído, pasar luego a Inglaterra en busca de su hermano, del que no tenía noticia alguna. Con tal designio fue a la Rábida[95], para llevar su niño Diego, que le había dejado allí, a Córdoba, y después continuar su camino. Pero Dios, a fin de que no quedase sin efecto lo que había dispuesto, inspiró al guardián de aquella casa, llamado fray Juan Pérez[96], para que trabase mucha amistad con el Almirante, y le agradase tanto la empresa de éste, que se doliera de su resolución y de lo que España perdería con su marcha; por lo que le rogó que de ninguna manera cumpliera su propósito, pues él iría a ver a la Reina, de la que esperaba que, por ser como era su confesor, daría fe a lo que le dijese acerca de aquello. Porque, aunque el Almirante estaba ya fuera de toda esperanza, y enojado, viendo la poca voluntad y seso que encontraba en los consejeros de Sus Altezas, sin embargo

por el deseo que, de otra parte, había en él de dar esta empresa a España, se acomodó al deseo y a los ruegos del fraile; pues le parecía ser ya natural de España por el gran tiempo que llevaba ocupado en su empresa, y por haber tenido hijos[97] en ella; lo cual había motivado que desechara las ofertas que le habían hecho con otros príncipes, como él mismo refiere en una carta suya, escrita a Sus Altezas, que dice así: «Por servir a Vuestras Altezas yo no quise entender con Francia, ni con Inglaterra, ni con Portugal, de los cuales príncipes, Vuestras Altezas vieron las cartas, por manos del doctor Villalón».

CAPÍTULO XIV

Cómo el Almirante volvió al campo de Santa Fe y se presentó a los Reyes Católicos, pero no llegó a convenio alguno con ellos

Partido el Almirante de la Rábida, que está cerca de Palos, juntamente con fray Juan Pérez, al campamento de Santa Fe, donde los Reyes Católicos entonces habían vuelto para el sitio de Granada, dicho religioso informó a la Reina y le hizo tantas instancias, que Su Majestad dispuso que se volviese otra vez a discutir el descubrimiento; mas porque el parecer del prior de Prado y de otros sus seguidores era contrario, y de otra parte, el Almirante demandaba el Almirantazgo, título de Virrey y otras cosas de grande estimación e importancia, pareció cosa recia concedérselas; como quiera que, aun saliendo verdadero lo que proponía, estimaban mucho lo que demandaba; y resultando lo contrario, les parecía ligereza el concederlo; de lo que se siguió que el negocio totalmente se convirtió en humo. No dejaré de decir que yo estimo grandemente el saber, el valor y la previsión del Almirante, porque siendo poco afortunado en esto, deseoso, como he dicho, de permanecer en estos reinos, y reducido en aquel tiempo a estado que de cualquier cosa debía contentarse, fue animosísimo en no querer aceptar, sino grandes títulos, pidiendo tales casos que, si hubiese previsto y sabido con la mayor certeza el fin venturoso de su empresa, no habría demandado capitular mejor, ni más gravemente de como lo hizo, de modo que, al fin, hubo que concederle cuanto pedía, esto es: que fuese Almirante en todo el mar Océano, con los títulos, prerrogativas y preeminencias que tenían los Almirante

de Castilla en sus jurisdicciones; que en todas las islas y tierra firme fuese virrey y gobernador con la misma autoridad y jurisdicción que se les concedían a los almirantes de Castilla y León; que los cargos de la administración y justicia en todas las dichas islas y tierra firme fuesen en absoluto provistos, o removidos a su voluntad y arbitrio; que todos los gobiernos y regimientos se debiesen dar a una de tres personas que él nombrase, y que en cualquier parte de España donde se traficase o contratase con las indias, él pusiese jueces que resolviesen sobre lo que a tal materia perteneciera[98]. En cuanto a rentas y utilidades, a más de los salarios y derechos propios de los mencionados oficios de Almirante, Virrey y Gobernador, pidió la décima parte de todo aquello que se comprase, permutase, se hallase o se rescatase dentro de los confines de su Almirantazgo, quitando solamente los gastos hechos en adquirirlos: de modo, que, si en una isla se ganaban mil ducados, ciento debían ser suyos. Y porque sus contrarios decían que no aventuraba cosa alguna en aquel viaje, sino verse capitán de una armada mientras esta subsistiera, pidió también que le fuese dada la octava parte de aquellos que trajese en su retorno, y que él tendría la octava parte del gasto de dicha armada; por lo cual siendo estas cosas tan importantes, y no queriendo Sus Altezas concedérselas, el Almirante se despidió de sus amigos y emprendió el camino de Córdoba para disponer su viaje a Francia, porque a Portugal estaba resuelto de no tomar, aunque el rey le había escrito[99], como se dirá más adelante.

CAPÍTULO XV

Cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante, y le concedieron cuanto pedía

Siendo ya entrado el mes de Enero de 1492, el mismo día que el Almirante salió de Santa Fe, disgustando su partida, entre otros, a Luis de Santángel, de quien arriba hemos hecho mención, anheloso éste de algún remedio, se presentó a la Reina, y con palabras que el deseo le suministraba para persuadirla, y al mismo tiempo reprenderla, le dijo, que él se maravillaba mucho de ver que siendo siempre Su Alteza de ánimo presto para todo negocio grave e importante, le faltase ahora para emprender otro en el cual poco se aventuraba, y del que tanto servicio a Dios y a exaltación de su Iglesia, podía resultar, no sin grandísimo acrecentamiento y gloria de sus reinos y estados; y tal, finalmente, que si algún otro príncipe consiguiera lo que ofrecía el Almirante, era claro el daño que a su estado vendría; y que, en tal caso, de sus amigos y servidores sería con justa causa gravemente reprendida y censurada de sus enemigos. Por lo cual, todos dirían después, que le estaba bien merecida tan mala suerte; que ella misma se apenaría, y sus sucesores sentirían justo dolor. De consiguiente, pues que el negocio parecía tener buen fundamento, el Almirante, que lo proponía, era hombre de buen juicio y de saber; no pedía más premio sino de lo que hallase, y estaba presto a concurrir en parte del gasto, y aventuraba su persona, no debía Su Alteza juzgar aquello tan imposible como le decían los letrados, y que era vana la opinión de quienes afirmaban que sería reprensible haber ayudado

semejante empresa, cuando ésta no saliese tan bien como proponía el Almirante; así que, él era de contrario parecer y creía que más bien serían juzgados los Reyes como príncipes magnánimos y generosos, por haber intentado saber las grandezas y secretos del universo. Lo cual habían hecho otros reyes y señores, y les era atribuido como gran alabanza. Pero aunque fuese tan incierto el buen éxito, para hallar la verdad en tal duda estaba bien empleada una gran cantidad de oro. A más de que el Almirante no pedía más que dos mil quinientos escudos para preparar la armada; y también para que no se dijese que el miedo de tan poco gasto la detenía, no debía en modo alguno abandonar aquella empresa. A cuyas palabras la Reina Católica, conociendo el buen deseo de Santángel, respondió dándole gracias por su buen consejo, diciendo que era gustosa de aceptarlo, a condición de que se dilatara la ejecución hasta que respirase algo de los trabajos de aquella guerra; y también aunque él opinase de otro modo, se hallaba pronta a que con las joyas de su Cámara[100] se buscase algún empréstito por la cantidad de dinero necesaria para hacer tal armada. Pero Santángel, visto el favor que le hacía la Reina en aceptar por su consejo aquello que por el de otros habían antes rechazado, respondió que no era menester empeñar las joyas, porque él haría un pequeño servicio a Su Alteza, prestándole de su dinero. Con tal resolución, la Reina mandó pronto un capitán por la posta, para que hiciese tornar al Almirante. Dicho capitán lo encontró cerca del Puente de Pinos que dista dos leguas de Granada, y aunque el Almirante se dolía de las dilaciones y la dificultad que había encontrado en su empresa, sin embargo, informado de la determinación y voluntad de la Reina, regresó a Santa Fe, donde fue bien acogido por los Reyes Católicos; y pronto fue cometida su capitulación y expedición al secretario Juan de Coloma[101] el cual, de orden de Sus Altezas, y con la real firma y sello, le concedió y consignó todas las capitulaciones y cláusulas que, según

hemos dicho arriba, había demandado, sin que se quitase ni mudase cosa alguna.

CAPÍTULO XVI

Cómo el Almirante armó tres carabelas para llevar a cabo la empresa de su descubrimiento

Concedidas, pues, por los serenísimos Reyes Católicos, al Almirante, las mencionadas capitulaciones, éste, poco después, el doce de mayo de dicho año 1492 salió de Granada para Palos, que es el puerto donde tenía que hacer su armada, por estar aquella tierra obligada a servir a Sus Altezas tres meses con dos carabelas, las cuales mandaron que fuesen entregadas al Almirante. Armó éstas y otro navío con la solicitud y diligencia necesarias[102]. La Capitana, en la que iba él, se llamaba Santa María; otra fue denominada la Pinta, en la que era capitán Martín Alonso Pinzón; y de la Niña, que era latina, y la última, fue capitán Vicente Yáñez Pinzón, hermano del mencionado Alonso, de dicha tierra de Palos. Estando las tres provistas de todas las cosas necesarias, con noventa hombres[103], el 3 de agosto, al amanecer, dieron vela con rumbo a las Canarias; y desde aquel punto fue diligentísimo el Almirante en escribir de día en día, minuciosamente, todo aquello que sucedía en el viaje, especificando los vientos que soplaban, qué viaje hacía con cada uno y con qué velas y corrientes, y las cosas que veía por el camino, aves, peces o algunos otros indicios. Lo cual él siempre acostumbró hacer en cuatro viajes que realizó desde Castilla a las Indias. No quiero yo, sin embargo, escribir todo particularmente, porque si bien entonces era muy conveniente describir el camino y navegación, y exponer qué impresiones y efectos correspondían a los cursos y aspectos de las estrellas, y el decla-

rar qué diferencia había en esto con nuestros mares y nuestras regiones, no me parece, sin embargo, que al presente, tanta minucia pueda dar satisfacción a los lectores, que recibirían enojo si aumentase con la prolijidad de largos discursos esta escritura. Por lo cual solamente atenderé a exponer lo que me parezca necesario y conveniente.

CAPÍTULO XVII

Cómo el Almirante llegó a las Canarias y allí se proveyó completamente de todo lo que necesitaba

Partido el Almirante de Palos hacia las Canarias, el día siguiente, que fue sábado, a cuatro días de Agosto, a una de las carabelas de la armada, llamada la Pinta, le saltaron fuera los hierros del timón; y como, con tal defecto, los que allí navegaban tenían que amainar las velas, pronto el Almirante se les acercó, bien que por la fuerza del temporal no pudiese darles socorro, pero tal es la costumbre de los capitanes en el mar, para dar ánimo a los que padecen algún daño. Hízolo así con presteza, porque sospechaba que tal accidente había sobrevenido por astucia o malignidad del patrón, creyendo de este modo librarse de aquel viaje, como antes de la salida intentó hacer. Pero como quiera que Pinzón, capitán de dicho navío, era hombre práctico y marinero diestro, puso tal remedio con algunas cuerdas, que pudieron seguir su camino, hasta que el martes siguiente, con la fuerza del viento, se rompieron dichas cuerdas y fue necesario que todos amainasen para volver a componerlos. De cuyo trastorno y mala suerte que tuvo dicha carabela en perder dos veces el timón, al principio de su camino, quien fuera supersticioso habría podido conjeturar la desobediencia y contumacia que aquélla tuvo después contra el Almirante, alejándose dos veces de él, por malignidad de dicho Pinzón[104], como más adelante se referirá.

Volviendo, pues, a lo que yo contaba, digo, que procuraron entonces remediarse lo mejor que pudieron, hasta que llegasen

a las Canarias, las cuales descubrieron los tres navíos el jueves, a 9 de Agosto, a hora del alba; mas por el viento contrario, y por la calma, no les fue posible, ni aquel día, ni los dos siguientes, tomar tierra en la gran Canaria, a la que estaban entonces muy próximos; por lo que el Almirante dejó allí a Pinzón, a fin de que, saliendo a tierra pronto, procurase haber otro navío, y él para el mismo efecto corrió a la isla de la Gomera, juntamente con la Niña, para que, si en una de aquellas islas no hallase ocasión de navío, buscarlo en la otra.

Con tal propósito, siguiendo su camino, el domingo siguiente, que fue 12 de Agosto, por la tarde llegó a la Gomera, y luego mandó el batel a tierra, el cual regresó en la mañana siguiente a la nave, diciendo que entonces no había ningún navío en aquella isla; pero que de una hora a otra, los del país esperaban a Doña Beatriz de Bobadilla, señora de la misma isla, que estaba en la gran Canaria, que llevaba un navío de cierto Grajeda, de Sevilla, de cuarenta toneladas; el cual, por ser a propósito para su viaje, podría tomarlo. Por esto, el Almirante resolvió esperar en aquel puerto, creyendo que si Pinzón no hubiese podido aderezar su nave, habría hallado alguna otra en la Gomera. Estuvo allí los dos días siguientes, pero viendo que dicho navío no se presentaba, y que partía para la gran Canaria un carabelón de la isla de Gomera, mandó en él un hombre para que anunciase a Pinzón su arribada y le ayudase a componer su navío, escribiéndole, que si él no volvía para darle ayuda, era porque su nao no podía navegar. Pero como después de la salida del carabelón tardó mucho en saber noticias, el Almirante resolvió, a 23 de Agosto, volver con sus dos naves a la gran Canaria, y así, partiendo el día siguiente, encontró en el camino al carabelón, que no había podido todavía llegar a la gran Canaria por serle el viento muy contrario. Recogió al hombre que lo guiaba, y pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuya montaña[105] se veían salir grandísimas llamas, de lo que maravillándose su

gente, les dio a entender el fundamento y la causa de tal fuego, comprobando todo con el ejemplo del monte Etna de Sicilia y de otros muchos montes donde se veía lo mismo. Pasada después aquella isla, el sábado a 25 de Agosto, llegaron a la isla de la gran Canaria, donde Pinzón, con gran fatiga, había arribado el día antes. De éste supo el Almirante cómo el lunes anterior, D.ª Beatriz había marchado con aquel navío que él con tanta dificultad y molestia procuraba tomar, y aunque los otros recibieron de esto gran pesar, él se conformaba con aquello que sucedía, echando todo a la mejor parte, y afirmando que si no agradaba a Dios que encontrase aquella nave, quizá sucedía esto, porque, si la hubiese hallado, habría tenido juntamente impedimento y dificultad en obtenerlo, y pérdida de tiempo en el traspaso de las mercancías que se llevaban, y por tanto, dilación en el viaje. Por cuyo motivo, sospechando no encontrarlo otra vez en el camino, si tornase a buscarlo hacia la Gomera, se propuso arreglar en Canaria dicha carabela, lo mejor que pudiese, haciéndole un nuevo timón, por si, como le habían dicho, había perdido el suyo; y a más de esto hizo mudar la vela, de latina en redonda, en la otra carabela llamada la Niña, a fin de que siguiese a las demás naos con más seguridad y menor peligro.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el Almirante salió de la isla de la gran Canaria para seguir, o dar principio a su descubrimiento, y lo que le sucedió en el Océano

Después que los navíos estuvieron bien arreglados y dispuestos para su partida, el viernes, que fue primero de Septiembre, a la tarde, el Almirante hizo desplegar las velas al viento, saliendo de la gran Canaria, y al día siguiente llegaron a la Gomera, donde en proveerse de carne, de agua y de leña, se detuvieron otros cuatro días, de modo que el jueves siguiente, de mañana, esto es, a 6 de Septiembre de dicho año de 1492, que se puede contar como principio de la empresa y del viaje por el Océano, el Almirante salió de la Gomera con rumbo al Occidente, y por el poco viento y las calmas que tuvo, no pudo alejarse mucho de aquellas islas.

El domingo, al ser de día, halló que estaba a nueve leguas, hacia el Occidente, de la isla de Hierro, donde perdieron del todo de vista la tierra, y temiendo no volver en mucho tiempo a verla, muchos suspiraron y lloraron. Pero el Almirante, después que hubo animado A todos con largas promesas de muchas tierras y de riquezas, para que tuviesen esperanza y disminuyese el miedo que tenían de tan largo viaje, aunque aquel día los navíos caminaron diez y ocho leguas, dijo no haber contado más de quince, habiendo resuelto aminorar, en la relación del viaje, parte de la cuenta, para que no supiese la gente que estaban tan lejos de España como de hecho lo estaba, pero con propósito de anotar ocultamente la verdad.

Continuando así el viaje, martes, a 11 de Septiembre, a la puesta del sol, estando entonces ya cerca de cien leguas hacia el Occidente de la isla del Hierro, se vio un grueso madero del mástil de una nave de ciento veinte toneladas, el cual parecía que había ido mucho tiempo llevado por el agua. En aquel paraje, y más adelante al Occidente, las corrientes eran muy recias hasta el Nordeste. Pero habiendo corrido después otras cincuenta leguas al Poniente, el 13 de Septiembre, halló que a las primeras horas de la noche, noroesteaban las calamitas de las brújulas por media cuarta, y al alba, noroesteaban poco más de otra media de lo que conoció que la aguja no iba derecha a la estrella que llaman del Norteo, o Polar, sino a otro punto fijo e invisible. Cuya variación hasta entonces nadie había conocido, y así tuvo justa causa para maravillarse de esto. Pero mucho más se asombró el tercer día, cuando había ya ido cien leguas más adelante de aquel paraje, porque las agujas, al principio de la noche noroesteaban con la cuarta, y a la mañana, se dirigían a la misma estrella.

El sábado, a 15 de Septiembre, estando casi trescientas leguas hacía el occidente de la isla del Hierro, de noche cayó del cielo al mar una maravillosa llama, cuatro o cinco leguas distantes de los navíos, con rumbo al Sudoeste, aunque el tiempo era templado, como en abril, y los vientos del Nordeste al Suroeste bonancibles, el mar tranquilo, y las corrientes de continuo hacia el Nordeste. Los de la carabela Niña dijeron al Almirante que el viernes pasado habían visto un gorjao y otro pájaro llamado rabo de junco, de lo que, por ser éstas las primeras aves que habían parecido, se admiraron mucho.

Pero mayor fue su asombro al día siguiente, domingo, por la gran cantidad de hierba entre verde y amarilla que se veía en la superficie del agua[106], la cual parecía que fuese nuevamente separada de alguna isla o escollo. De esta hierba vieron mucha al día siguiente, de donde muchos afirmaron que estaban ya cerca

de tierra, especialmente, porque vieron un pequeño cangrejo vivo, entre aquellas matas de hierba; decían que ésta era semejante a la llamada *Estrella*, sólo que tenía el tallo y los ramos altos, y estaba toda cargada de frutos como de lentisco; notaron también que el agua del mar era la mitad menos salada que la anterior. A más de esto, aquella noche les siguieron muchos atunes, que se acercaban tanto a los navíos y nadaban junto a ellos tan ligeramente, que uno fue matado con una fisga por los de la carabela Niña. Estando ya trescientas sesenta leguas al oeste de la isla del Hierro, vieron otro rabo de junco, pájaro llamado así porque tiene una larga pluma por cola, y en lengua española, rabo quiere decir cola.

El martes después, que fue 18 de Septiembre, Martín Alonso Pinzón, que había pasado adelante con la carabela Pinta, que navegaba muy bien, esperó al Almirante y le dijo haber visto una multitud grande de aves que volaban hacia poniente, por lo que esperaba encontrar tierra aquella noche. Cuya tierra le pareció ver hacia el Norte, a distancia de quince leguas, en el mismo día, al ponerse el sol, cubierta de grande oscuridad y nubarrones. Pero como el Almirante sabía con certeza que no era tierra, no quiso perder el tiempo en ir a reconocerla, como todos deseaban, porque no la encontraba en el sitio donde, por sus conjeturas y razonamientos, esperaba que se descubriese; antes bien quitaron aquella noche una boneta[107], porque el viento arreciaba, habiendo pasado ya once días que no amainaban las velas un palmo, pues caminaban de continuo con viento en popa hacia el Occidente.

CAPÍTULO XIX

Cómo todos estaban muy atentos a los indicios que había en el mar, con deseo de llegar a tierra

Como toda la gente de la armada era nueva en semejante navegación y peligro, y se veían tan lejos de todo socorro, no dejaban entre ellos de murmurar; y no viendo más que agua y cielo, notaban siempre con atención cualquier señal que se les presentaba, como aquellos que estaban de hecho más lejanos de tierra, que nadie lo había estado hasta entonces. Por lo que referiré todo aquello a que daban alguna importancia, y esto será cuanto a la delación de este primer viaje; pues de los otros indicios menores que se presentan con frecuencia, y se ven ordinariamente, no quiero razonar.

Digo, pues, que el 19 de Septiembre, de mañana, vino a la nave del Almirante un pájaro llamado alcatraz, y otros vinieron por la tarde, que daban alguna esperanza de tierra, porque juzgábase que tales aves no se habrían separado mucho de aquélla. Con cuya esperanza, cuando hubo calma sondaron con doscientas brazas de cuerda; y aunque no pudieron hallar fondo, conocieron que todavía las corrientes iban hacia el Sudoeste.

Igualmente, el jueves, a veinte días de aquel mes, dos horas antes de medio día llegaron dos alcatraces a la nave, y aún vino otro al cabo de poco, y tomaron un pájaro semejante al gorjao, sólo que era negro, con un penacho blanco en la cabeza, y con patas semejantes a los del ánade, como suelen tener las aves acuáticas; a bordo, mataron un pez pequeño; vieron mucha da la hierba mencionada, y al salir el día vinieron a la nave tres pa-

jarillos de tierra, cantando, pero al salir el sol desaparecieron, dejando algún consuelo, porque se pensaba que las otras naves, por ser marinas y grandes, podían mejor alejarse de tierra, y que estos pajarillos no debían venir de tanta lejanía. Luego, tres horas después, fue visto otra alcatraz, que venía del Oesnoroeste; al día siguiente, a la tarde, vieron otro rabo de junco y un alcatraz, y se descubrió más cantidad de hierba que en todo el tiempo pasado, hacia el Norte, por cuanto se podía extender la vista, de lo cual recibían aliento, creyendo que vendría de alguna tierra próxima; esto, a veces, les causaba gran temor, porque había allí matas de tanta espesura, que en algún modo detenían los navíos, y como quiera que el miedo lleva la imaginación a las cosas peores, temían hallarla tan espesa que quizá les sucediese lo que se cuenta de San Amador, en el mar helado, del cual se dice que no deja avanzar a los navíos; por esto separaban los navíos, de la matas de hierba, todas las veces que podían.

Pero volviendo a los indicios, digo que otro día vieron una ballena, y al sábado siguiente, que fue a 22 de Septiembre, fueron vistas algunas pardelas[108]; y soplaron aquellos tres días algunos vientos del Sudoeste, unas veces más al Poniente, y otras menos, los cuales, aunque eran contrarios a la navegación, el Almirante dice que los tuvo por muy buenos y de gran provecho, porque al murmurar entonces la gente, entre las otras cosas que decían para aumentar su miedo, era una el que, pues siempre tenían el viento en popa, que en aquellos mares no le tendrían nunca próspero para volver a España, y aun dado que sucediese lo contrario, decían que el viento no era estable, y que no bastando para agitar el mar, no podrían tornar, dado lo largo del camino que dejaban atrás. Aunque el Almirante replicaba, diciéndoles que esto procedía de estar ya cerca de tierra, que no dejaba levantar las olas, y les diese las razones que mejor podía, afirma que tuvo entonces necesidad de la ayuda de

Dios, igual que Moisés, cuando sacó a los hebreos de Egipto, los cuales se abstenían de poner las manos en él, por los muchos prodigios con que Dios le favorecía; así dice el Almirante le sucedió en aquel viaje, porque pronto, el domingo siguiente, a 23, se levantó un viento Oesnoroeste, con el mar algún tanto agitado, como la gente deseaba; e igualmente, tres horas antes de medio día, vieron una tórtola, que volaba sobre la nave, y a la tarde siguiente vieron un alcatraz, una avecilla de río y otros pajarillos blancos; en la hierba encontraron algunos cangrejillos; al día siguiente vieron otro alcatraz, muchas pardelas que venían de hacia Poniente, y algunos pececillos, algunos de los cuales mataron los marineros con fisgas, porque no picaban en el anzuelo.

CAPÍTULO XX

Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse, y viendo otras señales y demostraciones de tierra, caminó hacia ella con alegría

Cuanto más vanos resultaban los mencionados indicios tanto más crecía su miedo y la ocasión de murmurar, retirándose dentro de los navíos y diciendo que el Almirante, con su fantasía, se había propuesto ser gran señor a costa de sus vidas y peligros, y de morir en aquella empresa; y pues ellos habían ya cumplido con su obligación de probar suerte, y se habían apartado de tierra y de todo socorro más que nadie, no debían ser autores de su propia ruina ni seguir aquel camino hasta que después tuvieran que arrepentirse y les faltasen las vituallas y los navíos, los cuales, como sabían, estaban llenos de averías y de grietas, de modo que mal podrían salvar a hombres que tanto se habían internado en el mar; y que nadie juzgaría mal hecho lo que en tal caso habían resuelto, más bien, al contrario, serían juzgados muy animosos por haberse puesto a tal empresa, y haber ido tan adelante; y que, por ser extranjero el Almirante, y sin algún apoyo, y por haber siempre tantos hombres sabios y doctos reprobado y censurado su opinión, no habría quien le favoreciese y defendiese, y a ellos les sería creído cuanto dijeran, y sería atribuido a culpa de ignorancia y mal gobierno lo que él dijera en contra para justificarse. No faltaron algunos que propusieron dejarse de discusiones, y si él no quería apartarse de su propósito, podían resueltamente echarlo al mar, publicando luego que el Almirante, al observar las estrellas y los indicios, se había caído sin querer; que nadie andaría

investigando la verdad de ello; y que esto era el fundamento más cierto de su regreso y de su salvación. De tal guisa continuaban murmurando de día en día, lamentándose y maquinando, aunque el Almirante no estaba sin sospecha de su inconstancia y de su mala voluntad hacia él[109]; por lo que, unas veces con buenas palabras, y otras con ánimo pronto a recibir la muerte, les amenazaba con el castigo que les podría venir si impidiesen el viaje, con ello templaba algo sus propósitos y sus temores; y para confirmación de la esperanza que les daba, recordaba las muestras y los indicios sobredichos, prometiéndoles que en breve tiempo hallarían alguna tierra; a los cuales indicios andaban ellos de continuo tan atentos que cada hora les parecía un año hasta ver tierra.

Por fin, el martes 25 de Septiembre, a la puesta del sol, razonando el Almirante con Pinzón, que se le había acercado con su nave, Pinzón gritó en alta voz: «*Tierra, tierra, señor; que no pierda mi buena mano*»[110]; y le mostró, en dirección al Sudoeste, un bulto que tenía clara semejanza de isla, que distaba veinticinco leguas de los navíos, de lo cual se puso la gente tan alegre y consolada, que daban a Dios muchas gracias; el Almirante, que hasta ser de noche prestó alguna fe a lo que se le había dicho, por consolar a su gente, y a más, porque no se le opusieran e impidieran su camino, navegó hacia allí por gran parte de la noche; pero la mañana siguiente conocieron que lo que habían visto eran turbiones y nubes que muchas veces parecen ser muestra de clara tierra; por lo cual, con mucho dolor y enojo de la mayor parte, tornaron a seguir el rumbo de Occidente, como siempre habían llevado a no ser que el viento se lo impidiese, y teniendo los ojos atentos a indicios, vieron un alcatraz y un rabo de junco y otros pájaros semejantes a ellos; el jueves, a 27 de Septiembre, vieron otro alcatraz que venía de Poniente e iba hacia Levante, y se mostraron muchos peces dorados, de los que mataron uno con una fisga; pasó cerca de ellos un rabo de

junco, y conocieron después que las corrientes, en los últimos días no eran tan constantes y ordenadas como solían, sino que volvían atrás con las mareas, y la hierba se veía por el mar en menor cantidad que antes.

El viernes siguiente mataron todos los de los navíos algunos peces dorados, y el sábado vieron un rabihorcado, el cual, aunque sea ave marina, no descansa allí, sino que va por el aire persiguiendo a los alcatraces hasta que les hace echar, de miedo, la inmundicia de su vientre, la que recoge por el aire, para su alimento, y con tal astucia y caza se sustenta en aquellos mares; dícese que se ven muchos en los alrededores de las islas de Cabo Verde. Poco después vieron otros dos alcatraces, y muchos peces golondrinos, que son de grandeza de un palmo, con dos aletas semejantes a las del murciélago, y vuelan de cuando en cuando, tanto como una lanza sobre el agua, el tiro de un arcabuz, unas veces más y otras menos, y en ocasiones caen en los navíos. También, después de comer, vieron mucha hierba en dirección de Norte a Mediodía, como solían antes, y otros tres alcatraces y un rabihorcado que los perseguía.

El domingo, a la mañana, vinieron a la nave cuatro rabos de junco, los que por haber venido juntos, se creyó que estaban próximos a tierra, y especialmente, porque de allí a poco pasaron otros cuatro alcatraces; vieron muchas hiladas de hierba que iban de Oesnoroeste al Esoeste; vieron también muchos peces emperadores, análogos a los llamados *chopos*, que tienen la piel durísima y no son buenos para comerlos.

Pero, aunque el Almirante tuviese atención a todos estos indicios, observaba los del cielo y el curso de las estrellas, por donde notó en aquel paraje, con grande admiración, que de noche, las Guardas estaban justamente en el brazo del Occidente, y cuando era de día, se encontraban en la línea bajo el brazo, al Nordeste. De lo que deducía que en toda la noche no caminaban sino tres líneas, que son nueve horas, y esto lo comprobaba

todas las noches. Igualmente notó que desde las primeras horas de la noche, las agujas noroesteaban toda una cuarta, y cuando amanecía, miraban derechamente a la estrella polar. Por cuyos motivos, los pilotos estaban con grande inquietud y confusión, hasta que él les dijo que de esto era causa el círculo que hace la estrella polar o del Norte, rodeando el polo, cuya explicación les dio mucho aliento, porque en presencia de tales novedades temían peligro en el camino, a tanta distancia y diversidad de regiones.

CAPÍTULO XXI

Cómo no sólo vieron los indicios y las señales anteriores, sino otros mejores, que les dieron algún ánimo

El lunes, que fue el primero de octubre, salido el sol, vino a la nave un alcatraz; dos horas antes de mediodía llegaron otros dos; la dirección de la hierba era del Este al Oeste; y aquel día, de mañana, el piloto de la nave del Almirante dijo que estaba, hacia el Poniente, quinientas sesenta y ocho leguas más allá de la isla del Hierro; el Almirante afirmó que pensaba estar algo más distante, a quinientas ochenta y cuatro leguas, aunque en oculto sabía haberse alejado setecientas siete; de modo que su cuenta superaba en 129 leguas a la de dicho piloto. Aún era mucho más diferente el cómputo de las otras dos naves, porque el piloto de la Niña, el miércoles siguiente por la tarde, dijo que, a su juicio, habían caminado quinientas cuarenta leguas; y el de la Pinta, seiscientas treinta y cuatro. Quitando, pues, lo que caminaron aquellos tres días, quedaban todavía muy apartados de la razón y de la verdad, porque siempre tuvieron buen viento en popa y habían caminado más. Pero el Almirante, como se ha dicho, disimulaba y transigía con el error cometido, para que la gente no desmayara viéndose tan lejos.

El día siguiente, que fue 2 de Octubre, vieron muchos peces, y mataron un atún pequeño; se presentó un pájaro blanco, como gaviota, y muchas pardelas, y la hierba que veían era muy añeja, casi hecha polvo.

Al día siguiente, no viendo más aves que algunas pardelas, temieron grandemente haber dejado al lado algunas islas, pa-

sando por medio de ellas sin verlas; creían que los muchos pájaros vistos hasta entonces, eran de paso, y que irían de una isla a otra a descansar. Queriendo ellos ir de uno a otro lado para buscar aquellas tierras, el Almirante se opuso, por no perder el favorable viento que le ayudaba para ir derecho hacia las Indias por el Occidente, cuya vía era la que tenía por más cierta; además, porque le parecía perder la autoridad y el crédito de su viaje, andando a tientas, de un lugar a otro, buscando aquello que siempre afirmó saberlo muy ciertamente, y esto fue la causa de amotinarse la gente, perseverando en murmuraciones y conjuras. Pero quiso Dios socorrerle, como arriba se ha dicho, con nuevos indicios. Porque el jueves, 4 de Octubre, después de mediodía, vieron más de cuarenta pardelas juntas, y dos alcatraces, los cuales se acercaron tanto a los navíos, que un grumete mató uno con una piedra. Antes de esto habían visto otro pájaro, como rabo de junco, y otro como gaviota; y volaron a la nave muchos peces golondrinos. El día siguiente, también vino a la nave un rabo de junco, y un alcatraz de la parte de Occidente; y se vieron muchas pardelas.

El domingo después, 7 de octubre[111], al salir el sol, se vio hacia el Poniente muestras de tierra, pero como era oscura, ninguno quiso declararse autor, no sólo por quedar con vergüenza afirmando lo que no era, cuanto por no perder la merced de diez mil maravedís anuales, concedidos por toda la vida a quien primeramente viese tierra, la cual habían prometido los Reyes Católicos; porque, como ya hemos dicho, para impedir que a cada momento se diesen vanas alegrías, con decir falsamente: ¡tierra, tierra!, se había puesto pena, al que dijese verla, y esto no se comprobase en término de tres días, quedar privado de dicha merced, aunque después verdaderamente la viese; y porque todos los de la nave del Almirante tenían esta advertencia, ninguno se arriesgaba a gritar: ¡tierra, tierra! Los de la carabela Niña, que, por ser más ligera, iba delante, creyendo ciertamente

que fuese tierra, dispararon una pieza de artillería y alzaron las banderas en señal de tierra. Pero, cuando fueron más adelante, les comenzó a faltar a todos la alegría, hasta que totalmente se deshizo aquella apariencia; bien que, no mucho después, quiso Dios tornar a consolarles algo, porque vieron grandísimas bandadas de aves de varios géneros, y algunas otras de pajarillos de tierra, que iban desde la parte de Occidente a buscar su alimento en el Sudoeste. Por lo cual, el Almirante, teniendo por muy cierto, porque se hallaba muy lejano de Castilla, que aves tan pequeñas no irían a reposar muy lejos de tierra, dejó de seguir la vía del Oeste, hacia donde iba, y caminó con rumbo al Sudoeste[112], diciendo que, si cambiaba la dirección, lo hacía porque no se apartaba mucho de su principal camino, y por seguir el discurso y el ejemplo de la experiencia de los portugueses, quienes habían descubierto la mayor parte de las islas, por el indicio y vuelo de tales aves; y tanto más, porque las que entonces se veían, seguían casi el mismo camino en el que siempre tuvo por cierto encontrar tierra, dado el sitio en que estaban; pues bien sabían que muchas veces les había dicho que no esperaba tierra hasta tanto que no hubiesen caminado setecientas cincuenta leguas al Occidente de Canaria, en cuyo paraje había dicho también que encontraría la Española, llamada entonces Cipango; y no hay duda que la habría encontrado porque sabía que la longitud de aquélla se afirmaba ir de Norte a Mediodía, por lo cual él no había ido más al Sur, a fin de dar en ella, y por esto quedaban aquella y las otras islas de los Caribes, a mano izquierda, hacia Mediodía, adonde enderezaban aquellas aves su camino.

Por estar tan cercanos a tierra se veía tanta abundancia y variedad de pájaros, que, el lunes, a 8 de Octubre, vinieron a la nave doce de los pajaritos de varios colores que suelen cantar por los campos; y después de haber volado un rato alrededor de la nave, siguieron su camino. Viéronse también desde los na-

víos muchos otros pájaros que iban hacia el Suroeste, y aquella misma noche se mostraron muchas aves grandes, y bandadas de pajarillos que venían de hacia el Norte y volaban a la derecha de los anteriores. Fueron también vistos muchos atunes; a la mañana vieron un gorjao y un alcatraz, ánades, y pajarillos que volaban por el mismo camino que los otros; y sentían que el aire era muy fresco y odorífero, como en Sevilla en el mes de abril.

Pero entonces era tanta el ansia y el deseo de ver tierra, que no daban crédito a indicio alguno, de tal modo que aunque el miércoles, 10 de Octubre, de día y de noche vieron pasar muchos de los mismos pajarillos, no por eso dejaba la gente de lamentarse, ni el Almirante de reprenderles el poco ánimo, haciéndoles saber que, bien o mal, debían salir con la empresa de las Indias, a la que los Reyes Católicos los enviaban[113].

CAPÍTULO XXII

Cómo el Almirante encontró la primera tierra, que fue una isla en el archipiélago llamado de los Lucayos

Viendo entonces nuestro Señor cuán difícilmente luchaba el Almirante con tantos contradictores, quiso que el jueves, a 11 de Octubre, después de mediodía, cobrasen mucho ánimo y alegría, porque tuvieron manifiestos indicios de estar ya próximos a tierra, pues los de la Capitana vieron pasar cerca de la nave un junco verde, y después un gran pez verde, de los que no se alejan mucho de los escollos; luego, los de la carabela Pinta vieron una cana y un palo, y tomaron otro palo labrado con artificio, y una tablilla, y una mata arrancada de la hierba que nace en la costa. Otros semejantes indicios vieron los de la carabela Niña, y un espino cargado de fruto rojo, que parecía recién cortado, por cuyas señales y por lo que dictaba su razonable discurso, teniendo el Almirante por cosa cierta que estaba próxima a tierra, ya de noche, a la hora en que se acababa de decir la *Salve Regina* que los marineros acostumbran cantar al atardecer, habló a todos en general, refiriendo las mercedes que Nuestro Señor les había hecho en llevarlos tan seguros y con tanta prosperidad de buenos vientos y navegación, y en consolarlos con señales que cada día se veían mucho mayores; y rogóles que aquella noche velasen con atención, recordando que bien sabían, cómo en el primer capítulo de la instrucción dada por él a todos los navíos en Canarias, mandaba a éstos que después que hubiesen navegado setecientas leguas al Poniente, sin haber hallado tierra, no caminasen desde media noche hasta ser

de día, a fin de que, si el deseo de tierra no daba resultado, al menos, la buena vigilancia supliese a su buen ánimo[114]. Y porque tenía certísima esperanza de hallar tierra, mandó que aquella noche, cada uno vigilase por su parte, pues a más de la merced que Sus Altezas habían prometido de diez mil maravedís anuales de por vida al primero que viese tierra, él le daría un jubón de terciopelo. Esto dicho, dos horas antes de media noche, estando el Almirante en el castillo de popa, vio una luz en tierra; pero dice que fue una cosa tan dudosa, que no osó afirmar fuese tierra, aunque llamó a Pedro Gutiérrez, repostero del Rey Católico, y le dijo que mirase si veía dicha luz; aquél respondió que la veía, por lo que muy luego llamaron a Rodrigo Sánchez de Segovia, para que mirase hacia la misma parte; mas no pudo verla, porque no subió pronto donde podía verse, ni después la vieron, sino una o dos veces, por lo cual pensaron que podía ser una candela o antorcha de pescadores, o de caminantes, que alzaban y bajaban dicha luz, o, por ventura, pasaban de una casa a otra, y por ello desaparecía y volvía de repente con tanta presteza que pocos por aquella señal creyeron estar cercanos a tierra. Pero, yendo con mucha vigilancia, siguieron su camino hasta que dos horas después de media noche la carabela Pinta, que por ser gran velera, iba muy delante, dio señal de tierra; la cual vio primeramente un marinero llamado Rodrigo de Triana[115] cuando estaban separados de tierra, dos leguas. Pero, la merced de los 10 000 maravedís no fue concedida por los Reyes Católicos a éste, sino al Almirante[116], que había visto la luz en medio de las tinieblas, denotando la luz espiritual que por él era introducida en aquellas obscuridades. Estando, pues, entonces, cerca de tierra, todos los navíos se pusieron a la cuerda, o al reparo, pareciéndoles largo el tiempo que quedaba hasta el día, para gozar de una cosa tan deseada.

CAPÍTULO XXIII

Cómo el Almirante salió a tierra y tomó posesión de aquélla en nombre de los Reyes Católicos

Llegado el día, vieron que era una isla de quince leguas de larga, llana, sin montes, llena de árboles muy verdes, y de buenísimas aguas, con una gran laguna en medio, poblada de muchos indios, que con mucho afán acudían a la playa, atónitos y maravillados con la vista de los navíos, creyendo que éstos eran algunos animales, y no veían el momento de saber con certeza lo que sería aquello. No menos prisa tenían los cristianos de saber quienes eran ellos; pero, muy luego, fue satisfecho su deseo, porque tan pronto como echaron las áncoras en el agua, el Almirante bajó a tierra con el batel armado y la bandera real desplegada. Lo mismo hicieron los capitanes de los otros navíos, entrando en sus bateles con la bandera de la empresa, que tenía pintada una cruz, verde con una F de un lado, y en el otro unas coronas, en memoria de Fernando y de Isabel.

Habiendo todos dado gracias a Nuestro Señor, arrodillados en tierra, y besándola con lágrimas de alegría por la inmensa gracia que les había hecho, el Almirante se levantó y puso a la isla el nombre de San Salvador[117]. Después, con la solemnidad y palabras que se requerían, tomó posesión en nombre de los Reyes Católicos, estando presente mucha gente de la tierra que se había reunido allí. Acto inmediato, los cristianos le recibieron por su Almirante y Virrey, y le juraron obediencia, como a quien que representaba la persona de Sus Altezas, con tanta alegría y placer como era natural que tuviesen con tal victoria y

tan justo motivo, pidiéndole todos perdón de las ofensas que por miedo e inconstancia le habían hecho.

Asistieron a esta fiesta y alegría muchos indios, y viendo el Almirante que eran gente mansa, tranquila y de gran sencillez, les dio algunos bonetes rojos y cuentas de vidrio, las que se ponían al cuello, y otras cosas de poco valor, que fueron más estimadas por ellos que si fueran piedras de mucho precio.

CAPÍTULO XXIV

De la índole y costumbre de aquella gente, y de lo que el Almirante vio en la isla

Retirado el Almirante a sus barcas, los indios le siguieron hasta ellas y hasta los navíos, los unos nadando, y otros en sus barquillas o canoas, y llevaban papagayos, algodón hilado en ovillos, azagayas y otras cosillas para cambiarlas por cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos de poco valor. Como gente llena de la primitiva simplicidad, iban todos desnudos, como nacieron, y también una mujer que allí estaba no vestía de otra manera; eran todos jóvenes, que no pasaban de treinta años, de buena estatura; los cabellos lacios, recios, muy negros y cortos, cortados a lo alto de las orejas, aunque, algunos pocos, los habían dejado crecer, largos, hasta la espalda y los habían atado con un hilo grueso alrededor de la cabeza, casi como a modo de trenza. Eran de agradable rostro y de bellas facciones, aunque les hacía parecer algún tanto feos la frente, que tenían muy ancha. Eran de estatura mediana, bien formados, de buenas carnes, y de color aceitunado, como los canarios o los campesinos tostados por el sol; algunos iban pintados de negro, otros de blanco, y otros de rojo; algunos en la cara, otros todo el cuerpo, y algunos solamente los ojos o la nariz. No tenían armas como las nuestras, ni las conocían, porque mostrándoles los cristianos una espada desnuda, la tomaban por el filo, estúpidamente, y se cortaban. Menos aún conocían cosa alguna de hierro, porque hacen sus azagayas, que ya hemos mencionado, con varillas de punta aguda y bien tostadas al fuego, armándola en un dien-

te de pez, en lugar de hierro. Como algunos tenían cicatrices de heridas, se les preguntó, por señas, la causa de tales señales, y respondieron, también por señas, que los habitantes de otras islas venían a cautivarlos, y que al defenderse, recibían tales heridas. Parecían personas de buena lengua e ingenio, porque fácilmente repetían las palabras que una vez se les había dicho. No había allí ninguna especie de animales fuera de papagayos, que llevaban a cambiar juntamente con las otras cosas que hemos dicho; y este trato duró hasta la noche.

Después, al día siguiente, que fue 13 de Octubre, de mañana, salieron muchos de ellos a la playa, y en sus barquillas denominadas canoas, venían a los navíos. Estas canoas eran de una sola pieza, hechas del tronco de un árbol excavado como artesas. Las mayores eran tan grandes que cabían cuarenta o cuarenta y cinco personas; las menores eran de distinto tamaño, y algunas tan pequeñas que no llevaban más que una persona. Bogaban con una pala semejante a las palas de los hornos, o aquellas con las que se espada el cáñamo, sólo que los remos no descansaban en el borde de los costados, como hacemos nosotros, sino que las meten en el agua y empujan hacia atrás como los zapadores. Estas canoas son tan ligeras y hechas con tal artificio que, si se vuelcan, los indios, echándose al mar en seguida y nadando, las enderezan y sacan el agua, meciéndolas, como hace el tejedor, cuando voltea la canilla de un lado a otro; y luego que está ya vacía la mitad, sacan el agua que queda con calabazas secas, que para tal efecto llevan divididas por medio en dos partes. Aquel día llevaron para cambiar las mismas cosas que el anterior, cediendo todas por cualquier cosilla que en trueque les fuese dada. No se vieron entre ellos joyas de metal, sino algunas hojillas de oro que llevaban pendiente en la parte exterior de la nariz; y preguntándoles de dónde venía aquel oro, respondieron, por señas, que de hacia el medio día, donde había un rey que tenía muchos tejuelos y vasos, de oro, añadiendo e indicando que ha-

cia el medio día y al sudoeste había muchas otras islas y grandes tierras. Como eran muy afanosos de tener cosas de las nuestras, y por ser pobres, que no tenían que dar en cambio, pronto, los que habían entrado en los navíos, si podían coger algo, aunque fuese un pedacillo roto de un plato de tierra, o de una escudilla de vidrio, se echaban al mar con aquella, y nadando, se iban a tierra; y si llevaban alguna cosa, por cualquier mercancía de las nuestras, o por algún pedacillo de vidrio roto, daban a gusto lo que tenían; de modo que hubo alguno de ellos que dio diez y seis ovillos de algodón, por tres blancas de Portugal que no valen más que un cuatrín de Italia; dichos ovillos pesaban más de veinticinco libras, y el algodón estaba muy bien hilado. En este comercio se pasó el día hasta la tarde, que todos se retiraron a tierra. Es, sin embargo, de advertir, en este caso, que la liberalidad que mostraban en el vender no procedía de que estimasen mucho la materia de las cosas que nosotros les dábamos, sino porque les parecía que por ser nuestras, eran dignas de mucho aprecio, teniendo como hecho cierto que los nuestros eran gente bajada del cielo, y por ello deseaban que les quedase alguna cosa como recuerdo.

CAPÍTULO XXV

Cómo el Almirante salió de aquella isla y fue a ver otras

El domingo siguiente, que fue 14 de Octubre, el Almirante fue con los bateles por la costa de aquella isla, hacia el noroeste, por ver lo que había alrededor de ella. Y en aquella parte por donde fue halló una gran ensenada o puerto capaz para todos los navíos de los cristianos; los moradores, viendo que iba de lejos, corrían tras de él por la playa, gritando y ofreciéndole dar cosas de comer; llamándose unos a otros, apresurábanse a ver los hombres del cielo, y postrados en tierra, alzaban las manos al cielo, como dándole gracias por la llegada de aquellos. Muchos también, nadando, o en sus canoas, como podían, llegaban a las barcas, a preguntar, por señas, si bajaban del cielo, rogándoles que saliesen a tierra, para descansar. Pero el Almirante, dando a todos cuentas de vidrio o alfileres gozaba mucho de ver en ellos tanta sencillez; al fin llegó a una península que con trabajo se podría rodear por agua, en tres días, habitable, y donde se podía hacer una buena fortaleza. Allí vio seis casas de los indios, con muchos jardines alrededor, tan hermosos como los de Castilla en el mes de Mayo. Pero como la gente estaba ya fatigada de remar tanto, y él conocía claramente, por lo que habla visto, que no era aquella tierra la que él andaba buscando, ni de tanto provecho que debiese permanecer en ella, tomó siete indios de aquellos, para que le sirviesen de intérpretes; y, vuelto a los navíos, salió para otras islas que se veían desde la península, y parecían ser llanas y verdes, muy pobladas, como los mismos indios afirmaban. A una de las cuales, que distaba siete le-

guas, llegó el día siguiente, que fue lunes a 15 de Octubre; y le puso nombre de Santa María de la Concepción[118]. La parte de aquella isla, que mira a San Salvador, se extendía de norte a sur por espacio de cinco leguas de costa. Pero el Almirante fue por la costa del este al oeste, que es más larga de diez leguas, y después que surgió hacia occidente, bajó a tierra para hacer allí lo mismo que en las anteriores. Los habitantes de la isla acudieron prestamente, para ver a los cristianos, con la misma admiración que los otros. Habiendo visto el Almirante que todo aquello era lo mismo, al día siguiente, que fue martes, navegó al oeste, ocho leguas, a una isla bastante mayor, y llegó a la costa de aquélla, que tiene de noroeste a sudeste más de veintiocho leguas. También ésta era muy llana, de hermosa playa; y acordó ponerle nombre de la Fernandina[119]. Antes que llegase a esta isla y a la otra de la Concepción, hallaron un hombre en una pequeña canoa, que llevaba un pedazo de su pan, una calabaza de agua, y un poco de tierra semejante al bermellón, con el que se pintan aquellos hombres el cuerpo, como ya hemos dicho, y ciertas hojas secas que estiman mucho, por ser muy olorosas y sanas; en una cestilla llevaba una sarta de cuentas verdes de vidrio, y dos blancas, por cuya muestra se juzgó que venía de San Salvador, había pasado por la Concepción, y luego iba a la Fernandina, llevando nuevas de los cristianos, por estos países. Pero, como la jornada era larga y estaba ya cansado, pronto fue a los navíos, donde le recibieron dentro, con su canoa, y tratado afablemente por el Almirante, quien tenía propósito, tan pronto como llegase a tierra, de mandarlo con su mensaje, como hizo; y le dio prestamente algunas cosillas para que las distribuyese entre los otros indios. La buena relación que hizo éste motivó que muy pronto la gente de la Fernandina viniese a las naves, en sus canoas, para cambiar aquellas mismas cosas que habían trocado los anteriores; porque aquella gente y todo el resto era de igual condición. Y cuando el batel fue a tierra para proveerse

de agua, los indios mostraban con grande alegría donde la había, y llevaban a cuestas muy a gusto los barriles, para llenar los toneles dentro del batel. En verdad, parecían hombres de más aviso y juicio que los primeros, y como tales regateaban sobre el trueque y paga de lo que llevaban; en sus casas tenían paños de algodón, es a saber mantas de cama; las mujeres cubrían sus partes vergonzosas con una media faldilla tejida de algodón, y otras, con un paño tejido que parecía de telar.

Entre las cosas notables que vieron en aquella isla fueron algunos árboles que tenían ramas y hojas diferentes entre sí, sin que otros árboles estuviesen allí injertos, sino naturalmente, teniendo los ramos un mismo tronco, y hojas de cuatro y cinco maneras tan diferentes la una de la otra, como lo es la hoja de la caña, de la del lentisco. Igualmente, vieron peces de distintas maneras, y de finos colores, pero no vieron género alguno de animales terrestres fuera de lagartos y alguna sierpe. A fin de reconocer mejor la isla, salidos de allí hacia noroeste, surgieron en la boca de un bellísimo puerto que tenía una islilla a la entrada; más no pudieron penetrar por el poco fondo que tenía, ni tampoco lo procuraron, para no alejarse de un pueblo grande que no muy lejos estaba, aunque, en la mayor isla de las que hasta entonces habían visto, no los hubiera con más de doce o quince casas, hechas a modo de tiendas de campaña. Entrados en ellas, no vieron otro ornamento, ni muebles, más de aquello mismo que llevaban a cambiar a las naves. Eran sus lechos como una red colgada, en forma de honda, en medio de la cual se echaban, y ataban los cabos a dos postes de la casa[120]. También allí vieron algunos perros como mastines o blanchetes, que no ladraban.

CAPÍTULO XXVI

Cómo el Almirante pasó a otras islas que desde allí se veían

Como en dicha isla Fernandina no hallaron cosa alguna de importancia, el viernes a 19 de Octubre, fueron a otra isla llamada Samoeto, a la que puso el Almirante nombre de la Isabela[121], para proceder con orden en los nombres; porque la primera, llamada por los indios Guanahaní, a gloria de Dios que se la había manifestado, y salvado de muchos peligros, llamó San Salvador; a la segunda, por la devoción que tenía a la concepción de Nuestra Señora, y porque su amparo es el principal que tienen los cristianos, llamó Santa María de la Concepción; a la tercera, que llamaban los indios[122] en memoria del católico Rey Don Fernando, llamó Fernandina, a la cuarta, Isabela, en honor de la serenísima Reina Doña Isabel; y después, a la que primeramente encontró, esto es Cuba, llamó Juana, en memoria del príncipe Don Juan, heredero de Castilla, a fin de que con estos nombres quedara satisfecha la memoria de lo espiritual y de lo temporal.

Verdad es que, en punto a la bondad, grandeza y hermosura, dice que esta isla Fernandina aventajaba con mucho a las otras, porque, a más de ser abundante de muchas aguas y de bellísimos prados y árboles, entre los cuales había muchos de lignaloe, se veían también ciertos montes y collados que no había en las otras islas, porque eran muy llanas. Enamorado el Almirante de la belleza de esta isla, para las solemnidades de la toma de posesión, bajó a tierra en unos prados de tanta amenidad y belleza como los de España en el mes de Abril; allí se oía el canto

de ruiseñores y otros pajarillos, tan suave que no sabía el Almirante separarse; no solamente volaban en lo alto de los árboles, sino que por el aire pasaban tantas bandadas de pájaros que oscurecían la luz del sol, la mayor parte de los cuales eran muy diferentes de los nuestros. Como aquel país era de muchas aguas y lagos, cerca de uno de estos vieron una sierpe de siete pies de larga, que tenía el vientre de un pie de ancho; la cual, siendo perseguida por los nuestros, se echó en la laguna, pero como ésta no era muy profunda, la mataron con las lanzas, no sin algún miedo y asombro, por su ferocidad y feo aspecto. Andando el tiempo, supieron apreciarla como cosa agradable, pues era el mejor alimento que tenían los indios, ya que, una vez quitada aquella espantosa piel y las escamas de que está cubierta, tiene la carne muy blanca, de suavísimo y grato gusto; la llamaban los indios iguana. Hecha esta caza, deseando conocer más aquella tierra, por ser ya tarde, dejando esta sierpe para el día siguiente, en el que mataron otra, como antes habían hecho, caminando por aquel país hallaron un pueblo cuyos habitantes se echaron a correr, llevando consigo a la montaña todo lo que pudieron coger de su ajuar. Pero el Almirante no consintió que se les quitase cosa alguna de lo que habían dejado, para que no tuviesen por ladrones a los cristianos; de donde vino que a los indios se les quitase el miedo, y vinieron gustosos a los navíos a cambiar sus cosas, como habían hecho los otros.

CAPÍTULO XXVII

Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y lo que allí encontró

A la sazón, el Almirante, habiendo ya entendido los secretos de la isla Isabela, el tráfico y la condición de aquella gente, no quiso perder más tiempo en ir por aquellas islas, porque eran muchas y semejantes entre sí, como le decían los indios. Así que, salido con viento favorable, para ir a una tierra muy extensa, de todos ellos grandemente alabada, que se llamaba Cuba[123], la cual estaba hacia mediodía, el domingo, a 28 de octubre, llegó a la costa de aquella, en la región del norte. Vióse muy luego que esta isla era de mayor excelencia y calidad que las otras ya nombradas, tanto por la belleza de los collados y de los montes, como por la variedad de los árboles, por sus campiñas y por la grandeza y longitud de sus costas y playas. A fin de tener información y noticias de sus moradores, fue a echar las áncoras a un caudaloso río, donde los árboles eran muy espesos y muy altos, adornados de flores y frutos diversos de los nuestros, en los que había una gran cantidad de pájaros, y por allí amenidad increíble; porque se veía la hierba alta y muy diferente de las nuestras; y aunque allí había verdolagas, bledos y otras semejantes, por su diversidad no las conocían. Yendo a dos casas que se veían no muy lejos, hallaron que la gente había huido de miedo, dejando todas las redes y otros utensilios necesarios en la pesca, y un perro que no ladraba; pero, como dispuso el Almirante, no se tocó a cosa alguna, porque le bastaba por entonces ver la calidad de las cosas que para su manutención y servicio usaban.

Vueltos después a los navíos, continuaron su rumbo al occidente, y llegaron a otro río mayor, que el Almirante llamó de Mares. Este aventajaba mucho al anterior, pues por su boca podía entrar un navío volteado, y estaba muy poblado en las orillas; pero la gente del país, viendo presentarse los navíos, se puso en fuga hacia los montes, que se veían muchos, altos y redondos, llenos de árboles y de plantas amenísimas, donde los indios escondieron todo lo que pudieron llevar. Por esto, no pudiendo el Almirante, a causa del temor de aquella gente, conocer la calidad de la isla, y considerando que si volvía a bajar con mucha gente les aumentaría el miedo, acordó enviar dos cristianos, con un indio de los que llevaba consigo de San Salvador, y otro de aquellas tierras, que se había atrevido a venir en una pequeña canoa a los navíos; a los cuales mandó que caminasen por dentro de aquel país y se informasen, tratando afablemente a los habitantes que encontrasen por el camino. A fin de que, mientras estos iban, no se perdiese tiempo, mandó que se sacase la nave a tierra, para calafatearla, y por suerte vieron que toda la lumbre que habían hecho para esto era de almáziga, de la que se veía gran cantidad por todo el país; es éste un árbol, que, en la hoja y en el fruto, se asemeja al lentisco, sino que es bastante mayor.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo volvieron los dos cristianos, y lo que contaron haber visto

Estando ya la nave aderezada y a punto de navegar, volvieron los cristianos con los dos indios, el 5 de noviembre, diciendo haber caminado doce leguas por tierra, y haber llegado a un pueblo de cincuenta casas muy grandes, todas de madera, cubiertas de paja, hechas a modo de alfaneques, como las otras; habría allí unos mil hogares, porque en una casa habitaban todos los de una familia; que los principales de la tierra fueron a su encuentro a recibirlos, y los llevaron en brazos a la ciudad, donde les dieron por alojamiento una gran casa de aquéllas, y allí les hicieron sentarse en ciertos banquiellos hechos de una pieza, de extraña forma, semejantes a un animal que tuviese los brazos y las piernas cortas y la cola un poco alzada, para apoyarse, la cual era no menos ancha que la silla, para la comodidad del apoyo; tenían delante una cabeza, con los ojos y las orejas de oro. Tales asientos son llamados por los indios *duhos*; en ellos hicieron sentar a los nuestros; en seguida, todos los indios se sentaron en tierra, alrededor de aquéllos, y uno a uno iban después a besarles los pies y las manos, creyendo que venían del cielo; y les daban a comer algunas raíces cocidas, semejantes en el sabor a las castañas, y les rogaban con instancia que permaneciesen en aquel lugar junto a ellos, o que al menos descansasen allí cinco o seis días, porque los dos indios que habían llevado como intérpretes, hablaban muy bien de los cristianos. De allí a poco, entraron muchas mujeres a verlos, y salieron fuera los hombres; y aquéllas, con no menos asombro y reverencia,

les besaban, igualmente, los pies y las manos, como cosa sagrada, ofreciéndoles lo que consigo habían llevado. Cuando después pareció tiempo de volver a los navíos, muchos indios quisieron ir en su compañía, pero ellos no consintieron que fuesen más que el rey, con un hijo suyo, y un criado, a los que el Almirante honró mucho. Y los cristianos le contaron cómo, al ir y al tornar, habían hallado muchos pueblos donde se les había hecho la misma cortesía y grato recibimiento; cuyos pueblos o aldeas no eran mayores de cuatro casas, redondas, juntas unas de otras.

Luego, por el camino, habían hallado mucha gente que llevaba un tizón ardiendo, para encender el fuego y perfumarse con algunas hierbas que consigo traían[124], y para asar aquellas raíces de que les habían dado, como quiera que éstas eran su principal alimento. Vieron también infinitas especies de árboles y de hierbas que no se habían visto en la costa del mar, y gran variedad de pájaros, muy diferentes de los nuestros, aunque había también perdices y ruiseñores. Animales de cuatro patas no vieron alguno, excepto perros que no ladraban. Había muchas simienzas de aquellas raíces, como también de habichuelas, de cierta especie de habas, y de otro grano, como panizo, llamado por ellos maíz, que cocido es de buenísimo sabor, o tostado y molido en puchas. Había grandísima cantidad de algodón hilado en ovillos, tanto que en una sola casa vieron más de 12 500 libras de algodón hilado; las plantas del cual no siembran con las manos, sino que nacen por los campos, como las rosas, y por sí mismas se abren cuando están maduras, aunque no todas a un tiempo, porque en una misma planta se veía un capullo pequeño, y otro abierto, y otro que se caía de maduro. De cuyas plantas los indios llevaron después a los navíos gran cantidad, y por una agujeta de cuero daban una cesta llena; aunque, a decir la verdad, ninguno de ellos las aprovechaba en vestirse, sino solamente para hacer sus redes y sus lechos que

llamaban hamacas, y en tejer faldillas de las mujeres, que son los paños con que se cubren las partes deshonestas. Preguntados éstos si tenían oro, o perlas, o especias, decían por señas que de todo ello había gran cantidad hacia el Este, en una tierra denominada Bohío, que es la isla Española, llamada por ellos Babeque, sin que sepamos todavía de cierto a cuál aludían[125].

CAPÍTULO XXIX

Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió por Oriente hacia La Española

Oída por el Almirante dicha relación, no queriendo permanecer más tiempo en el río de Mares, mandó que tomasen algún habitante de aquella isla, pues tenía propósito de llevar, de cada parte, uno a Castilla, que diese cuenta de las cosas de su país; y así fueron cogidas doce personas, entre mujeres, niños, y hombres, tan mansamente, sin ruido ni tumulto, que cuando se iban a dar a la vela con aquéllos, fue a la nave, en una canoa, el marido de una de las mujeres cautivadas, padre de dos niños que con la madre se habían llevado a la nave, y por señas rogó con instancia ser llevado también a Castilla, para no separarse de su mujer y de sus hijos, de lo que el Almirante se mostró satisfecho y mandó que todos fuesen bien agasajados y tratados.

Muy luego, en el mismo día, que fue 13 de noviembre, se encaminó hacia Oriente para ir a la isla que llamaban de Babeque, o de Bohío; pero, a causa del viento del Norte, que era muy recio, fue obligado a surgir de nuevo en la misma tierra de Cuba, entre algunas altísimas isletas que estaban cerca de un gran puerto que llamó del Príncipe, y a las islas llamó el Mar de Nuestra Señora. Eran éstas tantas y tan vecinas, que de la una a la otra no había un cuarto de legua, y la mayor parte de ellas distaban, a lo sumo, un tiro de arcabuz. Y eran tan profundos los canales y tan adornados de árboles y de hierba fresca, que daba mucho placer ir por ellos, y entre muchos árboles que eran diversos de los nuestros, se veía mucha almástiga, lignaloe,

palmas con el tronco verde y liso, y otras plantas de varios géneros.

Aunque estas islas no estaban pobladas, se veían restos de muchos fuegos de pescadores; porque como se ha visto luego por experiencia, los habitantes de la isla de Cuba van en cuadrillas, con sus canoas, a estas islas y a otras innumerables que por allí están deshabitadas; y se alimentan de los peces que cogen, de los pájaros, de los cangrejos y de otras cosas que hallan en la tierra; pues los indios acostumbran comer generalmente muchas inmundicias, como arañas gordas y grandes, gusanos blancos que nacen en maderos podridos y en otros lugares corrompidos, también muchos peces casi crudos, a los que tan pronto como los cogen, antes de asarlos, les sacan los ojos para comérselos; y comen de estas cosas y otras muchas que, a más de dar náuseas, bastarían a matar a cualquiera de nosotros que las comiese. A estas cazas y pescas van, según los tiempos, de una isla en otra, como quien muda de pasto por estar cansado del primero.

Pero volviendo a dichas islas del Mar de Nuestra Señora, digo que, en una de ellas, los cristianos mataron con sus espadas un animal que parecía tejón; en el mar hallaron muchas conchas de nácar, y echando las redes, entre otros géneros de peces que cogieron, había uno que tenía la forma de un puerco, todo cubierto de un pellejo muy duro, en el que no había de blando más que la cola. Notaron igualmente en este mar y en las islas, que subía y bajaba el agua mucho más que en los otros lugares donde hasta entonces habían estado; y por consiguiente, las marcas eran al contrario que las nuestras, porque cuando la luna estaba hacia el suroeste, a la cuarta del mediodía, era la baja mar.

CAPÍTULO XXX

Cómo el Almirante volvió a seguir su camino hacia Oriente para ir a la Española, y separóse de su compañía uno de los navíos

El lunes, a 19 de Noviembre, el Almirante salió de Cuba, del Puerto del Príncipe y del mar de Nuestra Señora para ir hacia Levante, a la isla de Babeque y a la Española; mas por ser los vientos contrarios, que no le dejaban navegar como deseaba, fue obligado a barloventear tres o cuatro días entre la isla Isabela, que los indios llamaban Samoeto, y el mencionado Puerto del Príncipe, que está casi al Norte Sur, veinticinco leguas de uno y otro lugar; en cuyos mares aún hallaba hiladas de hierba como antes había encontrado en el océano. Y notó que iban siempre a lo largo de las corrientes sin atravesarlas.

En aquel viaje, noticioso Martín Alonso Pinzón por algunos indios que llevaba presos en su carabela, de que en la isla de Bohio, que, como hemos dicho, así llamaban a la Española, había mucho oro, impulsado por su gran codicia, se alejó del Almirante a 21 de Noviembre[126], sin fuerza de viento, ni otra causa; porque, con viento en popa, podía llegarse a él; mas no quiso, antes bien, procuró adelantar su camino cuanto podía, por ser su navío muy velero, y habiendo navegado todo el jueves siguiente, uno a visto de otro; llegada la noche, desapareció del todo, de manera que el Almirante se quedó con los dos navíos, y no siendo el viento a propósito para ir con su nave a la Española, le fue conveniente volverse a Cuba, no lejos del mencionado Puerto del Príncipe, en otro que llamó de Santa Catalina, para proveerse de agua y de leña. En aquel puerto vio por

casualidad, en un río donde tomaban el agua, ciertas piedras que daban muestras de oro; y en la tierra montes poblados de pinos tan altos que podían hacerse de ellos mástiles para navíos y carracas; ni faltaba madera para tablazón y fabricar buenos bájeles, tantos como se quisiera; también había encinas y otros árboles semejantes a los de Castilla. Pero, viendo que todos los indios le encaminaban a la Española, siguió la costa abajo, más a Sudeste, diez o doce leguas, por parajes llenos de puertos muy buenos y de muchos y caudalosos ríos. De la amenidad y hermosura de esta región, es tanto lo que dice el Almirante, que me gusta poner aquí sus palabras acerca de la entrada de un río que desemboca en el puerto que llamó Puerto Santo; dice así: «cuando fui con las barcas frente a la boca del puerto, hacia el mediodía, hallé un río en que podía entrar cómodamente una galera, y era su entrada de tal modo que no se veía sino estando muy cerca; su hermosura me movió a entrar, si bien no más de cuan larga era la barca(1); hallé de fondo de cinco a ocho brazas; siguiendo mi camino, fui no poco tiempo río arriba, con las barcas, porque era tanta la amenidad y la frescura de este río, la claridad del agua, en donde llegaba la vista hasta las arenas del fondo; multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que había hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes; los pajarillos, y la verdura de los campos, que me movían a permanecer allí siempre. Es este país, Príncipes Serenísimos, en tanta maravilla hermoso, que sobrepuja a los demás en amenidad y belleza, como el día en luz a la noche. Por lo cual, solía yo decir a mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase a dar entera relación de él a Vuestras Altezas, no podría mi lengua decir toda la verdad, ni la pluma escribirla; y en verdad, quedé tan asombrado viendo tanta hermosura, que no sé cómo expresarme. Porque yo he escrito de otras regiones, de sus árboles y frutos, de sus hierbas, de sus puertos y de todas sus calidades, cuanto podía escribir, no lo que debía; de donde

todos afirmaban ser imposible que hubiera otra región más hermosa. Ahora callo, deseando que ésta la vean otros que quieran escribir de ella, Para que se vea, dada la excelencia de aquel paraje, cuanto más afortunado que, yo se puede ser en escribir o razonar acerca de esto». Navegando el Almirante en sus barcas, vio entre los árboles de este puerto una canoa echada en tierra, bajo una enramada, labrada del tronco de un árbol, y tan grande como una fusta de doce bancos; en algunas casas cerca de allí encontraron un pan de cera y una cabeza de muerto, en dos cestillas colgadas de un poste; en otra casa hallaron después lo mismo, por lo que imaginaron ser del fundador de aquella casa. Mas no había gente alguna de quien los nuestros pudieran informarse de cosa alguna; porque en cuanto veían a los cristianos huían, y se pasaban a la otra parte del puerto. Después hallaron otra canoa larga de noventa y cinco palmos, capaz para ciento cincuenta hombres, hecha igualmente que la mencionada.

CAPÍTULO XXXI

Cómo el Almirante se dirigió a la Española, y lo que en ella vio

Habiendo el Almirante navegado ciento siete leguas hacia Levante por la costa de Cuba, llegó al cabo oriental de ésta, y le puso de nombre Alfa; de allí, miércoles, a 5 de Diciembre, salió para ir a la Española, que distaba diez y seis leguas de Alfa, con rumbo al Este; mas por algunas corrientes que allí hay, no pudo llegar hasta el día siguiente, que entró en el puerto de San Nicolás, llamado así en memoria de su fiesta, que cae en aquel día. Este puerto es grandísimo, muy bueno, rodeado de muchos y grandes árboles, y muy profundo; mas la tierra tiene pocas peñas, y son los árboles menores, semejantes a los de Castilla, entre los que había robles pequeños, madroños y mirtos; corría por un llano, a un lado del puerto, un río muy apacible. Por todo el puerto se veían canoas grandes, como fustas de quince bancos; mas porque el Almirante no podía platicar con aquella gente, siguió la costa hacía el Norte, hasta que llegó a un puerto que llamó la Concepción, que está al mediodía de una isla pequeña, a la que puso nombre de Tortuga, que es tan espaciosa como la Gran Canaria. Viendo que la isla de Bohio era muy grande, que las tierras y los árboles de ella se asemejaban a los de España, y que en un lance que los de las naves echaron con sus redes, cogieron muchos peces como los de España, a saber: caballos, lizas, salmones, sábalos, gallos, salpas, corvinas, sardinas y cangrejos, resolvió dar a la isla un nombre conforme al de España, y así, el domingo, a 9 de Diciembre, la llamó Española.

Como todos tenían mucho deseo de saber la calidad de aquella isla, mientras la gente estaba pescando en la playa, tres cristianos se echaron a caminar por el monte, y dieron con una tropa de indios tan desnudos como los anteriores, los cuales, viendo que los cristianos se les acercaban mucho, con gran espanto echaron a correr por la espesura del bosque, como quienes no podían ser estorbados por las ropas y las faldas. Y los cristianos, por tener lengua de aquellos, fueron corriendo detrás; pero, sólo pudieron alcanzar a una moza, que llevaba colgando de la nariz una lámina de oro. A ésta, luego que fue llevada a los navíos, el Almirante le dio muchas cosillas, a saber, algunas baratijas y cascabeles; después la hizo volver a tierra sin que se le hiciese mal alguno; y mandó que fueran con ella tres indios de los que llevaba de otras islas, y tres cristianos, que la acompañaron hasta su pueblo.

El día siguiente mandó nueve hombres a tierra, bien armados, los que, habiendo caminado cuatro leguas, hallaron un pueblo de más de mil casas repartidas en un valle, cuyos moradores, viendo a los cristianos, todos abandonaron el lugar y huyeron a los bosques; pero el guía indio que llevaban los nuestros, de San Salvador, fue en pos de ellos, y tanto los llamó y exhortó, y tanto bien dijo de los cristianos, afirmando que era gente bajada del cielo, que les hizo volver confiados y seguros. Y luego, llenos de asombro y de admiración, ponían la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honor. Les llevaban de comer, daban cuanto se les pedía, sin demandar por ello cosa alguna, y rogábanles que permaneciesen aquella noche en el pueblo. Pero, los cristianos no quisieron aceptar la invitación antes de ir a los navíos, llevando noticia de que la tierra era muy amena y abundante de las comidas de los indios; y que estos eran gente mucho más blanca y más hermosa que toda la que habían visto hasta entonces por todas las otras islas, afable y de buenísimo trato; decían que la tierra donde se cogía el oro

estaba más al Oriente. El Almirante, sabido esto, hizo pronto desplegar las velas, aunque los vientos eran muy contrarios; por lo que el domingo siguiente, a 16 de Diciembre, barloventeando entre la Española y la Tortuga, encontró un indio solo en una pequeña canoa, y se maravillaban de que no se la hubiera tragado el mar, pues tan recios eran el viento y las olas. Recogido en la nave, lo llevó a la Española, y lo mandó a tierra con muchos regalos; el cual refirió a los indios los halagos que se le habían hecho, y tanto bien dijo de los cristianos, que pronto vinieron muchos de aquellos a la nave; pero no llevaban cosa de valor, excepto algunos granillos de oro, colgados de las orejas y en la nariz. Siendo preguntados de dónde habían aquel oro, dijeron, por señas que, más abajo de allí, había gran cantidad.

Al día siguiente vino una gran canoa de la isla de Tortuga, vecina al sitio donde el Almirante era fondeado, con cuarenta hombres, a tiempo que el cacique o señor de aquel puerto de la Española estaba en la playa con su gente trocando una lámina de oro que había llevado. Y cuando él y los suyos vieron la canoa, se sentaron todos en tierra, en señal de que no querían pelear; entonces, casi todos los indios de la canoa, salieron con ánimo a tierra, contra los cuales el cacique de la Española se levantó solo, y con palabras amenazadoras les hizo volver a su canoa. Después, les echaba agua, y tomando cantos de la playa los arrojaba al mar, contra la canoa.

Luego que todos, con aspecto de obediencia, volvieron a su canoa, tomó una piedra y la puso en la mano de un criado del Almirante, para que la tirase a la canoa, en demostración de que tenía al Almirante a su favor, contra los indios; pero el criado no llegó a tirarla, viendo que en breve se marcharon con la canoa. Después de esto, hablando el cacique sobre las cosas de aquella isla, a la que el Almirante había puesto nombre de Tortuga, afirmaba que en ella había mucho más oro que en la Española, e igualmente en Babeque había mucho más que en ningu-

na otra; la cual distaría unas catorce jornadas del paraje donde estaban.

CAPÍTULO XXXII

Cómo fue a las naves el rey principal de aquella isla, y la majestad con que iba

Después, el martes, a 18 de Diciembre, aquel rey que el día antes había venido adonde estaba la canoa de la Tortuga, y habitaba cinco leguas de aquel paraje donde estaban los navíos, a la hora de tercia llegó una población que estaba próxima al mar, donde también se hallaban algunos de la nave, a quienes el Almirante había mandado para ver si llevaban alguna mayor muestra de oro. Estos, viendo que iba el rey, se lo fueron a decir al Almirante, diciendo que llevaba consigo más de doscientos hombres, y que no venía a pie sino en unas andas, llevado por cuatro hombres con gran veneración, aunque era muy joven. Llegado este rey no lejos de las naves, después que hubo descansado un poco, se acercó a la nave con todos los suyos; acerca de lo cual, escribe el Almirante en su *Diario*:

«Sin duda pareciera bien a Vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. El, así como entró en la nao, halló que estaba comiendo a la mesa, debaxo del castillo de popa, y a buen andar, se vino a sentar a par de mí, y no quiso dar lugar que yo me saliese a él, ni me levantase de la mesa; salvo que yo comiesse; y cuando entró debaxo del castillo, hizo señas, con la mano, que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hizieron con la mayor priessa y acatamiento del mundo, y se assentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayos, que se assentaron a sus pies. Yo pensé quel

ternia a bien de comer de nuestras viandas; mandé luego traerle cosas que comiese; de las viandas que le pusieron delante, tomava de cada una tanto como se toma para hazer la salva[127], y lo demás enviávalo a los suyos, y todos comían della, y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca, y después lo dava a los otros; todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras; y aquellas quél dezia, según yo podía entender, eran muy assentadas, y de seso; y aquellos dos le miravan, y hablavan por él y con él, y con mucho acatamiento. Después de aver comido, un escudero suyo traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que es de otra obra, y me lo dió, y dos pedaços de oro labrados, que eran muy delgados, que creo que aquí alcançan poco dél, puesto que tengo que están muy vezinos de donde nasce, y ay muncho. Yo vide que le agradava un arambel[128] que yo tenía sobre mi cama, y se le di, e unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traya al pescueço; y unos çapatos colorados, y una almarraxa[129] de agua de azahar, de que quedó tan contento que fue maravilla. Y él y su ayo y consejeros llevan gran pena porque no me entendían, ni yo a ellos; con todo, le cognosci que me dixo que si me complia algo de aquí, que toda la isla estava a mi mandar. Yo envié por unas cuentas mías, adonde, por señal tengo un excelente de oro[130], en que están esculpidos Vuestras Altezas, y se lo amostré, y le dixe otra vez, como ayer, que Vuestras Altezas mandavan y señoreavan todo lo mejor del mundo, y que no avía tan grandes Príncipes; y le mostré las banderas Reales y las otras de la cruz, que él tuvo en mucho; y qué grandes señores serían Vuestras Altezas, decía el con sus consejeros, pues de tan lejos y del cielo me avian enviado hasta aquí sin miedo; y otras cosas munchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien via que todo tenía a grande maravilla».

«Siendo ya tarde y queriéndose ir, lo envié a tierra, en la barca, muy honradamente, e hice disparar muchas lombardas.

Puesto en tierra, subió a sus andas, y se fue con más de doscientos hombres. Un hijo suyo era llevado en hombros por un nombre muy principal; mandó dar de comer a todos los marineros y demás gente de los navíos que halló en tierra, y ordenó que se les hiciera mucho agasajo. Después, un marinero que lo halló en el camino, me dijo que todas las cosas que yo le había dado, las llevaba delante de aquél un hombre muy principal, y que el hijo no iba con aquél, sino que le seguía un poco detrás, con otros tantos hombres; y con una compañía casi igual, caminaba a pie un hermano, apoyado en los brazos de dos hombres principales; también a éste le había dado yo algunas cosillas cuando fue a las naves después que su hermano».

CAPÍTULO XXXIII

Cómo el Almirante perdió su nave en unos bajos, por negligencia de los marineros, y el auxilio que le dio el rey de aquella isla

Continuando el Almirante lo que sucedió, dice que el lunes, 24 de Diciembre, hubo mucha calma, sin el menor viento, excepto un poco que le llevó desde el Mar de Santo Tomás, a la Punta Santa, junto a la cual estuvo cerca de una legua, hasta que, pasado el primer cuarto, que sería una hora antes de media noche, se fue a descansar, porque hacía ya dos días y una noche que no había dormido; y, por haber calma, el marinero que tenía el timón, lo entregó a un grumete del navío; «lo cual, dice el Almirante, yo había prohibido en todo el viaje, mandándoles que, con viento, o sin viento, no confiasen nunca el timón a mozos». A decir la verdad, yo me creía seguro de bajos y de escollos, porque el domingo que yo envié las barcas al rey, habían pasado al Este de la Punta Santa, unas tres leguas y media, y los marineros habían visto toda la costa, y las peñas que hay desde la Punta Santa al Este Sudoeste, por tres leguas, y habían también visto por dónde se podía pasar. Lo cual en todo el viaje yo no hice; y quiso Nuestro Señor que, a media noche, hallándome echado en el lecho, estando en calma muerta, y el mar tranquilo como el agua de una escudilla, todos fueron a descansar, dejando el timón al arbitrio de un mozo. De donde vino que, corriendo las aguas, llevaron la nave muy despacio encima de una de dichas peñas, las cuales, aunque era de noche sonaban de tal manera que a distancia de un legua larga se podían ver y sentir. Entonces, el mozo que sintió arañar el timón, y oyó el ruido co-

menzó a gritar alto; y oyéndole yo, me levanté pronto, porque antes que nadie sentí que habíamos encallado en aquel paraje. Muy luego, el patrón de la nave a quien tocaba la guardia, salió, y le dije a él y a los otros marineros, que, entrando en el batel que llevaban fuera de la nave, y tomada un áncora, la echasen por la popa. Por esto, él con otros muchos, entraron en el batel, y pensando yo que harían lo que les había dicho, bogaron adelante, huyendo con el batel a la carabela, que estaba a distancia de media legua. Viendo yo que huían con el batel, que bajaban las aguas y que la nave estaba en peligro, hice cortar pronto el mástil, y aligerarla lo más que se pudo, para ver si podíamos sacarla fuera. Pero bajando más las aguas, la carabela no pudo moverse, por lo que se ladeó algún tanto y se abrieron nuevas grietas y se llenó toda por abajo de agua. En tanto llegó la barca de la carabela para darme socorro, porque viendo los marineros de aquélla que huía el batel, no quisieron recogerlo, por cuyo motivo fue obligado a volver a la nave.

No viendo yo remedio alguno para poder salvar ésta, me fui a la carabela, para salvar la gente. Como venía el viento de tierra, había pasado ya gran parte de la noche, y no sabíamos por donde salir de aquellas peñas, temporicé con la carabela hasta que fue de día, y muy luego fui a la nao por dentro de la restinga, habiendo antes mandado el batel a tierra con Diego de Arana[131], de Córdoba, alguacil mayor de justicia de la armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de estrados de Vuestras Altezas, para que hiciesen saber al rey lo que pasaba, diciéndole que por ir a visitarle a su puerto, como el sábado anterior me rogó, había perdido la nave frente a su pueblo, a legua y media, en una restinga que allí había. Sabido esto por el rey, mostró con lágrimas grandísimo dolor de nuestro daño, y luego mandó a la nave toda la gente del pueblo, con muchas y grandes canoas. Y con esto, ellos y nosotros comenzamos a descargar y, en breve tiempo, descargamos toda la cubierta. Tan grande fue el auxilio que

con ello dió este rey. Después, él en persona, con sus hermanos y parientes, ponía toda diligencia, así en la nave como en tierra, para que todo fuese bien dispuesto; y de cuando en cuando mandaba a alguno de sus parientes, llorando, a rogarme que no sintiese pena, que él me daría cuanto tenía. «Certifico a Vuestras Altezas que, en ninguna parte de Castilla, tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner, sin faltar una agujeta», porque todas nuestras cosas las hizo poner juntas cerca de su palacio, donde las tuvo hasta que desocuparon las casas que él daba para conservarlas. Puso cerca, para custodiarlas, hombres armados, a los cuales hizo estar toda la noche, y él con todos los de la tierra lloraba como si nuestro daño les importase mucho. «Tanto son gente de amor y sin codicia, y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas, que en el mundo creo que no hay mejor gente, ni mejor tierra; ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa; ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parió; mas crean Vuestras Altezas que entre sí tiene costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente, que es placer de verlo todo; y la memoria que tienen, y todo lo que quieren ver, y preguntan qué es y para qué».

CAPÍTULO XXXIV

Cómo el Almirante decidió fundar un pueblo en el paraje donde habitaba el mencionado rey, y le llamó Villa de la Navidad

Miércoles, a 26 de Diciembre, llegó el rey principal de aquella isla a la carabela del Almirante, y mostrando gran tristeza y dolor, le consolaba ofreciéndole generosamente todo aquello de lo suyo que le gustase recibir, diciendo que ya había dado tres casas a los cristianos, donde pusieran todo lo que habían sacado de la nave; y que daría muchas más si hacían falta. En tanto llegó una canoa, con ciertos indios de otra isla, que llevaban algunas hojas de oro, para cambiarlas por cascabeles, estimados por ellos más que otra cosa. También de tierra vinieron los marineros, diciendo que de otros lugares concurrían muchos indios al pueblo, llevaban muchos objetos de oro, y los daban por agujetas y cosas análogas de poco valor, ofreciendo llevar mucho más oro si querían los cristianos. Viendo el gran cacique que esto gustaba al Almirante, le dijo que él hubiese hecho llevar gran cantidad del Cibao[132], la región donde más oro había.

Luego, ido a tierra, invitó al Almirante a comer ajes y cazabe, que es el principal alimento de los indios, y le dió algunas carátulas con los ojos y las orejas grandes de oro, y otras cosas bellas que se colgaban al cuello. Después, lamentándose de los caribes, que hacían esclavos a los suyos y se los llevaban para comérselos, se alentó mucho cuando el Almirante, para consolarlo, le mostró nuestras armas, diciendo que con aquellas lo defendería. Se asombró mucho viendo nuestra artillería, la que les

daba tanto miedo que caían a tierra como muertos, cuando oían el estruendo.

Habiendo el Almirante hallado en aquella gente tanto amor y tan grandes muestras de oro casi olvidó el dolor de la perdida nave, pareciéndole que Dios lo había permitido para que hiciese allí un pueblo y dejase cristianos que traficaran y se informasen del país y de sus moradores, aprendiendo la lengua y teniendo conversación con aquel pueblo, para que, cuando volviese allí de Castilla con refuerzo, tuviese quien le guiase en todo aquello que hiciera falta para la población y el dominio de la tierra. A lo que se inclinó tanto más, porque entonces se le ofrecían muchos, diciendo que se quedarían allí gustosos y harían su morada en aquella tierra. Por lo cual, resolvió el Almirante fabricar un fuerte con la madera de la nave perdida, de la que ninguna cosa dejó que no sacase fuera, y no llevara todo lo útil. A esto ayudó mucho que, al día siguiente, que fue jueves, a 27 de Diciembre, vino nueva de que la carabela Pinta estaba en el río, hacia el cabo de Levante, en la isla. Para saber esto de cierto, mandó el cacique Guacanagarí una canoa con algunos indios, que llevaron a dicho lugar un cristiano. Este, habiendo caminado veinte leguas por la costa, volvió sin traer alguna nueva de la Pinta. De donde resultó no darse fe a otro indio que dijo haberla visto algunos días antes. Pero, no obstante, el Almirante no dejó de ordenar la estancia de los cristianos en aquel lugar, pues todos conocían bien la bondad y riqueza de la tierra; los indios llevaban a presentar a los nuestros muchas carátulas y cosas de oro, y daban noticia de muchas provincias de aquella isla donde tal oro nacía.

Estando ya para partir el Almirante, trató con el rey acerca de los caribes, de quienes se lamentan y tienen gran miedo. Y tanto para dejarlo contento con la compañía de los cristianos, como también para que tuviese miedo de nuestras armas, hizo disparar una lombarda al costado de la nave, que atravesó a ésta

de una banda a otra, y la pelota cayó al agua, de lo que recibió el cacique mucho espanto. Hizo también mostrarle todas nuestras armas, y cómo herían, y cómo con otras se defendían; y le dijo que quedando tales armas en su defensa, no tuviese miedo ya de caribes, porque los cristianos matarían a todos; que los quería dejar para guardarle, y que los tendría en su defensa mientras volvía a Castilla para tomar joyas y otras cosas que llevarle de regalo. Luego le recomendó mucho a Diego de Arana, hijo de Rodrigo de Arana, de Córdoba, de quien se ha hecho mención. A éste, a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo de Escovedo, dejaba el gobierno de la fortaleza[133] y de treinta y nueve hombres, con muchas mercancías y mantenimientos, armas y artillería, con la barca de la nave, y carpinteros, calafates y con todo lo demás necesario para cómodamente poblar, esto es, médico, sastre, lombardero, y otras tales personas.

Después, con mucha diligencia, se preparó para venir derecho a Castilla, sin más descubrir, temiendo que, pues ya no le quedaba más que un sólo navío, le sucediera cualquier desgracia que diese motivo para que los Reyes Católicos no tuviesen conocimiento de los reinos que recientemente les había adquirido.

CAPÍTULO XXXV

Cómo el Almirante salió para Castilla, y halló la otra carabela con Pinzón

Viernes, al salir el sol, 4 de Enero, el Almirante desplegó las velas, con las barcas por la proa, hacia el Noroeste, para salir de aquellas peñas y bajos que había en la parte donde dejó el pueblo de cristianos, llamado, por él, Puerto de la Navidad, en memoria de que tal día había bajado a tierra, salvándose del peligro del mar, y dado principio a dicha población. Las mencionadas rocas y peñas duran desde el Cabo Santo al Cabo de la Sierpe, que hay seis leguas, y salen al mar más de tres leguas. Toda la costa hacia el Noroeste y Sureste es playa y tierra llana hasta cuatro leguas del interior, donde luego hay altos montes e infinitos pueblos, grandes, comparados a los de otras islas.

Después navegó hacia un alto monte, al que puso nombre de Monte Cristo[134], que está diez y ocho leguas al Este del Cabo Santo; de tal modo que, quien quiera ir a la villa de la Navidad, después que descubra Monte Cristo, que es redondo como un pabellón, y casi como un peñasco, debe entrarse en el mar dos leguas lejos de aquél, y navegar al Oeste hasta que halle el mencionado Cabo Santo; entonces quedará distante la villa de la Navidad, cinco leguas, y entrará por ciertos canales que hay entre los bajos que están delante. El Almirante juzgó conveniente mencionar estas señales para que se supiese dónde estuvo el primer pueblo y tierra de cristianos que se fundó en aquel mundo occidental.

Después que con vientos contrarios navegó más al Este de Monte Cristo, el domingo por la mañana, a 6 de Enero, desde la gavia del mástil vio un calatate la carabela Pinta, que con viento en popa venía caminando hacia el Oeste. Llegada que fue donde estaba el Almirante, Martín Alonso Pinzón, capitán de aquélla, subido presto a la carabela del Almirante, comenzó a fingir ciertos motivos y aducir algunas excusas de su alejamiento, diciendo que le había acontecido contra su voluntad y porque no pudo hacer otra cosa. El Almirante, aunque sabía bien lo contrario y la mala intención de aquel hombre, y se acordaba de la mucha insolencia que contra él se había tomado en muchas cosas de aquel viaje[135], sin embargo, disimuló con él, y todo lo soportó, por no deshacer el proyecto de su empresa, lo que fácilmente acontecería, porque la mayor parte de la gente que llevaba consigo, era de la patria de Martín Alonso, y aún muchos parientes de éste. La verdad es que, cuando se apartó del Almirante, que fue en la isla de Cuba, salió con propósito de ir a las islas de Babeque, porque los indios de su carabela le decían que allí había mucho oro. Llegado allí, y hallando lo contrario de lo que le habían dicho, se volvía a la Española, donde le habían afirmado otros indios que había mucho oro. En este viaje, que duró veinte días, no había caminado más de quince leguas al Este de la Navidad, hasta un riachuelo que el Almirante había llamado Río de Gracia; allí había estado Martín Alonso diez y seis días, y hallado mucho oro, lo que no pudo haber el Almirante en la Navidad, dando por ello cosas de poco valor; de cuyo oro, repartía la mitad entre la gente de su carabela para ganársela y tenerla conforme y contenta de que él, con título de capitán, se quedase con el resto, queriendo luego convencer al Almirante, de que nada sabía de ello.

Después, continuando el Almirante su camino, para surgir cerca de Monte Cristo, como el viento no le dejaba ir adelante, entró con la barca en un río que está al Suroeste del monte, y

lleva en su arena gran muestra del oro menudo; por esto, lo llamó el Río del Oro. Hallase a diez y siete leguas de la Navidad, a la parte del Este, y es poco menor que el río Guadalquivir que pasa por Córdoba.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo en el golfo de Samaná, de la isla Española, se originó la primera contienda entre los indios y los cristianos

Domingo, a 13 de Enero, estando sobre el Cabo Enamorado, en el golfo de Samaná, de la isla Española, el Almirante mandó la barca a tierra, donde los nuestros hallaron en la playa algunos hombres de fiero aspecto, que, con arcos y con saetas, mostraban estar aparejados para guerra, y tener el ánimo alterado y lleno de asombro. Sin embargo, trabada con ellos conversación, les compraron dos arcos y algunas saetas; con gran dificultad se logró que uno de ellos fuese a la carabela, para hablar con el Almirante; de hecho, su habla estaba conforme con su fiereza, la cual parecía mayor que de toda la otra gente que hasta entonces habían visto, porque tenían la cara embadurnada de carbón; como quiera que todos aquellos pueblos tienen la costumbre de pintarse, unos de negro, otros de rojo, otros de blanco, unos de un modo, y otros de otro; llevaban los cabellos muy largos y recogidos atrás en un redecilla de plumas de papagayos. Uno de ellos, estando delante del Almirante, desnudo según lo había parido su madre, como van todos los que aquellas tierras hasta ahora descubiertas, dijo, con hablar altivo, que así iban todos en aquella región. Creyendo el Almirante que sería de los caribes, y que a éstos los separaba de la Española el golfo, le preguntó dónde habitaban tales indios, y él mostró con un dedo que más al Oriente, en otras islas, en las que había pedazos de guanin[136] tan grandes como la mitad de la popa de la carabela, y que la isla de Matinino[137] estaba toda poblada de mujeres, con las cua-

les, en cierto tiempo del año, iban a echarse los caribes; y si luego parían varones, se los daban a sus padres para que los criasen. Habiendo éste respondido por señas y por lo poco que podían entenderle los indios de San Salvador a cuanto le preguntaban, el Almirante mandó darle de comer y algunas bagatelas, como cuentas de vidrio y paño verde y rojo. Luego lo envió a tierra, para que llevase muestra del oro que, según él, tenían los otros indios. Cerca, ya la barca, de tierra, encontró en la playa, escondidos entre los árboles, cincuenta y cinco indios, todos desnudos, con largos cabellos, como acostumbran las mujeres en Castilla, y detrás de la cabeza penachos de papagayos y de otras aves; todos armados de arco y saetas. A éstos, cuando los nuestros salieron a tierra, hizo aquel indio dejar los arcos, las flechas, y un recio palo que llevaban en lugar de espada, porque, como hemos dicho, no tienen género alguno de hierro. Cuando estuvieron cerca de la barca, los cristianos salieron a tierra, y habiendo comenzado a comprar arcos, flechas y otras armas, por encargo del Almirante, aquéllos, después de vender dos arcos, no sólo no quisieron vender más, sino que con desprecio y con muestras de querer aprisionar a los cristianos, fueron muy prestos a coger sus arcos y saetas, donde las habían dejado, y también cuerdas para atar a los nuestros las manos. Pero éstos, estando sobreaviso y viéndoles venir tan airados, aunque no eran más que siete, animosamente les resistieron, e hirieron a uno con una espada en las nalgas y a otro en el pecho con una saeta; por lo cual, los indios, asustados del valor de los nuestros y de las heridas que hacían nuestras armas, echaron a correr, dejando la mayor parte de sus arcos y las flechas. Y ciertamente habrían quedado muchos muertos, si no lo hubiese prohibido el piloto de la carabela, a quien mandó el Almirante al cargo de la barca, y por cabeza de los que estaban en ella. Esta escaramuza no desagradó al Almirante, quien se convenció de que esta gente era de los mismos caribes, de quienes todos

los otros indios tienen tanto miedo; o que al menos confinaban con ellos[138]. Es gente arriscada y animosa, según lo demostraban su aspecto, su ánimo, y lo que habían hecho. Esperaba el Almirante que oyendo los isleños lo que siete cristianos habían hecho contra cincuenta y cinco indios de aquel país, tan feroces, serían más estimados y respetados los nuestros que dejaba en la Villa de la Navidad, y que nadie tendría atrevimiento de hacerles daño. Aquellos indios, después, por la tarde, hicieron hogueras en tierra, para mostrar más valor, por lo que la barca tornó a ver qué querían; pero de ningún modo se pudo lograr que se fiasen, y por ello se volvió. Eran los mencionados arcos de tejo, casi tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son de tallos que producen las cañas en la punta donde echan la semilla, los cuales son macizos y muy derechos, por largura de un brazo y medio; y arman la extremidad con un palillo de una cuarta y media de largo, agudo y tostado al fuego, en cuya punta hincan un diente o una espina de pez, con veneno. Por cuyo motivo, el Almirante llamó a dicho golfo, que los indios nombraban de Samaná, Golfo de las Flechas; dentro del cual se veía mucho algodón fino, y ají, que es la pimienta usada por ellos, que abrasa mucho la boca, y es en parte alargado y en parte redondo; cerca de tierra, a poco fondo, brotaba mucha de aquella hierba que hallaron los nuestros, en hiladas, por el mar Océano, de lo que conjeturaron que nacía toda cerca de tierra, y que después de madura se separaba y era llevada por las corrientes del mar a mucha distancia.

CAPÍTULO XXXVII

Cómo el Almirante salió para Castilla, y por una gran tempestad se separó de su compañía la carabela Pinta

Miércoles, que fue 16 de Enero del año 1493, con buen tiempo, el Almirante salió del mencionado Golfo de las Flechas, que ahora llamamos de Samaná, con rumbo a Castilla; porque ya las dos carabelas hacían mucha agua y era muy grande el trabajo que se padecía en remediarlas; fue la última tierra que se perdió de vista el Cabe, de San Telmo; veinte leguas hacia Nordeste, vieron mucha hierba de aquella otra, y veinte leguas más adelante, hallaron el mar casi cubierto de atunes pequeños, de los que vieron también un gran número los dos días siguientes, que fueron el 19 y el 20 de Enero, y muchas aves de mar; todavía, la hierba seguía en hiladas del Este a Oeste, juntamente con las corrientes, porque ya sabían que éstas toman la hierba de muy lejos, como quiera que no siguen constantemente un camino, pues unas veces van hacia una parte y otras hacia otra; y esto sucedía casi todos los días, hasta pasada casi la mitad del mar. Siguiendo luego su camino con buenos vientos, corrieron tanto que, al parecer de los pilotos, el 9 de Febrero, estaban hacia el Sur de las islas de los Azores, Pero el Almirante decía que estaba más a la derecha, cuarenta leguas, y esta es la verdad, porque aún encontraban hiladas de mucha hierba, la cual, yendo a las Indias no habían visto hasta estar 263 leguas al Occidente de la isla del Hierro. Navegando así con buen tiempo, de día en día comenzó a crecer el viento, y el mar a ensoberbecerse, de modo que con gran fatiga lo podían soportar. Por lo cual,

el jueves, a 14 de Febrero, corrían, de noche, donde la fuerza del viento los llevaba, y como la carabela *Pinta*, en la que iba Pinzón, no se podía sostener tanto en el mar, se fue derechamente al Norte, con viento Sur, y el Almirante siguió a Nordeste para acercarse más a España; lo cual, por la obscuridad, no pudieron hacer los de la carabela *Pinta*, aunque el Almirante llevaba siempre su farol encendido. Así, cuando fue de día, se encontraron del todo perdidos de vista el uno del otro. Y tenía por cierto cada uno, que los otros habían naufragado; por cuyos motivos, encomendándose a las oraciones y a la religión, los del Almirante echaron a suerte el voto de que uno de ellos fuese en peregrinación por todos a Nuestra Señora de Guadalupe; y tocó la suerte al Almirante. Después sortearon otro peregrino para Nuestra Señora del Loreto, y cayó la suerte a un marinero del puerto de Santa María de Santoña, llamado Pedro de la Villa. Luego, echaron suertes sobre un tercer peregrino que fuese a velar una noche en Santa Clara de Moguer, y tocó también al Almirante. Pero creciendo todavía la tormenta, todos los de la carabela hicieron voto de ir descalzos y en camisa a hacer oración, en la primera tierra que encontrasen, a una iglesia de la advocación de la Virgen. Aparte de estos votos generales, se hicieron otros muchos de personas particulares; porque la tormenta era ya muy grande y el navío del Almirante la soportaba difícilmente, por falta de lastre, que se había disminuido con los bastimentos gastados. Como remedio de lastre, pensaron que sería bien llenar de agua del mar, todos los toneles que tenían vacíos, lo cual que de alguna ayuda e hizo que se pudiese sustentar mejor el navío, sin peligro tan grande de voltear. De tan áspera tempestad, escribe el Almirante estas palabras: «yo habría soportado esta tormenta con menor pena, si solamente hubiese estado en peligro mi persona, tanto porque yo sé que soy deudor de la vida al Sumo Creador, como también porque otras veces me he hallado tan próximo a la

muerte, que el menor paso era lo que quedaba para sufrirla. Pero, lo que me ocasionaba infinito dolor y congoja, era el considerar que, después que a Nuestro Señor le había placido iluminarme con la fe y con la certeza de esta empresa, de la que me había dado ya la victoria, cuando mis contradictores quedarían desmentidos, y Vuestras Altezas servidas por mí, con gloria y acrecentamiento de su alto estado, quisiera Su Divina Majestad impedir esto, con mi muerte; la que todavía sería más tolerable si no sobreviniese también a la gente que llevé conmigo, con promesa de un éxito muy próspero. Los cuales, viéndose en tanta aflicción, no sólo renegaban de su venida, sino también del miedo y del freno que por mis persuasiones tuvieron, para no volver atrás del camino, según que muchas veces estuvieron resueltos de hacer. A más de todo esto, se me redoblaba el dolor al ponérseme delante de los ojos el recuerdo de dos hijos que había dejado al estudio en Córdoba[139], abandonados de socorro y en país extraño, y sin haber yo hecho, o al menos sin que fue manifiesto, mi servicio, por el que se pudiese esperar que Vuestras Altezas tendrían memoria de aquéllos. Y aunque de otro lado me confortase la fe que yo tenía de que Nuestro Señor no permitiría que una cosa de tanta exaltación de su Iglesia, que yo había llevado a cabo con tanta contrariedad y trabajos, quedase imperfecta y yo quedara deshecho; de otra parte, pensaba que por mis deméritos, o porque yo no gozase de tanta gloria en este mundo, le agradaba humillarme, y así, confuso en mí mismo, pensaba en la suerte de Vuestras Altezas, que, aun muriendo yo, o hundiéndose el navío, podrían hallar manera de no perder la conseguida victoria, y que sería posible que por cualquier camino llegara a vuestra noticia el éxito de mi viaje; por lo cual, escribí en un pergamino, con la brevedad que el tiempo demandaba, cómo yo dejaba descubiertas aquellas tierras que les había prometido; en cuántos días, y por qué camino lo había logrado; la bondad del país y la condición de sus habi-

tantes, y cómo quedaban los vasallos de Vuestras Altezas en posesión de todo lo que por mí se había descubierto, Cuya escritura, cerrada y sellada, enderecé a Vuestras Altezas con el porte, es a saber: promesa de mil ducados a aquel que la presentara sin abrir; a fin de que si hombres extranjeros la encontrasen, no se valiesen del aviso que dentro había, con la verdad del porte. Muy luego, hice llevar un gran barril, y habiendo envuelto la escritura en una tela encerada, y metido ésta dentro de una torta u hogaza de cera, la puse en el barril, bien sujeto con sus cercos, y lo eché al mar, creyendo todos que sería alguna devoción; y porque pensé que podría suceder que no llegase a salvamento, y los navíos aún caminaban para acercarse a Castilla, hice otro atado semejante al primero, y lo puso en lo alto de la popa, para que sumergiéndose el navío, quedase el barril sobre las olas al arbitrio de la tormenta».

CAPÍTULO XXXVIII

Cómo el Almirante llegó a las islas de los Azores, y los de la isla de Santa María le tomaron la barca con la gente

Navegando con extremo peligro y con tanta tormenta, viernes a 15 de Febrero, al amanecer, cierto Rui García, del puerto de Santoña, desde lo alto vio tierra a Nordeste; los pilotos y los marineros creían que era la roca de Cintra en Portugal; pero, el Almirante, afirmaba que eran las islas de los Azores, y aquella tierra una de éstas, y aunque no estaban muy lejos, aquel día no pudieron llegar a ella, por la tempestad; antes bien, barloventeando, porque soplaba el viento del Este, perdieron de vista aquella isla, y descubrieron otra, alrededor de la cual corrieron temporizando con gran dificultad y mal tiempo, sin poder llegar a tierra, con trabajo continuo, sin reposo alguno. Por lo que, el Almirante, en su Diario, dice: «Sábado, a 16 de Febrero, de noche, llegué a una de estas islas, y por la tormenta, no pude conocer cuál de ellas era; a la noche descansé algo, porque desde el miércoles, hasta entonces, no había dormido, ni podido conciliar el sueño; y quedé después tullido de las piernas por haber estado siempre a la intemperie del aire y del agua; no menos sufría, también de hambre. El lunes después, de mañana, luego que surgí, supe por los de la tierra que aquella isla era la de Santa María, una de las islas de los Azores. Todos se maravillaban de que yo hubiese podido escapar, considerando la grandísima tempestad que había durado quince días continuos en aquella parte». Aquéllos, sabiendo lo que el Almirante había descubierto, mostraron sentir alegría, dando gracias por ello a

Nuestro Señor; y vinieron tres al navío, con algunos refrescos y con muchos saludos en nombre del capitán de la isla, que estaba lejos de la población; y porque cerca de allí no se veía más que una ermita que, según dijeron, era de la advocación de la Virgen, recordando el Almirante y todos los del navío que el jueves antes habían hecho voto de ir descalzos y en camisa, en la primera tierra que hallasen, a una iglesia de la Virgen, pareció a todos que se debía cumplirlo, especialmente tratándose de tierra donde la gente y el capitán de ella les mostraban tanto amor y compasión; y siendo, como era, de un rey muy amigo de los Reyes Católicos de Castilla. Por lo cual, el Almirante demandó que aquellos tres hombres fuesen a la población e hiciesen venir al capellán que tenía la llave de la ermita, para que dijese allí una misa; y ellos, conformes con esto, entraron en la barca del navío, con la mitad de la gente de éste, para que comenzase a cumplir el voto, y cuando volvieran, bajasen los demás a cumplirlo también. Ido, pues, a tierra, en camisa y descalzos, como habían hecho voto de hacerlo, el capitán, con mucha gente de la población, escondida en una emboscada, salió de improviso contra ellos y los hizo prisioneros, quitándoles la barca, sin la que, le parecía, que el Almirante no podía huir de sus manos.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo el Almirante corrió otra tormenta, y al fin recuperó su gente con la barca

Pareciendo al Almirante que tardaban mucho los que habían ido en la barca a tierra, porque era ya casi mediodía y habían salido al alba, sospechó que algún mal o percance les habría sucedido en mar o en tierra, y porque desde el lugar en que había surgido no se podía ver la ermita donde habían ido, resolvió salir con el navío e ir detrás de una punta, desde la cual se descubría la iglesia. Llegado más cerca, vio en tierra mucha gente a caballo, la que, apeándose, entraba en la barca para ir y asaltar con las armas la carabela. Por lo cual, temiendo el Almirante lo que podría suceder, mandó a los suyos que se pusiesen en orden y se armasen, pero que no hiciesen muestra de quererse defender, a fin de que los portugueses se acercaran más confiadamente. Pero éstos, yendo al encuentro del Almirante, cuando lo tuvieron ya cerca, el capitán se levantó, pidiendo muestra de seguridad, la que fue dada por el Almirante, creyendo que subiría a la nave, y que así como éste, a pesar del salvoconducto que dio había tomado la barca juntamente con la gente, así él podía retenerle, bajo la fe, hasta que le restituyese lo mal apresado. Pero, el portugués, no se atrevió a acercarse más de lo que bastaba para ser oído; entonces el Almirante le dijo que se maravillaba de tal innovación, y de que no viniese alguno de los suyos a la barca, pues eran bajados a tierra con salvoconducto y con ofertas de regalos y socorro, mayormente habiendo el capitán mandado saludarle. A más de esto, le rogaba considerar que, lo

hecho por él no se usa ni aun entre enemigos, no es conforme a las leyes de caballería, y ofendería mucho al rey de Portugal, cuyos súbditos, en tierras de los Reyes Católicos, sus señores, son bien tratados y reciben mucha cortesía, arribando y estando, sin algún salvoconducto, con mucha seguridad, no de otro modo que si estuvieran en Lisboa; añadiendo que Sus Altezas le habían dado cartas de recomendación para todos los príncipes y señores y hombres del mundo, las cuales mostrara si se hubiese acercado; porque si en todas partes eran respetadas estas letras, y él era bien acogido, y todos sus vasallos, mucha más razón había para que fuesen recibidos y agasajados en Portugal, por la vecindad y el parentesco de sus príncipes; especialmente, siendo él, como era, su Almirante mayor del Océano, y virrey de las Indias, por él recientemente descubiertas; de todo lo que le mostraría las cartas, firmadas de sus Reales nombres y selladas con su sello. Y así, de lejos, se las enseñó, y le dijo que podía acercarse sin miedo, pues por la paz y la amistad que había entre los Reyes Católicos y el Rey de Portugal, le habían mandado que hiciese toda honra y cortesía que pudiese a los navíos de portugueses que encontrara. Añadiendo que, aunque el quisiera obtinadamente y con descortesía retener su gente, no por esto quedaría impedido de ir a Castilla, porque le quedaban bastantes hombres en el navío para navegar hasta Sevilla, y aún para hacerle daño, si era necesario, del cual él mismo habría dado ocasión, y tal castigo se atribuiría justamente a su culpa; a más, que, por ventura, su Rey lo castigaría como a hombre que daba causa para que se rompiese la guerra entre él y los Reyes Católicos.

Entonces el capitán con los suyos respondió: «No cognoscemos acá al Rey e Reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes les darían a entender que cosa era Portugal». De cuya respuesta conoció el Almirante y temió que después de su partida habría sucedido alguna rotura o discordia entre un

reino y el otro; sin embargo, se inclinó a responderle como a su locura convenía. Ultimamente, al marcharse, el capitán se levantó, y desde lejos le dijo que debía ir al puerto con la carabela, porque todo lo que hacía y había hecho, se lo había encargado el Rey su señor por cartas. Habiendo oído esto el Almirante, puso por testigos a los que estaban en la carabela; y llamados el capitán y los portugueses, juró no bajar de la carabela hasta que no hubiese hecho prisioneros un centenar de portugueses para llevarlos a Castilla y despoblar toda aquella isla. Dicho esto, volvió a surgir en el puerto donde antes estaba, porque el viento no permitía hacer otra cosa.

Pero al siguiente día, arreciando mucho más el viento, y siendo desventajoso aquel lugar donde había surgido, perdió las áncoras y no tuvo más remedio que desplegar las velas hacia la isla de San Miguel, donde, si por la gran tormenta y temporal que todavía duraba, no pudiese echar las anclas, había resuelto ponerse a la cuerda[140], no sin infinito peligro, tanto por causa del mar que estaba muy alborotado, como porque no le quedaban más que tres marineros y algunos grumetes; toda la otra gente era de tierra, y los indios no tenían práctica alguna de manejar velas y jarcias. Pero supliendo con su persona la falta de los ausentes, con bastante fatiga y no leve peligro pasó aquella noche hasta que, venido el día, viendo que había perdido de vista la isla de San Miguel, y que el tiempo había abonanzado algo, decidió volver a la isla de Santa María, para intentar, si podía, recuperar su gente y las áncoras y la barca, donde arribó el jueves, a la tarde, el 21 de Febrero.

No mucho después que llegó fue la barca con cinco marineros, y todos ellos con un notario, confiados con la seguridad que les dio, entraron en la carabela, en la que, por ser ya tarde, durmieron aquella noche. Al día siguiente, dijeron que venían de parte del capitán a saber con certeza de dónde y cómo venía aquel navío, y si navegaba por comisión del Rey de Castilla;

porque, constando la verdad de esto, estaban prontos a darle toda honra. Cuya mudanza y oferta se debió a que veían claro que no podían tomar el navío y la persona del Almirante, y que les podría resultar daño de lo que habían hecho. Pero el Almirante, disimulando lo que sentía, respondió que les daba gracias por su ofrecimiento y cortesía; y pues lo que pedían era según uso y costumbre de la mar, él estaba dispuesto a satisfacer su demanda; y así les mostró la carta general de recomendación de los Reyes Católicos, dirigida a todos sus súbditos, y a los otros príncipes; y también la comisión y mandato que aquéllos le habían hecho para que emprendiese tal viaje. Lo cual, visto por los portugueses, se fueron a tierra satisfechos, y devolvieron pronto la barca y los marineros; de los cuales supo el Almirante decirse en la isla, que el Rey de Portugal había dado aviso a todos sus vasallos, para que hiciesen prisionero al Almirante, por cualquier medio que pudieran.

CAPÍTULO XL

Cómo el Almirante salió de las islas de las Azores y llegó con temporal a Lisboa

El domingo, a 24 de Febrero, el Almirante salió de la isla de Santa María para Castilla, con gran necesidad de lastre y leña, de cuyas cosas, por el mal tiempo, no se había podido proveer, y estando a distancia de cien leguas de la tierra más vecina, vino una golondrina al navío, la que, como se pensó, los malos tiempos habían empujado al mar, lo que se conoció luego con más claridad, porque, al día siguiente, que fue el 28 de febrero, llegaron otras muchas golondrinas y aves de tierra, y también vieron una ballena.

A 3 de Marzo tuvieron tan gran tempestad que, pasada la media noche, les desgarró las velas, de modo que teniendo la vida en gran peligro, hicieron voto de enviar un peregrino a la Virgen de la Cinta, cuya venerada casa está en Huelva, adonde aquél debía ir descalzo y en camisa. Tocó también la suerte al Almirante, como si con tantos votos como le tocaban, Dios glorioso quisiera demostrar serle más gratas las promesas de él que las de los otros. A más de este voto, hubo también otros de muchos particulares.

Corriendo sin un palmo de vela, con el mástil desnudo, con terrible mar, gran viento, y con espantosos truenos y relámpagos por todo el cielo, que cualquiera de estas cosas parecía que se iba a llevar la carabela por el aire, quiso Nuestro Señor mostrarles tierra, casi a media noche, de lo que no menor peligro les resultaba, de modo que, para no estrellarse, o dar en paraje

donde no pudieran poder salvarse, que necesario que diesen un poco de vela, para sostenerse contra el temporal, hasta que quiso Dios que llegase el día, y amanecido, vieron que estaban cerca de la roca de Cintra, en los confines del reino de Portugal. Allí fue precisado a entrar, con miedo y asombro grande de la gente del país, y de los marineros de la tierra, los cuales corrían de todas partes a ver como cosa maravillosa un navío que escapaba de tan cruel tormenta, especialmente, habiendo recibido nuevas de muchos navíos que, hacia Flandes y en otros mares, habían perecido aquel día.

Después, entrando en la ría de Lisboa, lunes, a 4 de Marzo, surgió junto al Rastello, y muy presto mandó un correo a los Reyes Católicos, con la nueva de su venida. También escribió al Rey de Portugal, pidiendo licencia de arribar junto a la ciudad, por no ser lugar seguro aquel donde se hallaba, contra quien le quisiera ofender con falso y cauteloso pretexto de que el mismo Rey lo ordenaba, creyendo que con hacerle daño podía impedir la victoria del Rey de Castilla.

CAPÍTULO XLI

Cómo los de Lisboa iban a ver al Almirante, como a una maravilla, y luego fue a visitar al Rey de Portugal

Martes, a 5 de Marzo, el patrón de la nave grande que el Rey de Portugal tenía en el Rastello para guarda del puerto, fue con su batel armado a la carabela del Almirante, y le intimó que fuera consigo a dar cuenta de su venida a los ministros de Rey, según la obligación y uso de todas las naves que allí arribaban. Respondió el Almirante que los Almirantes del Rey de Castilla, como lo era él, no estaban obligados a ir donde por alguno fuesen llamados, ni debían separarse de sus navíos, pena de vida, para dar tales relaciones, y que así habían resuelto hacerlo. Entonces, el patrón le dijo que al menos mandase a su maestre. Pero el Almirante le respondió que, en su opinión, todo esto era lo mismo, a no ser que enviase un grumete, y que en vano le mandaba que fuese otra persona de su navío.

Viendo el patrón que el Almirante hablaba con tanta razón y atrevimiento, replicó que, cuando menos, para que le constase que venía en nombre y como vasallo del Rey de Castilla, le mostrase las cartas de éste, con las que pudiera satisfacer a su capitán. A cuya demanda, porque parecía justa, consintió el Almirante, y le enseñó la cartas de los Reyes Católicos; con lo que aquél quedó satisfecho y se volvió a su nave para dar cuenta de esto a don Alvaro de Acuña, que era su capitán. El cual, muy luego, con muchas trompetas, con pífanos, tambores, y con gran pompa, fue a la carabela del Almirante, donde le hizo gran festejo y muchas ofertas.

Al día siguiente, que se supo en Lisboa la venida del Almirante de las Indias, era tanta la gente que iba a la carabela para ver los indios que traía y por saber novedades, que no cabían dentro; y el mar estaba casi lleno de barcas y bateles de los portugueses. Algunos de los cuales daban gracias a Dios por tanta victoria, otros se desesperaban y les disgustaba mucho ver que se les había ido de las manos aquella empresa, por la incredulidad y la poca cuenta que había mostrado su Rey; de modo que paso aquel día con gran concurso y visitas del gentío.

Al día siguiente escribió el Rey a sus factores para que presentasen al Almirante todo el bastimento y lo demás de que tuviese necesidad para su persona y para su gente; y que no le pidiesen por ello cosa alguna, También escribió al Almirante alegrándose de su próspera venida, y que hallándose en su reino, se alegraría que fuese a visitarlo. El Almirante estuvo un tanto dudoso; pero considerada la amistad que había entre aquél y los Reyes Católicos, la cortesía que había mandado hacerle, y también para quitar la sospecha de que venía de las conquistas de Portugal, agradóle ir a Valparaíso, donde el Rey estaba, a nueve leguas del puerto de Lisboa, y llegó el sábado de noche, a 9 de Marzo.

Entonces, el Rey mandó que fuesen a su encuentro todos los nobles de la Corte, y cuando estuvo en su presencia le hizo mucha honra y grande acogimiento, mandándole que se cubriese, y haciéndole sentar en una silla. Luego que el Rey oyó, con semblante alegre, las particularidades de su victoria, le ofreció todo aquello que necesitase para el servicio de los Reyes Católicos, aunque le parecía que, por lo capitulado con éstos, le pertenecía aquella conquista[141]. A lo que el Almirante respondió que él nada sabía de tal capitulación, y se le había mandado que no fuese a la Mina de Portugal, en Guinea, lo que había fielmente cumplido, a lo que replicó el Rey que todo estaba bien, y tenía certeza de que todo se arreglaría como la razón demandase.

Habiendo pasado largo tiempo en estos razonamientos, el Rey mandó al prior de Crato, que era el hombre más principal y de mayor autoridad, de cuantos había con él, que hospedase al Almirante, haciéndole todo agasajo y buena compañía; y aquél así lo hizo.

Después de estar allí el domingo y el lunes, después de comer en aquel lugar, el Almirante se despidió del Rey, quien le demostró mucho amor, le hizo largos ofrecimientos, y mandó a don Martín de Noroña que fuese con él; no dejaron muchos otros caballeros de acompañarle, por honrarle y saber los notables hechos de su viaje.

Y así, yendo por su camino a Lisboa, pasó por un monasterio donde se hallaba la Reina de Portugal; la que con gran instancia le había enviado pedir que no pasara sin visitarla. Presentado a la Reina, ésta se alegró mucho y le hizo todo el agasajo y cortesía que correspondía a tan gran señor. Aquella noche fue un gentilhombre del Rey al Almirante, diciéndole, en su nombre, que si quería ir por tierra a Castilla, la acompañaría y le hospedaría en todas partes, dándole cuanto fuese menester hasta los confines de Portugal.

CAPÍTULO XLII

Cómo el Almirante salió de Lisboa para venir a Castilla por mar

Después, el miércoles, 13 de Marzo, a dos horas del día, el Almirante dio velas para ir a Sevilla; el viernes siguiente, a mediodía, entró en Saltes, y surgió dentro del puerto de Palos, de donde había salido el 3 de Agosto del año pasado de 1492, siete meses y once días antes. Allí fue recibido por todo el pueblo en procesión, dando gracias a Nuestro Señor por tan excelsa gracia y victoria, de la que tanto acrecentamiento se esperaba para la religión cristiana y para el estado de los Reyes Católicos, teniendo aquellos vecinos en mucho que el Almirante, cuando salió, hubiese desplegado velas en aquel lugar, y que la mayor parte y más noble de la gente que había llevado, saliese de aquella tierra; aunque muchos de éstos, por culpa de Pinzón, hubieran tenido alguna perfidia y desobediencia.

Al mismo tiempo que el Almirante llegó a Palos, Pinzón arribó a Galicia[142], y quería ir él solo a Barcelona para dar cuenta del suceso a los Reyes Católicos; pero éstos le intimaron que no fuera sino con el Almirante, con el cual había ido al descubrimiento; de lo que recibió tanto dolor y enojo que se fue a su patria, doliente, y en pocos días murió de pena.

Antes que éste volviese a Palos, el Almirante fue por tierra a Sevilla, con ánimo de ir de allí a Barcelona, donde estaban los Reyes Católicos. Y en el viaje tuvo que detenerse algo, aunque poco, por la mucha admiración de los pueblos por donde pasaba, pues de todos ellos y de sus proximidades, corría la gente a

los caminos para verle, y a los indios y las otras cosas y novedades que llevaba. Así continuando su camino, llegó a mitad de Abril a Barcelona, habiendo hecho antes saber a Sus Altezas el próspero suceso de su viaje. De lo que mostraron infinita alegría y contento; y como a hombre que tan gran servicio les había prestado, mandaron que fuese solemnemente recibido. Salieron a su encuentro todos los que estaban en la ciudad y en la Corte; y los Reyes Católicos le esperaron sentados públicamente, con toda majestad y grandeza, en un riquísimo trono, bajo un dosel de brocado de oro, y cuando fue a besarles las manos se levantaron, como a gran señor, le pusieron dificultad en darle la mano, y le hicieron sentarse a su lado. Después, dichas brevemente algunas cosas acerca del proceso y resultado de su viaje, le dieron licencia para que se fuese a su posada, hasta donde fue acompañado por toda la Corte. Estuvo allí con tan gran favor y con tanta honra de Sus Altezas que, cuando el Rey cabalgaba por Barcelona, el Almirante iba a un lado, y el Infante Fortuna a otro, no habiendo antes costumbre de ir más que dicho Infante que era pariente muy allegado al Rey.

CAPÍTULO XLIII

Cómo se acordó que el Almirante volviese con gran armada a poblar la isla Española, y se logró del Papa la aprobación de la conquista

Dióse en Barcelona, con mucha solicitud y presteza, orden para la expedición y retorno del Almirante a la Española, tanto para socorrer a los que allí habían quedado, como para aumentar la población y sojuzgar aquella isla, y las otras que estaban ya descubiertas o se esperaba descubrir. Muy luego los Reyes Católicos, por consejo del Almirante, para más claro y justo título de las Indias, procuraron tener del Sumo Pontífice la aprobación y donación de la conquista de todas aquellas. La cual, el Papa Alejandro VI, que regía entonces el pontificado, concedió liberalísimamente, no sólo en cuanto a lo ya descubierto, sino de todo lo que se descubriese al Occidente, hasta llegar al Oriente en parte donde en aquel tiempo tuviese posesión, de hecho, algún príncipe cristiano; prohibiendo a todos en general que entrasen en dichos confines[143]. Al año siguiente, dicho Pontífice volvió a confirmar esto, con muchas cláusulas eficaces y significativas palabras.

Viendo los Reyes Católicos que de aquella gracia y concesión que les hizo el Papa, era causa y principio el Almirante, y que con su viaje y descubrimiento les había adquirido el derecho y la posesión de todo aquello, quisieron recompensarlo por todo. Y así, en Barcelona, el 28 de Mayo, le concedieron nuevo privilegio, o más bien una exposición y declaración del primero, por el cual confirmaban lo que con él habían antes capitulado, y con claras y abiertas palabras declaraban los límites y confines

de su almirantazgo, virreinato y gobernación, en todo lo que el Papa les había concedido, ratificando en este privilegio el que antes le habían hecho; el cual, con la subsiguiente declaración, copiamos aquí.

CAPÍTULO XLIV

Privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante

Don Fernando e doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey e Reyna de Castilla, de León, de Aragón, de Secilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galisia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarbe, de Algesira, de Gibraltar e de las Yslas de Canaria, conde e Condesa de Barcelona, e Señores de Vizcaya e de Molina, Duques de Athenas e de Neopatria, Condes de Rosellón e de Cerdania, Marqueses de Oristán e de Gociano. Por quanto vos, Christobal Colon, vades, por nuestro mandado, a descobrir e ganar, con ciertas fustas nuestras, e con nuestra gente, ciertas yslas e tierra firme en la dicha mar Oceana, e se espera que, con la ayuda de Dios, se descubrirán e ganaran algunas de las dichas yslas e tierra firme, en la dicha mar Oceana, por vuestra mano et industria; e asy es cosa justa e razonable que pues os ponéis al dicho peligro por nuestro servicio, seades dello remunerado; e queriendos honrar e fase merced por lo susodicho, es nuestra merced e voluntad que vos el dicho Christobal Colon, despues que ayades descubierto e ganado las dichas yslas e tierra firme en la dicha mar Oceana, o qualesquier dellas, que seades nuestro Almirante de las dichas yslas e tierra firme que asi descubrierdes e ganardes, e seades nuestro Almirante e Viso-rey e Gobernador en ellas; e vos podades dende en adelante llamar e yntitular Don Christobal Colon, e asy vuestros fijos e subcesores en dicho oficio e cargo se puedan intitular e llamar don, e Almirante e Visorey e Gobernador dellas; e para que podades

usar e exercer el dicho oficio de almirantazgo con el dicho oficio de visorey e governador de las dichas yslas e tierra firme que asi descubriedes e ganardes por vos, e por vuestros lugartenientes, e oyr e librar todos los pleitos e cabsas ceviles e criminales tocantes al dicho oficio de almirantazgo e de visorey e governador, según fallardes por derecho, e según lo acostumbran usar e exercer los almirantes de nuestros reynos, e podades punir e castigar los delinquentes; e usedes de los dichos oficios de almirantazgo e visorey e governador, vos e vuestros dichos lugartenientes, en todo lo que a los dichos oficios e a cada uno de ellos es anexo e concerniente; e que ayades e levedes los derechos e salarios a los dichos oficios e a cada uno dellos anexos e concernientes e pertenecientes, según e como los lieva e acostumbra llevar el nuestro Almirante mayor en el almirantadgo de los nuestros reynos. E por esta nuestra carta o por su treslado signado de escribano publico, mandamos al Principe D. Juan, nuestro muy caro e muy amado fijo, e a los ynfantes, duques, perlados, marqueses, condes, maestres de las ordenes, priores, comendadores, e a los del nuestro Consejo, e Oydores de la nuestra Abdiencia, alcaldes e otras justicias qualesquier de la nuestra casa e Corte e Chancillería, e a los subcomendadores, alcaydes de los castillos e casas fuertes e llanas, e a todos los concejos e asistentes, corregidores e alcaldes e alguacyles, merinos, veynte e cuatros, cavalleros jurados, escuderos, oficiales e omes buenos de todas las cibdades e villas e lugares de los nuestros reynos e señorios, e de los que vos conquistardes e ganardes, e a los capitanes, maestres, contramaestres, e oficiales, marineros e gentes de la mar, nuestros subditos e naturales, que agora son e serán de aquí adelante, e a cada uno e cualquier dellos, que syendo por vos descubiertas e ganadas las dichas yslas e tierra firme en la dicha mar Océana, e fecho por vos, e por quien vuestro poder oviere, el juramento e solepnidad que en tal caso se requiere, vos ayan e tengan dende en adelante, para

en toda vuestra vida, e despues de vos, a vuestro fijo e subcesor, e de subcesor en subcesor para syempre jamas, por nuestro almirante de la dicha mar Océana, e por visorey e governador de las dichas yslas e tierras firme que vos el dicho D. Christoval Colon descubrierdes e ganardes, e usen con vos e con los dichos oficios de almirantadgo e visorey e governador pusierdes, en todo lo a ellos concerniente, e vos recudan e fagan recudir con la quitación e derechos e otras cosas a los dichos oficios anexas e pertenescientes, e vos guarden a fagan guardar todas las honras e gracias e mercedes e libertades, preheminencias, prerrogativas, esenciones, e ynmunidades, e todas las otras cosas, e cada una de ellas, que por razón de los dichos oficios de almirante e visorey e governador devedes aver e gosar, e vos deven ser guardadas, en todo bien e complidamente, en guisa que vos no menguen cosa alguna, e que en ello, ni en parte dello, embargo ni contrario alguno vos no pongan ni consientan poner, ca Nos, por esta nuestra carta, desde agora para entonces vos fasemos merced de los dichos oficios de almirantadgo e visorey e governador, por juro de heredad para siempre jamás; e vos damos la posesion e casi posesion dellos e de cada uno dellos, e poder abtoridad para lo usar e exercer, e llevar los derechos salarios a ellos e a cada uno dellos anexos e pertenescientes, según e como dicho es; sobre lo qual todo que dicho es, sy necesario vos fuere, e gelos vos pidierdes mandamos al nuestro chanciller e notarios, e los otros oficiales qu'estan a la tabla de los nuestros sellos, que vos den e libren e pasen e sellen nuestra carta de previllejo rodado, la mas fuerte e firme e bastante que les pidierdes e ovierdes menester; e los unos ni los otros no fagades, ni fagan ende ál, por alguna manera, so pena de la nuestra merced e de diez mil maravedis para la nuestra Cámara, a cada uno que lo contrario fisiere; e demás mandamos al ome que les esta nuestra carta mostrare, que los enplaze que parescades ante nos en la nuestra Corte, doquier que nos

seamos, del día que los enplasare a quince días primeros syguientes, so la dicha pena, so la qual mandamos a qualquier escribano público que para esto fuere llamado, que dé ende al que gela mostrare testimonio signado con su sygno, porque nos sepamos en como se cumple nuestro mandado.

Dada en la nuestra cibdad de Granada, a treynta días del mes de Abril, año del nascimiento de nuestro señor Jhesu Christo de mil e quatrocientos e nouenta e dos años.

YO EL REY,

YO LA REYNA

Yo Johan de Coloma, secretario del Rey e de la Reyna nuestros señores, la fiz escrivir por su mandado.

Acordada en forma: *Rodericus, doctor*. Registrada: *Sebastián D'Olano*.

Francisco de Madrid, chanciller.

E agora, porque plugo a Nuestro Señor que vos fallastes muchas de las dichas yslas, e esperamos que con la ayuda suya que fallereis e descobrireis otras yslas e tierra firme en el dicho mar Océano, a la dicha parte de las Indias, e nos suplicastes e pedistes por merced que vos confirmasemos la dicha nuestra carta que de suso va encorporada, e la merced en ella contenida, para que vos e vuestros fijos e descendientes e subcesores uno en pos de otro, y después de vuestros días, podades tener y tengades los dichos oficios de almirante e visorey e governador del dicho mar Océano e Yslas e tierra firme que asy aveys descubierto e fallado, e descubrierdes, e fallardes de aquí adelante, con todas aquellas facultades e preheminencias e prerrogativas de que han gozado e gozan los nuestros almirantes e visorey e governadores que han seydo e son, de los dichos nuestros reynos de Castilla y de León; e vos sea acudido con todos los derechos e salarios a los dichos oficios anexos e pertenescientes, usados e guardados a los dichos nuestros almirantes, visoreyes

e governadores, o vos mandemos proveer sobrello como la nuestra merced fuese; e Nos, acatando el arrisco e peligro en que por nuestro servicio vos posistes en yr a catar e descobrir las dichas yslas e tierra firme, e en el que agora vos poneys en yr a buscar e descobrir las otras yslas e tierra firme, de que avemos seydo e esperamos ser de vos muy servidos, e por vos facer bien e merced, por la presente, vos confirmamos a vos et a los dichos vuestros fijos e descendientes e subcesores, uno en pos de otro, para agora e para siempre Jamas, los dichos oficios de almirante del dicho mar Océano, e visorey e governador de las dichas yslas e tierra firme que aveys fallado e descubierto, e de las otras yslas e tierra firme que por vos o por vuestra yndustria se fallaren e descubrieren de aquí adelante en la dicha parte de las Indias; e es nuestra merced e voluntad que ayades e tengades vos, e después de vuestros días, vuestros fijos e descendientes e subcesores, uno en pos de otro, el dicho oficio de nuestro almirante del dicho mar Océano, ques nuestro, que comienza por una raya o línea que nos avemos fecho marcar, que pasa desde las yslas de los Açores a las yslas de Cabo Verde, de Setentrion en Austro, de polo a polo, por manera que todo lo que es allende de la dicha liña al ocidente, es nuestro e nos pertenece; e ansi vos fasemos e criamos nuestro almirante, e a vuestros fijos e subcesores, uno en pos de otro, de todo ello para siempre jamas; e asimismo vos fasemos nuestro visorey e governador, e despues de vuestros días, a vuestros fijos e descendientes e subcesores, uno en pos de otro, de las dichas islas e tierra firme descubiertas e por descobrir en el dicho mar Océano, a la parte de las Yndias, como dicho es, e vos damos la posesión e casi posesion de todos los dichos oficios de almirante e visorey e governador, para siempre jamas, e poder e facultad para que en las dichas mares podades usar e usedes del dicho oficio de nuestro Almirante, con todas las cosas et en la forma e manera e con las prerrogativas e preheminencias e de-

rechos e salarios segun e como lo usaron e usan, gosaron e gosan, los nuestros almirantes de los mares de Castilla e de Leen, e para en la tierra de las dichas yslas e tierra firme que son descubiertas e se descubrieren de aqui adelante en la dicha mar Océana, en la dicha parte de las Yndias, porque los pobladores de todo ello sean mejor governados, vos damos tal poder e facultad para que podades, como nuestro visorey e governador, usar por vos e por vuestros lugartenientes e alcaldes e alguaciles e otros oficiales que para ello pusierdes, la jurisdicción civil e criminal, alta e baxa, mero mixto ymperio; los quales dichos oficios podades amover e quitar, e poner otros en su lugar, cada e quando quisierdes e vierdes que cumple a nuestro servicio; los quales puedan oyr e librar e determinar todos los pleitos e cabsas ceviles e criminales que en las dichas yslas e tierra firme acaescieren e se movieren, e aver e llevar los derechos e salarios acostumbrados en nuestros Reynos de Castilla e de Leon, a los dichos oficios anexos y pertenecientes; e vos el dicho nuestro visorey e governador, podades oyr e conocer de todas las dichas causas, e de cada una dellas, cada que vos quisierdes de primera ynstancia, por via de apellación o por simple querella, e las ver e determinar e librar, como nuestro visorey e governador, e podades facer e fagades vos e los dichos vuestros oficiales qualesquier pesquisas a los casos de derecho premisos, e todas las otras cosas a los dichos oficios de visorey e governador pertenecientes, e que vos e vuestros lugartenientes e oficiales que para ello pusierdes e entendierdes que cumple a nuestro servicio e a execución de nuestra justicia; lo cual todo podades e puedan haser e executar e llevar a devida execución con efecto, bien asy como lo farian e podrian facer si por Nos mismos fuesen los dichos oficiales puestos; pero es nuestra merced e voluntad que las cartas e provisiones que dierdes, sean e se expidan e libren en nuestro nombre, diciendo: «Don Fernando e Doña Ysabel, por la gracia de Dios, rey e reyna de Castilla, de

Leen, etc», e sean selladas con nuestro sello que nos vos mandamos dar para las dichas yslas y tierra firme, E mandamos a todos los vecinos e moradores e a otras personas que estan et estovieren en las dichas yslas e tierra firme, que vos obedesean como a nuestro visorey e governador d'ellas; e a los que andovieren en las dichas mares suso declaradas, vos obedezcan como a nuestro almirante del dicho mar Océano, e todos ellos cumplan vuestras cartas e mandamientos, e se junten con vos e con vuestros oficiales para executar la nuestra justicia, e vos den e fagan dar todo el favor e ayuda que les pidierdes e menester ovierdes, so las penas que les pusierdes; las quales, Nos por la presente les ponemos e avemos por puestas, e vos damos poder para las executar en sus personas e bienes; e otros, es nuestra merced e voluntad que si vos entendierdes ser complidero a nuestro servicio, e a exsecución de nuestra justicia, que qualesquier personas que estan et estovieren en las dichas Yndias e tierra firme, salgan dellas, e que no entren, ni esten en ellas, e que vengan e se presenten ante Nos, que lo podais mandar de nuestra parte, e los fagays salir dellas; a los quales, Nos, por la presente, mandamos que luego lo fagan e cumplan e pongan en obra, syn nos requerir ni consultar en ello, ni esperar ni aver otra nuestra carta, ni mandamiento, non enbargante qualquier apellacion o suplicacion que del tal vuestro mandamiento fisieren e ynterpusieren; para lo qual todo que dicho es, e para las otras cosas devidas e pertenecientes a los dichos oficios de nuestro almirante e visorey e governador, vos damos todo poder complido, con todas sus yncidencias e dependencias, emergencias, anexidades e conexidades; sobre lo qual todo que dicho es, sy quisierdes, mandamos al nuestro chanciller e notarios, e a los otros oficiales que estan en la tabla de los nuestros sellos, que vos den e libren, e pasen e sellen nuestra carta de privilegio rodado, la mas fuerte e firme e bastante que les pidierdes e menester ovierdes; e los unos ni los otros non fagades

ni fagan ende al por alguna manera, so pena de la nuestra merced e de diez mil maravedis para la nuestra Cámara a cada uno que lo contrario fisiere, e demas mandamos al ome que vos esta nuestra carta mostrare, que vos enplase que parescades ante Nos en la nuestra Corte, doquier que Nos seamos, del dia quel os enplasare fasta quinse dias primeros syguientes, so la dicha pena, so la qual mandamos a qualquier escribano publico que para esto fuere llamado, que de ende al que gela mostrare testimonio sygnado con su sygno, porque nos sepamos en como se cumple nuestro mandado.

Dada en la ciudad de Barcelona, a veynte e ocho días del mes de Mayo, año del nascimiento de nuestro Señor Jhesu Christo de mil e quatrocientos e noventa e tres años[144].

Yo el Rey

Yo la Reyna.

Yo Fernand Alvares de Toledo, secretario del Rey e de la reyna nuestros señores, la fiz escribir por su mandado.

Pero Gutierres, chanciller.

Derechos del sello e registro, *nihil*.

En las espaldas: acordada: *Rodericus, doctor*. Registrada: *Alonso Pérez*.

CAPÍTULO XLV

Cómo el Almirante salió de Barcelona para Sevilla, y de Sevilla para la Española

Una vez provisto cuanto hacía falta para la población de aquellas tierras, el Almirante salió de Barcelona para Sevilla, el mes de Junio. Tan pronto como llegó, procuró con entera diligencia la expedición de la armada que los Reyes Católicos le habían mandado hiciese, y en breve tiempo fueron puestos a punto diez y siete navíos, entre grandes y pequeños, proveídos de muchos bastimentos y de todas las cosas y artificios que para poblar todas aquellas tierras parecieron necesarios, a saber: artesanos de todos los oficios; hombres de trabajo; labriegos, que cultivasen la tierra[145]; sin contar con que, a la fama del oro y de otras cosas nuevas de aquellos países, habían acudido tantos caballeros e hidalgos y otra gente noble, que fue necesario disminuir el número, y que no se diese permiso a tanta gente que se alistaba, hasta que se viese en alguna manera cómo sucedían las cosas en aquellas regiones, y que todo, en algún modo, estuviese arreglado, aunque no se pudo restringir tanto el número de la gente que estaba para entrar en la armada, que no llegase a mil quinientas personas, entre grandes y pequeñas; algunos de los cuales llevaron caballos y otros animales que fueron de mucha utilidad y provecho para la población de aquellas tierras.

Hechos estos preparativos, el miércoles, a 25 de Septiembre del año 1493, una hora antes de salir el sol, estando presentes mi hermano y yo, el Almirante levó anclas en el puerto de

Cádiz, donde se había reunido la armada, y llevó su rumbo al Sudoeste, hacia las islas de Canaria, para tomar allí refresco de las cosas necesarias, y así, con buen tiempo, a 28 de Septiembre, estando ya cien leguas más allá de España, fueron a la nave del Almirante muchos pajarillos de tierra, tórtolas y otras especies de pájaros pequeños, que parecían ir de paso para invernar en Africa, y que venían de las islas Azores. Continuando luego su viaje, miércoles, a 2 de Octubre, llegó el Almirante a la Gran Canaria, donde fondeó. A media noche tornó a su camino para ir a la Gomera, donde llegó el sábado, 5 de Octubre, y con gran diligencia ordenó que se tomase cuanto hacía falta para la armada.

CAPÍTULO XLVI

Cómo el Almirante salió de la Gomera, y atravesando el Océano halló las islas de los Caribes

Lunes, a 7 de Octubre, el Almirante siguió su viaje a las Indias, habiendo entregado antes un pliego, cerrado y sellado, j todos los navíos, el cual mandaba no fuese abierto, a no ser que la fuerza del viento los separase de él. Esto era porque daba en aquella carta noticia del rumbo que habían de seguir para la Villa de la Navidad, en la Española, y no quería que, sin gran necesidad, fuese conocido de alguno aquel itinerario. Navegando con próspero viento, el jueves, a 24 de Octubre, habiendo corrido más de 400 leguas al Occidente de la Gomera, ya no se halló la hierba que en el primer viaje habían encontrado a 250 leguas; y no sin admiración de todos, en aquel día y los dos siguientes, iba una golondrina a visitar la armada. El mismo sábado, de noche, se vio el fuego de San Telmo, con siete velas encendidas, encima de la gavia, con mucha lluvia y espantosos truenos. Quiero decir que se veían las luces qué los marineros afirman ser el cuerpo de San Telmo, y le cantan muchas letanías y oraciones, teniendo por cierto que en las tormentas donde se aparezca, nadie puede peligrar. Pero, sea lo que sea, yo me remito a ellos; porque si damos fe a Plinio, cuando aparecían semejantes luces a los marineros romanos en las tempestades del mar, decían que eran Castor y Polux; de los que hace mención también Séneca, al comienzo del libro primero de sus *Naturales*.

Pero volviendo a nuestra historia, digo que el sábado, de noche, a 2 de Noviembre, viendo el Almirante grande alteración en el cielo y en los vientos, y observando también nubarrones, tuvo por cierto hallarse cerca de alguna tierra; con esta opinión hizo quitar la mayor parte de las velas, y dispuso que toda la gente hiciese buena guardia, no sin razonable causa; porque la misma noche, al aparecer el alba, vieron tierra al Oeste, a siete leguas de la armada, y eran una isla alta y montuosa, a la que puso nombre de Domínica, por haberla descubierto el domingo, de mañana. De allí a poco vio otra isla hacia el Nordeste de la Domínica, y después vio otras dos, una de ellas más hacia el Norte. Por esta gracia que Dios les había hecho, reuniéndose toda la gente de las naves en las popas, dijeron la Salve con otras oraciones e himnos cantados con mucha devoción, dando gracias a Nuestro Señor porque en veinte días, desde que salieron de la Gomera, habían arribado a dicha tierra, distancia que calculaban ser de 750 a 800 leguas[146].

Por no hallar en la costa de la parte de Levante de dicha isla Domínica lugar a propósito para fondear, pasaron a otra isla a la que el Almirante puso nombre de Marigalante, porque así era denominada la nave capitana. Allí, saliendo a tierra, con todas las solemnidades necesarias, volvió a ratificar la posesión que, en nombre de los Reyes Católicos, había tomado de todas las islas y tierra firme de las Indias en el primer viaje.

CAPÍTULO XLVII

Cómo el Almirante descubrió la isla de Guadalupe, y lo que en ella vio

Lunes, a 4 de Noviembre, el Almirante salió de dicha isla Marigalante con rumbo al Norte hacia una isla grande, que llamó Santa María de Guadalupe por devoción y a ruego de los monjes del convento de aquella advocación, a los que había prometido dar a una isla el nombre de su monasterio. Antes que llegasen a ella, a distancia de tres leguas, vieron una altísima peña que acababa en punta, de la que brotaba un cuerpo o fuente de agua, que les pareció tan gruesa como un grande tonel; y caía con tanto ruido y fuerza que se oía desde los navíos; aunque muchos afirmaron que era una faja de peña blanca, parecida en la blancura y la espuma al agua por su áspera vertiente y precipicio. Después que arribaron con las barcas, fueron a tierra para ver la población que se divisaba desde la orilla; y en ella nadie encontraron, porque la gente había huido al monte, excepto algunos niños, en cuyos brazos colgaron algunos cascabeles para tranquilizar a los padres cuando volviesen. Hallaron en las casas muchas ocas semejantes a las nuestras y muchos papagayos, de colores verde, azul, blanco y rojo, del tamaño de los gallos comunes. Vieron también calabazas y cierta fruta que parecía piñas verdes, como las nuestras, aunque mucho mayores, llenas de pulpa maciza, como el melón, de olor y sabor mucho más suave, las cuales nacen en plantas semejantes a lirios o aloes, por el campo, aunque son mejores las que se cultivan, como luego se supo. Vieron también otras hierbas y

frutas diferentes de las nuestras, hamacas de algodón, arcos, flechas y otras cosas, de las que los nuestros no tomaron alguna, para que los indios se fiasen más de los cristianos.

Pero lo que entonces les maravilló más fue que encontraron un cazuelo de hierro; si bien yo creo que por ser los cantos y los pedernales de aquella tierra del color de luciente hierro, alguien de poco juicio, que lo encontró, con ligereza le pareció de hierro aunque no lo era, como quiera que, desde entonces hasta el día de hoy no se ha visto cosa alguna de hierro entre aquellas gentes, ni yo sé que lo dijera el Almirante. Antes creo que, acostumbrando éste a escribir día por día, lo que acontecía y le era dicho, anotase con otras cosas lo que acerca de esto le refirieron aquellos que habían ido a tierra; y aunque dicho cazuelo fuese de hierro, no habría de maravillarse; porque siendo los indios de aquella isla de Guadalupe caribes, y corriendo y robando hasta la Española, quizá tuvieran aquel cazuelo de los cristianos o de los indios de aquella isla; como también pudo suceder que hubiesen llevado el cuerpo de la nave que perdió el Almirante a sus casas, para valerse del hierro; y cuando no fuese hallado en el cuerpo de la nave, sería de alguna otra nave que los vientos y las corrientes habían llevado de nuestras regiones a dichos lugares. Pero sea lo que quiera, aquel día no tomaron el cazuelo ni otra cosa, y volvieron a los navíos.

Al día siguiente, que fue martes, a 5 de Noviembre el Almirante mandó dos barcas a tierra para ver si podían tomar alguna persona que le diese noticias del país y le informase de la distancia y dirección a que estaba la Española. Cada una de aquellas barcas volvió con sendos indios jóvenes, y estos concordaron en decir que no eran de aquella isla, sino de otra llamada Boriquen[147], y ahora de San Juan; que los habitantes de la isla de Guadalupe eran caribes, y los habían hecho cautivos en su misma isla. De allí a poco, cuando las barcas volvieron a tierra para recoger algunos cristianos que allí habían quedado, en-

contraron juntamente con aquéllos seis mujeres que eran venidas a ellos huyendo de los caribes, y de su voluntad se iban a las naves. Pero el Almirante, para tranquilizar la gente de la isla, no quiso detenerlas en los navíos, antes bien les dio algunas cuentas de vidrio y cascabeles y las hizo llevar a tierra, contra su voluntad. No se hizo esto con ligera previsión, porque luego que bajaron, los caribes, a vista de los cristianos, les quitaron todo lo que el Almirante les había dado. Por lo cual, por su odio a los caribes, por miedo que de esta gente tenían, de allí a poco, cuando las barcas volvieron a tomar agua y leña, entraron en ellas dichas mujeres, rogando a los marineros que las llevasen a los navíos, diciendo por señas que la gente de aquella isla se comía los hombres, y a ellas las tenían esclavas, por lo que no querían estar con aquéllos; de manera que los marineros, movidos de sus ruegos, las llevaron a la nave, con dos muchachos y un mozo que se había escapado de los caribes, teniendo por más seguro entregarse a gente desconocida y tan diferente de su nación que permanecer con tales indios, que manifiestamente eran crueles, y se habían comido a los hijos de aquéllas, y a sus maridos; dícese que a las mujeres no las matan ni se las comen, sino que las tienen por esclavas.

De una de ellas se supo que a la parte del Sur había muchas islas[148], unas pobladas y otras desiertas; las cuales, tanto aquella moza como las otras, separadamente, llamaron Yaramaqui, Cairoaco, Huino, Buriari, Arubeira y Sixibei. Pero la tierra firme, que decían ser muy grande, tanto ellas como los de la Española, llamaban Zuania. Porque en otros tiempos habían venido canoas de aquella tierra a comerciar con mucho *gievanni*[149], del que decían que lo había en dos tercios de una islilla no muy lejana. También dijeron que el rey de aquella tierra de donde huyeron había salido con diez grandes canoas y con 300 hombres a entrar en las islas vecinas y tomar la gente para comérsela. De las mismas mujeres se supo donde estaba la isla Española, pues

aunque el Almirante la había puesto en su carta de navegación, quiso, sin embargo, para mejor información, saber lo que se decía de ella en aquel país, Muy luego habría partido de allí, si no le dijesen que un capitán llamado Márquez[150], con ocho hombres, había ido a tierra sin licencia, antes de ser de día, y que no había vuelto a los navíos, por lo que fue preciso que se mandase gente a buscarlos, aunque en vano, como quiera que por la gran espesura de los árboles no se pudo saber cosa alguna de aquéllos. Por lo cual, el Almirante, a fin de no dejarlos perdidos, y porque no quedase un navío que los esperase y recogiese, y luego no supiera ir a la Española, resolvió quedarse hasta el día siguiente. Por estar la tierra llena de grandísimos bosques, como dijimos, mandó que se tornase a buscarlos, y que cada uno llevase una trompeta y algunos arcabuces, para que aquéllos acudiesen al estruendo. Pero éstos, después de haber caminado todo aquel día, como perdidos, volvieron a los navíos sin haberlos encontrado, ni saber noticia alguna de ellos. Por lo cual, viendo el Almirante que era la mañana del jueves, y que desde el martes hasta entonces no se sabía nada de ellos, y que habían ido sin licencia, resolvió seguir el viaje, o cuando menos hacer señal de quererlo continuar en castillo de aquéllos. Mas a ruegos de algunos amigos y parientes se quedó, y mandó que en tanto los navíos se proveyesen de agua y leña, y que la gente lavase sus ropas. Y mandó al capitán Hojeda[151] con cuarenta hombres para que, al buscar a los perdidos, se enterase de los secretos del país; en el cual halló maíz, lignáloe, sándalo, gengibre, incienso y algunos árboles que, en el sabor y en el olor, parecían de canela; mucho algodón y halcones; vieron que dos de éstos cazaban y perseguían a otras aves; e igualmente vieron milanos, garzas reales, cornejas, palomas, tórtolas, perdices, ocas y ruiseñores. Y afirmaron que en espacio de seis leguas habían atravesado veintiséis ríos, en muchos de los cuales el agua les llegaba a la cintura; aunque yo creo más bien que, por la as-

pereza de la tierra, no hicieron más que pasar un mismo río muchas veces.

Mientras ellos se maravillaban de ver estas cosas, y otras cuadrillas iban por la isla buscando a los perdidos, éstos llegaron a los navíos, viernes a 8 de Noviembre, sin que de nadie fuesen hallados, diciendo que la gran espesura de los bosques había sido la causa de perderse. Entonces el Almirante, por dar algún castigo a su temeridad, mandó que el capitán fuese puesto en cadena, y los otros castigados en las raciones de comida que se les daba. Luego que salió a tierra, vio en algunas casas las cosas ya mencionadas y, sobre todo, mucho algodón hilado y por hilar, y telares; muchas cabezas de hombres colgadas, y cestas con huesos de muertos. Dijeron que estas casas eran mejores y más copiosas de bastimentos, y de todo lo necesario para el uso y servicio de los indios, que ninguna otra de cuantas habían visto en las otras islas, cuando el primer viaje.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que halló en su camino

Domingo, a 10 de Noviembre, el Almirante hizo levar las anclas, salió con la armada, fue por la costa de la isla de Guadalupe, hacia Noroeste, con rumbo a la Española, y llegó a la isla de Monserrat, a la que por su altura dio este nombre, y supo por los indios que consigo llevaba que la habían despoblado los caribes, comiéndose la gente. De allí pasó luego a Santa María la Redonda, llamada así por ser redonda y lisa, que parece no se puede entrar en ella sin escala; era llamada por los indios, Ocamaniro. Después llegó a Santa María de la Antigua, que los indios llamaban Giamaica, y es una isla de más de 18 leguas de costa.

Siguiendo su camino hacia Noroeste, se veían muchas islas que estaban a la parte del Norte, e iban del Noroeste a Sudeste, todas ellas muy altas y con grandísimas selvas. En una de estas islas fondearon, y la llamaron San Martín; sacaban pedazos de coral pegados en las puntas de las áncoras, por lo que esperaban hallar otras cosas útiles en aquellas tierras. Pero, aunque el Almirante estaba muy deseoso de conocer todo, sin embargo, por ir en socorro de los que había dejado en la Española, acordó seguir hacia allí su camino; mas por la violencia del viento, el jueves, a 14 de Noviembre, fondeó en una isla, donde mandó que se apresase algún indio, para saber donde estaba. Y mientras el batel volvía a la armada llevando cuatro mujeres y tres niños que habían tomado, halló una canoa en la que iban cuatro

hombres y una mujer; los cuales, viendo que no podían huir remando, se aparejaron a la defensa e hirieron a dos cristianos con sus saetas, las que lanzaban con tanta fuerza y destreza, que la mujer pasó una adarga de un lado a otro; pero, embistiéndoles impetuosamente el batel, la canoa se volcó, y los cogieron a todos nadando en el agua; uno de los cuales, según nadaba, lanzaba muchas flechas como si estuviese en tierra. Estos tenían cortado el miembro genital, porque son cautivados por los caribes en otras islas, y después castrados para que engorden, lo mismo que nosotros acostumbramos a engordar los capones, para que sean más gustosos al paladar.

De allí, salido el Almirante, continuó su camino al Oesnoroeste, donde halló más de cincuenta islas que dejaba a la parte del Norte; a la mayor llamó Santa Ursula y a las otras las Once Mil Vírgenes. Después llegó a la isla que llamó de San Juan Bautista, y que los indios decían Boriquen. En ésta, en un puerto la Occidente fondeó la armada, y cogieron muchas variedades de peces, como caballos, lenguados, sardinas y sábalos; vieron halcones, y vides silvestres. Fueron algunos cristianos, al Oriente, a ciertas casas bien fabricadas, según costumbre de los indios, las cuales tenían la plaza y la salida hacia el mar; una calle muy ancha con torres de cañas a los dos lados; y lo alto estaba tejido con bellísimas labores de verdura, como los jardines de Valencia. A lo último, hacia el mar, había un tablado en el que podían estar diez o doce personas, alto y bien labrado.

CAPÍTULO XLIX

Cómo el Almirante llegó a la Española, donde supo la muerte de los cristianos

Viernes, a 22 de noviembre, llegó el Almirante al Norte de la Española; y luego envió a tierra de Samaná uno de los indios que llevaba de Castilla, natural de aquella provincia, ya convertido a nuestra santa Fe, el cual ofreció reducir todos los indios al servicio y en paz con los cristianos. Siguiendo el Almirante su camino hacia la Villa de la Navidad, llegado al Cabo del Angel, vinieron algunos indios a los navíos con deseo de cambiar algunas cosas con los cristianos, y pasando a dar fondo en el puerto de Monte Cristo, una barca que fue a tierra, encontró junto a un río dos hombres muertos; uno que parecía joven y el otro viejo, que tenía una cuerda de esparto al cuello, extendidos los brazos y atadas las manos a un madero en forma de cruz; no se pudo conocer bien si eran indios, o cristianos, pero lo tomaron a mal augurio. El día siguiente, que fue 26 de Noviembre, el Almirante tornó a mandar a la tierra por muchas partes; salieron los indios a conversar con los cristianos, muy amigable y resueltamente, y tocando el jubón y la camisa a los nuestros decían: *camisa, jubón*, dando a entender que sabían estos nombres; lo que aseguró al Almirante de la sospecha que tenía, por aquellos hombres muertos, creyendo que, si los indios hubiesen hecho mal a los cristianos que allí quedaron, no irían a los navíos tan resueltamente y sin miedo. Pero al día siguiente, que estaba surto junto a la boca del puerto de la Villa de la Navidad, pasada media noche, llegaron indios en una canoa, preguntaron por

el Almirante, y diciéndoles que entrasen, que allí estaba, no quisieron subir, diciendo que si no le viesen y conociesen, no entrarían; de modo que fue necesario que el Almirante llegase al borde para oírlos; luego salieron dos que llevaban sendas carátulas y las dieron al Almirante de parte del cacique Guacanagarí, diciendo que éste se le encomendaba mucho. Luego, preguntados por el Almirante acerca de los cristianos que allí habían quedado, respondieron que, algunos de ellos habían muerto de enfermedad; otros se habían apartado de la compañía; otros se habían ido a distintos países, y que todos tenían cuatro o cinco mujeres. Por esto que dijeron, se conocía que todos debían ser muertos, o la mayor parte. Sin embargo, pareciéndole al Almirante que por entonces no debía hacer otra cosa, despidió a los indios con un presente de vacias, y otras cosas, para Guacanagarí y los suyos; y fueron aquella misma noche con estos regalos al cacique.

CAPÍTULO L

Cómo el Almirante fue a la Villa de la Navidad, y la halló quemada y despoblada, y cómo se avistó con el rey Guacanagarí

Jueves, a 28 de Noviembre, el Almirante entró por la tarde con su armada en el puerto de la Villa de la Navidad, y la encontró toda quemada. Aquel día no vieron persona alguna en aquellos alrededores. Pero al siguiente, de mañana, el Almirante salió a tierra, con gran dolor de ver las casas y la fortaleza incendiadas; que en la plaza, sólo quedaban de las casas de los cristianos, cajas rotas, y otras cosas semejantes, cual en tierra devastada y puesta a saco. Como no había nadie a quien se pudiese preguntar, el Almirante, con algunos bateles, entró en un río que estaba próximo, y mientras subía por él, mandó que se limpiase el pozo de la fortaleza, creyendo que en él se hallaría oro, porque al tiempo de su marcha, recelando las dificultades que podían ocurrir, había mandado a los que allí quedaban que echasen todo el oro que allegasen en aquel pozo; pero no se encontró cosa alguna. El Almirante, por donde fue con los bateles, no pudo echar las manos a indio alguno, porque todos huían de sus casas a las selvas. No hallando allí más que algunos vestidos de cristianos, tornó a la Navidad, donde encontró ocho cristianos muertos, y por el campo, cerca de la población, parecieron otros tres; conocieron que eran cristianos por las ropas, y parecía que habían sido muertos un mes antes.

Yendo algunos cristianos por allí, buscando vestigios o papeles de los muertos, vino a hablar al Almirante un hermano del cacique Guacanagarí, con otros indios que sabían ya decir algu-

nas palabras en lengua castellana, y conocían y llamaban por sus nombres a todos los cristianos que allí habían quedado. Dijeron que éstos muy luego comenzaron a tener discordias entre sí, y a tomar cada uno las mujeres y el oro que podía; que por esto sucedió que Pedro Gutiérrez y Escobedo, mataron a un Jácome, y después, con otros nueve, se habían ido con sus mujeres a un cacique llamado Caonabó, que era señor de las minas. Este los mató, y después de muchos días fue con no poca gente a la Navidad, donde no estaba más que Diego de Arana con diez hombres, que perseveraron con él en guarda de la fortaleza, porque todos los demás se habían esparcido por diversos lugares de la isla. Luego que fue Caonabó, de noche prendió fuego a las casas en que habitaban los cristianos con sus mujeres; por miedo del cual huyeron al mar, donde se ahogaron ocho, y tres perecieron en tierra que no señalaban. Que el mismo Guacanagarí, combatiendo contra Caonabó por defender a los cristianos, fue herido y huyó.

Esta relación se conformaba con la que habían dado otros cristianos que había enviado el Almirante para saber alguna cosa nueva de la tierra, y habían llegado al pueblo principal, donde Guacanagarí estaba enfermo de una herida, por la cual dijo que no había podido ir a visitar al Almirante y a darle cuenta de lo sucedido a los cristianos; añadía que éstos, luego que el Almirante marchó a Castilla, comenzaron a tener discordias, y cada uno quería rescatar oro para sí, y tomar las mujeres que le parecía; y no contentos con lo que Guacanagarí les daba y prometía, se dividieron y se fueron esparciendo uno aquí y otro allá; que algunos vizcaínos fueron juntos a cierto lugar donde todos perecieron; que esto era la verdad de lo sucedido, y así lo podían referir al Almirante, a quien rogó, por medio de los cristianos, que fuese a visitarlo, porque él se hallaba en tan mal estado que no podía salir de casa. Hízolo así el Almirante, y al día siguiente, fue a visitarle; Guacanagarí con muestras de gran

dolor refirió todo lo que había sucedido, como arriba se ha dicho, y que él y los suyos estaban heridos por defender a los cristianos, lo que se manifestó por sus heridas, que no eran hechas con armas de cristianos, sino con azagayas y flechas que usan los indios, con las puntas de espinas de peces. Luego que conversaron algún tiempo, el cacique dió al Almirante ocho cintos[152] labrados de cuentas menudas hechas de piedras blancas, verdes y rojas, y otro cinto hecho de oro, con una corona real, también de oro, tres calabacillas llenas de granillos, y pedacillos de oro que todo pesaría cuatro marcos. El Almirante a cambio le dio muchas cosas de nuestras especies, que valdrían tres reales y fueron por él estimadas en más de mil. Aun que estaba gravemente enfermo, fue con el Almirante a vez la Armada, donde le fue hecha gran fiesta, y le gustó mucho ver los caballos, de los que ya los cristianos le habían dado noticia; y porque alguno de los muertos le había informado mal de las cosas de nuestra fe, diciéndole que la ley de los cristianos era vana, fue necesario que el Almirante le confirmase en ésta, y accedió luego a llevar al cuello una imagen de plata de la Virgen, que antes no había querido recibir.

CAPÍTULO LI

Cómo el Almirante salió de la Navidad, y fue a poblar una villa que denominó la Isabela

Considerando el Almirante la desdicha de los cristianos perdidos, y la mala suerte que tuvo tanto en el mar como en aquel país, pues una vez perdió la nave y otra la gente y la fortaleza, y que no lejos de allí había lugares más cómodos y mejores para poblar, el sábado, a 7 de Diciembre, salió con su armada, yendo hacia Levante, y llegó, a la tarde, no lejos de las islas de Monte Cristo, donde echó anclas. Al día siguiente, pasó, frente a Monte Cristo, por las siete islillas bajas que hemos mencionado, que si bien tenían pocos árboles, pero, no sin belleza, porque en aquella estación, que corría el invierno, encontraron flores, y nidos, unos con huevos, otros con pajarillos, y todas las demás cosas propias de verano.

De allí fue a dar fondo a un pueblo de indios, donde con propósito de edificar un pueblo, salió con toda la gente, los bastimentos y los artificios que llevaba en su armada, a un llano junto a una peña en la que segura y cómodamente se podía construir una fortaleza. Allí fundó una villa, a la que dio el nombre de La Isabela, en memoria de la Reina Doña Isabel. Muchos juzgaron bueno su sitio, porque el puerto era muy grande, aunque descubierto al Noroeste, y tenía un hermosísimo río, tan ancho como un tiro de ballesta, del que se podían sacar canales que pasaran por medio de la villa; además, se extendía cerca una muy ancha vega, de la que, según decían los indios, estaban próximas las minas de Cibao. Por todas estas razones, fue tan

diligente el Almirante en ordenar dicha villa, que juntándosele el trabajo que había sufrido en el mar con el que allí tuvo, no sólo careció le tiempo para escribir, según su costumbre, diariamente lo que sucedía, sino que cayó enfermo, y por todo ello interrumpió su *Diario* desde el 11 de Diciembre, hasta el 12 de Marzo del año 1494. En cuyo tiempo, luego que tuvo ordenadas las cosas de la villa lo mejor que pudo, para las de fuera, en el mes de Enero mandó a Alonso de Hojeda con quince hombres, a buscar las minas de Cibao. Después, a 2 de Febrero, tornaron a Castilla doce navíos de la armada, con un capitán llamado Antonio de Torres, hermano del aya del Príncipe don Juan, hombre de gran prudencia y nobleza, de quien el Rey Católico y el Almirante se fiaban mucho. Este llevó prolijamente escrito cuanto había sucedido, la calidad del país, y lo que era necesario que allí se hiciese.

A pocos días volvió Hojeda, y haciendo relación de su viaje, dijo que el segundo día de su partida de la Isabela durmió en un puerto algo difícil de pasar; y que después, de legua en legua, encontró caciques de los que había recibido mucha cortesía; y que siguiendo su camino, al sexto día de su partida, llegó a las minas del Cibao, donde muy luego los indios, en su presencia, cogieron oro en un arroyo, lo que hicieron también en muchos otros de la misma provincia, en la que afirmaba hallarse gran riqueza de oro. Con estas nuevas el Almirante que estaba ya libre de su enfermedad, se alegró mucho y resolvió salir a tierra a ver la disposición del país, para saber lo que era conveniente hacer allí.

Por lo que, el miércoles a 12 de Marzo del mencionado año de 1494, salió de la Isabela para el Cibao a ver dichas minas con toda la gente que estaba sana, unos a pie y otros a caballo, dejada buena guardia en las dos naves y tres carabelas que quedaban de la armada; en la Capitana hizo poner todas las armas y municiones de las otras naves, para que nadie pudiera alzarse

con ellas, como algunos intentaron hacerlo cuando estaba enfermo; porque habiendo ido muchos en aquel viaje en la opinión de que apenas bajasen a tierra se cargarían de oro y volverían ya ricos, siendo así que el oro, donde allí se encuentra, no se recoge sin fatiga, industria y tiempo, por no sucederles como esperaban, estaban descontentos y fatigados por la construcción del nuevo pueblo y extenuados por las dolencias que les traía la calidad del país, nuevo para ellos, la del aire y de los alimentos, por lo que concretamente se habían conjurado para salir de la obediencia del Almirante, tomar por fuerza los navíos que allí quedaban y tornarse con ellos a Castilla. Instigador y cabeza de ellos era un alguacil de Corte, llamado Bernal de Pisa, que había ido en aquel viaje con el cargo de contador de los Reyes Católicos; por cuyo respeto, cuando el Almirante lo supo, no le dio más castigo que tenerlo preso en la nave, con propósito de mandarlo después a Castilla con el proceso de su delito, tanto de la sublevación como por haber escrito algunas cosas falsamente contra el Almirante, y las tenía escondidas en cierto sitio del navío. Una vez ordenadas todas estas cosas, y dejadas personas en mar y en tierra, que juntamente con don Diego Colón[153], su hermano, atendiesen al gobierno y guardia de la armada, siguió su camino al Cibao, llevando consigo todas las herramientas y cosas necesarias para fabricar allí una fortaleza con la que aquella provincia estuviese pacífica, y los cristianos que fuesen a coger oro estuvieran seguros de cualquier insulto y daño que los indios intentasen hacerles. Para dar más miedo a éstos, y quitarles la esperanza de hacer, estando presente el Almirante, lo que en su ausencia habían hecho contra Arana y los treinta y ocho cristianos que quedaron con éste, llevó consigo cuanta gente pudo, para que los indios desde sus mismos pueblos vieran y apreciasen el poder de los cristianos, y conocieran que cuando caminara por aquel país solo alguno de los nuestros, y le fuese hecho algún daño, había quienes pu-

diesen castigarlos. Para mayor apariencia y demostración de esto, al salir de la Isabela y en otros lugares, llevaba su tropa armada y puesta en escuadras, como se acostumbra cuando se va a la guerra, con trompetas y las banderas desplegadas.

Puesto ya en camino, pasó el río que estaba a un tiro de escopeta de la Isabela. Otra legua más adelante atravesó otro río menor; y de allí fue a dormir aquella noche a un lugar distante tres leguas, que era muy llano, repartido en hermosas planicies hasta el pie de un puerto áspero y alto como dos tiros de ballestas, al que llamó puerto de los Hidalgos, que quiere decir puerto de los gentiles hombres, porque fueron delante algunos hidalgos para disponer que se hiciese un camino. Este fue el primero que se abrió en las Indias, porque los indios hacen tan estrechas las sendas que sólo puede ir por ellas un hombre a pie. Pasado este puerto, entró en una gran llanura, por la que caminó el día siguiente cinco leguas, y fue a dormir junto a un caudaloso río que pasaron en almadias y canoas. Este río, que llamó de las Cañas, iba a desembocar en Monte Cristo.

En aquel viaje cruzó por muchos pueblos de indios, cuyas casas eran redondas y cubiertas de paja, con una puerta pequeña, tanto que para entrar es preciso encorvarse mucho. Allí, tan luego como entraban en aquellas casas algunos de los indios que el Almirante llevaba consigo de la Isabela, cogían lo que querían, y no por esto daban enojo a los dueños, como si todo fuera común. Igualmente, los de aquella tierra, cuando se acercaban a algún cristiano, le quitaban lo que mejor les parecía, creyendo que igualmente había entre nosotros aquella costumbre. Pero, no duró mucho tal engaño, porque, observaron pronto lo contrario. En este viaje pasaron por montes llenos de bellísimas florestas, en las que se veían vides silvestres, árboles de lignáloe, de canela selvática, y otros que llevaban un fruto semejante al higo; el tronco era muy grueso, y las hojas como las del manzano. De estos árboles se dice que sale la escamonea.

CAPÍTULO LII

Cómo el Almirante fue a la provincia de Cibao, donde encontró las minas de oro y labró el fuerte de Santo Tomás

Viernes, a 14 de Marzo, el Almirante salió del Río de las Cañas, y a legua y media halló otro grande al que llamó Río del Oro, porque al pasarlo recogieron algunos granos de oro. Atravesado este río, con algún trabajo, llegó a un pueblo grande, del que mucha gente se había huido a los montes, y la mayor parte se hizo fuerte en las casas, cerrando las puertas con algunas cañas cruzadas, como si esto fuera una gran defensa para que nadie entrase; porque, según su costumbre, nadie se atreve a entrar por una puerta que así encuentra cerrada; ya que para encerrarse no tienen puertas de madera, ni de otra materia, y les parece que basta con tales cañas. De allí el Almirante fue a otro hermosísimo río llamado Río Verde, cuyas márgenes estaban cubiertas de guijarros redondos y lustrosos. Allí durmió aquella noche.

Al día siguiente, continuando su camino, pasó por algunos pueblos grandes, cuyos habitantes habían atravesado palos en sus puertas, igual que los otros de quienes hablamos arriba. Como el Almirante y su gente estaban fatigados, se quedaron aquella noche al pie de un áspero monte, al que llamó Puerto del Cibao, porque pasada la montaña comienza la provincia del Cibao, hasta la cual había once leguas desde la primera montaña que habían hallado; la llanura y el camino van siempre en dirección al Sur.

Al día siguiente, puestos en camino, fueron por una senda en la que con trabajo hubo que pasar a diestro los caballos; desde este lugar mandó algunos mulos a la Isabela, para que trajesen pan y vino, porque ya comenzaban a faltarles los bastimentos, se hacía largo el viaje, y sufrían tanto más por no estar acostumbrados aún a comer los alimentos de los indios, como hacen ahora los que viven y caminan en aquellas partes, quienes encuentran los alimentos de allí, de mejor digestión, y más conformes al clima del país que los que da aquí se llevan, aunque no sean aquéllos de tanta sustancia. Vueltos los que habían ido por socorro de bastimentos, el Almirante, el domingo, 16 de Marzo, pasada dicha montaña, entró en la región del Cibao, que es áspera y peñascosa, llena de pedregales, cubierta de mucha hierba y bañada por muchos ríos en los que se halla oro. Esta región, cuanto más adelante iba, la encontraban más áspera, y muy embarazada por altas montañas, en los arroyos de las cuales se veían arenas de oro; porque, según decía el Almirante, las grandes lluvias lo llevan consigo desde las cumbres de los montes a los ríos en menudos granillos. Esta provincia es tan grande como Portugal, y en toda ella hay muchas minas y mucho oro en los ríos; pero generalmente hay pocos árboles, y éstos se ven por las márgenes de los ríos; en su mayor parte son pinos y palmas de diversas especies.

Como, según se ha dicho, Hojeda había ya ido por aquel país, y por él tenían los indios noticia de los cristianos, sucedía que por donde el Almirante pasaba salían los indios a los caminos a recibirlo, con presentes de comidas y con alguna cantidad de granillos de oro recogidos por ellos cuando supieron que aquél había ido por este motivo. El Almirante, viendo que ya estaba a diez y ocho leguas de la Isabela, y que la tierra que dejó a sus espaldas era toda muy quebrada, mandó que se fabricara un fuerte en un sitio muy risueño y seguro, al que llamó la fortaleza de Santo Tomás, a fin de que ésta dominase la tierra de las

minas y fuese como refugio de los cristianos que anduvieran en ellas.

En esta nueva fortaleza puso a Pedro Margarit, hombre de mucha autoridad, con cincuenta y seis hombres, en los que había maestros de todo lo que necesitaba para labrar el edificio, que se hacía de tierra y madera, porque así bastaba para resistir a todos los indios que contra él fuesen. Allí, abriendo la tierra para echar los cimientos, y cortando cierta roca para hacer los fosos, cuando llegaron a dos brazas bajo la peña, encontraron nidos de barro y paja, que en vez de huevos tenían tres o cuatro piedras redondas, tan grandes como una gruesa naranja, que parecían haber sido hechas de intento para artillería, de lo que se maravillaron mucho; en el río que corre a las faldas del monte sobre el cual está la fortaleza, hallaron piedras de diversos colores; algunas de ellas grandes, de mármol finísimo, y otras de puro jaspe.

CAPÍTULO LIII

Cómo el Almirante volvió a la Isabela y halló que aquella tierra era muy fértil

Luego que el Almirante dispuso lo adecuado a la buena construcción y resistencia de la fortaleza, viernes, 21 de Marzo, tornó a la Isabela. Llegado al río Verde, halló muchos mulos que iban con vituallas; y no pudiendo pasar el río por las muchas lluvias, quedóse allí y mandó a la fortaleza los bastimentos. Después, buscando un vado para pasar aquel río, y también el río de Oro, que es mayor que el Ebro, se detuvo algunos días en algunos pueblos de los indios, comiendo pan de éstos, y ajes, que daban gustosos por poco. Sábado, a 29 de Marzo, llegó a la Isabela, donde ya habían nacido melones buenos de comer, aunque no habían pasado dos meses desde que los sembraron; también nacieron allí cohombros a los veinte días, y una vid silvestre de las del país produjo uvas, luego de cultivada, que eran buenas y grandes.

Al día siguiente, que fue el 30 de Marzo, un labrador cogió espigas del trigo que sembraron a fin de Enero. También se dieron garbanzos más gruesos de los que se habían sembrado. A los tres días salían de la tierra todas las semillas de las plantas que sembraban, y al vigésimoquinto comían de éstas; de los huesos de los árboles, a los siete días salieron plantas; los sarmientos echaron pámpanos a los siete días, y a los veinticinco después se cogió de ellos agraz. Las cañas de azúcar germinaron en siete días; lo cual procedía de la templanza del aire, bastante análoga a la de nuestro país, pues era más bien fría que

caliente. A más de que las aguas de aquellas partes son muy frías, delgadas y sanas.

Estando el Almirante muy satisfecho de la calidad del aire, de la fertilidad y de la gente de aquella región, el martes, a primero de Abril, vino un mensajero de Santo Tomás, enviado por Pedro Margarit, que allí había quedado por capitán, y llevó nuevas de que los indios del país huían y que un cacique, llamado Caonabó, se preparaba para acometer la fortaleza. Pero el Almirante, que conocía la cobardía de aquellos indios, tuvo en poco tal rumor, especialmente porque confiaba en los caballos, de los cuales temían los indios ser devorados, y por ello era tanto su miedo que no se atrevían a entrar en casa alguna donde hubiera estado un caballo. Sin embargo de esto, el Almirante, por buenos respetos, acordó mandarle más gente y vituallas, pues creía que, pensando ir él a descubrir la tierra firme en tres carabelas que le habían quedado, era bien que dejase allí todas, las cosas muy quietas y seguras. Por lo cual, miércoles, a 2 de Abril, mandó setenta hombres con bastimentos y municiones a dicho castillo; veinticinco de ellos fueron para defensa y escolta, y los otros para que ayudasen en la obra de un nuevo camino, pues eran muy difíciles de atravesar en el primero los vados de los ríos.

Idos aquellos, mientras los navíos se ponían a punto para ir al nuevo descubrimiento, atendió el Almirante a ordenar las cosas necesarias en la villa que fundaba; dividióla en calles con una cómoda plaza, y procuró llevar allí el río por un ancho canal, para lo que mandó hacer una presa que sirviera también para los molinos; porque, estando la villa a distancia del río casi un tiro de artillería, con dificultad habría podido la gente proveerse de agua en parte tan lejana, mayormente estando aquélla, en su mayor parte, muy débil y fatigada, por la sutileza del aire, que no les probaba bien, por lo que padecían algunas enfermedades, y no tenían más comida ni vituallas que las de Cas-

tilla, esto es, bizcocho y vino, por el mal gobierno que los capitanes de las naves habían tenido en ello; y a más de esto, porque en aquel país no se conservan tan bien como en el nuestro. Y aunque en aquellos pueblos tuviesen bastimentos en abundancia, sin embargo, como no estaban acostumbrados a tales comidas, les eran muy nocivas. Por lo que el Almirante estaba resuelto a no dejar en la isla más de trescientos hombres, y mandar los otros a Castilla, pues dicho número, considerada la calidad del país y de los indios, creía ser bastante para tener aquella región tranquila y sujeta a la obediencia y servicio de los Reyes Católicos.

En tanto, como a la sazón se acababa el bizcocho, y no tenían harina, sino sólo trigo, acordó hacer algunos molinos; pero no se encontró salto de agua para tal efecto sino a distancia de legua y media del pueblo; en cuya obra y en todas las demás, para aguijar a los artesanos, era necesario que el Almirante estuviese presente, porque todos huían del trabajo. Al mismo tiempo decidió enviar toda la gente sana, excepto los oficiales y los artesanos, a la campana, para que, yendo por el país, lo pacificasen, fuesen temidos por los indios y poco a poco se acostumbrasen a las comidas de éstos, porque de día en día faltaban las de Castilla. Mandó por capitán a Hojeda, hasta llegar a Santo Tomás, y allí los entregaría a Pedro Margarit, quien debía ir con ellos por la isla, y Hojeda quedarse por castellano[154] en la fortaleza, pues habíase fatigado el pasado invierno, en descubrir la provincia de Cibao, que en lengua india quiere decir *pedregosa*.

Hojeda salió de la Isabela el miércoles, a 9 de Abril, camino de Santo Tomás, con toda la mencionada gente, que pasaban de cuatrocientos hombres, y luego que pasó el Río del Oro, hizo prisionero: al cacique de allí, a un hermano y a un sobrino, los mandó con cadenas al Almirante, e hizo cortar las orejas a un vasallo de aquél en la plaza de su pueblo, porque viniendo de Santo Tomás tres cristianos a la Isabela, dicho cacique les dio

cinco indios que pasasen a ellos y sus ropas a la otra parte del río por el vado, y éstos, luego que estuvieron en medio del río con las ropas, se volvieron con ellas a su pueblo; y el cacique, en vez de castigar tal delito, tomó para sí las ropas y no quiso devolverlas. Pero otro cacique, que habitaba más allá del río, confiado en los servicios que había hecho a los cristianos, resolvió ir con los prisioneros a la Isabela e interceder por éstos con el Almirante, quien le hizo buena acogida y mandó que dichos indios, con las manos atadas, en la plaza, fueran con público bando sentenciados a muerte. Viendo esto el buen cacique, obtuvo con muchas lágrimas la vida de aquéllos, quienes prometieron por señas que nunca cometerían algún otro delito. Habiendo el Almirante libertado a todos, llegó un hombre a caballo de Santo Tomás, y dio nueva de que en el pueblo de aquel mismo cacique prisionero había hallado que sus vasallos tenían prisioneros a cinco cristianos que salieron para ir a la Isabela, y que él espantando a los indios con el caballo, los había libertado y hecho huir a más de cuatrocientos de aquéllos, habiendo herido a dos en la persecución; y que, pasado luego a esta parte del río, vio que tornaban contra dichos cristianos, por lo que hizo muestra de acometerles volviendo contra ellos; pero por miedo de su caballo huyeron todos, temiendo que el caballo pasase el río volando.

CAPÍTULO LIV

Cómo el Almirante dejó bien dispuestas las cosas de la isla y salió a descubrir la de Cuba, creyendo que era tierra firme

Habiendo el Almirante resuelto ir a descubrir tierra firme, instituyó un Consejo que quedaría en su lugar para gobierno de la isla, las personales del cual fueron: don Diego Colón, su hermano, con título de Presidente; el padre fray Boil y Pedro Hernández Coronel, Regentes; Alonso Sánchez de Carvajal, Regidor de Baeza, y Juan de Luján, caballero de Madrid, criado del Rey Católico.

A fin de que, para mantenimiento de la gente no faltase harina, procuró con mucha diligencia la fábrica de los molinos, aunque las lluvias y la crecida de los ríos fuesen muy contrarias a esto; de cuyas lluvias dice el Almirante proceder la humedad, y de consiguiente la fertilidad de aquella isla, la cual es tan grande y maravillosa que comieron fruta de los árboles en Noviembre, en cuyo tiempo volvían a producirla, de lo cual deduce que dan dos veces fruto al año. Las hierbas y las semillas fructifican y florecen de continuo. También en todo tiempo hallaban en los árboles nidos de pájaros con huevos y pajarillos. Así como la fertilidad de todas las cosas era grande, se tenían también todos los días nuevas de la gran riqueza de aquel país, porque a diario venía alguno de los que el Almirante había mandado a diversas partes, y traía noticias de minas que se habían descubierto, sin contar con la relación que él tenía de los indios de la gran cantidad de oro que se descubría en varios lugares de la isla.

Pero el Almirante, no contentándose con todo esto, acordó volver a descubrir por la costa de Cuba, de la que no tenía certeza si era isla o tierra firme. Tomando consigo tres navíos, el jueves, a 24 días de Abril, desplegó al viento las velas, y aquel día fue a dar fondo en Monte Cristo, al Poniente de la Isabela. El viernes fue al puerto de Guacanagarí, creyendo encontrarle allí; pero éste, apenas había visto los navíos, huyó de miedo, aunque sus vasallos, fingiendo, afirmaban que muy pronto volvería. Pero el Almirante, no queriendo detenerse sin gran motivo, salió el sábado, 25 de Abril, y fue a la isla de la Tortuga, que está seis leguas más al Occidente. Pasó la noche cerca de aquella, con las velas desplegadas, con gran calma y con la mar picada, que volvía de las corrientes. Después, al día siguiente, con Noroeste y las corrientes al Oeste, fue obligado a tornar hacia el Este y surgir en el río Guadalquivir, que está en la misma isla, para esperar un viento que venciese las corrientes; las cuales entonces, y el año pasado en su primer viaje, había encontrado muy recias, en aquellas partes hacia Oriente. De allí, el martes, a 29 del mes, con buen tiempo llegó al puerto de San Nicolás, y desde este lugar fue a la isla de Cuba, la que comenzó a costear por la parte del mediodía; y habiendo navegado una legua más allá del Cabo Fuerte, entró en una gran bahía que llamó Puerto Grande, cuya entrada era profundísima, y la boca de ciento cincuenta pasos. Allí echó las áncoras y tomó algún bastimento de peces asados, y hutias, de las que los indios tenían gran abundancia. Al día siguiente, que fue primero de Mayo, salió de allí navegando a lo largo de la costa, en la que halló comodísimos puertos bellísimos ríos y montañas muy altas; en el mar, desde que dejó la isla de la Tortuga, encontró mucha de aquella hierba que había hallado en el Océano, yendo y al venir a España. Como pasaba cerca de tierra, mucha gente de aquella isla iba en canoas a los navíos, creyendo que los nuestros eran hombres bajados del cielo, llevándoles de su pan, agua y peces, y dándo-

les todo alegremente, sin demandar cosa alguna. Pero el Almirante, para enviarlos más contentos, ordenó que todo les fuese pagado, dándoles cuentas de vidrio, cascabeles, campanillas y otras cosas parecidas.

CAPÍTULO LV

Cómo el Almirante descubrió la isla de Jamaica

Sábado, a 3 de Mayo, resolvió el Almirante ir desde Cuba a Jamaica, por no dejarla atrás sin saber si era verdadera la fama del mucho oro que, en todas las otras islas, se afirmaba haber en aquélla; y con buen tiempo, estando a la mitad del camino, la divisó el domingo siguiente. El lunes dio fondo junto a ella, y le pareció la más hermosa de cuantas había visto en las Indias; era tanta la multitud de canoas, grandes y pequeñas, y de gente que iba a los navíos, que parecía maravilla. Después, el día siguiente queriendo explorar los puertos, fue por la costa abajo; y habiendo ido las barcas a sondar las bocas de los puertos, salieron tantas canoas y gente armada para defender la tierra, que fueron los nuestros obligados a tornar a los navíos, no tanto porque hubiesen miedo como por no verse precisados a romper la paz con los indios. Pero considerando luego que demostrándoles temor éstos se llenarían de orgullo y se envalentonarían, volvieron a otro puerto de la isla, que el Almirante llamó Puerto Bueno. Como los indios salieron a rechazarlos con sus lanzas, los de las barcas los castigaron de tal modo con sus ballestas, que, habiendo herido a seis o siete, les obligaron a retirarse. Después que cesó la contienda, llegaron de los lugares vecinos infinitas canoas a las naves, muy pacíficamente, para vender y trocar algunas cosas y bastimentos que llevaban, las que daban por la más pequeña baratija que en cambio les fuese ofrecida. En este puerto, que tiene la forma de una herradura de caballo, se aderezó el navío donde iba el Almirante, porque tenía una

grieta y entraba por allí el agua; una vez arreglado, viernes a 9 de Mayo, desplegó velas siguiendo la costa de abajo hacia el Poniente, tan cercano a tierra que le seguían los indios en sus canoas, con deseo de cambiar y tener algunas de nuestras cosas. Como los vientos eran algo contrarios, no podía el Almirante caminar lo que deseaba; hasta que, el martes, a 13 de Mayo, acordó volver a la isla de Cuba, para seguir la costa Sur de ésta, con ánimo de no volver hasta que hubiese navegado 500 o 600 leguas de aquélla, y adquiriese la certeza de si era isla o tierra firme.

Salido en dicho día de Jamaica, llegó a los navíos un indio muy joven, diciendo que se quería ir a Castilla. En pos de él fueron muchos parientes suyos y otras personas en sus canoas, rogándole con grande instancia que se volviese a la isla; mas no pudieron apartarlo de su resolución; lejos de esto, por no ver las lágrimas y los gemidos de sus hermanas, se fue a lugar donde nadie podía verle. Maravillado el Almirante de la firmeza de este indio, mandó que fuese muy bien tratado.

CAPÍTULO LVI

Cómo el Almirante volvió desde Jamaica a seguir la costa de Cuba, creyendo todavía que ésta era tierra firme

Después que el Almirante hubo partido de la isla de Jamaica el miércoles, a 14 de Mayo, llegó a un cabo de Cuba, que llamó el Cabo de Santa Cruz; y siguiendo la costa abajo, fue asaltado por muchos truenos y relámpagos terribles, con los cuales, y con los numerosos bajos y canales que hallaba, corrió no leve peligro y pasó gran trabajo, viéndose obligado al mismo tiempo a guardarse y defenderse de todos estos malignos accidentes, que exigían cosas contrarias, porque el remedio contra los truenos es amainar las velas, y para huir de los bajos necesitaba mantenerlas, siendo cierto que si tamaña desventura hubiese durado por ocho o diez leguas habría sido insoportable.

Era el mayor mal que por todo aquel mar, tanto al Norte como a Nordeste, cuanto más navegaban, había más islillas bajas y llanas; y si bien en algunas de ellas se veían muchos árboles, las demás eran arenosas, que apenas salían de la superficie del agua; y tenían de circuito como una legua, unas más y otras menos. Bien es verdad que cuanto más se acercaban a Cuba, tanto dichas islas eran más altas y más bellas. Como sería difícil y vano dar nombre a cada una de ellas, el Almirante las llamó en general el Jardín de la Reina. Pero si muchas islas vio aquel día, muchas más al siguiente, generalmente mayores que las de otros días, no sólo al Nordeste, sino también al Noroeste y al Sudoeste; tanto que se contaron aquel día 160 islas, a las que separaban canales profundos por donde pasaban los navíos. En

algunas de estas islas vieron muchas grullas de la magnitud y figura que las de Castilla, sino que eran rojas como escarlata. En otras hallaron gran copia de tortugas y muchos huevos de éstas, semejantes a los de las gallinas, si bien la cáscara de aquéllos se endurece fuertemente. Estos huevos los ponen las tortugas en un hoyo que hacen en la arena; cúbrenlos y los dejan así hasta que con el calor del sol vengan a salir las tortuguillas, las que, con el tiempo, llegan al tamaño de una rodela, y algunas, como el de una adarga grande. Veíanse igualmente en estas islas cuervos y grullas como los de España, cuervos marinos e infinitos pajarillos que cantaban suavísimamente; el olor del aire era tan suave que les parecía estar entre rosas y las más delicadas fragancias del mundo. Como, según ya hemos dicho, el peligro de la navegación era muy grande, por ser tanto el número de los canales, se necesitaba largo tiempo para hallar la salida. En uno de estos canales vieron una canoa de pescadores indios, los cuales, con mucha seguridad y quietud, sin hacer movimiento alguno, esperaron la barca que iba hacia ellos; y cuando estuvo cerca, hicieron señal de que se detuviese un poco hasta que ellos acabasen de pescar. El modo con que pescan pareció a los nuestros tan nuevo y extraño que accedieron a complacerles. Era de esta manera: tenían atados por la cola, con un hilo delgado, algunos peces que nosotros llamamos revesos, que van al encuentro de los otros peces, y con cierta aspereza que tienen en la cabeza y llega a la mitad del espinazo, se pegan tan fuertemente con el pez más cercano, que, sintiéndolo el indio, tira del hilo y saca al uno y al otro de una vez; así acaeció en una tortuga que vieron los nuestros al sacarla dichos pescadores, al cuello de la cual se había adherido el pez, y siempre se pega éste allí, porque está seguro de que el pez cogido no puede morderle; yo los he visto pegados así a grandísimos tiburones. Después que los indios de la canoa acabaron la pesca de la tortuga y de dos peces que habían cogido antes, muy luego se aproximaron

a la barca pacíficamente, para saber qué deseaban los nuestros; y por mandato de los cristianos que allí estaban, fueron con ellos a las naves, donde el Almirante les hizo mucho agasajo, y supo de ellos que por aquellos mares había innumerables islas. Ofrecieron de buen grado cuanto habían, pero el Almirante no quiso que se tomara de ellos más que dicho pez reveso, pues lo demás consistía en redes, anzuelos, y las calabazas que llevaban llenas de agua para beber. Después, dándoles algunas cosillas, les dejó ir muy contentos, y él siguió su camino con propósito de no continuarlo mucho, porque le faltaban ya los bastimentos, pues si los hubiese tenido en abundancia no habría vuelto a España sino por el Oriente; aunque se hallaba muy trabajado, tanto porque comía mal como porque no se había desnudado ni dormido en cama desde el día que salió de España hasta el 19 de Mayo, en cuyo tiempo escribía esto, fuera de ocho noches, por excesiva indisposición; y si en otras ocasiones tuvo mucha fatiga, en este viaje se le redobló, por la innumerable cantidad de islas entre las que navegaba, la cual era tan grande que a 20 de Mayo descubrió setenta y una, con otras muchas que al ponerse el sol vio hacia el Oes-Sudoeste. Cuyas islas y los bajos, no sólo dan grande miedo por su muchedumbre que se ve todo alrededor, sino que pone mayor espanto el que en ellas se produce a la tarde una espesa niebla al Este del cielo, que parece ha de caer una formidable granizada, pues son tantos los relámpagos y los truenos; pero al salir la luna se desvanece todo, resolviéndose alguna parte en lluvia y viento; lo cual es tan ordinario y natural en aquel país que no sólo acontecía todas las tardes mientras el Almirante navegó por allí, sino que yo también lo vi en aquellas islas, el año 1503, viniendo del descubrimiento de Veragua; el viento que sopla ordinariamente de noche es del Norte, porque proviene de la isla de Cuba; cuando sale el sol, se vuelve al Este, y va con el sol hasta que da la vuelta al Occidente.

CAPÍTULO LVII

Cómo el Almirante hubo grande fatiga y trabajo al navegar entre tan innumerables islas

Prosiguiendo el Almirante su nimbo al Occidente entre numerosas islas, jueves, a 22 de Mayo, llegó a una poco mayor que las otras, a la que puso nombre de Santa Marta, y saliendo a un pueblo que había en ésta, ningún indio quiso esperar ni salir a conversar con los cristianos. No se halló en las casas cosa alguna, fuera de peces, de los que se mantienen aquellos indios; y muchos perros, como mastines, que también se alimentan de pescado. Por ello, sin tener conversación con ninguno, y sin ver cosa notable, siguió su camino al Nordeste, entre otras muchas islas, en las que había numerosas grullas rojas como escarlata, papagayos, y otras especies de aves, perros semejantes a los mencionados, e infinita hierba de la que halló en el mar cuando descubrió las Indias. Por tal navegación, entre muchos bancos y tantas islas, se sentía el Almirante muy fatigado; porque a veces era obligado a ir hacia el Occidente, otras al Norte, y otras al Mediodía, según que daba lugar la disposición de los canales; pues, no obstante el aviso y la diligencia que ponía en hacer sondar el fondo, y que hubiese atalayas en la gavia para descubrir el mar, la nave no pocas veces daba en el fondo, sin poderlo evitar, pues había en el contorno innumerables bajos. Por lo cual, navegando siempre de este modo, volvió a tomar tierra en la isla de Cuba, para proveerse de agua, de la que tenía gran penuria; y como por la espesura del paraje donde llegaron no divisaran población alguna, sin embargo, cierto marinero que

salió a tierra y anduvo con su ballesta para matar algún pájaro u otro animal en el bosque, halló treinta indios con las armas que usan, a saber, lanzas y unos palos que llevan en lugar de espadas, y que son por ellos denominados macanas. Refirió el marinero que entre estos había visto uno cubierto con una ropa blanca que le llegaba a las rodillas, y dos que la llevaban hasta los pies; los tres, blancos como nosotros, pero que no había llegado a conversar con ellos, porque, temiendo de tanta gente, comenzó a gritar llamando a sus compañeros; los indios huyeron y no volvieron más.

Aunque al día siguiente el Almirante, para saber lo cierto, mandó ciertos hombres a tierra, no pudieron caminar más de media legua, por la gran espesura de las plantas y de los árboles, y por ser toda aquella costa llena de ciénagas y fangos por espacio de dos leguas desde la orilla hasta donde se veían cerros y montañas; de modo que sólo vieron huellas de pescadores en la playa, y muchas grullas como las de España, si bien de mayor corpulencia. Yendo luego con los navíos hacia Poniente, por espacio de diez leguas, vieron casas en la marina, de las que salieron algunas canoas con agua y cosas que los indios comen, y las llevaron a los cristianos, por los cuales fue todo bien pagado; el Almirante hizo detener a un indio de aquellos diciendo a éste y a los demás por un intérprete, que tan pronto como enseñase el camino y le informara de algunas cosas de aquella región, le dejaría libremente volver a su casa. Quedó el indio muy contento con esto, y dijo al Almirante, como hecho cierto, que Cuba era isla[155], y que el Rey o cacique de la parte occidental no hablaba con sus vasallos más que por señas, por las que era muy luego obedecido en todo lo que les mandaba; que toda aquella costa era muy baja, llena de muchas islas, lo que se halló ser verdad, pues el día siguiente, que fue 11 de Junio, para ir con los navíos desde un canal a otro más profundo, convino al Almirante hacerlos remolcar con las gúmenas por un banco de arena, donde

el agua no tenía una braza de hondura, y su anchura la de dos naos. Acercándose de este modo más a Cuba, vieron tortugas de dos o tres brazas de grandes, y en tanto número que cubrían el mar. Después, al salir el sol, vieron una nube de cuervos marinos, tan numerosas que ofuscaba la luz del día; venían de alta mar, hacia la isla, y de allí a poco bajaron a tierra; también fueron vistas muchas palomas y otras aves de diversas especies; al día siguiente fueron a las naves tantas mariposas que obscurecían el aire y duraron hasta la tarde, que las ahuyentó una copiosa lluvia.

CAPÍTULO LVIII

Cómo el Almirante navegó hacia la isla Española

Viernes, a 13 de Junio, viendo el Almirante que la costa de Cuba se extendía mucho al Occidente; que su navegación era dificilísima por la innumerable multitud de isletas y bancos que había en todas partes, y que ya le comenzaban a faltar los bastimentos, por lo que no podía continuar el viaje según su propósito, resolvió tornar a la isla Española, a la villa que había dejado en sus comienzos. Para proveerse de agua y de leña se acercó a la isla del Evangelista, que tiene alrededor treinta leguas[156], y dista 700 leguas del comienzo de la Dominica. Luego que se proveyó de cuanto le hacía falta, enderezó su camino con rumbo al Mediodía, con esperanza de hallar mejor salida por aquella vía; yendo por el canal que le pareció más limpio y menos embarazoso, después de navegar unas cuantas leguas, lo halló cerrado, de lo cual recibió la gente no poco dolor y miedo, viéndose casi del todo cercada, y sin bastimentos ni alivio alguno. Pero como el Almirante era prudente y animoso, vista la debilidad de su gente, dijo con rostro alegre que daba muchas gracias a Dios, porque le constreñía a volver de donde habían llegado; como quiera que si continuasen el viaje por la ruta que tenía intención de seguir, tal vez aconteciese que se viesen intrincados en parte que el remedio sería muy difícil, y en tiempo que ya no tuviesen navíos ni vituallas para volver atrás, lo que entonces podían hacer fácilmente. Así, con mucho consuelo y satisfacción de todos, se encaminaron a la isla del Evangelista, donde antes había tomado agua, y el miércoles, a 25 de Junio,

salió de aquélla hacia el Noroeste, con rumbo a ciertas isletas que se veían a cinco leguas de distancia. Pasando algunas leguas más adelante, llegó a un mar tan manchado de verde y blanco que del todo parecía un bajo, si bien tenía dos brazas de fondo; por este caminó siete leguas hasta que halló otro mar blanco como leche, que le causó mucho asombro, siendo como era el agua muy espesa. Este mar deslumbraba a cuantos lo veían, y parecía que todo él era un banco de arena, sin fondo que bastase a los navíos, aunque realmente había allí unas tres brazas de agua. Después que navegó por aquel mar el espacio de cuatro leguas, llegó a otro que era negro como tinta, con cinco brazas de profundidad, y por aquél navegó hasta llegar a Cuba; de donde, siguiendo la vía de Levante, con escasísimos y por canales y bajos de arena, el 30 de Junio, mientras escribía la relación de aquel viaje, dio en el fondo su navío tan fuertemente, que, no pudiendo sacarlo afuera con las áncoras ni con otros ingenios, quiso Dios que fuera sacado por la proa, si bien con bastante daño por los golpes que había dado en le suelo. Salido al fin con el auxilio de Dios, navegó como le permitían el viento y los bajos, siempre por un mar muy blanco con dos brazas de fondo, que no crecía, ni menguaba sino cuando se acercaba mucho a uno de dichos bancos, donde carecía de bastante fondo. A más de este impedimento, todos los días, a la puesta del sol, le molestaban diversas lluvias que se engendran en aquellas montañas de las lagunas que hay junto al mar; por dichas lluvias padeció grande incomodidad y molestia, hasta que de nuevo se acercó por Oriente a la isla de Cuba, donde había estado en su primer camino. Allí, lo mismo que en su anterior venida, salía un olor como de flores de grandísima suavidad.

El 7 de Julio bajó a oír misa en tierra, donde se le acercó un cacique viejo, señor de aquella provincia, el cual estuvo muy atento a la misa; y acabada ésta, por señas y como mejor pudo, dijo que era cosa muy laudable dar gracias a Dios, porque el al-

ma, siendo buena, irá al cielo; el cuerpo quedará en la tierra; y las almas de los malos bajarán al infierno. Entre otras cosas dijo que había estado en la isla Española, donde conocía los indios principales; también en Jamaica; que había andado no poco por el Occidente de Cuba, y que el cacique de aquella región vestía como sacerdote.

CAPÍTULO LIX

De la grande hambre y los trabajos que padeció el Almirante con los suyos, y cómo volvió a Jamaica

Salido de este paraje, el Almirante, a 16 de Julio, acompañado de muy terribles lluvias y de vientos, llegó cerca del Cabo de la Cruz en Cuba, donde de improviso fue embestido por un aguacero tan recio y molesto, y con tantos chaparrones que le pusieron el bordo debajo del agua. Pero, quiso Dios que pudiesen amainar las velas y dar fondo con todas las mejores áncoras; como quiera que el agua que entraba en el navío por el plan[157] era tanta que los marineros no podían sacarla con las bombas, especialmente por hallarse todos muy angustiados y fatigados por la escasez de bastimento, pues no comían más que una libra de bizcocho podrido cada uno en todo el día, y un cuartillo de vino; y si, por ventura, mataban algún pez, no lo podían conservar de un día para otro, por ser en aquellas partes las vituallas poco sustanciosas y ligeras, y porque el tiempo allí se inclina más al calor que en nuestros países. Como la penuria de alimentos era común a todos, escribe acerca de esto el Almirante en su Itinerario: «Yo estoy también a la misma ración; plega a Nuestro Señor que sea para su servicio, porque, por lo que a mí toca, no me pornía más a tantas penas e peligros, que no hay día que no vea que llegamos todos a dar por tragada nuestra muerte».

Con tal necesidad y peligro llegó al Cabo de la Cruz el 18 de Julio, donde fue recibido amigablemente por los indios. Estos le llevaron mucho cazabí, que así se llama su pan, el cual hacen

con raspaduras de ciertas raíces[158]; muchos peces, gran cantidad de fruta, y otras cosas de que ellos se alimentan. Después, no hallando viento próspero para ir a la Española, martes, a 22 de Julio, pasó a Jamaica, donde navegó por la costa abajo con rumbo a Occidente, cercano a la tierra, que era bellísima, y de gran fertilidad. Tenía excelentes puertos de legua en legua, y toda la costa llena de pueblos, cuyos moradores seguían a las naves en sus canoas, llevando los bastimentos que utilizan, que fueron apreciados por los cristianos mucho más que cuantos habían gustado en las otras islas. El cielo, la disposición del aire y el clima eran del todo lo mismo que en los demás países; porque en esta parte occidental de Jamaica todos los días, al atardecer, se formaba un nubarrón con lluvia, que duraba una hora más o menos; lo cual dice el Almirante que lo atribuía a las grandes selvas y árboles de este país y haber hallado por experiencia que esto ocurría también antes en las islas de Canaria, de Madera y de los Azores; mientras que ahora, que se han talado las muchas selvas y los árboles que las embarazaban, no se forman tantas nubes y lluvias como se engendraban antes.

De este modo venía navegando el Almirante, aunque siempre con viento contrario, que le obligaba a resguardarse todas las tardes con la tierra, la cual se le mostraba tan verde, amena, fructuosa, llena de bastimentos y tan poblada que juzgó no ser aventajada por ninguna otra; especialmente junto a un canal que llamó de las Vacas, por haber allí nueve isletas cercanas a tierra, la que dice ser tan alta como cualquier otra de las que había visto; y creía que llegaba más arriba del aire donde se producen las tempestades; no obstante, es toda ella muy poblada, y de gran fertilidad y belleza. Juzgaba que esta isla tendría en circuito unas 800 millas, si bien cuando luego descubrió toda, no le dio más que veinte leguas de anchura y cincuenta de longitud. Enamorado de la hermosura de ésta, le entró el deseo de quedarse allí para conocer particularmente la calidad del

país; mas la penuria de las vituallas, que ya hemos mencionado, y la mucha agua que entraba en las naves, se lo impidieron. Por esto, luego que hubo un poco de buen tiempo, caminó al Este, tan felizmente que el martes, a 19 de Agosto, perdió aquella isla de vista y siguió derecho su viaje a la Española. Al cabo más oriental de Jamaica, en la costa del Mediodía, llamó Cabo del Farol.

CAPÍTULO LX

Cómo el Almirante descubrió la parte meridional de la isla Española, hasta que volvió por Oriente a la villa de la Navidad

Miércoles, a 20 de Agosto, el Almirante divisó la parte occidental de la Española, a la que dio el nombre de Cabo de San Miguel, que distaba de la punta oriental de Jamaica treinta leguas, aunque hoy, por ignorancia de los marinos, es llamado Cabo del Tiburón. En este Cabo, el sábado a 12 de Agosto, fue a los navíos un cacique que llamaba al Almirante por su nombre, y decía otras cosas; de lo que se entendió que aquella tierra era la misma que la Española.

A fin de Agosto surgió en una isleta a la que llamó Alto Velo, y por haber perdido de vista los otros dos navíos de su escuadra mandó bajar alguna gente en aquella isleta, desde la cual, por ser muy alta, se podía descubrir por todas partes a gran distancia; mas no vieron alguno de los suyos. Volviendo a embarcarse mataron ocho lobos marinos; cogieron también muchas palomas, y otras aves, porque no estando habitada aquella isleta, ni los animales acostumbrados a ver hombres, se dejaban matar a palos.

Lo mismo hicieron en los dos días siguientes, esperando los navíos que desde el viernes pasado iban perdidos, hasta que al cabo de seis días volvieron éstos, y los tres juntos fueron a la isla de la Beata, que dista doce leguas al Este de Alto Velo. Allí pasaron frente a una amena llanura, distante una milla del mar, tan poblada que parecía un solo lugar largo de una legua, en cuya llanura se veía un lago de tres leguas de oriente a occidente.

Allí, teniendo la gente del país noticia de los cristianos, fueron en sus canoas a las carabelas, dando cuenta de que habían llegado algunos cristianos de los de la villa Isabela, y que todos estaban bien; de cuya noticia el Almirante se alegró mucho; y para que éstos supieran lo mismo de su salud y de los suyos, y de su regreso, cuando estaba más al oriente envió nueve hombres que atravesasen la isla y pasasen por la fortaleza de Santo Tomás y la de la Magdalena, hasta la Isabela. El, con sus tres navíos, continuando por la costa hacia el oriente, mandó las barcas para coger agua en una playa donde se veía un grande pueblo. Los indios salieron contra los españoles, armados de arcos y saetas envenenadas, y con cuerdas en las manos, haciendo señas de que con éstas atarían y prenderían a los cristianos; pero llegadas ya las barcas a tierra, los indios dejaron las armas y se ofrecieron a llevar pan, agua y todo lo que tenían; y preguntaban en su lengua por el Almirante.

Salidos de allí, siguiendo su camino, vieron en el mar un pez grande como una ballena, que, tenía en el cuello una gran concha semejante a la de una tortuga, y llevaba fuera del agua la cabeza, tan grande como un tonel; tenía la cola como de atún, muy larga, con dos alas grandes a los costados. Viendo semejante pez, y por otras señales, conoció el Almirante que el tiempo estaba de mudanza, y fue buscando algún puerto donde recogerse. A 15 de Septiembre Dios le concedió ver una isla que está en la parte meridional de la Española, y cercana a ésta, que los indios llamaban Adamaney[159]; con gran tormenta dio fondo en el canal que hay entre ésta y la Española, cerca de una islilla que está entre las dos; donde aquella noche vio el eclipse de la luna, del cual dice que la diferencia, entre Cádiz y aquel paraje donde estaba, era de cinco horas y veintitrés minutos. Por tal motivo creo que durase tanto el mal tiempo, pues hasta el 20 del mes fue obligado a permanecer en el mismo puerto, no sin

temor de los otros navíos que no habían podido entrar; pero quiso Dios salvarlos.

Luego que estuvieron reunidos, a 24 de Septiembre, navegaron hasta la parte más oriental de la Española, y de allí pasaron a una isla que está entre la Española y San Juan, llamada por los indios Amona. Desde esta isla en adelante no continuó el Almirante apuntando en su diario la navegación que hacía, ni dice cómo volvió a la Isabela, sino solamente que, habiendo ido desde la isla de Mona a San Juan, por las grandes fatigas pasadas, por su debilidad y por la escasez del alimento, le asaltó una enfermedad muy grave entre fiebre pestilencial y modorra, la cual casi de repente le privó de la vista, de los otros sentidos y del conocimiento. Por esto, la tripulación de los navíos acordó abandonar la empresa que se hacía de descubrir todas las islas de los Caribes, y volverse a la Isabela, donde llegaron a los cinco días, que fue a 29 de Septiembre. Allí quiso Dios devolver la salud al Almirante, bien que la enfermedad le duró más de cinco meses. El motivo de ésta se atribuyó a los trabajos pasados en aquel viaje y a la gran debilidad que sentía, porque había pasado alguna vez ocho días sin dormir más que tres horas; cosa que parece imposible, si él en sus escritos no diese de ello testimonio.

CAPÍTULO LXI

Cómo el Almirante sometió la isla Española y lo que dispuso para sacar de ella utilidad

Vuelto el Almirante de su exploración de Cuba y de Jamaica, encontró en la Española a su hermano Bartolomé Colón, que había ido a tratar con el Rey de Inglaterra acerca del descubrimiento de las Indias, como antes hemos referido[160]. Este, volviendo a Castilla con las capitulaciones que le concedió aquél, supo en París por el Rey Carlos de Francia cómo su hermano el Almirante había ya descubierto las Indias, por lo que dicho Rey le dio cien escudos para hacer su viaje. Y aunque con tal noticia se apresuró mucho para encontrar al Almirante en España, cuando llegó a Sevilla ya había partido éste a las Indias con diez y siete navíos. De modo que para cumplir cuanto éste le había encargado, muy luego, a principios del año 1494, fue a los Reyes Católicos llevando consigo a D. Diego Colón, hermano mío, y a mí, para que sirviésemos de pajes al serenísimo Príncipe D. Juan[161], que esté en gloria, como lo había mandado la Reina Católica Isabel, que a la sazón estaba en Valladolid. Tan pronto como nosotros llegamos, los Reyes llamaron a D. Bartolomé y le mandaron a la Española con tres navíos. Allí sirvió algunos años, como parece por una memoria suya que encontré entre sus escrituras, donde dice estas palabras: «Yo serví de Capitán desde el 14 de Abril del 94 hasta 12 de Marzo del 96, que salió el Almirante para Castilla; entonces comencé a servir de gobernador hasta el 28 de Agosto del año de 98, que el Almirante fue al descubrimiento de Paria, en cuyo tiempo volví a

servir de Capitán hasta el 11 de Diciembre del año 1500, que torné a Castilla».

Pero volviendo al Almirante, que regresaba de Cuba, diremos que, habiendo hallado a su hermano en la Española, le nombró Adelantado o gobernador de las Indias. Después hubo sobre esto alguna discusión, porque los Reyes Católicos decían que no se le había concedido al Almirante potestad para dar tal cargo. Para zanjar estas diferencias Sus Altezas se lo concedieron de nuevo, y así, en lo sucesivo, fue llamado Adelantado de las Indias. Con la ayuda y consejos de su hermano el Almirante descansó desde entonces y vivió con mucha quietud, aunque de otra parte fuese fatigado, tanto con motivo de su enfermedad como también porque casi todos los indios de la tierra se habían sublevado por culpa de Pedro Margarit, de que arriba hicimos mención. Este, siendo obligado a considerar y respetar al que, cuando partió para Cuba, le había hecho Capitán de 360 soldados y 14 jinetes, para que con éstos recorriese la isla reduciéndola al servicio de los Reyes Católicos, y a la obediencia de los cristianos, especialmente la provincia de Cibao, de la que se esperaba la principal utilidad, hizo todo lo contrario; pues apenas se marchó el Almirante, fuése con toda aquella gente a la Vega Real, distante diez leguas de la Isabela, y no quiso recorrer y pacificar la isla; antes bien, fue ocasión de que naciesen discordias y parcialidades en la Isabela, procurando y maquinando que los del Consejo instituido por el Almirante le obedeciesen en todas sus órdenes, y mandóles cartas muy desenvueltas; hasta que viendo que no podía salir con su empeño de hacerse superior a todos, por no esperar al Almirante, a quien habría de dar cuenta de su cargo, se embarcó en los primeros navíos que llegaron de Castilla, y se volvió con éstos sin dar justificación, ni dejar orden alguna acerca de la gente que le estaba encomendada[162]. De la ida de mosén Pedro Margarit provino que cada uno se fuese entre los indios por do quiso, robándoles la ha-

cienda y tomándoles las mujeres y haciéndoles tales desaguisados, que se atrevieron los indios a tomar venganza en los que tomaban solos o desmandados; por manera que el cacique de la Magdalena, llamado Guatigana mató diez cristianos y secretamente mandó prender fuego a una casa donde había cuarenta enfermos. Vuelto el Almirante, fue aquél castigado con severidad, porque si bien no se le pudo echar mano, fueron apresados algunos de sus vasallos y mandados a Castilla en cuatro navíos que Antonio de Torres llevó a 24 de Febrero del año 1495[163]. Igualmente fueron castigados otros seis o siete que en diversos lugares de la isla habían hecho daño a los cristianos; es verdad que los caciques habían matado a muchos, pero aún habrían dado muerte a muchos más si el Almirante no llegase a tiempo de ponerles algún freno. Este encontró la isla en tan mal estado[164] que «los más cristianos cometían mil excesos, por lo cual los indios los tenían entrañable odio y rehusaban de venir a su obediencia». El que los Reyes o caciques estuviesen conformes en su propósito de no obedecer a los cristianos, era muy fácil de conseguir, porque, según hemos dicho, eran cuatro los principales bajo cuya voluntad y dominio vivían los otros. Los nombres de éstos eran Caonabó, Guacanagarí, Beechío y Guarionex. Cada uno de ellos tenía a sus órdenes otros setenta u ochenta caciques, no porque éstos les diesen tributo ni otra utilidad, sino porque estaban obligados, cuando se les llamase, a ayudarles en sus guerras y a sembrarles sus campos. Uno de éstos, llamado Guacanagarí, señor de la región de la isla donde estaba fundada la villa de la Navidad, perseveraba en la amistad de los cristianos, por lo que, tan luego como supo la venida del Almirante, fue a visitarlo diciendo que no había intervenido ni en el propósito, ni en ayuda de los otros caciques; y que de ello daba testimonio la benevolencia con que en su país habían sido tratados los cristianos, pues siempre tuvo un centenar de éstos bien servidos y provistos de todo aquello en que le era posible

complacerles, por cuyo motivo los otros caciques le eran contrarios, especialmente Beechío, que le había matado una mujer; Caonabó le había robado otra; por lo que suplicaba que se la hiciese restituir, y le ayudase en la venganza de sus injurias. Así resolvió el Almirante hacerlo, creyendo ser verdad lo que le decía, pues lloraba cuantas veces recordaba la muerte de aquellos que habían perecido en la Navidad, como si fuesen hermanos suyos; y tanto más se dispuso a esto el Almirante, por considerar que con la discordia entre los caciques podría más fácilmente sojuzgar aquel país, y castigar la rebelión de los otros indios y la muerte de los cristianos. Por lo cual, a 24 de Marzo de 1495 salió de la Isabela dispuesto para la guerra. En su ayuda y compañía llevó al mencionado Guacanagarí, muy deseoso de oprimir a sus enemigos, aunque parecía empresa muy difícil, puestos éstos eran más de cien mil indios, y sólo llevaba consigo el Almirante doscientos cristianos, veinte caballos y otros tantos perros lebreles. Pero conociendo el Almirante la naturaleza y condición de los indios, dividió el ejército con su hermano el Adelantado, a dos jornadas largas de la Isabela, para embestir por diversas partes a la muchedumbre esparcida por los campos, pensando que el miedo de sentir el estruendo por varios lados los pondría más que nada en fuga, como lo demostró claramente el efecto; porque habiendo los escuadrones de soldados de las dos bandas acometido la muchedumbre de los indios, cuando se había comenzado a romper con los tiros de las ballestas y los arcabuces, para que no volvieran a juntarse, los acometieron impetuosamente, «que dieron los caballos por una parte, y los lebreles por otra, y todos, siguiendo y matando, hicieron tal estrago que en breve fue Dios servido tuviesen los nuestros tal victoria, que siendo muchos muertos, y otros presos y destruidos», y cogido vivo Caonabó[165], el principal cacique de todos ellos, juntamente con sus hijos y sus mujeres. Después confesó Caonabó haber muerto a veinte de los cristianos

que habían quedado con Arana en la villa de la Navidad, cuando el viaje primero que fueron descubiertas las Indias; y que después, bajo color de amistad, había ido apresuradamente a ver la villa de la Isabela, con el designio, que fue conocido por los nuestros, de observar cómo mejor podría combatirla y hacer lo mismo que había hecho antes en la Navidad. De todas estas cosas, ya referidas por otros, el Almirante tenía plena información, de tal modo que para castigarle de aquel delito y de esta segunda rebelión y junta de indios, había salido contra él; habiéndolo hecho prisionero con un hermano suyo, los envió a España porque no quiso ajusticiar a un tan gran personaje sin que lo supiesen los Reyes Católicos, pues bastaba haber castigado a muchos de los culpables. Con la prisión de éstos y con la victoria obtenida, sucedieron las cosas de los cristianos tan prósperamente que, no siendo más de seiscientos treinta, la mayor parte enfermos, y muchas mujeres y muchachos, en espacio de un año que el Almirante recorrió la isla, sin tener que desenvainar la espada, la puso en tal obediencia y quietud que todos prometieron tributo a los Reyes Católicos cada tres meses, a saber: de los que habitan en Cibao, donde estaban las minas de oro, pagaría toda persona mayor de catorce años un cascabel grande lleno de oro en polvo; todos los demás, veinticinco libras de algodón cada uno; y para saber quién debía pagar ese tributo se mandó hacer una medalla de latón o de cobre, que se diese a cada uno cuando la paga, y la llevase al cuello, a fin de que quien fuese encontrado sin ella se supiese que no había pagado y se le castigase con alguna pena. No hay duda de que esta orden habría tenido su efecto si no sucediesen después entre los cristianos algunas alteraciones que más adelante referiremos; porque después de la prisión de Caonabó quedó aquella región tan pacífica que en adelante un solo cristiano iba seguramente donde quería, y los mismos indios lo conducían en hombros a donde le agradaba, le mismo que en postas; lo cual

el Almirante no reconocía venir sino de Dios y de la buena suerte de los Reyes Católicos, considerando que de otro modo hubiera sido imposible que doscientos hombres medio enfermos y mal armados fuesen bastantes para vencer a tanta muchedumbre, la cual quiso poner bajo su mano la Divina Providencia; pero también les dio gran penuria de bastimentos, y varias graves enfermedades que los redujeron a una tercera parte de los que eran antes, para que resultase más claro que de su alta mano y voluntad procedían tan maravillosas victorias y dominaciones de pueblos, y no de nuestras fuerzas o ingenios, o de la cobardía de los indios, pues aunque los nuestros hubieran sido muy superiores, era cierto que la muchedumbre de los indios hubiera podido suplir a cualquiera ventaja de los nuestros.

CAPÍTULO LXII

De algunas cosas que se vieron en la isla Española, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios

Habiéndose pacificado la gente de aquella isla, y tratando seguramente con los nuestros, túvose conocimiento de muchas cosas y secretos del país, especialmente dónde había minas de cobre, de zafiros, de ámbar y brasil, ébano, incienso, cedros, muchas gomas finas y especiería de varios géneros, aunque salvajes, que bien cultivadas podían llegar a perfección, como la canela fina de color, aunque amarga de sabor; jenjibre, pimienta, diversas especies de moreras para la seda, que todo el año tienen hojas, y muchos otros árboles y plantas útiles de que los nuestros no tenían conocimiento alguno. Supieron también los nuestros muchas noticias relativas a las costumbres de los indios, que me parecen dignas de referirlas, copiaré aquí las mismas palabras del Almirante como las dejó escritas: «Idolatría u otra secta no he podido averiguar en ellos, aunque todos sus reyes, que son muchos, tanto en la Española como en las demás islas, y en tierra firme, tienen una casa para cada uno, separada del pueblo, en la que no hay más que algunas imágenes de madera hechas en relieve, a las que llaman cemíes. En aquella casa no se trabaja para más efecto que para el servicio de los cemíes, con cierta ceremonia y oración que ellos hacen allí, como nosotros en las iglesias. En esta casa tienen una mesa bien labrada, de forma redonda, como un tajador, en la que hay algunos polvos que ellos ponen en la cabeza de dichos cemíes con cierta ceremonia; después, con una caña de dos ramos que se meten

en la nariz, aspiran este polvo[166]. Las palabras que dicen no las sabe ninguno de los nuestros. Con estos polvos se ponen fuera de tino, delirando como borrachos. Ponen un nombre a dicha estatua; yo creo que será el del padre, del abuelo o de los dos, porque tienen más de una, y otros más de diez, en memoria, como ya he dicho, de alguno de sus antecesores. He notado que alaban a una más que a otra, y he visto tener más devoción y hacer más reverencia a unas que a otras, como nosotros en las procesiones cuando es menester; y se alaban los caciques y los pueblos de tener mejor cemí, los unos, que los otros. Cuando van éstos a su cemí, y entran en la casa donde está, se guardan de los cristianos, y no les dejan entrar en ella, antes, si tienen sospecha de su venida, cogen el cemí o cemíes y los esconden en los bosques, por miedo de que se los quiten; aún es más de reír el que tengan la costumbre de robarse unos a otros el cemí. Sucedió en una ocasión que teniendo recelo de nosotros, entraron los cristianos con ellos en la dicha casa, y de súbito el cemí gritó fuerte y habló en su lengua, por lo que se descubrió que era fabricado con artificio, porque siendo hueco, tenía en la parte inferior acomodada una cervatana o trompa que iba a un lado oscuro de la casa, cubierto de follaje, donde había una persona que hablaba lo que el cacique quería que dijese, cuanto se puede hablar con una cervatana.

Por lo que los nuestros, sospechando lo que podía ser, dieron con el pie al cemí y hallaron lo que hemos contado. El cacique, viendo que habíamos descubierto aquello, les rogó con gran instancia que no dijesen cosa alguna a los indios sus vasallos, ni a otros, porque con aquella astucia tenían a todos a su obediencia. De esto podemos decir que hay algún color de idolatría, al menos en aquellos que no saben el secreto y el engaño de sus caciques, pues creen que el que habla es el cemí, y todos en general son engañados. Sólo el cacique es sabedor y encubridor

de tan falsa credulidad, por medio de la cual saca de sus pueblos todos los tributos que quiere.

Igualmente, la mayor parte de los caciques tienen tres piedras, a las cuales, ellos y sus pueblos muestran gran devoción. La una, dicen que es buena para los cereales y las legumbres que han sembrado; la otra, para parir las mujeres sin dolor, y la tercera, para el agua y el sol, cuando hacen falta. Envié a Vuestra Alteza tres de estas piedras con Antonio de Torres, y otras tres las llevaré yo. Asimismo, cuando estos indios mueren, les hacen sus exequias de diversos modos; la manera de sepultar a sus caciques es la siguiente: abren el cadáver del cacique y lo secan al fuego para que se conserve entero; de los otros, solamente toman la cabeza; a otros los sepultan en una gruta y ponen encima de la cabeza pan y una calabaza llena de agua. Otros, los queman en la casa donde muere, y cuando los ven en el último extremo, antes de que mueran los estrangulan; esto se hace con los caciques. A unos los echan fuera de casa; a otros los echan en una hamaca que es un lecho de red, les ponen agua y pan al lado de la cabeza, los dejan solos y no vuelven a verlos más. Algunos, cuando están gravemente enfermos, los llevan al cacique; éste dice si deben estrangularlos o no, y hacen lo que manda. He trabajado mucho por saber lo que creen y saben acerca de dónde van los muertos, especialmente de Caonabó, que era el rey principal de la isla Española, hombre de edad, de gran saber y de agudísimo ingenio; éste y otros respondían que van a cierto valle, que cada cacique principal cree estar en su país, y afirman que allí encuentran a sus padres y a sus antecesores; que comen, tienen mujeres y se dan a placeres y solaces, como más copiosamente se contiene en la siguiente escritura, en la que yo encargué a cierto Fr. Ramón, que sabía la lengua de aquéllos, que recogiese todos sus ritos y sus antigüedades; aunque, son tantas las fábulas, que no se puede sacar algún prove-

cho, sino que todos los indios tienen cierto natural respeto al futuro y creen en la inmortalidad de nuestras almas.

Relación de Fray Ramón acerca de las antigüedades de los indios, las cuales, con diligencia, como hombre que sabe el idioma de éstos, recogió por mandato del Almirante[167]

Yo, fray Ramón, pobre ermitaño de la Orden de San Jerónimo, por mandato del ilustre señor Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y de la tierra firme de las Indias, escribo lo que he podido averiguar y saber acerca de las creencias e idolatría de los indios, y cómo veneran a sus dioses. De lo cual trataré en la presente relación.

Cada uno, al adorar los ídolos que tienen casa y les llaman cemíes, guarda un modo particular y superstición. Creen que hay en el Cielo un ser inmortal, que nadie puede verlo y que tiene madre, mas no tiene principio; a éste le llaman Yucahu Vagua Maorocoti y a su madre llaman Atabey, Apito y Zuimaco, que son cinco nombres. Estos de los que escribo son de la isla Española; porque de las demás islas no sé cosa alguna, pues no las he visto jamás. También saben de qué parte vinieron, y de dónde tuvieron origen el sol y la luna, cómo se hizo el mar y a dónde van los muertos. Creen que los muertos se aparecen por los caminos cuando alguno va solo; porque, cuando van muchos juntos, no se les presentan. Todo esto les han hecho creer sus antepasados; porque ellos no saben leer, ni contar sino hasta diez.

CAPÍTULO I

De dónde proceden los indios y de qué manera

La isla Española tiene una provincia llamada Caonao en la que hay una montaña de nombre Cauta, y en ella dos grutas denominadas Cacibajagua y Amayauna. De Cacibajagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se lla-

maba Mácocael, el cual, porque un día tardó en volver a la puerta, dicen que lo arrebató el sol. Viendo, pues, que el sol se había llevado a éste por su mala guardia, te cerraron la puerta y fue transformado en piedra cerca de la entrada. Dicen también que otros, habiendo ido a pescar, fueron cogidos por el sol, y se convirtieron en árboles llamados jobos, y de otro modo se llaman Mirobálanos. El motivo por el que Mácocael velaba y hacía la guardia era para ver a qué parte enviaría la gente o la repartiría, y no parece sino que tardó para su mayor mal.

CAPÍTULO II

Cómo se separaron los hombres de las mujeres

Sucedió que uno, que se llamaba Guahayona, dijo a otro, de nombre Yahubaba, que fuese a coger una hierba llamada digo*, con la que se limpian el cuerpo cuando van a bañarse. Este fue delante de ellos, más lo arrebató el sol en el camino y se convirtió en pájaro que canta por la mañana, como el ruiseñor, y se llama Yahubabayel. Guahayona, viendo que éste no volvía cuando lo envió a coger el digo, resolvió salir de la gruta Cacibajagua.*

CAPÍTULO III

Entonces, Guaguyona, indignado, resolvió marcharse, viendo que no volvían aquellos que había enviado a coger el digo *para bañarse, y dijo a las mujeres: «dejad a vuestros maridos y vámonos a otras tierras y llevemos mucho güeyo. Dejad a vuestros hijos y llevemos solamente dicha hierba con nosotros, que después volveremos por ellos».*

CAPÍTULO IV

Guahayona salió con todas las mujeres y anduvo buscando otros países, y llegó a Matininó, donde muy luego dejó a las mujeres y se fue a otra región llamada Guanín, y habían dejado a los hijos pequeños junto a un arroyo. Después, cuando el hambre empezó a molestarles, dicen que lloraban y llamaban a sus madres que se habían ido. Y los padres no podían dar consuelo a los hijos, que llamaban con hambre a sus madres, diciendo mamá, indudablemente para demandar la teta. Llorando así y pidiendo la teta, y diciendo «toa, toa», como quien demanda una cosa con gran deseo y mucho ahínco, fueron transformados en animalillos, a modo de ranas, que se llaman tona*, por la petición que hacían de la teta; y de esta manera quedaron todos los hombres sin mujeres.*

CAPÍTULO V

Cómo volvieron después las mujeres a la isla llamada Española, que antes llevaba el nombre de Haití, y así la llaman los habitantes de ella; anteriormente, ésta y las otras islas se llamaban Bohío

Como los indios no tienen escritura ni letras, no pueden dar buena información de lo que saben acerca de sus antepasados, y por esto no concuerdan en lo que dicen, y menos se puede escribir ordenadamente lo que refieren. Cuando se marchó Guahayona, aquel que se llevó todas las mujeres, también se fueron con él las de su cacique, llamado Anacacuya, engañándolo como engañó a los otros. También se fue un cuñado de Guahayona, llamado Anacacuya, que entró en el mar con él, y dijo Guahayona a su cuñado, estando en la canoa «mira qué hermoso cobo *hay en el agua» el* cobo *es el caracol del mar. Cuando Anacacuya miraba el agua para el* cobo*, su cuñado Guahayona lo cogió por los pies y tirólo al mar; luego tomó todas las*

mujeres para sí, y las dejó en Matanino, donde hoy se dice que no hay más que hembras. El se fue a otra isla llamada Guanin, y se llamó así por lo que se llevó de ella cuando fue allí.

CAPÍTULO VI

Cómo Guahayona volvió a la mencionada Cauta, de donde había antes sacado a las mujeres

Dicen que estando Guahayona en la tierra donde había ido, vio que había dejado en el mar una mujer, de lo que él recibió gran alegría, y muy luego buscó muchos lavatorios para limpiarse, por estar lleno de aquellas úlceras que nosotros llamamos mal francés[168]*. Fue puesto luego en una* guanara*, que quiere decir lugar apartado; y así, estando allí, curó de sus llagas. Después pidió permiso para seguir su camino y él se lo concedió. Llamábase esta mujer Guabonito. Y Guahayona cambió de nombre, llamándose en lo sucesivo Albeborael Guahayona. La dueña Guabonito dio a Albeborael Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevara sujetas a los brazos, pues en aquel país las cibas son piedras que semejan mucho al mármol, y las llevan atadas a los brazos y al cuello. Y los guanines los llevan en las orejas, que se las agujerean cuando son pequeños, y son de metal casi como de florín. El origen de estos guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael Guahayona y el padre de Albeborael. Guahayona se quedó en la tierra con su padre, llamado Hiuna. Su hijo de parte de padre se llamaba Hiaguaili Guanin, que quiere decir hijo de Hiauna; y desde entonces se llamó Guanin, y hoy lleva el mismo nombre. Como los indios no tienen letras ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas, ni yo puedo escribirlas con exactitud. Por lo cual creo que pongo primeramente lo que debía ser lo último, y lo último lo que debía estar antes. Pero todo lo que escribo es según me lo contaron, y por tanto, yo lo refiero como lo supe de los indios.*

CAPÍTULO VII

Cómo hubo de nuevo mujeres en la isla de Haití, que ahora se llama la Española

Digo que un día fueron a bañarse los hombres, y estando en el agua, llovía recio, y sentían mucho deseo de tener mujeres; y muchas veces, cuando llovía, habían ido a buscar las huellas de sus mujeres; pero no podían encontrar alguna noticia de éstas. Mas aquel día, bañándose, dicen que vieron caer de algunos árboles, por medio de las ramas, cierta forma de personas que no eran ni hombres ni mujeres, pues no tenían sexo de varón ni de hembra, procuraron cogerlas, pero ellas se escurrían como si fuesen anguilas. Por esto llamaron a dos o tres hombres por mandato de su cacique, para que, pues ellos no podían cogerlas, esperasen cuantas eran, y buscasen para cada una un hombre que fuese Caracaracol, porque tenían las manos ásperas, y así las sujetarían fuertemente. Dijeron al cacique que había cuatro, y llevaron estos cuatro hombres que eran caracaracoles; caracaracol es una enfermedad como sarna, que hace al cuerpo muy áspero. Después que las hubieron cogido, deliberaron cómo podrían convertirlas en mujeres, pues no tenían sexo de varón ni de hembra.

CAPÍTULO VIII

Cómo hallaron medio de que fuesen mujeres

Buscaron un pájaro que se llama inriri, *y antiguamente* inrire cahubabayael *que agujerea los árboles, y en nuestro idioma se llama pico. Juntamente tomaron aquellas personas sin sexo de varón ni de hembra, les ataron los pies y las manos, cogieron el ave mencionada, y se la ataron al cuerpo; el pico, creyendo que aquéllas eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando en el lugar donde ordinariamente suele estar la naturaleza de las mujeres. De*

este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según contaban los muy viejos. Como yo escribí con presura, y no tenía papel bastante, no podré poner en un lugar lo que por error llevé a otro; pero con todo ello no me he equivocado, porque ellos lo creen todo como lo llevo escrito. Volvamos ahora a lo que habíamos de colocar antes, esto es, acerca de la opinión de los indios en punto al origen y principio del mar.

CAPÍTULO IX

Cómo cuentan que fue hecho el mar

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben su nombre; el hijo de éste llamábase Yayael*, que quiere decir hijo de Yaya. Queriendo Yayael matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo ausente cuatro meses; después, su padre lo mató, puso los huesos en una calabaza y la colgó en el techo de su casa, donde estuvo pendiente algún tiempo. Sucedió que un día, con deseo de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer: «quiero ver a nuestro hijo Yayael». Ella se alegró con esto, y tomando la calabaza, la volcó para ver los huesos de su hijo. De ella salieron muchos peces grandes y pequeños; por lo que viendo que aquellos huesos se habían transformado en peces resolvió comérselos.*

Dicen que un día, habiendo ido Yaya a sus conucos, que quiere decir posesiones, que eran de una herencia, llegaron cuatro hijos de una mujer llamada Itiba Cahubaba, todos de un vientre y gemelos; pues esta mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y la sacaron los cuatro dichos hijos. El primero que extranjeron fue Caracaracol, que quiere decir sarnoso, Caracaracol fue llamado[169]*; los otros no tenían nombre.*

CAPÍTULO X

Cómo los cuatro hijos gemelos de Itiba Cahubaba, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había convertido en peces, y ninguno se atrevió a tomarla sino Deminán Caracaracol, que la descolgó, y todos se hartaron de peces

Mientras comían, sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fue tanta el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra, y con ella salieron muchos peces. Entonces dicen que tuvo origen el mar. Salidos después de allí, hallaron un hombre al que llamaron Conel, que era mudo.

CAPÍTULO XI

De lo que aconteció a los cuatro hermanos cuando iban huyendo de Yaya

Estos, tan luego como llegaron a la puerta de Bayamanaco y notaron que llevaba cabeza, dijeron: «Ahiacabo Guarocoel*, que quiere decir: conozcamos a nuestro abuelo». Entonces, Deminán Caracaracol, viendo delante a sus hermanos, entró a su casa para ver si podía hallar algún cazabe, que es el pan que se come en aquel país. Caracaracol, entrando en casa de Bayamanaco, le pidió cazabe, que es el mencionado pan. Este se puso la mano en la nariz, y le echó en la espalda un guangayo lleno de cohoba, que había mandado hacer aquel día; la cohoba es cierto polvo que ellos toman algunas veces para purgarse y para otros efectos que después se dirán. Toman ésta con una caña de medio brazo de larga; ponen un extremo en la nariz y otro en aquel polvo; y así lo aspiran por la nariz y les hace purgar grandemente. De este modo les dio por pan aquel guangayo, en vez del pan que hacía; y se fue muy indignado porque se lo habían pedi-*

do... Caracaracol, después de esto, volvió a sus hermanos y les contó lo que le había sucedido con Bayamanacoel, y cómo te había echado un guangayo en la espalda, la que le dolía fuertemente. Entonces, sus hermanos le miraron la espalda, y vieron que la tenía muy hinchada; creció tanto aquella hinchazón, que estuvo a punto de morir, por lo que procuraron cortarla, y no pudieron; mas tomando una hacha de piedra se la abrieron y salió fuera una tortuga viva, hembra; entonces edificaron una casa y llevaron a ella la tortuga. De esto yo no he sabido más; poco vale lo que llevo escrito.

Dicen también que el sol y la luna salieron de una gruta, que está en el país de un cacique llamado Mautia-TeNuel, a cuya gruta, que llaman Iguanaboina, la veneran mucho, y la tienen toda pintada a su modo, sin alguna figura humana, pero con muchos follajes, y otras cosas semejantes. En aquella gruta había dos cemíes, hechos de piedra, pequeños, del tamaño de medio brazo, con las manos atadas, y en actitud de sudar; cuyos cemíes estiman ellos mucho, y cuando no llovía, dicen que entraban allí a visitarlos y de repente venía la lluvia. De estos cemíes, a uno llamaban Boinayel y al otro Márohu.

CAPÍTULO XII

De lo que piensan acerca de andar vagando los muertos; cómo son éstos y lo que hacen

Creen que hay un lugar al que van los muertos, que se llama Coaibai, que está en un extremo de la isla, llamado Soraya. El primero que estuvo en el Coaibai dicen que fue uno llamado Maquetaurie Guayaba, que era señor del Coaibai, casa y habitación de los muertos.

CAPÍTULO XIII

Del aspecto que dicen tener los muertos

Dicen que durante el día los muertos están recluídos; por la noche van a recreo, y comen cierto fruto que se llama guayaba, que tiene sabor de...[170]*, que de día están... A la noche se convierten en fruta, tienen su recreo, y van juntamente con los vivos. Para conocer los muertos tienen esta manera: que con la mano les tocan el vientre, y si no les encuentran el ombligo dicen que es* operito*, que quiere decir muerto, pues dicen que los muertos no tienen ombligo. Y así se engañan algunas veces, porque no reparando en esto, yacen con alguna mujer de las del Coaibai, y cuando piensan abrazarlas, no tienen nada, porque desaparece de repente. Tal es lo que creen hasta hoy acerca de esto. Mientras vive una persona llaman al alma* goeiza*, y después de muerta, la denominan* opía*; la* goeiza *dicen que se aparece muchas veces, ya en forma de hombre o ya de mujer, y afirman que ha habido hombre que se atrevió a pelear con una* goeiza*, y queriendo abrazarla, desaparecía y el hombre metía los brazos más allá sobre algunos árboles, de tos cuales quedaba colgado. Esto lo creen todos en general, lo mismo los pequeños que los mayores; y también que se les aparecen los muertos en forma de padre, de madre, de hermanos, de parientes, o de otras formas. El fruto del que dicen alimentarse los muertos es del tamaño de un membrillo. Los muertos no se les aparecen de día, sino siempre de noche; y por ello no sin gran miedo se atreve algún indio a ir solo de noche.*

CAPÍTULO XIV

De dónde procede esto, y lo que les hace estar en tal creencia

Hay algunos hombres que practican entre ellos, llamados behiques, los cuales hacen muchos engaños, como más adelante diremos, para hacerles creer que hablan con los muertos, y por esto saben todos los hechos y los secretos de los indios; y cuando están enfermos

les quitan la causa del mal, y así los engañan; como yo lo tengo visto en parte con mis ojos, bien que de las otras cosas conté solamente lo que había oído a muchos, especialmente a los principales, con los cuales he tratado más que con otros; pues éstos creen en tales fábulas con mayor certidumbre que los otros, porque, lo mismo que los moros, tienen su ley expuesta en canciones antiguas, por las que se gobiernan, igualmente que los moros por la escritura. Cuando quieren cantar sus canciones, tañen cierto instrumento que se llama mayohavao, que es de madera, hueco, fuerte y muy delgado, de un brazo de largo, y medio de ancho. La parte de donde se toca tiene la forma de tenazas de herrador, y el otro lado semejante a una maza, de modo que parece una calabaza con el cuello largo. Este instrumento que ellos tañen hace tanto ruido que se oye a distancia de una legua y media. Al son de éste cantan sus canciones, que las saben de memoria; lo tocan los hombres principales, que aprenden a manejarlo desde niños, y a cantar según su costumbre. Pasemos ahora a tratar de otras muchas cosas acerca de las ceremonias y costumbres de estos gentiles.

CAPÍTULO XV

De las observaciones de estos indios behiques, y cómo profesan la medicina, y enseñan a los indios, y en sus curas medicinales muchas veces se engañan

Todos, o la mayor parte de los indios de la isla Española, tienen muchos cemíes de diversos géneros. Unos contienen los huesos de su padre, de su madre, de los parientes, y de otros sus antepasados; los cuales están hechos de piedra o de madera. Y de ambas clases poseen muchos. Hay algunos que hablan; otros que hacen nacer las cosas de comer; otros que hacen llover, y otros que hacen soplar los vientos. Todo lo cual creen aquellos simples ignorantes que lo hacen los ídolos, o por hablar más propiamente, el demonio, pues no tienen cono-

cimiento de nuestra Santa Fe. Cuando alguno está enfermo, le llevan el behique, que es el médico. Este es obligado a guardar dieta, lo mismo que el doliente, y a poner cara de enfermo, lo cual se hace así para lo que ahora sabréis. Es preciso que el médico se purgue también como el enfermo; y para purgarse toma cierto polvo, llamado cohoba, aspirándolo por la nariz, el cual les embriaga de tal modo que luego no saben lo que se hacen; y así dicen muchas cosas fuera de juicio, afirmando que hablan con los cemíes, y que éstos les han dicho de dónde provino la enfermedad.

CAPÍTULO XVI

De lo que hacen dichos behiques

Cuando van a visitar a algún enfermo, antes que salgan de su casa toman hollín de los pucheros o carbón molido, y con él se ponen negra toda la cara, para hacer creer al enfermo lo que quieran acerca de su dolencia. Luego toman algunos huesecillos y un poco de carne, y envolviendo todo aquello en algo para que no se caiga, se lo meten en la boca, estando ya el enfermo purgado con el polvo que hemos dicho. Entrado el médico en casa del doliente, se sienta, y todos callan; si allí hay niños los echan fuera, para que no impidan su oficio al behique, no quedando en la casa sino uno o dos de los más principales. Estando ya solos, toman algunas matas del güeyo, anchas, y otra hierba, envuelta en una hoja de cebolla, media cuarta de larga; y una de los dichos güeyos es la que toman todos comúnmente, y trituradas con la mano las amasan, y luego se la ponen en la boca para vomitar aquello que han comido, a fin de que no les haga daño. Entonces comienzan a entonar el canto mencionado; y tomando una antorcha beben aquel jugo. Hecho esto lo primero, después de poco tiempo se levanta el behique, va hacia el enfermo, que está solo en medio de la casa, como se ha dicho, le da dos vueltas, como le parece; luego se lo pone delante, le toma por las piernas, le palpa los muslos

y de allí hasta los pies; después tira de él fuertemente, como si quisiera arrancar alguna cosa; va a la puerta de la casa, la cierra, y habla diciendo: «Vete luego a la montaña, o al mar, o donde quieras»; y da un soplo, como si despidiese una paja; vuelve de nuevo, junta las manos, cierra la boca; le tiemblan aquéllas como si tuviese frío; se las sopla; aspira el resuello, como cuando chupa la médula del hueso, y sorbe al enfermo por el cuello, el estómago, la espalda, las mejillas, el pecho, el vientre o por otras partes del cuerpo. Hecho esto, comienza a toser, y a poner mala cara, como si hubiese comido alguna cosa amarga, escupe en la mano y saca lo que ya hemos referido que se puso en la boca en su casa o por el camino, sea piedra, o hueso, o carne, como ya es dicho. Si es cosa de comer dice al enfermo: «Has de saber que tú has comido una cosa que te ha producido el mal que padeces; mira cómo te lo he sacado del cuerpo, donde tu cemí te lo había puesto porque no le hiciste oración, o no le fabricaste algún templo, o no le diste alguna heredad». Si es piedra dice: «Guárdala muy bien». Algunas veces, por estar ciertos de que estas piedras son buenas y ayudan a parir a las mujeres, las tienen muy custodiadas, y envueltas en algodón, las ponen en cestillas, y les dan de comer lo mismo que a ellos; igualmente hacen con los cemíes que tienen en casa. Si algún día solemne llevan mucho de comer, ya sean peces, carne, pan o cualquier otra cosa, ponen todo en la casa del cemí, para que coma de ello el ídolo. Al día siguiente llevan toda esta provisión a sus casas, después que ha comido el cemí. Y así les ayude Dios, como el cemí come de aquello, ni de otra cosa, porque el cemí es obra muerta, hecha de piedra o de madera.

CAPÍTULO XVII

Cómo se engañan a veces estos médicos

Cuando después de haber hecho las cosas mencionadas, sin embargo el enfermo llega a morir, si el muerto tiene muchos parientes, o

es señor de un pueblo y puede hacer frente a dicho behique, que quiere decir médico, pues los que poco pueden no se atreven a disputar con estos médicos, aquel que le quiere dañar hace lo siguiente: Queriendo saber si el enfermo ha muerto por culpa del médico, o porque no guardó la dieta como éste le ordenó, toman una hierba que se llama güeyo, que tiene las hojas semejantes a la albahaca, gruesa y larga, por otro nombre llamada zacón*. Sacan el jugo de la hoja, cortan al muerto las uñas y los cabellos que tiene encima de la frente, los reducen a polvo entre dos piedras, mezclan esto con el jugo de dicha hierba y lo dan a beber al muerto por la boca, o por la nariz, y haciendo esto preguntan al muerto si el médico fue ocasión de su muerte, y si observó la dieta. Esto se lo demandan muchas veces hasta que al fin habla tan claramente como si fuese vivo; de modo que viene a responder todo aquello que se le pedía, diciendo que el behique no observó dieta, y fue ocasión entonces de su muerte; añaden que le pregunta el médico si está vivo, y cómo habla tan claramente; él responde que está muerto. Después que han sabido lo que querían, lo vuelven al sepulcro de donde lo sacaron para saber de él lo que hemos dicho. Hacen también de otro modo las mencionadas ceremonias para saber lo que quieren; toman al muerto; encienden una gran hoguera semejante a la de los carboneros al hacer carbón, y cuando los leños se han convertido en ascuas, echan el muerto en aquel fuego, lo cubren de tierra, como el carbonero cubre el carbón, y allí lo dejan cuanto quieren; estando así, le preguntan, como ya hemos dicho en el otro caso; el muerto responde que nada sabe; se lo interrogan diez veces, y en adelante ya no habla más. Le preguntan si está muerto, pero él no habla más que estas diez veces.*

CAPÍTULO XVIII

Cómo los parientes del muerto se vengan cuando han tenido respuesta por medio del hechizo de las bebidas

Júntanse un día los parientes del muerto, esperan al mencionado behique, y le dan tantos palos que le rompen las piernas, los brazos y la cabeza, de modo que lo muelen; y dejándolo así, creen haberlo matado. A la noche dicen que van muchas sierpes de diversas clases, blancas, negras, verdes y de otros muchos colores, las cuales lamen la cara y todo el cuerpo del médico que dejaron por muerto, como hemos dicho. Este permanece así dos o tres noches; en este tiempo, dicen que los huesos de las piernas y de los brazos tornan a unirse y se sueldan, de modo que se levanta, camina despacio y se vuelve a su casa; quienes lo ven le interrogan diciendo: «¿no estabas muerto?»; pero él responde que los cemíes fueron en su auxilio en forma de culebras. Los familiares del muerto, muy airados, como creían haber vengado la muerte de su pariente, viéndolo vivo se desesperan, y procuran tenerle a mano para matarlo; si lo pueden coger otra vez, le sacan los ojos y le rompen los testículos, porque dicen que ninguno de estos médicos puede morir a palos y golpes, por muchos que reciba, si antes no le arrancan los testículos.

Cómo saben lo que quieren, por el que queman, y cómo cumplen su venganza.

Cuando descubren el fuego, el humo que se levanta sube hacia arriba hasta que lo pierden de vista, y hace ruido al salir del horno; vuelve luego abajo, entra en casa del médico behique, y éste, de repente, en aquel instante enferma si no observó la dieta, se llena de úlceras y se le pela todo el cuerpo; así tienen prueba de que no ha guardado la dieta, y por ello murió el enfermo. Por lo cual procuran matarlo, según hemos dicho del otro. Estas son las hechicerías que suelen hacer.

CAPÍTULO XIX

Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra

Los de madera se hacen de la siguiente manera: Cuando alguno va de camino y le parece ver algún árbol que se mueve hasta la raíz, aquel hombre se detiene asustado y le pregunta quién es. El árbol responde: «Trae aquí un behique; él te dirá quién soy». Aquel hombre, llegado al médico, le dice lo que ha visto. El hechicero o brujo va luego a ver el árbol de que el otro le habló, se sienta junto a él, y hace la cohoba, como arriba hemos dicho en la historia de los cuatro hermanos. Hecha la cohoba, se levanta y le dice todos sus títulos como si fueran de un gran señor, y le dice: «Dime quién eres, qué haces aquí, qué quieres de mí y por qué me has hecho llamar; dime si quieres que te corte, o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve; yo te construiré una casa con una heredad». Entonces, aquel árbol o cemí, hecho ídolo o diablo, le responde diciendo la forma en que quiere que lo haga. El brujo lo corta y lo hace del modo que se le ha ordenado; le edifica su casa con una posesión, y muchas veces al año le hace la cohoba, cuya cohoba es para tributarle oración, para complacerle, para saber del cemí algunas cosas malas o buenas, y también para pedirle riquezas. Cuando quieren saber si alcanzarán victoria contra sus enemigos, entran en una casa en la que no penetra nadie sino los hombres principales; su señor es el primero que comienza a hacer la cohoba y toca un instrumento. Mientras éste hace la cohoba ninguno de los que están en su compañía habla hasta que éste ha concluido. Después que acaba su discurso, está algún tiempo con la cabeza baja, y los brazos encima de las rodillas; luego alza la cabeza mirando al cielo y habla. Entonces todos contestan a un tiempo con voz alta; y luego que han hablado todos para darle gracias, les cuenta la visión que tuvo embriagado con la cohoba que tomó por la nariz y le subió a la cabeza. Dice haber hablado con los cemíes, y que los indios conseguirán victoria, que sus enemigos huirán; que habrá una gran mortandad, guerras, hambres u otras cosas tales, según él, que está borracho, quiere decir. Júzguese cómo tendrán el cerebro, pues dicen que han visto las casas con los cimientos hacia arriba, y que los hombres caminan con los pies mirando al cielo. Esta cohoba se la hacen

no solamente a los cemíes de piedra y de madera, mas también a los cuerpos de los muertos, según arriba hemos dicho.

Los cemíes de piedra son de diversas hechuras; algunos hay que suponen sacados por los médicos del cuerpo de los enfermos; de éstos guardan aquellos que son mejores para el parto de mujeres preñadas. Hay otros que hablan, los cuales son de figura de un grande nabo con las hojas extendidas por tierra, y largas como las de alcaparras. Estas hojas se parecen generalmente a las del olmo; otras, tienen tres puntas y creen que ayudan a nacer la yuca; su raíz es semejante al rábano; la hoja tiene generalmente seis o siete puntas; no sé a qué cosa compararla, porque no he visto alguna que se le parezca en España ni en otro país. El tallo de la yuca es de la altura de un hombre. Digamos ahora de la fe que tienen en lo que se refiere a sus ídolos y cemíes, y de los grandes engaños que de éstos reciben.

CAPÍTULO XX

Del cemí Buya y Aiba, del que dicen que cuando hubo guerras lo quemaron, y después, lavándolo con el jugo de la yuca, le crecieron los brazos, le nacieron de nuevo los ojos y creció de cuerpo

La yuca era pequeña, y la lavaron con el agua y el jugo mencionado para que fuese grande. Afirman que da enfermedades a quienes han hecho este cemí, por no haberle llevado yuca para comer. Este cemí era llamado Baibrama, Cuando alguno enfermaba, llamaban al behique y le preguntaban de qué procedería su dolencia; éste respondía que Baibrama se la había enviado, porque no les envió de comer a los que tenían cuidado de su casa. Esto decía el behique que lo había revelado el cemí Baibrama.

CAPÍTULO XXI

Del cemí de Guamorete

Dicen que cuando hicieron la casa de Guamorete, que era un hombre principal, pusieron allí un cemí que tenía encima de aquélla, y era llamado Corocote. Y una vez que tuvieron guerra entre ellos, los enemigos de Guamorete quemaron la casa en que estaba dicho cemí Corocote. Después, dicen que éste se levantó y se fue a distancia de un tiro de ballesta, junto al agua. Añaden que cuando estaba encima de la casa, bajaba de noche y yacía con las mujeres, y que después de morir Guamorete dicho cemí se fue a la casa de otro cacique, donde también allí dormía con las mujeres. Dicen además que en la cabeza le nacieron dos coronas, por lo que solía decirse: «Pues tiene dos coronas, ciertamente es hijo de Corocote». Así lo tenían por muy cierto. Este cemí lo tuvo luego otro cacique de nombre Guatabanex, cuyo pueblo era llamado Jacagua.

CAPÍTULO XXII

De otro cení que se llamaba Opiyelguobiran, que lo tenía un hombre principal de nombre Sababaniobabas, que tenía muchos vasallos a su mando

Del cemí Opiyelguobiran dicen que tiene cuatro pies como de perro; es de madera; muchas veces, por la noche salía de casa y se escondía en la selva, donde iban a buscarle, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas, pero él se volvía al bosque. Cuando los cristianos llegaron a la isla Española dicen que éste huyó y se fue a una laguna; que lo siguieron por sus huellas, pero no lo vieron más, ni saben nada de él. Como lo compré así lo vendo.

CAPÍTULO XXIII

De otro cemí llamado Guabancex

El cemí Guabancex estaba en el país de un gran cacique de los principales, que se llamaba Aumatex; este cemí es mujer, y dicen que hay otros dos en su compañía; el uno es pregonero, y el otro recogedor y gobernador de las aguas. Cuando Guabancex se encoleriza, dicen que hace correr el viento y el agua, echa por tierra todas las casas y arranca los árboles; este cemí dicen que es mujer, y está hecho de piedra de aquel país; los otros dos cemíes que están en su compañía son dichos el uno Guataúba, y es pregonero y heraldo, que por mandato de Guabancex ordena que todos los otros cemíes de aquella provincia ayuden a que haga viento y caiga lluvia. El otro se llama Coatrisquie, y de éste dicen que recoge las aguas en los valles entre las montañas, y después las deja correr para que destruyan el país. Así lo tienen por cierto.

CAPÍTULO XXIV

Lo que creen de otro cemí que se llama Baraguabael

Este cemí pertenece a un cacique principal de la isla Española; es ídolo y se le dan distintos nombres; fue hallado de la siguiente manera: Dícese que un día, antes que la isla fuese descubierta, en el tiempo pasado, no saben cuándo, yendo de caza hallaron cierto animal tras del que corrieron y él se arrojó a una fosa; mirando en ésta vieron un madera que parecía cosa viva; el cazador, notando esto, fue a su señor, que era cacique y padre de Guaraiconel, y le dijo lo que había observado. Luego fueron allá y vieron que aquello era como el cazador decía, por lo que cogido aquel tronco le edificaron una casa. Dicen que el cemí salía de aquella casa varias veces y se iba al paraje de donde le habían traído, pero no en el mismo lugar sino cerca; por

esto, el mencionado señor, o su hijo Guaraionel, lo mandaron buscar y lo hallaron escondido; lo ataron de nuevo y lo pusieron en un saco. Sin embargo de esto, andaba atado, lo mismo que antes. Así lo tiene por cierto aquella gente ignorante.

CAPÍTULO XXV

De las cosas que afirman haber dicho dos caciques principales de la isla Española; uno de ellos Cacibaquel, padre del mencionado Guarionex; el otro Guamanacoel

El gran Señor que dicen morar en el cielo, según está escrito en el principio de este libro, mandó a Caicihu hacer el ayuno que observan comúnmente todos ellos, para lo que están recluidos seis o siete días sin comer cosa alguna, excepto jugos de las hierbas con que se lavan. Acabado este tiempo, comienzan a comer algunas cosas que les dan sustento. En el tiempo que están sin comer, por la debilidad que sienten en el cuerpo y en la cabeza, dicen que han visto algunas cosas, quizá por ellos anheladas, pues todos hacen aquel ayuno en honor de los cemíes que tienen, para saber si alcanzarán victoria de sus enemigos, por adquirir riquezas o por cualquier otra cosa que desean. Dicen que este cacique afirmó haber hablado con Yucahuguamá, quien le había anunciado que, cuantos viviesen después de su muerte, gozarían poco de su dominio, porque llegaría al país una gente vestida que les dominaría y mataría, y se morirían de hambre[171]*. Pero ellos pensaron que éstos serían los caníbales; mas luego, considerando que éstos no hacían sino robar y marcharse, creyeron que sería otra gente aquella de la que el cemí hablaba. Por eso creen ahora ser el Almirante y los hombres que llevó consigo. Ahora referiré lo que yo he visto y pasado cuando yo y otros hermanos íbamos a ir a Castilla; yo fray Ramón, pobre ermitaño, me quedé y fui a la Magdalena, a una fortaleza que mandó construir don Cristóbal Colón, Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme de las*

Indias, por mandato del Rey D. Fernando y de la Reina doña Isabel nuestros señores. Estando yo en aquella fortaleza en compañía de Arteaga, su capitán, por mandado del mencionado Gobernador D. Cristóbal Colón, quiso Dios iluminar con la luz de la Santa Fe católica toda una casa de la gente principal de la fortaleza de la Magdalena, cuya provincia se llamaba Marcorix, y el señor de ella Guanaóboconel, que quiere decir hijo de Guanáobocon. En dicha casa estaban sus servidores y favoritos, que son llamados naborias, *y eran en total diez y seis personas, todos parientes, entre los cuales había cinco hermanos varones. De éstos, uno murió, y los otros cuatro recibieron el agua del santo bautismo. Creo que murieron mártires, por lo que se vio en su perseverancia y su muerte. El primero que recibió la muerte estando bautizado fue un indio llamado Guatícaba, que después recibió el nombre de Juan. Este fue el primer cristiano que sufrió muerte cruel, y tengo por cierto que la tuvo de mártir, porque, según he oído de algunos que estuvieron cuando murió, decía:* Dios naboria daca, Dios naboria daca, *que quiere decir «yo soy siervo de Dios». Así murió también su hermano Antón, y con éste otro, diciendo lo mismo que aquél. Los de esta casa siempre estuvieron conformes en hacer cuanto me agradaba. Todos los que quedaron vivos y aún viven hoy son cristianos por obra del mencionado D. Cristóbal Colón, Virrey y Gobernador de las Indias; ahora hay muchos más cristianos por la gracia de Dios.*

Diremos ahora lo que sucedió en la fortaleza de la Magdalena. Hallándome en la mencionada Magdalena, fue el señor Almirante en socorro de Arteaga y de algunos cristianos asediados por sus enemigos, vasallos de un cacique principal llamado Caonabó. Entonces el señor Almirante me dijo que Macorix, provincia de la Magdalena, tenía lengua distinta de la otra, y que no era usado su idioma en toda la isla; por lo que yo, me fuese a vivir con otro cacique principal, de nombre Guarionex, señor de muchos vasallos, pues la lengua de éste se entendía por todo el país. Así, por su mandato, me fui a vivir con el dicho Guarionex. Verdad es que dije al señor Gobernador don

Cristóbal Colón: «Señor, ¿cómo quiere Vuestra Señoría que yo vaya a estar con Guarionex, no sabiendo más lengua que la de Macorix? Déme Vuestra Señoría licencia para que venga conmigo alguno de los del Nuhuirey, que después fueron cristianos y sabían las dos lenguas». Me lo concedió y dijo que llevase a quien quisiera. Dios, por su bondad, me dio por compañía el mejor de los indios, el más experto en la santa Fe católica; después me lo quitó; alabado sea Dios que me lo dio y luego me lo arrebató. Verdaderamente yo lo tenía por buen hijo y hermano; era éste Guaticabanu, que después fue cristiano y se llamó Juan. De las cosas que allí nos acontecieron, yo, pobre ermitaño, diré alguna; cómo salimos yo y Guaticabanu, fuimos a la Isabela y allí esperamos al señor Almirante hasta que volvió del socorro que dio a la Magdalena; tan pronto como llegó, nosotros nos fuimos adonde el señor Gobernador nos había mandado, en compañía de uno que se llamaba Juan de Ayala, que tuvo a su cargo una fortaleza que dicho Gobernador don Cristóbal Colón hizo fabricar, media legua del lugar donde nosotros habíamos de residir. El señor Almirante mandó a dicho Juan de Ayala que nos diese de comer de todo lo que había en la fortaleza, que es llamada la Concepción, Estuvimos con aquel cacique Guarionex casi dos años, enseñándole siempre nuestra Santa Fe y las costumbres de los cristianos. Al principio mostró buen deseo, y dio esperanza de que haría cuanto nosotros quisiésemos, y de ser cristiano, pues decía que le enseñásemos el Padrenuestro, el Ave María, el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano. Aprendió el Pater noster, el Ave María y el Credo; lo mismo hicieron muchos de su casa; todas las mañanas decía sus oraciones y hacía que las rezasen dos veces los de su casa. Pero después se enojó y abandonó su buen propósito, por culpa de otros principales de aquel país, los cuales le reprendían porque obedecía la ley cristiana, siendo así que los cristianos eran crueles y se habían apoderado de sus tierras por la fuerza. Por esto le aconsejaban que no se ocupase más en las cosas de los cristianos, sino de concertarse y conjurarse para matarlos, porque no podían conten-

tarlos, y habían resuelto no seguir en algún modo sus costumbres. Por esto se apartó de su buen propósito, y nosotros, viendo que se separaba y dejaba lo que le habíamos enseñado, resolvimos marcharnos e ir donde se pudiese hacer más fruto, enseñando a los indios y doctrinándolos en las cosas de la santa fe. Así que nos fuimos a otro cacique principal, que mostraba buena voluntad, diciendo que quería ser cristiano, el cual se llamaba Mabiatué.

Cómo salimos para ir al país de Mabiatué, yo, fray Ramón Pané, pobre ermitaño, fray Juan de Borgoña, de la Orden de San Francisco, y Juan Mateo, el primero que recibió el agua del santo bautismo en la isla Española

Al día siguiente que salimos del pueblo y morada de Guarionex, para ir a otro cacique llamado Mabiatué, la gente de Guarionex edificaba una casa junto a la de oración; en ésta habíamos dejado algunas imágenes, ante las cuales se arrodillaban y rezaban los catecúmenos, que eran la madre, los hermanos y los parientes del mencionado Juan Mateo, el primer cristiano, a los que se agregaron otros siete; después, todos los de su casa se hicieron cristianos y perseveraron en su buen propósito según nuestra fe; de modo que toda la familia quedaba para guardar la casa de oración y algunas posesiones que yo había labrado o hecho labrar. Habiendo quedado en custodia de dicha casa, el segundo día después que nos fuimos a Mabiatué, llegaron seis hombres a la casa de oración que dichos catecúmenos, en número de siete, tenían bajo su custodia, y por mandato de Guarionex, les dijeron que tomasen aquellas imágenes que yo les había dejado en su poder a los catecúmenos, y las rompiesen y destrozasen, pues fray Ramón y sus compañeros se habían marchado y no sabrían los autores de esto. Los seis criados de Guarionex que fueron allí, encontraron a los seis muchachos que custodiaban la casa de oración, temiendo lo que después sucedió; los muchachos, advertidos, se opusieron a que entraran, mas ellos penetraron a la fuerza, tomaron las imágenes y se las llevaron.

CAPÍTULO XXVI

De lo que aconteció con las imágenes, y del milagro que Dios hizo para mostrar su poder

Salidos los indios de la casa de oración, tiraron las imágenes al suelo, las cubrieron con tierra y después orinaron encima diciendo: «Ahora serán buenos y grandes tus frutos»; esto lo decían por haberlas sepultado en un campo de labor, y, por tanto, sería bueno el fruto que allí se había plantado; todo ello, por vituperio. Visto lo referido por los muchachos que guardaban la casa de oración por mandato de los mencionados catecúmenos, fueron a los mayores, que estaban en sus posesiones, y les contaron cómo la gente de Guarionex habían destrozado y escarnecido las imágenes. Tan luego como lo supieron, dejaron lo que hacían, y corrieron gritando a decírselo a D. Bartolomé Colón, que tenía el gobierno por el Almirante, su hermano, cuando éste fue a Castilla. D. Bartolomé, como lugarteniente del Virrey y Gobernador de las islas, formó proceso contra los malhechores, y, sabida la verdad, los hizo quemar públicamente. No obstante Guarionex y sus vasallos no se apartaron del mal propósito que tenían de matar a los cristianos en cierto día designado para que llevasen el tributo de oro que pagaban. Pero tal conjuración fue descubierta, y luego apresados el mismo día que se proponían llevarla a efecto, Sin embargo, continuando en su perverso designio, lleváronlo a ejecución, y mataron a cuatro hombres y a Juan Mateo, escribano mayor, y a su hermano Antón, que habían recibido el santo bautismo; luego corrieron adonde estaban escondidas las imágenes y las tiraron hechas pedazos. Pasados algunos días, el señor de aquel campo fue a sacar ajes, que son ciertas raíces semejantes a nabos, y otras parecidas a rábanos, en el lugar donde estaban las imágenes enterradas habían nacido dos o tres ajes, como si los hubiesen puesto el uno por medio del otro, en forma de cruz. No era posible que alguien encontrase tal cruz, y sin embargo la halló la madre de Guarionex, la mujer más mala que he conocido en aquellas tierras, la cual juzgó

que esto era un gran milagro, y dijo al alcaide de la fortaleza de la Concepción: «Este prodigio ha mostrado Dios donde fueron halladas las imágenes. Dios sabe para qué».

Digamos ahora cómo se hicieron cristianos los primeros que recibieron el santo bautismo, y lo que es necesario para que se hagan todos cristianos.

Verdaderamente la isla necesita mucha gente para castigar a los señores cuando no son dignos; enseñar a los indios las cosas de la santa fe católica y doctrinarlos en ésta, porque no pueden o no saben oponerse; yo puedo decirlo con verdad, pues me he fatigado para saber todo esto y tengo certeza que se habrá entendido por lo que hasta ahora llevo escrito; y al buen entendedor pocas palabras bastan.

Los primeros cristianos que hubo en la isla Española fueron los que ya hemos mencionado, a saber: Naboria, en casa del cual había diez y siete personas que todas se hicieron cristianas solamente con darles a conocer que hay un Dios que ha hecho todas las cosas y creó el cielo y la tierra, sin discutir acerca de otra cosa, ni se les diese más a entender, porque eran propensos a la fe. Pero con los otros se necesita fuerza e ingenio, porque no son todos del mismo carácter; pues algunos tienen buen principio y mejor fin; otros, que comienzan bien, y se ríen luego de lo que les habían enseñado; para éstos hacen falta la fuerza y el castigo.

El primero que recibió el bautismo en la isla Española fue Juan Mateo, que se bautizó el día del evangelista San Mateo, en el año 1496, y después toda su casa, donde hubo muchos cristianos.

Aún se iría más adelante, si hubiese quien los amaestrase y enseñase la fe católica, y gente que los refrenase. Si alguno me pregunta por qué yo creo tan fácil este negocio, diré que lo he visto por la experiencia, especialmente en un cacique principal llamado Mahubiatíbire, el cual hace ya tres años que continúa en la buena voluntad de ser cristiano, y izo tiene más que una mujer, aunque suelen tener dos o tres, y los principales hasta diez, quince y veinte.

Esto es lo que yo he podido entender y saber acerca de las costumbres y los ritos de los indios de la Española, por la diligencia que puse. En lo cual no pretendo alguna utilidad espiritual, ni temporal. Plega a nuestro señor que todo ello se convierta en alabanza y servicio suyo, y en darme gracia de perseverar; y si ha de ser de otra manera, que me quite el conocimiento.

Fin de la obra del pobre ermitaño Ramón Pané.

CAPÍTULO LXIII

Cómo el Almirante fue a España para dar cuenta a los Reyes Católicos del estado en que dejaba la isla Española

Volviendo a lo principal de nuestra historia, digo que el Almirante, habiendo ya pacificado la isla y fabricado la villa Isabela, bien que pequeña, y tres fortalezas en aquella tierra, decidió volver a España para dar a los Reyes Católicos cuenta de muchas cosas que le pareció convenían a su servicio; especialmente a causa de muchos malignos y mordaces que, llevados de la envidia, no cesaban de hablar mal al Rey de los negocios de las Indias, con gran descrédito y deshonra del Almirante y de sus hermanos. Por lo que, con doscientos veinticinco cristianos y treinta indios, el jueves, a 10 de Marzo del año 1496, se embarcó. Al amanecer mandó desplegar velas al viento en el puerto de la Isabela, y con viento de Levante navegó por la costa arriba con dos carabelas llamadas Santa Cruz y la Niña, que eran las mismas con las que había ido a descubrir la isla de Cuba. Martes, a 22 de Marzo, perdió de vista el cabo oriental de la Española, y navegó hacia Levante lo más que el viento le consentía. Pero como la mayor parte de los vientos eran de Levante, a 6 de Abril; por andar escaso de bastimentos, y por estar la gente muy cansada y abatida, resolvió ir hacia Mediodía, para tomar las islas de los Caribes, a las que llegó tres días después, y fondeó en Marigalante el sábado, a 9 de Abril. Al día siguiente, aunque era su costumbre no levar las anclas en domingo cuando estaba en algún puerto, alzó velas al viento, porque murmuraba la tripulación, diciendo que pues iban a buscar de comer,

no se debían observar con tanto rigor las fiestas. Por esto, fue a surgir en la isla de Guadalupe, y enviadas las barcas a tierra bien armadas, antes de que llegasen, salieron de un bosque muchas mujeres con arcos, saetas y penachos, en actitud de defender la tierra. Por lo cual, y también porque el mar estaba algo encrespado, los de las barcas, sin llegar a tierra, mandaron a nado a dos de los indios que llevaban de la isla Española, por los cuales fuesen bien informadas aquellas mujeres de lo que eran los cristianos. Sabido por éstas que no querían más que bastimentos a cambio de las cosas que llevaban, les dijeron que fuesen con sus navíos hacia a la parte del Norte, donde estaban sus maridos, quienes les proveerían de todo lo que deseaban. Yendo los navíos muy cerca de tierra, vieron correr a la costa muchos indios con arcos y flechas, los que acometieron a los nuestros con grandísimo atrevimiento y gritería, aunque en vano, pues no llegaban con sus flechas. Pero viendo que los de las barcas armadas querían salir a tierra, los indios se retiraron a una emboscada, y cuando los nuestros estaban ya junto a la costa, los asaltaron para impedir que desembarcasen. Pero asustados con las lombardas que les dispararon desde las naves, fueron obligados a retirarse al bosque, abandonando sus posesiones y sus casas, en las que entraron los cristianos, cogiendo y destruyendo lo que hallaban. Como sabían el modo de hacer el pan de los indios, echaron mano a la masa y comenzaron a elaborar pan, de modo que se reunió de éste todo lo que hacía falta. Entre otras cosas que hallaron en aquella casa, fueron papagayos grandes, miel, cera y hierro, del que tenían pequeñas hachas con las que cortan, y telares como de tapices, con los cuales tejen telas; las casas eran cuadradas, y no redondas como en las otras islas; en una de ellas fue hallado un brazo de hombre puesto al fuego en un asador. Mientras hacían pan, el Almirante mandó cuarenta hombres por la isla para que supiesen alguna cosa de la calidad y disposición de ésta; los cuales al día si-

guiente, volvieron con una presa de diez mujeres y tres muchachos, pues los demás habían huido. Entre las mujeres que cautivaron estaba la de un cacique, que apenas la pudo alcanzar un canario velocísimo y muy valiente, que había llevado consigo el Almirante; y aún se habría escapado la india, pero cuando ésta se vio sola con el canario, creyó que podría cogerlo, y así luchando a brazo partido, el canario no podía resistirla, de modo que lo echó en tierra, y lo hubiese ahogado, si los cristianos no hubiesen ido a socorrerlo. Estas mujeres llevan las piernas fajadas, desde la pantorrilla, hasta la rodilla, con algón hilado, para que parezcan recias, a cuyo adorno llaman *coiro*; lo tienen por gran gentileza, y se aprietan con él de tal suerte que, si por algún motivo se les cae esta faja, aquella parte de la pierna resulta muy delgada. Esto mismo acostumbran en Jamaica los hombres y las mujeres, y aún se fajan los brazos hasta el sobaco, a saber, hasta la parte delgada, a guisa de los brazales que antiguamente se usaban entre nosotros. Hay también entre ellas ciertas mujeres muy gordas, tanto que alguna tenía un brazo, y aún más, de recia; en lo demás son bien proporcionadas; en cuanto sus hijos pueden estar de pie y andar, les dan un arco en la mano, para que aprendan a disparar saetas; todas llevan el cabello largo y suelto por la espalda; no cubren cosa alguna de su cuerpo. La cacica o señora que tomaron, decía que toda la isla era de mujeres, y que aquellas que no les habían dejado llegar con sus barcas a tierra, eran también mujeres, excepto cuatro hombres de otra isla que estaban allí de paso, pues cierto tiempo del año suelen venir a recrearse y estar con ellas. Lo mismo hacían las mujeres de otra isla llamada Matinino, de las cuales referían lo que se lee de las amazonas; el Almirante creyó esto por lo que había visto en aquellas mujeres, y el ánimo y fuerza que mostraron. Dícese también que parecen dotadas de más inteligencia que las de otras islas, pues en otros lugares no miden el tiempo más que de día por el sol, y de noche, por la luna; mien-

tras que estas mujeres contaban los tiempos por las estrellas, diciendo: cuando el carro sube, o tal estrella desciende, entonces es tiempo de hacer esto, o lo otro.

CAPÍTULO LXIV

Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe para ir a Castilla

Después que hicieron tanto pan como les bastaba para veinte días, con otro tanto que tenían en los navíos, el Almirante resolvió continuar su camino hasta Castilla; pero viendo que aquella isla era como escala y puerta para las otras, quiso dejar contentas a las mujeres con algunos regalos, en compensación de los daños que les habían hecho; por lo que las envió a tierra, excepto a la cacica, que prefirió ir a Castilla, con una hija suya, en compañía de los otros indios que se llevaban de la Española, uno de los cuales era el rey Caonabó, ya mencionado, el mayor y más bien reputado de aquella isla, porque no era natural de ella, sino del país de los caribes; a la cacica le agradó irse a Castilla con el Almirante. Este, luego que se proveyó de agua, de pan y de leña, el miércoles, a 20 de Abril, dio las velas al viento y salió de la isla de Guadalupe. Con vientos escasos y mucha calma siguió su viaje por el grado veintidós, unas veces más y otras menos apartado, según que lo exigía el viento; pues entonces no se tenía la experiencia que hoy de meterse bien hacia el Norte, para encontrar el viento vendaval. Cuando llevaban caminado poco, siendo la tripulación numerosa, comenzaron el 20 de Mayo a estar en gran angustia por la escasez de bastimentos, la cual era tanta que sólo comían al día cada uno seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua, sin nada más, Y aunque había ocho o nueve pilotos en aquellas dos carabelas, ninguno de ellos sabía dónde estaban, si bien el Almirante tenía la certeza de que se hallaban un poco al occidente de las islas

Azores, de lo que da la razón en su Itinerario, diciendo: «Esta mañana, las agujas flamencas noroesteaban, como suelen una cuarta, y las genovesas, que generalmente se conforman con éstas, noroesteaban poco; después noroesteaban yendo hacia el Este, señal de que nos hallábamos a unas cien leguas al Poniente de las islas Azores; pues cuando estuvimos en las ciento, y había en el mar poca hierba de ramillos esparcidos, las agujas flamencas noroesteaban una cuarta, y las genovesas miraban al Norte; cuando estemos más al Este Noroeste, harán alguna mutación».

Lo que se verificó muy luego, el domingo siguiente, a 22 de Mayo. De cuyo indicio, y de la certeza del punto que había echado[172], supo entonces que estaba a cien leguas de las islas de los Azores, de lo cual se maravilla y atribuye el motivo a la diferencia de la calamita con que se tocan las agujas; porque hasta dicha línea todas noroesteaban una cuarta, y allí las unas perseveraban, y las otras, que son las genovesas, miraban derechamente a la estrella del Norte. Lo mismo se verificó otro día más tarde, a 24 de Mayo.

Siguiendo su camino, el miércoles a 8 de Junio, yendo todos los pilotos como ciegos y perdidos, llegaron a vista de Odmira, que está entre Lisboa y el cabo de San Vicente, habiendo pasado muchos días que todos los otros pilotos se acercaban siempre a tierra, excepto el Almirante, que la noche anterior moderó la furia de las velas, por miedo al peligro de tierra, diciendo que hacía esto porque se hallaban junto al cabo de San Vicente; de lo cual se reían todos, afirmando algunos que iban por el canal de Flandes, y otros, por Inglaterra; los que menos se equivocaban decían hallarse en Galicia, por lo que no debían amainar, pues era mejor perecer en tierra que morir miserablemente en el mar con el hambre que padecían; la cual fue tan grande que muchos, como caribes, querían comerse los indios que llevaban; otros, por economizar lo poco que les quedaba, eran de

parecer que se les tirase al mar; y lo habrían hecho si el Almirante no se mostrase bastante severo e impedirlo, considerando que eran sus prójimos, y cristianos, y por esto no se les debía tratar menos bien que a los demás; por ello quiso Dios premiarle, dándole a la mañana siguiente la tierra que él a todos había prometido. Desde entonces fue tenido por la gente de mar como sapientísimo y divino en cosas de navegación.

CAPÍTULO LXV

Cómo el Almirante llegó a la Corte, y la expedición que le encomendaron los Reyes Católicos para su vuelta a las Indias

Llegado el Almirante a tierra de Castilla, luego comenzó a disponer su viaje para la ciudad de Burgos, donde fue muy bien recibido de los Reyes Católicos, que estaban allí para celebrar las bodas del serenísimo Príncipe D. Juan, su hijo, que se casó con doña Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano[173], la cual fue llevada entonces, y recibida solemnemente por la mayor parte de los nobles y por la mejor y más ilustre gente que en España se vio reunida. Pero estas particularidades y grandezas, aunque yo estuve presente por ser paje del mencionado Príncipe, no las referiré, pues no son hechos que se refieran a nuestra historia, y también porque los cronistas de Sus Altezas habrán cuidado de ello.

Volviendo a lo que al Almirante toca, digo que, llegado a Burgos, hizo muy luego a los Reyes Católicos un gran presente de muchas cosas y muestras que llevaba de las Indias, como diversidad de aves y otros animales, árboles, plantas, instrumentos y otras cosas que los indios usaban para su servicio y recreo; muchas máscaras y ceñidores con varias figuras, en las que los indios ponían hojas de oro en los ojos y las orejas; juntamente había oro en grano, producido así por la naturaleza, menudo, o grande como habas o garbanzos, y algunos granos como huevos de paloma; aunque esto después no fue apreciado tanto, pues en tiempos posteriores se halló un pedazo y pepita de oro que pesaba más de treinta libras, Pero entonces, con la

esperanza de lo que daría aquello con el tiempo, se estimaba como gran cosa; por esto lo recibieron los Reyes con mucha alegría, y lo tuvieron a gran servicio.

Después que el Almirante dio cuenta de lo que se refería al bien y la población de las Indias, deseaba volver pronto por miedo de que faltando él, sucediese algún siniestro y desventura, principalmente por haber dejado la gente con gran necesidad de muchas cosas que eran necesarias para sustentación de todos. Pero aunque el Almirante insistía mucho en esto, comoquiera que los negocios de la Corte suelen llevar consigo dilación, no pudo estar aviado tan pronto que no pasasen diez o doce meses antes de que obtuviese la expedición de dos navíos que fueron enviados delante con socorros, de los cuales fue capitán Pedro Fernández Coronel.

Estos salieron en el mes de Febrero de 1498[174], y el Almirante quedó solicitando el resto de la armada que era necesaria para su regreso a las Indias. Mas no pudo ver tan presto el fin sin que pasase más de un año que permaneció en Burgos y en Medina del Campo, donde, estando la Corte en el año 1499[175], los Reyes Católicos le concedieron muchas gracias y privilegios, no sólo acerca de sus negocios y estado, sino también para el buen gobierno y provisión de las cosas de las Indias[176]. De los cuales haré aquí relación, para que se sepa la buena voluntad que los Reyes Católicos tuvieron, hasta entonces, de premiarle sus méritos y servicios, y cuánto se mudó luego por la falsa información de malignos y envidiosos; pero dejemos los agravios que se le hicieron, pues ya los diremos más adelante. Volviendo a su partida de la Corte para Sevilla, diré que aun allí, por culpa y mal gobierno de los oficiales reales, especialmente de D. Juan de Fonseca[177], arcediano de Sevilla, se alargó el despacho de la armada mucho más de lo que convenía; lo que provino de que D. Juan de Fonseca, que después fue obispo de Burgos, abrigó continuamente mortal odio al Almirante y a sus

empresas, y estuvo a la cabeza de quienes lo malquistaron con el Rey. Para que D. Diego mi hermano, y yo, que habíamos servido de pajes al Príncipe D. Juan, el cual entonces había muerto[178], no participásemos de su tardanza, y no estuviésemos ausentes de la Corte al tiempo de su marcha, se nos mandó, a 2 de Noviembre del año 1497, desde Sevilla, servir de pajes a la serenísima Reina doña Isabel, de gloriosa memoria.

CAPÍTULO LXVI

Cómo el Almirante salió de Castilla y fue a descubrir la tierra firme de Paria

Continuando el Almirante su expedición a costa de mucho trabajo y con gran diligencia, el 30 de Mayo del año 1498, alzó velas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, con seis navíos cargados de bastimentos y de otras cosas necesarias para la provisión y socorro de la gente y pobladores de la Española. Y el jueves, a 7 de Junio, llegó a la isla de Porto Santo, donde oyó misa y se quedó para proveerse de agua, de leña y de todo lo que necesitaba. Luego que anocheció, aquel mismo día siguió su camino con rumbo a la isla de Madera, donde llegó el domingo siguiente, a 10 de Junio. Allí, en la ciudad de Funchal, le fue hecho mucho agasajo y grato acogimiento por el capitán de la isla, con el que se detuvo algunos días para proveerse de lo necesario, hasta el sábado después de mediodía, que alzó las velas; martes, a 19 de Junio, llegaron a la Gomera, donde estaba un navío francés que había apresado dos naves castellanas, el cual, vista la armada del Almirante, huyó con éstas. El Almirante, creyendo que serían navíos mercantes y que por miedo se escapaban creyendo que los nuestros eran franceses, no se cuidó de seguirlos; pero que estando ya alejados, supo de cierto lo que aquello era, y envió tras de ellos tres navíos de los suyos, por miedo de los cuales, los franceses dejaron una de las naos apresadas, y huyeron las otras dos, sin que los del Almirante pudiesen darles alcance. Y habrían también cogido la otra si no la abandonasen; porque, cuando el Almirante se presentó en el

puerto, por miedo y turbación no tuvieron tiempo de proveerla de la tripulación necesaria, de tal modo que no había dentro más que cuatro franceses y seis españoles de los que fueron presos con el mismo navío, y los españoles, visto el socorro, se levantaron contra los franceses, y poniéndolos bajo cubierta, con ayuda de los navíos del Almirante volvieron con el suyo al puerto; y el Almirante lo mandó restituir a su patrón. Y aún habría castigado a los franceses si no interpusiera su autoridad el gobernador Álvaro de Lugo, y todos los de la tierra, que le pedían se los diese a cambio de seis vecinos que el francés llevaba prisioneros; el Almirante se los cedió gustosamente.

Después, apresurando su viaje, el jueves, a 21 de Junio, navegó con rumbo a la isla del Hierro; y allí, de seis navíos que llevaba en su armada, resolvió mandar tres a la Española, y, con los otros tres, ir él hacia las islas de Cabo Verde, para desde allí seguir derecho su camino y descubrir la tierra firme. Con tal propósito nombró un capitán en cada uno de los navíos que mandaba a la isla Española. Uno de aquellos fue Pedro de Arana[179], primo del Arana que murió en la isla Española; otro, Alfonso Sánchez de Carvajal, vecino de Baeza; el tercero, Juan Antonio Colombo, primo del Almirante. Dióles particular instrucción de lo que habían de hacer, disponiendo que cada uno tuviese el gobierno general una semana. Dada esta orden, emprendió su viaje con rumbo a las islas de Cabo Verde, y dichos capitanes salieron para la Española. Como el clima por donde viajaba era en aquel tiempo malsano, el Almirante fue súbitamente acometido de un gravísimo dolor de gota en una pierna; y a los cuatro días le sobrevino una terrible fiebre. Pero no obstante la enfermedad, estaba en su buen seso y anotaba con diligencia todos los espacios que caminaba el navío, y las mutaciones que ocurrían de tiempo, como lo había acostumbrado desde el comienzo del primer viaje.

Siguiendo su rumbo, el miércoles 27 de Junio, vio la isla de la Sal, que es una de las islas de Cabo Verde. Pasando junto a ella, fue a otra que se llama de Buenavista, nombre ciertamente alejado de la verdad, pues es triste y pobre. En ésta echó las anclas en un puerto, a la parte del Oeste, junto a una isleta que hay allí, cerca de seis o siete casas de los que habitan aquella isla, y de leprosos que allí van para curarse de su enfermedad. Y así como los navegantes se regocijan descubriendo tierra, tanto se alegran y gozan los infelices que allí habitan, cuando ven algún navío; por lo cual muy luego fueron a la playa para hablar con los de las barcas que el Almirante mandó a tierra para proveerse de agua y sal. Hay en la isla gran cantidad de cabras. Viendo que aquellos eran castellanos, el portugués que gobernaba la isla en nombre de su Señor, fue pronto a los navíos para hablar con el Almirante y ofrecerle cuanto éste pedía; por lo que el Almirante le dio las gracias y mandó que le fuese hecho mucho agasajo y se le diese algún refresco, pues por la esterilidad de la isla, siempre viven en gran miseria.

Deseando saber el Almirante la manera que tenían los enfermos para curarse, preguntóselo; y dijo aquel hombre que allí el aire y el cielo eran muy templados, y esto era la primera causa de la curación; la segunda procedía de lo que comían, porque acudía allí gran número de tortugas, de las que se alimentan los enfermos, y se untan con su sangre, de modo que en poco tiempo, continuando esta medicina, sanan; pero los que nacieron ya enfermos de este mal, tarden más en curarse. Era el motivo de haber allí tantas tortugas el ser toda la costa una playa arenosa, donde, en los tres meses de Junio, Julio y Agosto, iban las tortugas desde la tierra firme de Etiopía; la mayor parte de las cuales eran del tamaño de una rodela común. Que todas, por la tarde salían a dormir y a poner los huevos en la arena; que los cristianos iban de noche por la playa, con hachones encendidos o con linternas, buscando las huellas que ha dejado en la arena la tor-

tuga, y, hallada ésta, la siguen hasta dar con ella, la cual, cansada por haber andado tanto camino, duerme tan profundamente que no siente al cazador. Este, apenas la encuentra, la deja vuelta con el vientre hacia arriba, y sin hacerle más daño, pasa a buscar otra; porque las tortugas no pueden volverse, ni moverse del lugar donde las dejan por su mucho peso; luego que han tomado cuantas quieren, vuelven a la mañana, a fin de escoger las que más les agradan; y dejando irse las más pequeñas, se llevan las otras para comérselas.

Con tal miseria viven los enfermos sin que tengan más ocupación ni otra comida, por ser la isla muy seca y estéril, sin árboles ni agua, por lo que solamente la beben de algunos pozos de agua muy gorda y salitrosa. Dijeron que los mismos encargados de guardar la isla, que eran aquel hombre y cuatro compañeros suyos, no tenían otra ocupación que matar cabras, y salarlas para enviarlas a Portugal. Añadían haber tanta abundancia de cabras por los montes, que algún año mataron por valor de tres o cuatro mil ducados; y que todas ellas se habían multiplicado de ocho cabras que llevó el Señor de la isla, llamado Rodrigo Alfonso, escribano de la hacienda del Rey de Portugal. Muchas veces estaban los cazadores cuatro o cinco meses sin comer pan ni otra cosa más que aquella carne y peces, y que por este motivo estimaba mucho el refresco que el Almirante le había hecho dar. Luego, aquel hombre y sus compañeros, con alguna gente de los navíos, fueron a la caza de cabras, pero viendo que se necesitaba mucho tiempo para matar cuantas hacían falta, el Almirante no quiso detenerse más, por la mucha prisa que tenía; y así, el sábado, a la tarde del último día de Junio, salió para la isla de Santiago, que es la principal de las islas de Cabo Verde, donde llegó al día siguiente al anochecer, y se detuvo junto a una iglesia, donde mandó a tierra para comprar algunas vacas y bueyes, y llevarlos vivos a la Española. Pero, vista la dificultad que allí había para proveerse con presteza de

lo que deseaba, y el daño que de su tardanza se le seguía, decidió no esperar más; y especialmente, porque temía que enfermase la gente, por ser aquella tierra malsana. Por lo cual escribe que desde que llegó a dichas islas no vio el cielo ni alguna estrella, sino una niebla tan densa y caliente que las tres partes de los moradores de la isla estaban enfermos, y todos tenían mal color.

CAPÍTULO LXVII

Cómo el Almirante salió de las islas de Cabo Verde a buscar la Tierra Firme; del gran calor que sufrió, y la claridad que daba el Norte

Jueves, a 5 de Julio, el Almirante salió de la isla de Santiago con rumbo al Sudoeste, con propósito de navegar hasta la tierra equinocial, y de allí, seguir por Occidente hasta que hallase tierra, o llegar a paraje desde donde pasase a la isla Española. Pero como entre aquellas islas son muy grandes las corrientes hacia el Norte y el Noroeste, no pudo caminar tanto como deseaba, de modo que el sábado, a 7 de Julio, aún dice que estaba a vista de la isla del Fuego, que es una de las del Cabo Verde; la cual añade que es muy alta hacia el Mediodía, y que de lejos parece una gran iglesia que tiene hacia el Este el campanario, un altísimo pico de donde, cuando sopla el viento levante, suele salir gran fuego, como sucede en Tenerife, en el Vesubio y en el Etna. Esta fue la última tierra que vio de cristianos. Luego continuó su camino por Suroeste hasta que se halló a distancia de cinco grados de la equinocial, donde se calmó el viento, habiendo navegado continuamente con la niebla de que ya hemos hablado. Aquella calma duró ocho días con un calor tan excesivo que abrasaba los navíos. No había nadie que pudiese estar bajo cubierta, y si no fuera porque llovió alguna vez, y que el sol se anublaba, creyó que se quemarían vivos juntamente con los navíos, porque el primer día de calma fue tan claro, y era tan grande el calor, que ningún remedio se podía hallar si Dios no socorriese milagrosamente con la lluvia y la niebla que hemos dicho. Por lo cual habiéndose alejado algo hacia el Norte, ha-

llándose a siete grados de la equinocial, resolvió no ir más hacia el Sur, sino caminar derecho al Poniente, cuando menos hasta ver cómo se fijaba el tiempo, pues con motivo del calor había perdido muchas vasijas, saltaban los cercos de los toneles, y se requemaban el trigo y los otros bastimentos que llevaban[180].

Estando ya a mediados de Julio, dice que tomó la altura del Polo con gran diligencia y mucha certidumbre, y halló grande y maravillosa diferencia de lo que solía suceder en el paralelo de las Azores. Porque allí, cuando estaban las Guardas en el brazo derecho, esto es a la parte de Oriente, entonces la estrella del Norte se hallaba más baja, y luego se iba encumbrando; de modo que, cuando las Guardas estaban encima de la cabeza, entonces la Polar tenía de altura dos grados y medio, y luego que pasaba de allí, volvía a descender los mismos cinco grados que había subido. Lo cual dice que experimentó muchas veces con gran diligencia y con tiempo muy cómodo para observarlo. Y que entonces, en el paraje donde estaba de la zona tórrida, resultó muy en contrario, porque estando las Guardas en la cabeza, hallaba que la Polar se había encumbrado seis grados, y cuando las Guardas pasaban al brazo izquierdo, al cabo de seis horas halló la estrella Polar en once grados de altura; después, a la mañana, las Guardas pasaban a los pies, aunque no se veían por estar muy bajo el Polo, la Polar tenía de altura seis grados, de modo que la diferencia era de diez grados, y describía un círculo cuyo diámetro era de diez, no habiendo bajado más que cinco en su posición, por estar allí en el brazo izquierdo, que es el más bajo, y aquí en la cabeza. Parecióle muy difícil de comprender la razón de esto, y no entendiéndola bien hasta que pensó mucho en ello, dice parecerle en lo que atañe a la descripción del círculo por la estrella poderse afirmar que en la equinocial se ve como es; y cuanto sube más al Polo, parece menor, porque se toma el cielo más oblicuo. Cuanto al noroestear, creo que la estrella tiene la propiedad de los cuatro vientos, co-

mo también la calamita, que si se toca con Levante, mirará al Levante, y si de otro modo al Poniente, al Norte, o al Sur; por esto, el que hace las agujas de marcar, cubre con paño la calamita, de modo que no quede fuera más que la parte septentrional, esto es, la que tiene virtud de guiar el acero derecho al Norte.

CAPÍTULO LXVIII

Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vio la Tierra Firme

Martes, último día de Julio del año 1498, después de navegar el Almirante muchos días hacia Poniente, tanto que en su opinión dejaba las islas de los Caribes al Norte, acordó no continuar más aquel camino, sino ir a la Española, no sólo porque padecía gran falta de agua; mas también porque todos los bastimentos se le deshacían; y también porque recelaba que en su ausencia hubiese ocurrido algún desorden y alboroto entre la gente que allí había dejado, como en efecto había sucedido, por lo que más adelante referiré. Por lo cual, dejando el camino de Poniente, tomó el del Norte, pareciéndole que tomaría por allí alguna de las islas de los Caribe, donde se refrescase la gente, y se proveyera de agua y leña, de lo que tenía gran necesidad. Así, pues, navegando una mañana por aquel camino, quiso Dios que a hora del mediodía, un marinero de Huelva llamado Alonso Pérez Nizardo[181], subido a la gabia, vio tierra al Occidente, a distancia de cinco leguas de la nave. Lo que vio fueron tres montes juntos al mismo tiempo. No mucho después vieron que la misma tierra se dilataba al Nordeste, todo cuanto que alcanzaba la vista, y aun parecía no verse hasta el fin. Por lo cual, habiendo todos dado muchas gracias a Dios, y recitado la Salve y otras oraciones devotas que en tiempos de tormenta y de alegría suelen rezar los marineros, el Almirante le puso el nombre de isla de la Trinidad; tanto por llevar pensamiento de poner este nombre a la primera tierra que hallase, como por parecerle

que con esto daba gracias a Dios, que le había mostrado los tres montes juntos al mismo tiempo, según hemos dicho.

Después navegó con rumbo a Occidente para ir a un cabo que se veía más al Sur, y fue por la parte meridional de dicha isla hasta que llegó a dar fondo, pasadas cinco leguas de una punta que llamó de la Galea[182], a causa de un peñasco que había en aquélla, que lejos parecía una galera que iba a la vela. Por no tener a la sazón más que una pipa de agua para toda la tripulación de su nave, y las otras estaban con la misma necesidad, y allí no había comodidad para tomarla, luego, la mañana del miércoles siguiente, fue a detenerse junto a otro cabo que llamó de la Playa, donde con grande alegría bajó la gente a tierra y tomaron agua de un hermosísimo río, sin que en todo el contorno hallasen gente ni población alguna, aunque en toda la costa que habían dejado a mano derecha, hubiesen visto muchas casas y pueblos. Es verdad que encontraron vestigios de pescadores, que habían huido dejando algunas cosas de las que suelen disponer para la pesca. Allí encontraron también muchas huellas de animales que parecían ser cabras, y también los huesos de uno; pero, como la cabeza no tenía cuernos, creyeron que sería algún macaco o mono pequeño; como después supieron que era, por los muchos animales de aquellos que vieron en Paria. Aquel mismo día, que fue el primero de Agosto, navegando entre el cabo de la Galea y el de la Playa, sobre la mano izquierda, hacia el Sur, vieron la tierra firme, a distancia de veinticinco leguas, y pensaron que sería otra isla; creyéndolo así el Almirante, la llamó Isla Santa. La tierra que vieron de la isla de la Trinidad, esto es, desde un cabo al otro, se dilataba por treinta leguas de Este a Oeste sin puerto alguno; pero todo el país era muy hermoso, los árboles llegaban hasta el agua; había muchos pueblos y casas; todo muy ameno. Esta jornada la hicieron en brevísimo espacio, porque la corriente del mar era tan veloz hacia el Poniente, que parecía un río impetuoso, tanto de día

como de noche, a todas horas, no obstante que subía y menguaba el agua en la playa, más de sesenta pasos con la marea, como en Sanlúcar de Barrameda suele acontecer cuando se hincha el agua, pues aunque ésta suba y baje, no por eso deja de correr hacia el mar.

CAPÍTULO LXIX

Cómo el Almirante fue al cabo del Arenal, y los de una canoa fueron para hablar con él

Viendo que en el cabo de la Playa no podían tener lengua de la gente de aquella tierra, ni había comodidad para proveerse de toda el agua que necesitaban, sino con gran molestia, y que allí no podían reparar los navíos ni tener bastimentos, al día siguiente, que fue a 2 de Agosto, el Almirante siguió su camino hacia otro cabo que parecía ser el occidental de la isla, y llamólo del Arenal; allí fondeó, pareciéndole que los levantes que corren en aquella parte, no darían tanta fatiga en el ir y volver las barcas a tierra. Antes que llegasen a este cabo, yendo por su camino, comenzó a seguirles una canoa con veinticinco indios, los cuales, a un tiro de lombarda, se detuvieron hablando en voz alta; pero no se les entendía cosa alguna, aunque se presumió que indagarían quiénes eran los nuestros y de qué país iban, como otras veces los demás indios acostumbraban a indagar lo primero. Pero como con palabras no había medio de persuadirles que se acercasen a los navíos, comenzaron los nuestros a mostrarles diversas cosas para que tuviesen deseo de adquirirlas, a saber, bacías de latón, espejos y otras cosas semejantes que los demás indios suelen estimar mucho. Pero aunque con estas señales se acercaban algo, de cuando en cuando se detenían con alguna duda; por lo cual, y también por alegrarlos con alguna fiesta, y animarlos a ir, el Almirante mandó que subiese a la popa el tamborino, que otro cantase con un timbal, y algunos grumetes comenzasen una danza. Viendo los indios es-

to, luego se pusieron en ademán de guerra, embarazando las rodelas que llevaban, y con sus arcos y flechas comenzaron a tirarles a los que bailaban. Estos, por mandato del Almirante, para que no quedase sin castigo aquella insolencia, y no despreciasen a los cristianos, dejada la danza, les comenzaron a tirar con las ballestas, de modo que les fue difícil poderse retirar, y se fueron lejos a otra carabela, llamada la Vaqueña, a la que se acercaron sin miedo ni tardanza, el piloto entró con ellos en la canoa, les dio algunas cosas que les agrada mucho, y dijeron que si estuviesen en tierra les llevarían de las casas pan del suyo. Con esto se fueron a tierra y los del navío no quisieron cautivar alguno, por miedo de desagradar al Almirante. La relación que hicieron de éstos fue ser gente muy bien dispuesta y más blanca que las de las otras islas; que llevaban largo el pelo, como las mujeres, atado con unas cuerdecillas, y cubrían sus partes vergonzosas con pañizuelos.

CAPÍTULO LXX

Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la boca de la Sierpe; y cómo se descubrió Paria, que fue el primer hallazgo de Tierra Firme

Luego que surgieron los navíos en el cabo del Arenal, el Almirante mandó las barcas a tierra por agua, y para tomar lengua de los indios, mas no pudieron hallar ni una ni otra cosa, por ser aquella tierra muy baja y deshabitada. Por lo cual, al día siguiente mandó que fuesen a cavar algunos pozos en la arena, y por su buena suerte los hallaron hechos y llenos de agua buenísima; pensaron que sería obra de los pescadores.

Tomada el agua que necesitaban, el Almirante acordó pasar a otra boca que se veía hacia el Noroeste, a la cual después nombró Boca del Dragón, a diferencia de aquella donde estaba, que la llamó Boca de la Sierpe; estas bocas estaban formadas por los dos cabos occidentales de la Trinidad, y otros dos de la Tierra Firme; una de ellas al Norte, y la otra al Mediodía. En medio de aquella donde el Almirante había fondeado, se veía un alto peón, al que llamó el Gallo. Por esta boca o canal que denominó Boca de la Sierpe, de continuo iba el agua hacia el Norte con tanta furia como si fuese la boca de un caudaloso río; por esto le dieron aquel nombre, a causa del espanto que allí tuvieron; pues estando asegurados con las áncoras, vino un golpe de corriente por la parte del Mediodía, con mucho más ímpetu que el acostumbrado, y con grandísimo ruido, porque corría de dicha boca hacia el Norte. Y como del golfo que ahora llamamos de Paria salía otra corriente en contra de la mencionada, se jun-

taron como los luchadores, con grandísimo estruendo, e hicieron que el mar se elevase a guisa de un alto monte o cordillera, a lo largo de la boca[183]. Dicho monte de agua fue en dirección a los navíos, con grande terror de todos que temían los trastornase. Pero quiso Dios que pasase por debajo; o por mejor decir, que los levantó sin hacerles daño, bien que a un navío le soltó las áncoras de tierra, y lo despidió del lugar en que estaba, hasta que con las velas huyó de aquel peligro, con grandísimo miedo de anegarse. Muy luego, pasada la furia de la corriente, viendo el Almirante el riesgo en que allí estaba, emprendió el viaje hacia la Boca del Dragón, que está entre el cabo del noroeste de la Trinidad y el oriental de Paria, y navegó al Poniente, porque pensaba que ésta era isla, y esperaba encontrar por donde salir, a la parte del Norte, hacia la Española. Aunque en la costa de Paria había muchos puertos, no quiso entrar en alguno, pues todo el mar era puerto, por estar circundado de la Tierra Firme.

CAPÍTULO LXXI

Cómo en Paria se hallaron muestras de oro y perlas, y gente de buen trato

Estando surto el Almirante a 5 de Agosto, como tenía por devoción no alzar las áncoras en tal día, que era domingo, mandó las barcas a tierra, donde hallaron mucha fruta de la misma que en otras islas, muchísimos árboles y señales de gente que parecía fugitiva por miedo de los cristianos. Pero no queriendo perder más tiempo, siguió la costa arriba otras quince leguas, sin entrar en puerto alguno, por miedo de no hallar los vientos que necesitaba para salir. Fondeó al cabo de las quince leguas, en la costa, y muy luego llegó una canoa al costado de la carabela llamada el Correo, con tres hombres. El piloto, sabiendo lo mucho que el Almirante deseaba tomar lengua de aquella gente, simuló que deseaba hablar con ellos y se echó dentro de la canoa hundiéndola. La gente del navío tomó aquellos tres y los llevó al Almirante, que los halagó mucho y con bastantes dádivas los envió a tierra, donde se veía gran número de indios, los cuales, sabida la buena relación que aquellos les dieron, todos con sus canoas fueron a los navíos para cambiar las cosas que tenían, y eran las mismas que en las otras islas antes descubiertas, aunque allí no vieron las tablachinas o rodelas, ni la hierba envenenada para las saetas, las cuales éstos no usan, pues solamente los caribes acostumbran tenerlas. La bebida de éstos era cierto licor blanco como la leche, y otro que tiraba a negro de sabor de vino verde, hecho de agraz; pero no se pudo saber de qué fruto lo hacían. Llevaban paños de algodón, bien tejidos, de

varios colores, del tamaño de pañizuelos, unos mayores y otros menores; lo que más estimaban de nuestras cosas eran las cosas de latón, y especialmente los cascabeles. La gente parecía ser más tratable y sagaz que la de la Española. Cubren sus partes pudendas con un paño de los que hemos mencionado, que son de varios colores; llevan otro rodeado a la cabeza. Las mujeres no encubren cosa alguna, ni siquiera las partes vergonzosas, lo que también se usa en la isla de la Trinidad. Nada vieron de utilidad, fuera de algunos espejillos de oro que llevaban al cuello. Por lo cual, y porque el Almirante no podía detenerse a investigar los secretos del país, mandó que tomasen seis de estos indios, y continuó su camino al Occidente, siempre que la tierra de Paria, a la que dio nombre de isla de Gracia, no era Tierra Firme.

De allí a poco vio que se mostraba una isla a Mediodía, y otra no menor al Poniente, toda de tierra muy alta, con campos sembrados y muy poblada; los indios llevaban al cuello más espejos que los anteriores, y muchos guanines, que son oro bajo, y decían que éstos nacían en otras islas occidentales, de gente que devora hombres. Las mujeres llevaban sartas de cuentas en los brazos, y en ellas perlas grandes y pequeñas, muy bien engarzadas, de las que se rescataron algunas para mandarlas como muestra a los Reyes Católicos. Siendo preguntados dónde hallaban aquellas cosas, dijeron por señas que en las conchas de las ostras que pescaban al poniente de la tierra de Gracia y detrás de ésta hacia el Norte. Por lo cual el Almirante se detuvo allí, para tener más certeza de tan buena muestra, y mandó las barcas a tierra[184], donde se había congregado toda la gente de aquel país, que demostró ser tan pacífica y afable que importunaron a los cristianos para que fuesen con ellos a una casa poco distante, en la que les dieron de comer y mucho vino del suyo. Luego, desde aquella casa, que debía ser el palacio del rey, los llevaron a otra de un hijo de éste, donde les hicieron el mismo

agasajo; todos eran, generalmente, más blancos que cuantos se habían visto en las Indias, de mejor semblante y disposición, con el pelo cortado a mitad de la oreja, al uso de Castilla. De estos supieron que aquella tierra se llamaba Paria, y que eran gustosos de ser amigos de los cristianos; con lo que se separaron de éstos y volvieron a los navíos.

CAPÍTULO LXXII

Cómo el Almirante salió para la Boca del Dragón y el peligro que corrió

Continuando el Almirante su viaje al Oeste, cada vez se hallaba menos fondo en el mar, tanto que habiendo ido por cuatro o cinco brazas de agua, no se hallaron luego sino dos y media en baja mar, porque el crecer y menguar el agua era diferente que en la isla de la Trinidad, pues en esta isla subía el agua tres brazas, y donde estaba, cuarenta y cinco leguas más al Poniente, no crecía más que una; allá, siempre hacia abajo, o como dicen los marineros, de flujo y de reflujo, iban las corrientes al, Poniente; aquí, de menguante, iban al Oriente, y de creciente al Occidente; allá el mar era medio dulce, y aquí como agua de río. El Almirante viendo estas diferencias y el poco fondo que hallaba para los navíos, no se atrevió a ir más allá con su nave, la cual requería tres brazas de agua, pues era de cien toneles; por esto surgió en aquella costa, que era segurísima, por tener el puerto forma de una herradura, rodeado por todas partes de tierra. No obstante mandó una carabelilla que llamaban el Correo para saber si había paso detrás de aquellas islas por el Occidente, la cual, a poco de caminar, volvió al día siguiente, que era el 11 de Agosto, diciendo que al extremo occidental de aquel mar había una boca de dos leguas de Sur a Norte, y dentro un golfo redondo con otros cuatro menores, uno a cada lado; y que de cada uno de ellos salía un río, cuya agua era la causa de que todo aquel mar fuese tan dulce, y aún allá dentro era más dulce que donde se hallaba el Almirante; de donde deducía

que en verdad aquellas tierras que parecían ser islas, todas eran un mismo continente; que en todo aquel mar había encontrado cuatro o cinco brazas de fondo, y tanta hierba de aquella del Océano, que con trabajo habían pasado por ella. Por lo cual, estando el Almirante muy cierto de que no podría salir con rumbo al Occidente, el mismo día volvió hacia Levante, con ánimo de salir por el estrecho que se había visto entre la tierra de Gracia, que los indios llamaban Paria, y la Trinidad; cuyo estrecho tiene al Oriente la punta de la Trinidad, que el Almirante llamó cabo Boto, y al Poniente el cabo de la isla de Gracia, que llamó cabo de la Lapa, y en medio hay cuatro islillas.

El motivo porque la llamó cabo del Dragón fue porque es en verdad peligroso con la furia del agua que va por allí a salir al mar, de la que se formaban tres olas de mar grueso y de formidable ruido que se extendían del Oriente al Poniente en toda la mencionada boca, Como al tiempo que salió por ésta le faltó el viento, y estuvo en grandísimo peligro de ser arrojado por la corriente en algún bajo o escollo donde se deshiciera, tuvo justo motivo de darle un nombre que correspondiese al de la otra boca en la que se había visto con no menos peligro, como ya hemos dicho. Pero quiso nuestro Señor que de donde habían tenido más temor, les viniese el remedio, y que la misma corriente les sacase a salvo.

Luego, sin tardanza, el lunes, a 13 de agosto, comenzó a navegar hacia Occidente por la costa septentrional de Paria, para ir a la Española, dando muchas gracias a Dios que le libraba en tantos trabajos y peligros, y le mostraba siempre nuevas tierras, llenas de gente pacífica, y de gran riqueza; y especialmente aquella que tenía por muy cierto era tierra firme, por la grandeza del mar de las perlas, y los ríos que a éste salían; porque todo el mar era de agua dulce; por la autoridad de Esdras, en el capítulo VIII del libro IV, quien dice que de siete partes de la esfera, sólo una está cubierta de agua, y porque todos los indios

de las islas de los Caníbales le habían dicho que a la parte del Mediodía había una grandísima tierra firme.

CAPÍTULO LXXIII

Cómo el Almirante fue desde Tierra Firme a la isla Española

Navegando el Almirante al poniente de la costa de Paria, cada instante se alejaba más de aquélla, con rumbo al Noroeste, porque las calmas y las corrientes le echaban hacia aquella parte; de manera que el miércoles, a 15 de Agosto, dejó el cabo que llamó de las Conchas, al Mediodía, y la isla Margarita al Poniente, a la cual puso este nombre, tal vez inspirado de Dios, porque junto a esta isla está la de Cubagua, de la que se ha sacado innumerable cantidad de perlas y margaritas[185]; lo mismo que en la Española, cuando volvió de Jamaica llamó a ciertos montes Todos de Oro, y luego se halló en éstos la mayor cantidad de granos de oro que de aquella isla se ha traído a España.

Pero, volviendo a su viaje, diré que siguió su camino por seis islillas que llamó las Guardas. A otras tres que estaban más al Norte, les dio nombre de Testigos. Y aunque aún descubrieron mucha tierra al Poniente de la misma costa de Paria, dice el Almirante que no podía dar tan particular cuenta como él deseaba, porque a causa del mucho velar, los ojos se le habían ensangrentado, y había necesidad de anotar la mayor parte de estas cosas por lo que decían los marinos y pilotos que con él iban. Añade que aquella misma noche, que fue jueves, a 16 de Agosto, las agujas, que hasta entonces no habían noruesteado, noruesteaban, apresuradas, más de una cuarta y media, y algunas la mitad de un viento, sin que en ello pudiese haber error, porque siempre habían estado vigilantes en anotarlo. Admirado de esto y con temor de que le faltase comodidad para ir por la costa de

Tierra Firme, navegó casi todo el viaje al Noroeste, hasta que el lunes, a 20 de Agosto, fondeó entre la Beata y la Española; desde allí envió algunos indios con cartas a su hermano el Adelantado, dándole a saber su venida y buen éxito. Estaba lleno de asombro viéndose tan a Poniente, pues aunque él sabía que era menor la fuerza de las corrientes, no creyó que fuese en tanta manera. Por lo cual, a fin de que no se le acabasen los bastimentos que tenía, luego fue por Oriente, con rumbo a Santo Domingo, en cuyo puerto o río entró a 30 de Agosto, pues el Adelantado había señalado allí el sitio de la ciudad[186], a la parte oriental del río, donde hoy está, y llamó la Santo Domingo en recuerdo de su padre, que se llamaba Domingo.

CAPÍTULO LXXIV

De la rebelión y alborotos que el Almirante halló en la Española promovidos por la maldad de Roldán, a quien había dejado por alcalde mayor

Entrado el Almirante en la ciudad de Santo Domingo con la vista casi perdida por el continuo velar que había tenido, esperaba que reposaría de los trabajos sufridos en aquel viaje, y hallaría mucha paz entre su gente; pero vio muy lo contrario, porque todos los vecinos de la isla estaban con gran tumulto y sedición; buena parte de la gente que dejó había muerto; de los restantes había más de ciento sesenta enfermos del mal francés; muchos otros se habían sublevado con Roldán, y no encontró los navíos que dijimos haber enviado desde las islas Canarias con socorro. Por lo cual es necesario que escribamos con orden para seguir y cumplir la relación de esta historia, comenzando desde el día que el Almirante salió para Castilla, cuya partida como dijimos, fue en el mes de Marzo del año 1496, habiendo pasado treinta meses hasta el día de su regreso. Al principio de este tiempo, con la esperanza de su presta vuelta y de tener en breve socorros, la gente estuvo tranquila. Pero pasado el primer año, faltándoles las cosas de Castilla y creciendo las enfermedades y los trabajos, se disgustaron de las cosas presentes, sin esperanza de mejora en el porvenir, pero sin que se oyesen las quejas de muchos que estaban descontentos, entre los cuales nunca falta quien incite y pretenda hacerse caudillo de una parte; lo que entonces tocó en suerte a Francisco Roldán, natural de la Torre de Donjimeno, a quien el Almirante había dado mu-

cha reputación y autoridad entre indios y cristianos con dejarlo por alcalde mayor, de modo que era tan obedecido como aquél. De lo que se pudo presumir que entre éste y el Adelantado, que había quedado por Gobernador, no hubiese la buena concordia que el bien público requería, como el tiempo y la experiencia dieron a conocer; pues como tardase el Almirante en volver y no mandara socorro alguno, Roldán enderezó su pensamiento a ser dueño de la isla, con propósito de matar a los hermanos del Almirante, porque en éstos hallaría la mayor resistencia.

Sucedió que el Adelantado, uno de los hermanos del Almirante, fue a una provincia occidental llamada Xaraguá, ochenta leguas más allá de la Isabela, donde Roldán quedó en lugar de aquél, aunque bajo el gobierno de don Diego, el segundo hermano del Almirante, por lo cual Roldán se indignó de tal manera que mientras el Adelantado daba órdenes para que el rey de aquella provincia pagase el tributo que a todos los indios de la isla había impuesto el Almirante, Roldán comenzó, secretamente, en la isla, a llevar algunos a su devoción. Pero como ningún, mal se atreve a levantar cabeza de súbito, o sin alguna fingida ocasión, la que Roldán tomó por fundamento y puerta de su designio fue que en la villa de la Isabela estaba en tierra una carabela que el Adelantado había mandado hacer para mandarla a Castilla, si la necesidad lo exigía; y como por falta de jarcias y de otros aparejos no podía ser echada al agua, Roldán inventó y publicó ser otro el motivo, y que al bien de todos convenía que aquella carabela fuese puesta a punto para que en ésta pudiese alguno de ellos ir a Castilla y dar nuevas de sus trabajos. Por tanto, so color del bien común, hacía grandes instancias para que la carabela fuese echada al agua, y como don Diego Colón, por falta de jarcias, no lo consentía, resultó que Roldán, con más aliento y desvergüenza, empezó a tratar secretamente con algunos que dicha carabela se botase al agua, a despecho de D. Diego, diciendo a los que presumía estar conformes con él,

que si el Adelantado y D. Diego se oponían, era porque deseaban retener el dominio del país, y a ellos continuamente sometidos, sin que allí hubiese algún navío con el que pudiesen hacer saber a los Reyes Católicos tal rebelión y tiranía, pues ya sabían con certeza lo muy cruel y terrible que era el Adelantado, la trabajosa y mala vida que les daba en labrar tierras y fortalezas; y pues estaban sin alguna esperanza de la vuelta del Almirante con socorros, era bien que tomasen aquella carabela, buscaran su libertad; y no permitiesen que con pretexto de un sueldo que nunca les era pagado, estuviesen sujetos a un extranjero, pudiendo gozar de una vida buena y reposada, y de grandísimo provecho; pues todo cuanto en la isla se hallase y rescatara, se repartirla con igualdad, y serían a su gusto servidos de los indios, sin que nadie les pusiera cortapisa, como entonces, que no les era permitido tomar por mujer una india que les agradase; antes bien, el Adelantado les hacía guardar los tres votos de religión, y no faltaban ayunos y disciplinas, con prisiones y castigos, los que imponía por la más leve culpa. Por lo cual, pues él tenía la vara y la autoridad del rey, y esto le aseguraba de que no les vendría daño alguno por cuanto pudiera suceder, les exhortaba a cumplir lo que aconsejaba, pues no podían errar[187].

Con estas y otras palabras semejantes, que manaban del odio que tenía al Adelantado, y con la esperanza de provechos, llevó tantos a su partido que un día habiendo regresado el Adelantado de Xaraguá a la Isabela, algunos de aquellos acordaron darle de puñaladas, teniéndolo por tan fácil negocio que habían preparado una cuerda, para colgarlo después de muerto. El motivo por el que entonces se habían incitado más a ello fue la prisión de Barahona, amigo de los conjurados, y si Dios no inspirase la voluntad del Adelantado para que no procediese al cumplimiento de la justicia, sin duda alguna le habrían dado muerte.

CAPÍTULO LXXV

Cómo Roldán procuró sublevar la villa de la Concepción y entró a saco en la Isabela

Viendo Roldán que la muerte del Adelantado no se realizaba según sus deseos, y que estaba descubierta la conjuración, determinó apoderarse del pueblo y la fortaleza de la Concepción, pareciéndole que desde allí podría fácilmente someter la isla. Para la ejecución de esto le vino a propósito hallarse muy cerca de dicho pueblo, porque mientras estaba fuera el Adelantado, don Diego le había enviado con cuarenta hombres por aquella provincia, para pacificar los indios que estaban alzados, y tenían pensamiento de apoderarse de dicho lugar y matar a los cristianos. De modo que Roldán, so color de remediar esto y de quererlos castigar, reunió a su gente en la estancia de un cacique llamado Marque, para ejecutar su intento cuando hubiera ocasión. Pero como el alcaide Ballester tenía alguna sospecha, puso buena guardia en la fortaleza, e hizo saber al Adelantado el peligro en que se hallaba. Este, con gran presteza y con la gente que pudo reunir, fue pronto a meterse en la Concepción. Roldán, siendo ya descubierta claramente su conjuración, fue allí con salvoconducto, más para observar lo que podía hacer en daño del Adelantado que con deseo de llegar a un acuerdo; y con mayor desacato y desvergüenza de lo que convenía, pidió al Adelantado que hiciese echar la carabela al agua, o que le diese permiso de botarla, para que él y sus amigos la tuviesen.

De estas palabras enojóse algo el Adelantado, y le contestó que ni Roldán ni sus amigos eran marineros, ni sabían lo que en

tal caso fuese razonable y necesario; y que aunque pudiesen echarla al agua, no podrían navegar con ella, por falta de jarcias y de otros aparejos; y que todo esto sería poner en peligro la gente y la carabela. Pero, aunque el Adelantado sabía esto por ser hombre de mar, ellos no lo entendían, por no ser marineros, y seguían diversos pareceres. Pasadas ésta y otras disputas, Roldán se marchó airado sin dejar la vara ni estar a juicio, como le mandaba el Adelantado, diciendo que ambas cosas las haría cuando el Rey, por quien estaba en la isla, se lo mandase, pues sabía que por medio del Adelantado no se le haría justicia por el odio que le tenía; pero que, a tuerto o a derecho, buscaría ocasión de matarlo o de hacerle algún insulto; y en tanto, por hacer lo que la razón pedía, se iría a establecer donde se le mandara. Pero señalándole el Adelantado, para su residencia, el pueblo del cacique Diego Colón, lo rehusó, diciendo que allí no tendría vituallas para los suyos, y que él buscaría un lugar más acomodado.

Luego tomó el camino de la Isabela, y juntándose con sesenta y cinco de los suyos, viendo que no podía echar al agua la carabela, saqueó la alhóndiga, tomando él y sus partidarios las armas, los paños y las vituallas que quisieron, sin que don Diego Colón, que estaba allí, lo pudiese evitar; y aún, si no se hubiese retirado con algunos criados suyos a la fortaleza, habría corrido peligro, no obstante que en el proceso que sobre esto se instruyó luego, hubo quienes dijeron que el alcalde Roldán le prometió obediencia con tal de que se declarase contra su hermano. Pero no aceptando él esto, ni pudiendo Roldán hacerle mayor daño, temeroso del socorro que le llegaba del Adelantado, se marchó de la villa con todos los rebeldes; y dando en los ganados que pacían por el contorno mataron cuantas reses quisieron, para comérselas, y se proveyeron para el camino de animales de carga, con resolución de ir a la provincia de Xaraguá, de donde hacía poco que era llegado el Adelantado, con ánimo

de quedarse allí, por ser la región más rica y deliciosa de la isla, sus indios, más discretos y avisados que los de otros pueblos de la Española, y especialmente, por ser las mujeres de allí mucho más hermosas y de agradable trato, que en otra parte; y esto era lo que más les incitaba para irse a Xaraguá.

Mas para no ir sin probar sus fuerzas antes que el Adelantado aumentase las suyas y les diese justo castigo, determinaron pasar por la villa de la Concepción, tomarla de improviso y matar al Adelantado, que estaba en ella; y si esto no les salía bien, asediarlo. El Adelantado, avisado de ello, se preparó para la defensa, animando a los suyos con palabras y ofreciéndoles muchas mercedes y dos esclavos a cada uno, para su servicio, porque presentía que la mayor parte de los que tenía consigo juzgaban tan buena la vida que Roldán prometía a los suyos, que muchos de ellos escuchaban a los mensajeros de éste. Por lo cual, habiendo concebido Roldán la esperanza de que muy luego se le pasarían todos a su bando, se atrevió a emprender y continuar aquella empresa, la cual no le salió según su propósito, porque el Adelantado, a más de estar prevenido, según hemos dicho, era hombre de gran valor, tenía la gente más firme a su devoción, y había resuelto hacer con las armas lo que con razones y prudencia no había podido concluir. Por lo que, reunida su gente, salió de aquella tierra, para acometerle en el camino.

CAPÍTULO LXXVI

Cómo Roldán incitó a los indios del país contra el Adelantado, y se fue con los suyos a Xaraguá

Viendo Roldán tan cambiado el fin de su esperanza, y que ninguno de los del Adelantado se iba con él, como había pensado, resolvió marcharse a tiempo y continuar su primer camino a Xaraguá, pues no tuvo valor de esperarle; pero le sobraba lengua para hablar contra él vituperios, y para provocar los indios, por do quiera que pasaba, al odio y a la rebelión contra el Adelantado; diciendo que la causa por que se retiraba de su compañía, era el ser éste un hombre de condición terrible y vengativo, lo mismo con los cristianos que con los indios; avaro en alto grado; insoportable por las muchas cargas y tributos que les echaba, de modo que si le hubiesen pagado ordenadamente la suma que pedía, cada año la aumentaría, aunque esto fuera contra la voluntad de los Reyes Católicos, que no pedían a sus vasallos más que obediencia y libertad, y los mantenían en justicia y en paz; y que si tenían miedo de defenderla, él con sus amigos y secuaces les ayudaría y se declararía su protector y defensor. Dicho esto, acordaron suprimir el pago de aquel tributo que dijimos había sido impuesto a los indios, de donde provino que de los que habitaban lejos de donde estaba el Adelantado, no se podía cobrar nada a causa de la mucha distancia; menos aún se obtenía de los más cercanos, por no darles ocasión de que se enojasen y siguieran el partido de los rebeldes. Pero esta benevolencia que se tuvo con ellos no fue provechosa, pues luego que salió de la Concepción el Adelantado, Guario-

nex, que era el cacique principal de la provincia, con el auxilio de Roldán, se atrevió a sitiar la villa y la fortaleza, para matar a los cristianos que la guardaban. Para conseguir mejor esto reunió a todos los caciques parciales suyos y concertó con ellos, secretamente, que cada uno matase los cristianos de su provincia; porque no siendo los pueblos de la Española tan grandes que cada uno pueda sustentar mucha gente, los cristianos se veían obligados a repartirse en cuadrillas o compañías de ocho o diez, en cada lugar; por lo que alentaron esperanza los indios de que, acometiéndoles de improviso a un tiempo, se bastarían para no dejar uno vivo. Pero, como para medir el tiempo o preparar otra cosa en que se necesite contar, ellos no saben números, ni cuentan más que por los dedos, acordaron que el primer día de luna llena cada uno estuviese dispuesto para matar los cristianos. Teniendo el mencionado Guarionex preparados para esto sus caciques, uno de ellos, el principal, deseoso de adquirir honra, y creyendo ser negocio muy fácil, aunque no era buen astrólogo para saber con certeza el día del plenilunio, asaltó la tierra antes del tiempo convenido entre ellos; tuvo que salir huyendo malparado, y pensando encontrar ayuda en Guarionex, halló en éste su ruina, pues lo castigó con la muerte que tenía merecida por dar ocasión a que se descubriese la conjura y estuviesen apercibidos los cristianos.

De este fracaso recibieron no poco dolor los rebeldes, porque, según hemos dicho, era trama que se había urdido con el favor de aquéllos, que se había concertado para ver si Guarionex llevaba el negocio a términos de que, apoyándose en él, pudiesen destruir al Adelantado. Pero visto que esto no salió bien, no se creyeron seguros en la provincia donde estaban, y huyeron a Xaraguá, diciendo a voces que eran protectores de los indios; siendo así que sus obras y sus deseos eran de ladrones, pues no tenían freno alguno, ni de Dios ni del mundo, más que su desordenado apetito; pues cada uno robaba lo que podía, y

Roldán, su cabeza, más que todos, pues aconsejaba y mandaba a los principales indios y a todos los caciques que cogiesen cuanto pudieran, pues él defendería a los indios y a los rebeldes del tributo que les pedía el Adelantado, cuando en verdad era mucho mayor lo que con tal pretexto les exigía, pues de un solo cacique, llamado Manicaotex, recibía cada tres meses una calabaza con tres marcos de oro fino, y para tener seguridad de la paga, bajo título de amistad, tenía un hijo y un sobrino de aquél en su casa, Y no se maraville quien lea esto, al ver que deducimos los marcos de oro a medida de calabaza, pues lo hacemos para demostrar que los indios, en este particular, recurrían a la medida, porque no sabían pesar.

CAPÍTULO LXXVII

Cómo llegaron navíos de Castilla con vituallas y socorros

Cuando estaban tan divididos los cristianos como hemos dicho, y tardando mucho en llegar con socorro los navíos de Castilla, ni el Adelantado ni D. Diego podían mantener sosegada la gente que les había quedado, pues siendo los más de baja condición y deseosos de la vida y el buen trato que Roldán les prometía, para no quedar solos, vacilaban en castigar los culpables; y esto les hacía tan desobedientes que era casi imposible hallar medio de aquietarlos, por lo que se veían precisados a soportar los insultos de los rebeldes. Mas queriendo el alto Dios darles algún consuelo hizo que arribasen las dos naves arriba mencionadas, que fueron enviadas un año después que el Almirante salió de las Indias, no sin grande instancia y solicitud que éste tuvo en la corte para conseguirlo; pues considerando la condición de la tierra, la naturaleza de la gente que allí había dejado, y el gran peligro que podría ocasionar su tardanza, pidió y obtuvo de los Reyes Católicos que fuesen mandados delante dos de los diez y ocho navíos que se le había mandado que armase. Con la llegada de éstos, tanto por el socorro de gente, y por las vituallas que llevaban, como por la certeza de que el Almirante había llegado felizmente a España, los del Adelantado cobraron ánimo y vigor para servir con mayor fidelidad, y los de Roldán temieron el castigo. Estos, deseosos de tener algunas nuevas, y de proveerse de lo que les faltaba, fueron a Santo Domingo, donde habían arribado los navíos, con esperanza de llevar algunos a su partido. Pero como el Adelantado era sabedor de su

venida, y estaba más cerca de aquel puerto, salió en seguida para estorbarles el camino; y puestas buenas guardias en algunos pasos, fue al puerto a ver las naves y ordenar las cosas de aquella población. Deseoso de que el Almirante hallase la isla pacífica y apagados los tumultos, volvió a proponer un concierto a Roldán, que estaba con su gente a seis leguas, y mandóle para esto un capitán que había venido con las dos naves, llamado Pedro Fernández Coronel[188], tanto por ser éste hombre honrado y de autoridad, como por esperar que tendrían mayor eficacia sus palabras, pues como testigo de vista podía afirmar la llegada del Almirante a España, la buena acogida que había tenido, y la prontitud con que los Reyes Católicos mostraban querer engrandecerlo. Pero, temiendo los principales rebeldes el efecto que este mensajero haría en la mayor parte de ellos, no le dejaron hablar en público, antes bien lo recibieron en el camino con ballestas y saetas, de modo que solamente pudo decir algunas palabras a los que fueron señalados para oírle, y de este modo, sin que se tomase alguna resolución, volvió a tierra, y ellos se fueron al alojamiento que tenían en Xaraguá, no sin temor de que Roldán y alguno de los principales de su compañía, escribiesen a los amigos que tenían entre la gente del Adelantado, rogándoles con vehemencia que, llegado el Almirante, fuesen con éste buenos mediadores, ya que sus quejas solamente iban contra el Adelantado, y no contra el Almirante; antes bien, deseaban volver a su gracia y obediencia.

CAPÍTULO LXXVIII

Cómo los tres navíos que el Almirante mandó desde las Canarias llegaron donde estaba la sedición

Ya que hemos parado la llegada de los dos navíos que el Almirante mandó de Castilla a la isla la Española, será bien que digamos de los tres que se separaron de éste en Canarias, los cuales continuaron su viaje con buen tiempo hasta llegar a las islas de los Caribes, que son las primeras que los navegantes hallan en el camino cuando van al puerto de Santo Domingo. Como entonces los pilotos no conocían bien la navegación que ahora se acostumbraba para aquellas islas, sucedió por su desgracia que no supieron hallar dicho puerto, pues fueron llevados por las corrientes abajo hacia Poniente, tanto que llegaron a la provincia de Xaraguá, donde estaban los rebeldes, quienes, tan luego como supieron que los navíos iban fuera de camino, y que no sabían cosa alguna de la rebeldía, secretamente, algunos de ellos subieron a los navíos, fingiendo estar en aquellas partes por comisión del Adelantado, para proveerse mejor de vituallas, y tener en paz y obediencia el país. Pero, como es muy fácil que se descubran secretos en que entran muchos, no tardando, Alfonso Sánchez de Carvajal, que era el más despierto de los capitanes de aquellos navíos, sospechó la rebelión y discordia, y comenzó a tratar la paz con Roldán, creyendo reducirlo a la obediencia del Adelantado. Pero la conversación y la familiaridad que todos ellos habían tomado en los navíos motivaron el que las persuasiones de Carvajal no diesen el efecto que deseaba, pues Roldán había, secretamente, recibido promesa de mu-

chos de aquellos que nuevamente habían ido de Castilla, de que se quedaran en su compañía, y con esta ventaja procuraba hacerse más fuerte. Por lo que Carvajal, no viendo el negocio tan bien dispuesto que pudiese llevar en breve a conclusión lo que pedía, resolvió con el parecer de los otros dos capitanes ser bien que la gente que llevaban a sueldo para trabajar en las minas, o para otros menesteres y servicios, fuese por tierra a Santo Domingo, porque siendo el mar, los vientos, y las corrientes muy contrarias a esta navegación, podía acontecer que en dos o tres meses no acabasen el viaje, de lo que nacería, no solamente el consumir las vituallas, más también que enfermase la gente, y se habría perdido el tiempo sin emplearlo en el servicio para el que habían ido.

Tomada esta resolución, tocó a Juan Antonio Colombo el viaje y el cargo de los trabajadores, que eran cuarenta; a Pedro de Arana, volver con los navíos, y a Carvajal, quedar allí para ver si se hallaba algún acuerdo. Luego que Juan Antonio ordenó su partida, el segundo día de bajar a tierra, aquellos trabajadores, o para hablar con más propiedad, vagabundos, que habían ido para ocuparse en lo que hemos dicho, se pasaron a los rebeldes[189], dejando a su capitán con seis o siete hombres que perseveraron con él. Vista una traición tan manifiesta, sin miedo de peligro alguno, fue este capitán a ver a Roldán y le dijo que pues demostraba estimar y procurar el servicio de los Reyes Católicos, no era razonable consentir que aquella gente, que había ido para poblar y cultivar la tierra, y para atender a sus oficios con sueldo ya recibido, se quedase allí perdiendo el tiempo, sin hacer cosa alguna de las que eran obligados; que, si los despidiese, daría indicio de que sus obras eran conformes con sus palabras; que dejarlos allí era por la rebeldía y odio al Adelantado, más aún que por la voluntad que tenía de impedir el bien público y el servicio de los Reyes.

Perol como Roldán y sus secuaces sabían lo que había pasado, para salir con su intento, como el delito cometido por muchos se perdona con mayor facilidad, se excusó en lo que demandaba aquél, diciendo que él no los podía obligar, y que era monasterio de observancia donde a ninguno se podía negar el hábito. De modo que, viendo Juan Antonio que no era prudente, sin esperanza de remedio, ponerse al peligro que corría por instar con importunidad, acordó volver a los navíos con los pocos que le siguieron. Luego, para que no sucediese lo mismo con la gente que había quedado, ambos capitanes salieron pronto con sus navíos a Santo Domingo, con tiempo tan contrario a su viaje como lo habían temido; porque tardaron muchos días, perdiendo los bastimentos, y el navío de Carvajal recibió mucho daño en algunos bajos, donde perdió el timón y se abrió la quilla, por la que entraba mucha agua, de modo que con trabajo lo pudieron llevar.

CAPÍTULO LXXIX

Cómo estos capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo

Llegados a Santo Domingo los capitanes y las naves que volvían de Xaraguá, hallaron al Almirante, que había regresado de Tierra Firme. El cual, con plena información del estado de los rebeldes, habiendo visto los procesos que el Adelantado instruyó contra aquéllos, aunque le constaba que era cierto el delito y digno de severo castigo, le pareció conveniente tomar nueva información y formar otro proceso, para avisar a los Reyes Católicos de lo que acontecía. Acordó también usar en aquello la templanza que pudiese, de manera que con habilidad fuesen reducidos a la obediencia. Por lo cual, y para que ni unos ni otros pudieran quejarse de él, ni decir que los tenía allí a la fuerza, mandó, a 22 de Septiembre[190], que se echase un bando en nombre de los Reyes Católicos, prometiéndoles pasaje y vituallas. Además, noticioso de que Roldán, con parte de su gente, iba a Santo Domingo, mandó a Miguel Ballester, alcaide de la Concepción, que guardase bien aquel pueblo, y la fortaleza; que si iba Roldán por allí, le dijese, en su nombre, que él había recibido gran pena de sus trabajos y de todas las cosas pasadas, y no quería que se hablase más de ello, por lo que daba perdón general, y le rogaba que fuese luego donde estaba el Almirante, sin miedo alguno, para que, con su parecer, se proveyese en lo tocante al servicio de los Reyes Católicos; y si le parecía que necesitaba algún salvoconducto, se lo mandaría como le fuese pedido. A esto respondió Ballester, a 24 de Septiembre, que tenía nuevas ciertas de que el día antes había llegado Riquelme a

la villa del Bonao, y que Adrián[191] y Roldán, que eran los principales, se juntarían siete u ocho días después, en cuyo tiempo y lugar los podía apresar, como lo hizo[192]. Porque habiendo hablado con ellos conforme a la comisión que se le dio, los halló muy endurecidos y desvergonzados, diciendo Roldan que no había ido para concertar un acuerdo, porque no querían, ni habían necesidad de paz, pues tenían al Almirante y a su estado en la mano, para sustentarlo o destruirlo, como quisiesen; que no hablase de pactos o de acuerdo hasta tanto que les enviasen todos los indios apresados en el asedio de la Concepción, pues el reunirse había sido por servir al Rey, y favorecerle, estando todos seguros bajo la palabra del Adelantado. Dijo también otras cosas en demostración de no querer concierto alguno si no fuese con gran provecho suyo. Para firmarlo, y para tratar de ello, pedía que el Almirante enviase a Carvajal, pues no quería tratar con los demás, y sí con éste, por ser hombre que se ponía en razón, y muy prudente, como lo había demostrado cuando llegaron a Xaraguá los tres navíos que hemos dicho. Esta respuesta motivó que el Almirante concibiese alguna sospecha de Carvajal, y no sin graves causas. La primera, porque antes que Carvajal llegase a Xaraguá, donde estaban entonces los rebeldes, habían escrito muchas veces y enviado mensajeros a los amigos que estaban con el Adelantado, diciéndoles que llegado el Almirante, irían a ponerse en sus manos, rogándoles que fuesen buenos mediadores para aplacarlo. La segunda razón fue, que si hicieron esto luego que supieron haber llegado dos naves en socorro del Adelantado, con más razón lo habrían hecho cuando supieron la venida del Almirante, si no lo impidiese la mucha conversación que Carvajal había tenido con ellos. La tercera, porque si hubiese hecho lo que debía, pudo detener, en su carabela, presos, a Roldán y a los principales de su compañía, que estuvieron dos días con Carvajal, sin seguro alguno. La cuarta, porque sabiendo, como lo sabían bien, que eran rebel-

des, no les debió consentir que comprasen en los navíos cincuenta y cuatro espadas y cuarenta ballestas que habían adquirido. La quinta, porque habiendo indicios de que la gente que con Juan Antonio había salido a tierra para ir a Santo Domingo, tenía propósito de unirse a los rebeldes, no debió dejarles bajar, y cuando ya supo que se habían pasado a ellos, debió estar más solícito en recuperarlos. La sexta, porque iba divulgando que había ido a las Indias como compañero del Almirante, y que sin él no se hiciese cosa alguna, por temor que había en Castilla de que el Almirante cometiese alguna falta. La séptima, porque Roldán había escrito al Almirante por medio de Carvajal, que por consejo de éste había ido con su gente a Santo Domingo, para estar más cerca, al tratar de un acuerdo, cuando el Almirante hubiese llegado a la Española; y no conformándose, luego que se juntaron, los hechos, con su carta, parecía más bien que le había indicado ir allí para que si el Almirante tarde, o no llegara, pudiese, como compañero del Almirante, y Roldán como alcalde, gobernar la isla a despecho del Adelantado. La octava, porque después que los otros dos capitanes fueron por mar con las tres caravelas, y él por tierra a Santo Domingo, los rebeldes mandaron en su guardia y compañía uno de los principales, llamado Gámez, que estuvo dos días y dos noches con él en su navío, y le acompañó hasta seis leguas de Santo Domingo. La nona, porque escribía a los rebeldes cuando fueron al Bonaos. La décima y última, porque a más de que los rebeldes no quisieron tratar un acuerdo con nadie más que con él, todos decían a una voz que si hubiera hecho falta, le habrían elegido por su capitán. Pero considerando el Almirante, de otro lado, que Carvajal era prudente, sabio y noble, y que cada una de las sospechas mencionadas podía tener explicación, y no ser verdadero lo que le habían dicho, reputándolo persona que no haría cosa indebida, deseoso de apagar aquel fuego, resolvió consultar con todos los principales que estaban con él la respuesta que conve-

nía dar a Roldán, para resolver lo que acerca de esto debía hacerse. Estando todos de acuerdo, mandó a Carvajal, junto con el alcaide Ballester, para que negociasen el ajuste.

Pero no sacaron más de Roldán sino que, pues no llevaban los indios que él demandó, no hablasen en modo alguno de acuerdos. A cuyas palabras satisfizo con su prudencia Carvajal, e hizo a todos tan buen razonamiento que movió a Roldán y tres o cuatro de los principales, a ir a ver al Almirante y firmar con él un convenio. Pero como esto desagradara mucho a los otros rebeldes, mientras que Roldán y los otros montaban a caballo para ir con Carvajal a estar con el Almirante, los acometieron, diciendo que en modo alguno querían que fuesen donde iban, y que si algún acuerdo se ajustaba, fuese por escrito, para que todos tuviesen parte en lo que se negociase. Así que, después de pasar algunos días, Roldán escribió al Almirante, a 15 de Octubre, de conformidad con todos los suyos, una carta en que achacaba al Adelantado la causa y culpa de la discordia, diciendo al Almirante que, pues no les había dado seguro, por escrito, para ir a darle cuenta de lo sucedido, habían resuelto notificarle por escrito las condiciones del ajuste que pedían, que eran el premio de las obras que llevaban hechas, como se verá más adelante. Pero, aunque lo que pedían era exorbitante y desvergonzado, el día siguiente escribió Ballester al Almirante, alabando mucho la eficacia del razonamiento de Carvajal, y que, pues éste no había podido apartar aquella gente de sus malvados propósitos, nada bastaría que no fuese concederles lo que pedían, porque los veía tan animoso que estaban ciertos de que se pasarían a ellos la mayor parte de los que estaban con Su Señoría ilustrísima; y aunque tuviese confianza en sus criados y la gente de honra que estaba con él, no eran bastante contra tantos, que cada día crecían en número con otros que se les agregaban.

Ya el Almirante había conocido esto por experiencia, cuando Roldán estaba cerca de Santo Domingo, pues hizo muestra de la gente que pelearía, si fuese necesario, y notó que, fingiéndose unos cojos y otros enfermos, no se hallaron más de setenta hombres entre los cuales apenas había cuarenta de quienes fiarse. Por esto, al día siguiente, que fue a 18 de Octubre del mismo año de 1498, Roldán y los principales que fueron con él a ver al Almirante, le enviaron una carta firmada de ellos, diciendo que por asegurar la vida se habían separado del Adelantado, que andaba buscando modos y caminos de matarlos; y que siendo servidores de Su Señoría ilustrísima, cuya venida esperaban como de sujeto de que recibirían en servicio lo que habían hecho por su deber, pues impidieron a la gente hacer daño y perjudicar en las cosas de Su Señoría, como pudieran, sin dificultad; pero después que había llegado, lejos de agradecerlo, seguía en procurarse la venganza y causarles daños; así que, por hacer con honra lo que habían determinado, y tener libertad de cumplirlo, se quitaban de su compañía y su servicio.

Antes que esta carta se entregase al Almirante, había ya respondido a Roldán por medio de Carvajal, enviado para ello, refiriendo la confianza que siempre puso en aquél, y la buena relación que de su persona hizo a los Reyes Católicos; añadía que el no haberle escrito era por temor de algún inconveniente si viesen su carta los del vulgo, y esto le causase algún daño; por ello, en lugar de firma y escritura, le había enviado aquel sujeto de quien él sabía cuánto se fiaba, a quien podía estimar como si fuera su sello, que era el alcaide Ballester; de modo que viese lo que era más razonable de ejecutar, porque a todo le hallaría muy dispuesto. Luego mandó, a 18 de Octubre, que partiesen a Castilla cinco navíos, en los que enviaba decir a los Reyes Católicos, con mucha particularidad, todo lo que pasaba y lo que había detenido aquellos navíos, pues creía que Roldán y los suyos se embarcarían en ellos, como habían publicado antes; y que los

otros tres que tenía consigo, era menester arreglarlos para que fuesen con ellos el Adelantado a seguir el descubrimiento de la Tierra Firme de Paria, y ordenar la pesca y el rescate de las perlas, de las que enviaba muestra con Carvajal[193].

CAPÍTULO LXXX

Cómo Roldán fue a ver al Almirante, y no llegó a ningún acuerdo con éste

Recibida por Roldán la carta que le envió el Almirante, respondió al tercer día, manifestando que deseaba hacer lo que se le mandaba; mas porque su gente no le consentía que fuese a verle sin bastante seguro, le rogaba se lo enviase conforme a una minuta que remitía, firmada por él y ratificada por los principales que le acompañaban. Muy pronto le envió el seguro el Almirante, a 26 de Octubre, y luego fue Roldán, más con intención de atraerse a algunos de aquél que de acordar algo, como se conoció por las cosas injustas que pedía; por lo cual volvió sin tomar acuerdo alguno, diciendo que participaría todo a los suyos, y según lo que determinase, le escribiría; y para que hubiese alguno que por parte del Almirante tratase y asegurara lo que fuese acordado, le acompañó un mayordomo del Almirante, llamado Diego de Salamanca.

Después de muchas razones, envió Roldán una escritura de concordia, para que el Almirante la firmase; y escribió, a 6 de Noviembre, que lo contenido en aquélla era lo que había podido recabar de su gente, y que si Su Señoría ilustrísima la aprobaba, volviese a enviarla a la Concepción, porque la falta de bastimentos le obligaba a salir del Bonao, y esperaría la respuesta hasta el lunes siguiente. Habiendo visto el Almirante esta contestación, y considerando los indecorosos capítulos que pedían, de ninguna manera quiso concederlos, para que no fuese menospreciada la justicia si cedía con deshonra suya y de sus

hermanos; pero, a fin de que no tuviesen motivo de quejarse, y dijesen que procedía en este caso con rigor, mandó a 11 de Noviembre publicar un seguro que había de estar puesto treinta días, como lo estuvo, a las puertas de la fortaleza, cuyo tenor era que, por cuanto mientras él estaba en Castilla, habían ocurrido algunas diferencias entre el Adelantado y el Alcalde mayor Roldán y otros que habían huido con éste, sin embargo de ello, todos en general, y cada uno de por sí, pudiesen ir a servir a los Reyes Católicos, como si nunca hubiera sucedido nada, y que a quien quisiera volver a Castilla, se le daría navío en que ir, y orden para que le pagasen el sueldo, como se había acostumbrado con los demás, lo cual se ejecutaría si, dentro de treinta días, comparecían ante el Almirante, para gozar de esta seguridad; protestando que si no se presentaban en el dicho término, se procedería en justicia contra ellos. Luego envió a Roldán este seguro, firmado, por medio de Carvajal, dándole por escrito las razones por que no se podía ni debía firmar los capítulos que habían enviado, y les recordaba lo que era justo que hiciesen si querían cumplir con lo que pedía el servicio de los Reyes. Con esto fue Carvajal a la Concepción, a ver los rebeldes, que estaban muy altivos y soberbios, riéndose del seguro y diciendo que pronto se lo pediría el Almirante a ellos. Todo esto pasó en tres semanas, en cuyo tiempo, so color de prender un hombre que Roldán quería ajusticiar, tuvieron sitiado al alcalde Ballester en la fortaleza, y le quitaron el agua, creyendo que por falta de ella se rendiría; pero, con la llegada de Carvajal, levantaron el asedio, y después de muchos altercados que hubo entre ambas partes, se juntaron e hicieron el seguro siguiente:

CAPÍTULO LXXXI

El convenio que se hizo entre el Almirante, Roldán y los rebeldes

«Lo que se acuerda y capitula con el Alcalde mayor Francisco Roldán y su compañía, para su despacho y viaje a Castilla, es lo que sigue:

Primeramente, que el señor Almirante le haga dar dos buenos navíos, bien aderezados, a juicio de marineros, puestos en el puerto de Xaraguá, por estar allí la mayor parte de la gente de su compañía, y porque no hay otro puerto más cómodo para disponer y allegar bastimentos y lo demás que sea necesario; en los cuales se embarcará el dicho Alcalde mayor con los de su compañía, y, placiendo a Dios, seguirá su viaje a Castilla.

Asimismo, que dará Su Señoría orden para que sea pagado el sueldo que hasta el día de la fecha se debiese a todos, y cartas a los Reyes Católicos, de lo bien que han servido, para que se lo gratifiquen.

Asimismo hará que se les den los esclavos de la merced que se hizo a la gente, por los trabajos que ha padecido esta isla, y por el servicio que han hecho, con nota de la concesión de ellos; y porque algunos de la compañía tienen mujeres preñadas, o paridas, si éstas quisieren irse con ellos, sean en lugar de los esclavos que habían de llevar, y los hijos sean libres y los lleven consigo.

Item, que Su Señoría les mandará poner en dichos navíos todos los bastimentos que necesitaren para el viaje, de igual modo que se dan a otros, y porque no podrán abastecerse de pan,

se da licencia al Alcalde mayor y a su compañía, para que se provean en aquella tierra, y les sean dados treinta quintales de bizcocho, y si no lo hallaren, treinta costales de trigo, para que, si se pudriese el cazabe, lo que podría suceder fácilmente, puedan socorrerse con pan de trigo.

Demás de esto, dará Su Señoría seguro a las personas que se vayan, y despachos para el sueldo.

Item, que por cuanto a varios de los que están con el Alcalde mayor les han quitado y embargado algunos bienes, mandará Su Señoría que todo se les satisfaga.

Item, que Su Señoría dará una carta para los Reyes Católicos, haciéndoles saber que los puercos del Alcalde mayor quedan en la isla para provisión de la gente que está en ella, en número de ciento veinte grandes, y doscientos treinta pequeños, y suplique a Sus Altezas se los manden pagar en el precio que los pudo haber vendido en la dicha isla, los cuales fuéronle quitados en Febrero pasado del año 1498.

Item, que Su Señoría dará al dicho Alcalde mayor una patente con la que pueda vender algunas cosas suyas que necesitará enajenar para irse; hacer de ellas lo qué le pareciere, o dejarlas por suyas en la isla, a quien le parezca que las administrará mejor.

Que Su Señoría mandará a los alcaldes que sentencien pronto el caso del caballo.

Que Su Señoría, si conociere ser justas las cosas de Diego de Salamanca, escribirá a dicho juez que se las haga pagar.

Item, que se tratará con Su Señoría en punto a los esclavos de los capitanes.

Otrosí, que por cuanto el dicho Alcalde mayor y su compañía temen que Su Señoría les haga mala obra con los demás navíos que quedan en la isla, les dará un salvoconducto, prometiendo en nombre de los Reyes Católicos, y bajo su fe y palabra

de hidalgo, según costumbre de España, que ni Su Señoría ni otra persona les hará daño ni estorbará su viaje.

Visto por mí este convenio hecho por Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, con Francisco Roldán y su compañía, el 21 de Noviembre[194] del año 1498, me place guardarlo en la forma que en él se contiene, a condición de que dicho Roldán, o cualquiera de su compañía, en cuyo nombre firmó y aprobó la capitulación que dio a los mencionados Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, y todos los demás cristianos de la isla, de cualquier grado y condición, no recibirán a otros en su compañía. Y yo Francisco Roldán, Alcalde mayor, en mi nombre y en el todas las personas que están en mi compañía, prometo y doy mi fe y palabra de que serán observadas y cumplidas las cosas arriba escritas, sin que intervenga cautela, sino la lealtad de la verdad, conforme se contiene aquí, guardando Su Señoría todo lo que entre el señor Alonso Sánchez de Carvajal, Diego de Salamanca y yo se ha tratado y convenido, como consta por escrito.

Lo primero, que desde el día de la data de ésta, hasta que venga contestación a lo referido, que será en el término de diez días, no recibiré persona alguna de las que están con el señor Almirante.

Item, que desde el día que se me lleve y entregue la dicha respuesta, en la Concepción, con el despacho de lo que hayan convenido, firmado por Su Señoría, que será en término de diez días, de los cincuenta primeros siguientes, nos daremos a la vela en buena hora para Castilla.

Item, que ninguno de los esclavos de la merced que se nos ha concedido será llevado por fuerza.

Item, que de no estar el señor Almirante en el puerto donde vamos a embarcarnos, la persona o personas que envíe sean honradas y respetadas como ministros de los Reyes Católicos y

de Su Señoría, a las que se dará cuenta y razón de lo que se embarque en dichas carabelas, para que tomen cuenta y ejecuten lo que pareciere a Su Señoría, y para consignar las cosas que estuviesen en nuestro poder y pertenezcan a los Reyes. Todo lo cual se entiende que debe ser firmado y ejecutado en la forma que lo llevan por escrito el dicho señor Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, cuya respuesta espero en la Concepción, dentro de los ocho primeros días; y si no viniese, no quedaré obligado a cosa alguna de cuanto se ha dicho.

En fe de lo cual, y para mantener y guardar por mí y por todos los de mi compañía lo que he dicho, firmé esta escritura de mi mano.

Fecha en la Concepción, hoy sábado, 16 de Noviembre de 1498».

CAPÍTULO LXXXII

Cómo después del ajuste fueron los rebeldes a Xaraguá, diciendo que iban a embarcarse en las dos naves que enviase el Almirante

Después de convenidas las cosas que se han dicho, volvieron Carvajal y Salamanca a Santo Domingo, y por su mediación firmó el Almirante los capítulos que le llevaron, a 21 de Noviembre, y concedió, de nuevo, seguro y licencia a los que no quisieran ir a Castilla con Roldán, prometiéndoles sueldo o vecindad en la isla, lo que más quisiesen, y que los otros pudiesen arreglar sus negocios libremente, como les agradara; cuyo despacho entregó Ballester el 24 de Noviembre a Roldán y los de su compañía, en la Concepción, y con esto emprendieron su camino hacia Xaraguá, para disponer las cosas de su ida, como se supo después; y aunque el Almirante, en cierto modo, reconocía tal malignidad y sentía el dolor de ver impedido el servicio del Adelantado en la continuación del descubrimiento de la tierra firme de Paria, y en ordenar la pesca y el rescate de las perlas, con darles aquellos navíos, no por esto no quiso dar motivo a que le culpasen los rebeldes de que les negaba el pasaje ofrecido, por lo cual empezó luego a disponer los navíos según estaba concertado, aunque su despacho se demoraba por la penuria de las cosas necesarias; para suplirlas y no perder más tiempo, mandó a Carvajal que fuese por tierra a Xaraguá, para que, mientras llegaban los navíos, tuviese dispuesta prontamente su partida, y el despacho de la gente, conforme a la amplia comisión que se le había dado. Luego resolvió ir sin tardanza a la Isabela, para visitar y asegurar la tierra, dejando a D. Diego su

hermano en Santo Domingo, a fin de que proveyese lo que fuera necesario.

Así, después de su partida, salieron a fin de Enero las dos carabelas, proveídas de todo lo necesario, para recoger a los rebeldes; pero habiendo sobrevenido una gran tormenta, se vieron obligadas a permanecer en otro puerto hasta fin de Marzo; como la carabela Niña, que era una de ellas, estaba muy mal, y requería eficaz remedio, envió el Almirante a Pedro de Arana y a Francisco de Garay, con la otra, llamada Santa Cruz, a Xaraguá, en la cual, y no por tierra, fue después Carvajal; en este viaje tardó once días, y halló la otra carabela, llamada Santa Cruz, que esperaba allí.

CAPÍTULO LXXXIII

Cómo los rebeldes mudaron de propósito en el ir a Castilla, e hicieron nuevo convenio con el Almirante

En tanto, como tardaban las carabelas, y no quería embarcarse la mayor parte de la gente de Roldán, tomaron por motivo para quedarse allí, la tardanza, echando la culpa al Almirante porque no les había despachado con la brevedad que pudo. Sabiendo esto el Almirante escribió a Roldán y a Adrián de Mújica, exhortándoles con buenas razones a cumplir lo capitulado y apartarse de la inobediencia; a más de esto, Carvajal, que estaba con ellos en Xaraguá, hizo una protesta ante un notario llamado Francisco de Garay, que después fue gobernador de Jamaica y Pánuco, diciendo a los rebeldes que aceptasen los navíos que enviaba el Almirante provistos de todo, y se embarcasen, según lo capitulado. Pero ellos no quisieron aceptarlos, por lo que, a 25 de Abril, mandó que se volviesen a Santo Domingo, pues los deshacía la broma[195], y la gente que traían padecía falta de vituallas.

No hicieron caso de esto los rebeldes; antes se alegraron y ensoberbecieron bastante, viendo que se hacía tanto caso de ellos, de suerte que no sólo no agradecieron la moderación del Almirante, sino que escribieron tener éste la culpa de que se quedasen, porque deseaba vengarse de ellos, y por esto había mandado tarde las carabelas y en tan mal estado que era imposible que pudiesen llegar a Castilla, y que aunque fuesen buenas y bien proveídas, habían ya consumido las vituallas, sin que pudiesen bastar las que quedaban, para tan largo tiempo; y siendo

esto cierto, habían resuelto esperar el remedio de los Reyes Católicos. Con cuya respuesta se volvió Carvajal a Santo Domingo por tierra, y al tiempo de su partida le dijo Roldán que si el Almirante le enviaba otro seguro, iría a verle, por si podía hallarse algún medio de arreglo que fuese a gusto de ambos, como se lo escribió Carvajal al Almirante, desde Santo Domingo, a 15 de Mayo, y a 21 le respondió éste agradeciendo los trabajos que padecía en aquel negocio, y le envió el seguro que pedía, con una carta para Roldán, breve, pero abundante en eficaces sentencias exhortándoles a la paz, la obediciencia y el servicio de los Reyes Católicos; y habiéndole respondido, el Almirante volvió a escribirle más ampliamente a 29 de Junio.

A 3 de Agosto, seis o siete de los principales que estaban con el Almirante, le enviaron a Roldán otro seguro para que pudiese ir a tratar con Su Señoría; pero, como la distancia era mucha, y conveniente que el Almirante visitase la tierra, acordó ir con dos carabelas al puerto de Azúa, en la isla Española, al poniente de Santo Domingo, para acercarse a la provincia donde estaban los rebeldes, de los cuales fueron muchos a dicho puerto. Llegado el Almirante con sus navíos, casi a fin de Agosto, empezó a tratar con los principales, exhortándoles a que desistiesen de su mal intento, prometiéndoles grandes mercedes y favores, y ofrecieron cumplir si el Almirante les concedía cuatro cosas. La primera, que en los primeros navíos que viniesen, mandaría quince de ellos a Castilla. La segunda, que a los que se quedasen en la isla, les daría casas y tierras en pago de sueldo. La tercera, que publicase en un bando que todo lo sucedido provino de falsos testigos y por culpa de algunos malvados. La cuarta, que nombrase otra vez Alcalde mayor perpetuo a Roldán.

Convenido esto entre ellos, volvióse Roldán a tierra, desde la carabela del Almirante, y envió los capítulos a su gente, tan a su gusto que, al fin de ellos decía, que si el Almirante faltaba a al-

guna cosa de esto, sería bien hacérselos guardar a la fuerza, o por la vía que mejor les pareciese.

El Almirante, deseoso de ver el fin de tantas dificultades, y considerando que en esto habían pasado ya dos años; que sus enemigos eran cada vez más, y perseveraban en su contumacia, y viendo que algunos de los que estaban con él se atrevían a juntar en cuadrillas, y a conjurarse para irse a otras tierras de la isla, del mismo modo que Roldán lo había hecho, resolvió firmarlos, de cualquier modo que fuesen, y expidió dos patentes: una, a Roldán, de Alcalde perpetuo, y otra que contenía las cosas dichas; demás de esto, lo que antes se había convenido, cuya copia hemos ya puesto. Luego, el martes, a 5 de Noviembre, empezó Roldán a ejercer su autoridad, y en virtud de ella, nombró juez del Bonao a Pedro de Riquelme, con facultad de castigar los reos criminales, excepto los de pena de muerte, que había de enviarlos a la fortaleza de la Concepción, para que Roldán los sentenciase; y porque el discípulo no abrigaba intención menos depravada que el maestro, intentó luego fabricar una casa fuerte en el Bonao; pero se lo estorbó Pedro de Arana, pues conoció claramente que era contra el servicio debido al Almirante.

CAPÍTULO LXXXIV

Cómo vuelto Hojeda de su descubrimiento, causó nuevos alborotos en la Española

Volviendo al hilo de nuestra historia, digo que, compuestas ya las cosas de Roldán, nombró el Almirante un capitán con soldados, para que corriese la isla, pacificando y reduciendo los indios al tributo, con orden de que estuviese sobre aviso para que, tan luego como sintiese alguna rebelión, como tumulto de cristianos, o indicio de levantamiento de indios, fuese prontamente a castigarlo y lo dominase. Hizo esto con intención de venirse a Castilla y traer consigo al Adelantado, porque difícilmente se olvidarían las cosas pasadas si éste quedaba en el gobierno.

Cuando disponía su partida llegó a la isla Alonso de Hojeda, que venía de descubrir con cuatro naves[196]; y porque estos hombres navegaban a la ventura, entró, a 5 de Septiembre de 1499, en el puerto que los cristianos llaman del Brasil, y los indios Yaquimo, con intención de cargar en él palo del Brasil, e indios; en tanto que esperaban lograr tales cosas, entregóse a causar daños; y para mostrar que era paniaguado del obispo Fonseca, ya mencionado, procuraba levantar otro nuevo tumulto, publicando que la Reina doña Isabel estaba cerca de morir; que faltando ésta, no habría quien favoreciese al Almirante, y que él en perjuicio de éste, haría cuanto quisiese, por ser verdadero y fiel servidor de dicho obispo, su enemigo. Con esta fama engañosa empezó a escribir a algunos de las alteraciones pasadas, que todavía no se habían sosegado, y a tener inteligen-

cia con ellos; pero sabiendo Roldán su obra y mal propósito, fue contra él con veintiséis hombres de orden del Almirante a impedir el daño que maquinaba. El 29 de Septiembre, estando a legua y media de Hojeda, supo que éste se hallaba con quince hombres en el pueblo de un cacique llamado Haniguayabá, haciendo pan y bizcocho, con cuyo aviso caminó aquella noche para cogerle de sorpresa; pero sabiendo Hojeda que Roldán le seguía, hizo de ladrón fiel, pues viendo que no podía resistirle, fue a su encuentro y dijo que la gran necesidad que tenía de bastimentos le había llevado allí, para proveerse de ellos, como en tierra de los Reyes sus señores, sin intención de hacer mal a nadie; y dándole cuenta de su viaje, refirió que venía de descubrir por la costa de Paria, al Poniente, seiscientas leguas, donde había encontrado gente que peleaba con los cristianos con iguales fuerzas, y que le habían herido veinte hombres, por lo que no pudo aprovecharse de las riquezas de la tierra, en la que había hallado ciervos, conejos, pieles, uñas de tigre, y guanines, que mostró a Roldán en las carabelas, asegurándole que quería luego ir a Santo Domingo para dar cuenta de todo al Almirante, que estaba a la sazón con gran cuidado, por haberle escrito Pedro de Arana, que Riquelme alcalde del Bonao en nombre de Roldán, so color de hacer una casa para sus ganados, había elegido un montecillo fuerte, para desde él hacer con poca gente todo el mal que pudiese, y que él se lo había estorbado, sobre lo cual, Riquelme había hecho proceso, con testigos, y la había enviado al Almirante, quejándose de la fuerza que Arana le hacía, Y suplicándole la remediase, para que no hubiese alguna contienda entre ellos; y, aunque el Almirante conocía que no era esto el único designio, le pareció que bastaba mantener la sospecha, no descuidándose de estar sobre aviso, pues creía que bastaba con remediar el manifiesto yerro de Hojeda, sin fomentar lo que con la disimulación debía tolerarse.

Persistiendo Hojeda en su mal designio, en el mes de Febrero del año 1500, previa licencia de Roldán, se fue con sus naves a Xaraguá, donde vivían muchos de los que se habían rebelado con éste. Por ser juntamente la avaricia y el interés el camino más cierto para provocar a todo mal, empezó a divulgar entre aquella gente que los Reyes Católicos le habían nombrado consejero del Almirante, a una con Carvajal, para que no le dejasen hacer algo que no les pareciese del real servicio; y una de las que le habían mandado era que luego pagase en dinero, de contado, a todos los que estaban en la isla, al servicio de Sus Altezas, y que, pues el Almirante no estaba dispuesto a hacer esto, él se ofrecía a ir con ellos a Santo Domingo, y obligarle a que les pagase; y si les pareciese, después, echarle de la isla vivo o muerto, porque no debían fiarse del ajuste, ni de la palabra que les había dado, pues no la mantendría sino en cuanto la necesidad le obligara.

Con tal oferta determinaron muchos a seguirle, y con su favor y ayuda dio una noche en los que no quisieron admitirla; hubo muertos y heridos de ambas partes; y porque tenían por cierto que estando reducido Roldán al servicio del Almirante, no entraría en la nueva conjuración, determinaron acometerle de improviso y apresarlo; mas sabiéndolo Roldán, fue con bastante gente adonde estaba Hojeda para remediar sus desórdenes, o castigarle, según le pareciese convenía; mas Hojeda no le esperó, antes, de miedo, se retiró a sus navíos, y Roldán desde tierra, y el otro desde el mar, trataban del sitio donde habían de entrevistarse, temiendo cada uno ponerse en manos del otro.

Viendo Roldán que Hojeda no se fiaba para salir a tierra, ofreció ir a hablarle a sus navíos; para ello le envió a pedir la barca; Hojeda la envió con buena guardia, y habiendo entrado en ella Roldán con seis o siete de los suyos, cuando se creían más seguros los de Hojeda, cargaron sobre ellos Roldán y los suyos, con las espadas desnudas, y matando a algunos e hirie-

ron a otros, se apoderaron de la barca y se volvieron con ella a tierra, no dejándole a Hojeda sino un batel para servicio de los navíos, en el cual, muy tranquilo, acordó ir a verse con Roldán, y excusándose de sus excesos, restituyó algunos hombres que había tomado por fuerza, para que le restituyesen la barca con su gente, diciendo que si no la restituían, parecerían todos, y los navíos, por no tener otra con que gobernarlos. Roldán se la volvió, porque no tuviera motivo de quejarse, ni dijese que por su causa se perdía; mas antes le tomó seguridad y promesa de que, dentro de cierto tiempo, saldría, con los suyos, de la Española; y así se vio precisado a hacerlo, por la buena guardia que Roldán había puesto en tierra.

Pero, como es dificultoso desarraigar la cizaña de modo que no vuelva a nacer, así, la gente mal acostumbrada, no puede menos de recaer en sus faltas, lo que sucedió a una parte de los rebeldes, pocos días después que Hojeda había salido. Pues hallándose D. Hernando de Guevara, como sedicioso, en desgracia del Almirante, juntóse con Hojeda en sus delitos, con gran aborrecimiento a Roldán, porque éste le había impedido casarse con una hija de Anacaona, que era la principal reina de Xaraguá; empezó a congregar muchos conjurados para prenderle y continuar en hacer mal, e incitó especialmente a Adrián de Mújica, uno de los principales, con otros dos hombres de mala vida, los cuales, a mediados de Junio del año de 1500, dispusieron la prisión o la muerte de Roldán; pero, hallándose éste muy advertido, porque supo lo tramado, fue tan hábil que prendió a don Hernando, a Mújica y a los principales de su cuadrilla. Mandó aviso al Almirante de lo que pasaba, pidiéndole su parecer en lo que había de hacerse; el cual respondió, que pues sin motivo habían intentado alterar la tierra, y si no se les daba castigo, serían causa de que todo fuera destruido, debía procederse en justicia y castigar sus delitos conforme a las leyes. Luego lo puso el alcalde en ejecución, y hecha la causa contra ellos,

mandó ahorcar a Adrián como autor y principal cabeza de la conjuración[197]; desterró a otros según sus culpas, y dejó en la prisión a D. Hernando, hasta que, a 13 de Junio le entregó con otros presos a Gonzalo Blanco, para que los llevase a la Vega donde estaba el Almirante.

Con este castigo sosegóse la tierra; los indios volvieron a la obediencia y servicio de los cristianos, y se descubrieron tantas minas de oro que los castellanos dejaban el sueldo del Rey, y se iban a vivir por su cuenta, aplicándose a sacar oro industriosamente a su costa, dando al Rey la tercera parte de lo que hallaban.

Tanto creció esta laboriosidad que hubo persona que recogió en un día cinco marcos, de granos de oro, bastante gruesos, entre los cuales hubo uno que pesó ciento noventa y seis ducados. Los indios estaban obedientes con gran temor al Almirante; tan deseosos de contentarle, que, pensando que le hacían algún servicio, voluntariamente se hacían cristianos; y si algún indio principal tenía que parecer ante él, procuraba venir vestido.

Para mayor quietud, determinó el Almirante visitar la isla, en persona; y el miércoles, 20 de Febrero de 1499[198], partió con el Adelantado, de Santo Domingo, y llegaron a la Isabela a 19 de Marzo; de donde salieron a 5 de Abril, y llegaron a la Concepción el martes siguientes, desde donde partió el Adelantado a Xaraguá el viernes, 7 de Junio.

El día después de Navidad de 1499, había escrito el Almirante: «habiéndome dejado todos, fui embestido con guerra por los indios y los malos cristianos, y llegué a tanto extremo que, por huir la muerte, dejándolo todo, me entré en el mar en una carabela pequeña; entonces me socorrió Nuestro Señor, diciéndome: ¡Oh hombre de poca fe!, no tengas miedo; yo soy; y así dispersó mis enemigos, y me mostró cómo podía cumplir mis

ofertas: ¡Oh infeliz pecador, yo que lo hacía pender todo de la esperanza del mundo!»

A 3 de Febrero de 1500 pensaba el Almirante ir a Santo Domingo, con ánimo de apercibirse para volver a Castilla, y dar cuenta de todo a los Reyes Católicos.

CAPÍTULO LXXXV

Cómo por informaciones falsas y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos un juez a las Indias, para saber lo que pasaba

En tanto que sucedían las referidas turbaciones, muchos de los rebeldes, con cartas desde la Española, y otros que se habían ido a Castilla, no dejaban de dar informaciones falsas a los Reyes Católicos y a los de su Consejo contra el Almirante y sus hermanos, diciendo que eran cruelísimos, incapaces de aquel gobierno, tanto por ser extranjeros y ultramontanos, como porque en ningún tiempo se habían visto en estado que por experiencia hubiesen aprendido el modo de gobernar gente honrada; afirmaban que si Sus Altezas no ponían remedio, vendría la total ruina de aquellos países, y que si éstos no eran destruidos con tan perversa administración, el mismo Almirante se rebelaría y haría liga con algún Príncipe que le ayudase, pretendiendo que todo era suyo por haberlo descubierto con su industria y trabajo. Para salir con este intento, ocultaba las riquezas del país, y no permitía que los indios sirviesen a los cristianos, ni se convirtiesen a la fe, pues halagándolos, esperaba tenerlos de su parte para hacer todo cuanto fuese contra el servicio de Sus Altezas. Prosiguiendo en estas calumnias y otras semejantes, importunaban mucho a los Reyes Católicos, hablando mal de Almirante, y lamentándose de que había muchos años que a los españoles no se les pagaba el sueldo, con lo que daban que decir y murmurar a todos los que estaban en la Corte. De tal manera que el Serenísimo Príncipe D. Miguel[199], más

de cincuenta de ellos, como hombres sin vergüenza, compraron una gran cantidad de uvas, sentáronse en el patio de la Alhambra y decían a grandes voces que Sus Altezas y el Almirante les hacían pasar la vida de aquella forma, por la mala paga, y otras mil desvergüenzas que repetían. Tanto era su descaro que, cuando el Rey Católico salía, le rodeaban todos y le cogían en medio, gritando: *¡Paga, paga!*; y si acaso, yo y mi hermano, que éramos pajes de la Serenísima Reina, pasábamos por donde estaban, levantaban el grito hasta los cielos, diciendo: *Mirad los hijos del Almirante de los mosquitos*[200], de aquél que ha descubierto tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos; y añadían otras muchas injurias, por lo cual nos excusábamos de pasar por delante de ellos.

Siendo tantas sus quejas y las importunaciones que hacían a los privados del Rey, éste determinó enviar un juez pesquisidor a la Española, para que se informase de todas las cosas referidas, mandándole que si hallase culpado al Almirante, según las quejas expresadas, le enviase a Castilla, y él quedase en el gobierno. El pesquisidor que para este efecto enviaron los Reyes Católicos fue Francisco de Bobadilla, pobre Comendador de la Orden de Calatrava, para lo que se le dio bastante y copiosa comisión, en Madrid, a 21 de Mayo del año de 1499; también llevó muchas cédulas, con la firma del Rey en blanco, para las personas de la isla Española que le pareciese, mandando en ellas que le diesen todo favor y auxilio. Con estos despachos llegó a Santo Domingo a fin de Agosto del año de 1500[201], cuando el Almirante estaba poniendo orden en las cosas de aquella provincia, en la que el Adelantado había sido atacado por los rebeldes, y estaba el mayor número de indios, y de mejor calidad y razón que en lo demás de la isla; de manera que, no hallando Bobadilla cuando llegó persona a quien tener respeto, lo primero que hizo fue alojarse en el Palacio del Almirante, y servirse y apoderarse de todo lo que había en él, como si le hubiera toca-

do por legítima sucesión y herencia, recogiendo y favoreciendo después a todos los que halló de los rebeldes, y a otros muchos que aborrecían al Almirante y a sus hermanos, se declaró al punto por Gobernador, y para ganarse la voluntad del pueblo, echó bando, haciendo a todos libres de tributo por veinte años, e intimó al Almirante que sin dilación alguna viniese adonde él estaba, pues convenía al servicio de los Reyes Católicos. En confirmación de esto le envió con Fray Juan de Trasierra, el 7 de Septiembre, una Real cédula del tenor siguiente:

«Don Cristóbal Colón, nuestro Almirante del Mar Océano, Nos habemos mandado al Comendador Francisco de Bobadilla, llevador de ésta, que vos hable de nuestra parte algunas cosas que él dirá; rogamos os que le déis fe y creencia, y aquello pongáis en obra. De Madrid, a 26 de Mayo del año de 1499. *Yo el Rey. Yo la Reina*». Y por su mandato, *Miguel Pérez de Almazán*.

CAPÍTULO LXXXVI

Cómo el Almirante fue preso y enviado a Castilla con grillos, juntamente con sus hermanos

Luego que vio el Almirante la carta de los Reyes, fue prontamente a Santo Domingo, donde ya estaba dicho juez. Y éste, deseoso de mantenerse en el gobierno, sin tardanza alguna, ni información jurídica, al comienzo de Octubre del año de 1500[202], lo envió prisionero a un navío, con su hermano D. Diego, poniéndole grillos y buena guardia, mandando, bajo gravísimas penas, que ninguno hablase nada de lo que a éstos atañía. Después, como se dice de la justicia de Perogrullo, empezó a formar proceso contra ellos, recibiendo por testigos a los enemigos rebeldes, favoreciendo e incitando públicamente a cuantos iban a decir mal de los presos; y deponían tantas maldades y delitos, que sería más que ciego quien no conociese que esto lo dictaba la pasión, sin alguna verdad; por lo que, los Reyes Católicos no los quisieron recibir, y lo absolvieron, arrepintiéndose mucho de haber enviado aquel hombre con semejante cargo[203] y no sin justa razón, porque Bobadilla destruyó la isla, y gastó las rentas y tributos Reales, para que todos le ayudasen, publicando que los Reyes Católicos no querían otra cosa que el nombre del dominio, y que el provecho fuese para sus vasallos. Pero no por eso perdía Bobadilla nada de su parte; antes bien, asociándose con los más ricos y poderosos, les daba indios para su servicio, con pacto de partir con él cuanto ganasen con dichos indios, y vendía en pública almoneda las posesiones y heredades que el Almirante había ganado para los Reyes Católi-

cos, diciendo que los Reyes no eran labradores, ni mercaderes, ni querían aquellas tierras para su utilidad, sino para socorro y alivio de sus vasallos. Con este pretexto vendía todo, procurando también que lo comprasen algunos de sus compañeros, por dos tercios menos de lo que valían. Y haciendo estas cosas, no enderezaba a otro fin las de justicia, ni a otra mira que a hacerse rico y ganar el afecto del pueblo, porque aún tenía miedo de que el Adelantado, que todavía no había vuelto de Xaraguá, se le opusiera, y procurase con armas librar al Almirante, como si en esto, sus hermanos, no hubiesen tenido harta prudencia; por lo cual, el Almirante envió luego a decir, que por el servicio de los Reyes Católicos, y para no alborotar la tierra, fuesen a él pacíficamente; pues idos a Castilla, alcanzarían más fácilmente el castigo de dicha persona, y el remedio de los agravios que se les hacían. No por esto dejó Bobadilla de prenderle con sus hermanos, consintiendo que los malvados y populares dijesen mil injurias contra él por las plazas, y que tocasen cuernos junto al puerto donde estaban embarcados, además de muchos libelos infamatorios que estaban puestos en las esquinas; de modo que, aunque supo que Diego Ortiz, gobernador del hospital, había leído un libelo en la plaza, no sólo no le castigó, sino que mostró grande alegría de ello, por lo que cada uno se ingeniaba en darse a conocer por atrevido en tales cosas.

Al tiempo de la partida del Almirante, temiendo que se volviese a tierra nadando, no dejó de decir al piloto llamado Andrés Martín, que entregase el preso al Obispo D. Juan de Fonseca, para dar a entender que con favor y consejo de éste, hacía todo aquello; bien que después, estando en el mar, conocida por el patrón la perversidad de Bobadilla, quiso quitar los grillos al Almirante; pero éste jamás lo consintió, diciendo que, pues los Reyes Católicos mandábanle por su carta que ejecutase lo que en su nombre mandase Bobadilla, y éste, por su autoridad y comisión, le había puesto los grillos, no quería que otras

personas, que las de Sus Altezas, hicieran sobre ello lo que les pareciese; pues tenía determinado guardar los grillos para reliquia y memoria del premio de sus muchos servicios. Y así lo hizo, porque yo los vi siempre en su cámara, y quiso que fuesen enterrados con sus huesos.

El día 20 de Noviembre del año de 1500 escribió a los Reyes que había llegado a Cádiz; sabido por éstos cómo venía, luego dieron orden para que se le pusiese en libertad, y le escribieron cartas llenas de benignidad, manifestando mucho desagrado en sus trabajos y en la descortesía que había usado con él Bobadilla; diciéndoles que fuese a la Corte, donde serían atendidos sus negocios y se daría orden para que fuese despachado con mucha brevedad y honra.

En todas estas cosas no debo culpar a los Reyes Católicos más que de haber elegido para aquel cargo a un hombre malo y de tan poco saber; porque si fuese hombre que supiera usar bien de su oficio, el Almirante se hubiese alegrado de su ida; pues había suplicado en sus cartas, que enviasen a alguno para que tuviese verdadera información de la maldad de aquella gente, y de los desmanes que cometía, y fuesen castigados por otra mano; no queriendo él, pues habían comenzado los alborotos contra su hermano, proceder con el rigor, que hubiera usado en un caso sin sospecha; y aunque pueda decirse, que sin embargo de estar mal informados los Reyes Católicos contra el Almirante, no debían enviar a Bobadilla con cartas y favor, sin limitarle la comisión que le daban, puede responderse que no fue maravilla que lo hiciesen así, porque eran muchas las quejas dadas contra el Almirante, según antes hemos referido.

CAPÍTULO LXXXVII

Cómo el Almirante fue a la Corte a dar cuenta de sí a los Reyes Católicos

Tan luego como los Reyes Católicos supieron la prisión y venida del Almirante, dieron orden, a 17 de Diciembre, de que fuera puesto en libertad, y les escribieron que fuese a Granada, donde fue recibido por Sus Altezas con semblante alegre y dulces palabras, diciéndole que su prisión no había sido hecha con su mandato ni su voluntad, antes les había desagradado mucho, y juzgarían esto de modo que fuesen castigados los culpables, y él enteramente satisfecho. Con estos y otros favores mandaron entonces que se atendiese a su negocio, y, en suma, fue su resolución enviar a la Española un Gobernador que desagraviase al Almirante y a sus hermanos; que Bobadilla fuese obligado a devolverle todo lo que le había tomado; y que se diese al Almirante cuanto le correspondía por sus capitulaciones; que se hiciera proceso acerca de las culpas de los rebeldes y fuesen castigados sus delitos conforme las culpas que hubiesen cometido. Dióse el gobierno a Nicolás de Ovando, comendador de Lares[204], hombre de buen juicio y prudencia; bien que, como después se vio, apasionado mucho en perjuicio de tercero, pues guiaba sus pasiones con astucias cautelosas, y daba crédito a los sospechosos y malignos, ejecutando todo con crueldad y ánimo vengativo, de que da testimonio la muerte de 80 caciques [en el reino de Xaraguá].

Pero, volviendo al Almirante, digo que cuando en Granada acordaron los Reyes Católicos mandar al Comendador Ovando

a la Española, les pareció conveniente que fuese el Almirante a otro viaje de que se le siguiese algún provecho y estuviese ocupado hasta que el Comendador sosegase las cosas y tumultos de la Española. Porque les parecía muy mal tenerle tanto tiempo fuera de su justa posesión, sin causa; pues e la información remitida por Bobadilla en contra suya resultaba la malicia y la falsedad de que estaba llena, y no de cosas porque debiese perder su Estado. Pero porque en la ejecución de esto había alguna dilación, y corría ya el mes de Octubre del año de 1501, y los maliciosos lo dilataban también, hasta ver la nueva información, determinó el Almirante hablar al Rey y pedirle promesa de defenderle y ampararle en sus riesgos, lo que después hizo también por cartas. Y así, cuando estaba para partir al viaje se lo prometieron los Reyes por una carta que contiene las siguientes palabras:

«Cuanto a lo otro contenido en vuestros memoriales y letras, tocante a vos, y a vuestros hijos y hermanos, porque como vedes, a causa que Nos estamos en camino, y vos de partida, no se puede entender en ello fasta que paremos de asiento en alguna parte, e si esto hobiésedes de esperar, se perdería el viaje a que agora vais, por esto es mejor, ques, pues de todo lo necesario para vuestro viaje estáis despachado, vos partáis luego sin detenimiento, y quede a vuestro hijo el cargo de solicitar lo contenido en los dichos memoriailes. Y tened por cierto, que de vuestra prisión nos pesó mucho, y bien lo vistes vos y lo cognoscieron todos claramente, pues que luego que lo supimos, lo mandamos remediar; y sabéis el favor con que vos habemos mandado tratar siempre, y agora estamos mucho más en vos honrar y tratar muy bien, y las mercedes que vos tenemos fechas vos serán guardadas enteramente, según forma y tenor de nuestros privilegios, que dellas tenéis, sin ir en cosa contra ellas. Y vos y vuestros hijos gozaréis dellas, como es razón; y, si necesario fuere confirmarlas de nuevo las confirmaremos, y a

vuestro hijo mandaremos poner en la posesión de todo ello, y en más que esto tenemos voluntad de vos honrar y facer mercedes; y de vuestros hijos y hermanos Nos tememos el cuidado que es razón. Y todo esto se podrá facer yéndovos en buena hora, y quedando el cargo a vuestro hijo, como está dicho, y así vos rogamos que en vuestra partida no haya dilación. De Valencia de la Torre a 14 días de Marzo de 502 años. *Yo el Rey. Yo la Reina*»[205].

Estas ofertas y palabras le escribieron los Reyes porque el Almirante estaba resuelto a no empeñarse más en las cosas de Indias, y descargar de ellas en mi hermano[206]; lo que pensaba con acierto, porque decía que si los servicios que llevaba hechos no bastaban para castigar la maldad de aquella gente, menos los que hiciese en adelante; pues lo principal que había ofrecido antes que descubriese las Indias, lo había ya cumplido, que era mostrar que allí había islas y tierra firma, a la parte occidental, que el camino era fácil y navegable, la utilidad manifiesta, y las gentes muy domésticas y desarmadas. De modo que, habiendo probado él mismo todo lo referido, ya no le faltaba más, sino que Sus Altezas siguiesen la empresa, enviando gente que buscase y procurase entender los secretos de aquellos países. Pues estando ya abierta la puerta, cualquiera podría seguir la costa, como hacían algunos que impropiamente se llamaban descubridores, sin considerar que no descubrieron alguna nueva región, sino que siguen la descubierta, después del tiempo en que el Almirante les mostró dichas islas y la provincia de Paria, que fue la primera tierra firme que se halló. Mas habiendo tenido siempre el Almirante grande inclinación a servir a los Reyes Católicos, y especialmente a la Serenísima Reina, le agrade volver a sus naves, y hacer el viaje que adelante diremos; pues tenía por cierto que cada día se descubrirían cosas de gran riqueza, como había escrito a Sus Altezas el año de 99, hablando así de descubrimiento: «no debe dejarse de continuarlo, porque, a

decir la verdad, si no a una hora, se hallará en otra alguna cosa importante». Como ya se ha mostrado con Nueva España y el Perú[207]; bien que entonces, como suele suceder a la mayor parte de los hombres, ninguno creyese lo que decía; pero es cierto que nada dijo que no saliese verdadero, como escriben los Reyes Católicos en una carta que le dirigieron desde Barcelona el 5 de Septiembre del 93.

CAPÍTULO LXXXVIII

Cómo el Almirante salió de Granada para ir a Sevilla y hacer la armada necesaria para su descubrimiento

Y bien despachado el Almirante por los Reyes Católicos, salió de la ciudad de Granada para la de Sevilla el año de 1501, y luego que llegó dispuso con tanta diligencia la armada que en breve tiempo se aprestaron, con armas y vituallas, cuatro navíos de gavia de 70 toneladas de porte el mayor y el menor de 50, con 140 hombres entre grandes y pequeños, de los que yo era uno[208]. El 9 de Mayo de 1502 nos hicimos a la vela en el puerto de Cádiz y fuimos a Santa Catalina, desde donde partimos el miércoles, 11, y al segundo día, fuimos a Arcila, para socorrer a los portugueses que se decía estar muy apretados; pero, cuando llegamos, ya los moros habían levantado el sitio; por lo que el Almirante envió al Adelantado D. Bartolomé Colón, su hermano, y a mí, con los capitanes de los navíos, a tierra, para visitar al capitán de Arcila, que habían herido los moros en un asalto. El cual dio muchas gracias al Almirante por esta visita y por las ofertas que le hacía; a cuyo efecto, le envió ciertos caballeros que tenía consigo, algunos de los cuales eran parientes de doña Felipa Moñiz, mujer que fue, como ya dijimos, del Almirante en Portugal.

El mismo día nos hicimos a la vela y llegamos a la Gran Canaria el 20 de Mayo, surgiendo en las isletas. El 24 pasamos a Maspalomas, que está en la misma isla, para tomar el agua y la leña que eran necesarias en el viaje. De aquí partimos la noche siguiente hacia la India con próspero viaje, como plugo a Dios,

de modo que sin tocar las velas, llegamos a la isla de Matinino, a 15 de Junio, por la mañana, con bastante alteración del mar y del viento. Allí, según la necesidad y costumbre de los que van desde España, quiso el Almirante que refrescase la gente, se proveyese de agua y de leña y lavase su ropa, hasta el sábado que pasamos al occidente de ella, y fuimos a la isla Dominica, que dista de aquella diez leguas. Desde allí, pasando por las islas de los Caribes, fuimos a Santa Cruz; a 24 del mismo mes pasamos a la parte del Mediodía de la isla de San Juan; y tomamos el camino de Santo Domingo, porque el Almirante tenía ánimo de cambiar uno de los cuatro navíos que llevaba, que era poco velero y navegaba mal, y no podía sostener las velas si no se metía el bordo hasta cerca del agua, de que resultó algún daño en aquel viaje; pues la intención del Almirante cuando iba por el Océano era ir a reconocer la tierra de Paria y continuar por la costa, hasta dar con el estrecho[209], que tenía por cierto haber hacia Veragua y el nombre de Dios; pero, visto el defecto del navío, tuvo que ir a Santo Domingo para trocarle por otro bueno.

Como el Comendador de Lares, que gobernaba la isla, enviado por los Reyes para tomar cuenta de su administración a Bobadilla, no se alteró nada con nuestra imprevista llegada, el miércoles, a 29 de Junio, habiendo ya entrado en el puerto, envió el Almirante a Pedro de Terreros, capitán de uno de los navíos, para hacerle saber la necesidad que tenía de mudar aquel navío; y que así por esto, como porque él esperaba que viniese una gran tormenta, deseaba entrar en aquel puerto, para guarecerse; advirtióle que en ocho días no dejase salir la armada del puerto, porque corría mucho riesgo. Pero el Comendador no consintió que el Almirante entrase en el puerto[210], y mucho menos impidió salir la armada que partía para Castilla, la cual era de veintiocho navíos, y debía llevar al Comendador Bobadilla, que había preso al Almirante y a sus hermanos, a Francisco

Roldán y a todos los otros que se habían sublevado contra él, de quienes habían recibido tanto mal. A todos los cuales quiso Dios cegarles los ojos y el entendimiento para que no admitiesen el buen consejo que les daba el Almirante. Yo tengo por cierto que esto fue providencia divina, porque, si arribaran éstos a Castilla, jamás serían castigados según merecían sus delitos; antes bien, porque eran protegidos del obispo Fonseca, hubiesen recibido muchos favores y gracias; y por esta causa facilitó su salida de aquel puerto, hacia Castilla; porque, llegados a la punta oriental de la Española, una gran tormenta los embistió de tal manera que sumergió la nave Capitana, en la cual iba Bobadilla con la mayor parte de los rebeldes, e hizo tanto daño en los otros navíos que no se salvaron si no es tres o cuatro de todos los veintiocho.

En aquel tiempo, que fue jueves último de Junio, habiendo el Almirante previsto semejante borrasca, luego que se le negó entrar en el puerto, para estar seguro se retiró lo mejor que pudo hacia tierra, resguardándose con ésta, no sin mucho dolor y disgusto de la gente de su armada, a la que, por ir en su compañía, le faltaba el acogimiento que debe hacerse aun a los extraños, cuanto más a ellos, que eran de una misma nación, por lo que temían no les sucediese en adelante lo mismo y les viniese algún infortunio. Aunque el Almirante sintiese interiormente el mismo dolor, se lo aumentaba más la injuria y la ingratitud usada con él en la tierra que había dado para honra y exaltación de España, donde se le negaba el refugio y el reparo de su vida. Pero con su prudencia y con su buen juicio, se mantuvo con su armada hasta el día siguiente, y creciendo el temporal y sobreviniendo la noche con grandísima obscuridad, se apartaron tres navíos de su compañía, cada uno por su rumbo; y aunque los marineros de éstos corrieron todos igual riesgo, y cada uno pensaba que los otros hubiesen naufragado; los que sin embargo padecieron verdaderamente fueron los del navío Santo, el

cual, por conservar el batel en que había ido a tierra el capitán Terreros, lo llevó atado a la popa con los cables, hasta que fue precisado a dejarlo y perderlo, por no perderse a sí mismo; pero mucho mayor fue el peligro de la carabela Bermuda, la cual, habiéndose hecho al mar, entró en el agua hasta la cubierta; de donde bien se dejó conocer que con razón procuraba el Almirante trocarla. Y todos tuvieron por cierto que el Adelantado, su hermano, después de Dios, la había salvado con su saber y valor, porque, según hemos dicho, no se hallaba entonces hombre más práctico que él en las cosas del mar; de manera que habiendo padecido todos los navíos gran trabajo, excepto el del Almirante, quiso Dios volverlos a juntar el domingo siguiente en el puerto de Azua, al Mediodía de la Española, donde, contando cada uno sus desgracias, se halló que el Adelantado había padecido tan gran riesgo, por huir de tierra, como marinero tan práctico; y el Almirante no había corrido peligro por haberse acercado a ella, como sabio astrólogo que conocía el paraje de donde podía venirle daño. Por cuyo motivo, bien podían culparle los que le aborrecían, de que había producido aquella tormenta por arte mágica para vengarse de Bobadilla y de los demás enemigos suyos que iban en su compañía, viendo que no habían peligrado alguno de los cuatro de su armada, y que de veintiocho que habían partido con Bobadilla[211], uno sólo, llamado la Guquia, que era de los peores, siguió su viaje a Castilla y llegó salvo con 4000 pesos de oro que el factor del Almirante le enviaba de sus rentas; a Santo Domingo volvieron otros tres, que se salvaron de la tormenta, maltratados y deshechos.

CAPÍTULO LXXXIX

Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje, y descubrió las islas Guanajas

En tanto, el Almirante dio lugar a su gente, en el puerto de Azúa, para que pudiese respirar de los trabajos padecidos en la tempestad. Y siendo uno de los deleites que da el mar, cuando no hay otra cosa que hacer, el pescar, entre las muchas especies de peces que sacaron, me acuerdo de dos, uno de gusto y otro de admiración; el primero fue un pez llamado esclavina, tan grande como media cama, al cual hirieron con un tridente, los de la nave Vizcaína, cuando iba durmiendo en el agua, y lo aferraron de modo que no pudo librarse; después, atado con una gruesa y larga maroma al banco del batel, tiraba de éste tan velozmente por aquel puerto, de aquí para allí, que parecía una saeta; de suerte que la gente de los navíos que no conocía el secreto, estaba espantada, viendo ir sin remos el batel a uno y otro lado, hasta que se murió el pez y lo llevaron a bordo de los navíos, adonde lo subieron con los ingenios que alzan las cosas pesadas. El segundo pez fue tomado con otro ingenio; llámanle los indios Manati, y no le hay en la Europa; es tan grande como una ternera, y su carne semejante en el sabor y color, acaso algo mejor y más grasa; de donde, los que afirmaban que hay en el mar todas las especies de animales terrestres, dicen que estos peces son verdaderamente becerros, pues no tienen forma de pez, ni se mantienen de otra cosa que la hierba que encuentran en las orillas.

Volviendo ahora a nuestra historia, digo que después que el Almirante vio que su gente había descansado algo, y los navíos estaban aderezados, salió del puerto de Azúa y fue al del Brasil, que los indios llaman Yaquimo, para libarse de otra tempestad que vendría. Por ello salió después, a 14 de Julio, de este puerto con tanta bonanza que, no pudiendo seguir el camino que quería, lo echaron las corrientes a ciertas islas muy pequeñas y arenosas cerca de Jamaica, a las cuales llamó las Pozas; porque no hallando agua en ellas, hicieron muchas pozos en la arena, de los que se bastecieron para servicio de los navíos. Luego, navegando hacia Tierra Firme, por la ruta de Mediodía, llegaron a otras islas; aunque no tomaron tierra, sino es en la mayor, que se llamaba Guanaja, nombre que los que después hicieron cartas de marear, dieron a todas las islas Guanajas, que están 12 leguas de Tierra Firme, cerca de la provincia que ahora se llama Cabo de Honduras, aunque el Almirante la llamó punta de Caxinas. Pero como algunos hacen estas cartas sin andar por el mundo, incurren en grandísimos errores, los cuales ahora, que me ocurre decirlo, quiero referir, aunque rompa el hilo de mi historia; y es así.

Estas mismas islas y la Tierra Firme la ponen dos veces en sus cartas de marear, como si en efecto fuesen tierras distintas; y siendo el Cabo de Gracias a Dios el mismo que llaman Cabo de Honduras, hacen dos. La causa de esto fue porque Juan Díaz de Solís, de cuyo apellido se llama el río de la Plata río de Solís, por haberle muerto allí los indios, y Vicente Yáñez, que fue capitán de un navío en el primer viaje del Almirante, cuando descubrió las Indias, y después halló la Tierra Firme, fueron juntos a descubrir el año de 1508, con intención de seguir la tierra que había descubierto el Almirante en el viaje de Veragua hacia Occidente. Siguiendo éstos casi el mismo camino, llegaron a la costa de Cariay, y pasaron cerca del Cabo de Gracias a Dios hasta la punta de Caxinas, que ellos llamaron de Honduras; y a

las dichas islas, las Guanajas, dando, como hemos dicho, el nombre de la principal, a todas. De aquí pasaron más adelante, y no quisieron confesar que el Almirante hubiese estado en ninguna de dichas partes, para atribuirse aquel descubrimiento y mostrar que habían hallado un gran país, sin embargo de que un piloto suyo, llamado Pedro de Ledesma, que había ido antes con el Almirante en el viaje de Veragua, les dijese que él conocía aquellas regiones, y que eran de las que había ayudado a descubrir con el Almirante; así me lo refirió él mismo. La razón y el diseño de las cartas lo demuestran claramente; pero decían que estaba más allá de lo que el Almirante había descubierto; por lo que, una misma tierra está puesta dos veces en la carta, como, si Dios quiere, lo mostrará en adelante el tiempo, cuando se navegue más aquella costa, pues hallarán, sólo una vez, tierra de aquella forma, según he dicho[212].

Pero, volviendo a nuestro descubrimiento, digo que habiendo llegado a la isla de Guanaja, mandó el Almirante al Adelantado D. Bartolomé Colón, su hermano, que fuese a tierra con dos barcas, en la que hallaron gente semejante a las de las otras islas, aunque no con la frente tan ancha. Vieron también muchos pinos y pedazos de tierra, llamada Cálcide, con la que se funde el cobre. Algunos marineros, pensando que era oro, la tuvieron mucho tiempo escondida. Hallándose el Adelantado en aquella isla, con deseo de saber sus secretos, quiso su buena suerte que llegase una canoa tan larga como una galera, y ocho pies de ancha, toda de un solo tronco, y de la misma hechura que las demás, la cual venía cargada de mercaderías, de las partes occidentales, hacia Nueva España[213], en medio de ella había un toldo de hojas de palma, no diferente del que traen las góndolas en Venecia, que defendía lo que estaba debajo, de manera que ni la lluvia, ni el oleaje podían dañar a nada de lo que iba dentro. Debajo de aquel toldo estaban los niños, las mujeres, los muebles y las mercaderías. Los hombres que guiaban la canoa,

aunque eran 25, no tuvieron ánimo para defenderse contra las barcas que les seguían. Tomada por los nuestros la canoa sin lucha fue llevada a los navíos, donde el Almirante dio muchas gracias a Dios, viendo cuán pronto era servido de darle de muestra de todas las cosas de aquella tierra, sin trabajo, ni peligro de los suyos. Luego mandó sacar de la canoa lo que le pareció ser más rico y vistoso, como algunas mantas y camisetas de algodón sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores y labores, y algunos pañetes con que cubrían sus vergüenzas, de la misma labor y paños con que se cubrían las indias de la canoa, como suelen hacer las moras de Granada; espadas de madera larga, con una canal a cada parte de los filos, y en éstas, hileras de pedernales sujetos con pez y cuerdas, que entre gente desnuda cortan como si fuesen de acero; las hachuelas para cortar leña eran semejantes a las de piedra que tienen los demás indios, salvo que eran de buen cobre; del que traían cascabeles, y crisoles para fundirle. Llevaban de bastimentos raíces y granos, iguales a los que se comen en la Española; cierto vino hecho de maíz, semejante a la cerveza de Inglaterra, y muchas almendras que usan por moneda en la Nueva España, las que pareció que estimaban mucho, porque cuando fueron puestas en la nave las cosas que traían, noté que, cayéndose algunas de estas almendras, procuraban todos cogerlas como si se les hubiera caído un ojo. Al mismo tiempo se veía que, aunque no pensaban en sí mismos viéndose sacar presos de su canoa a nave de gente tan extraña y feroz como somos nosotros respecto de ellos, como la avaricia de los hombres es tanta, no debemos maravillarnos de que los indios la antepusieran al miedo y al peligro en que estaban. Asimismo, digo que también debemos apreciar mucho su honestidad y vergüenza, porque si al entrar en las naves, le quitaban a un indio los pañizuelos con que cubren sus partes vergonzosas, muy luego, para ocultarlas, ponía-se delante las manos y no las levantaba nunca, y las mujeres se

tapaban el cuerpo y la cara, según hemos dicho que hacen las moras de Granada. Esto movió al Almirante a tratarlos bien, restituirles la canoa, y darles algunas cosas en trueque de aquellas que los nuestros les habían tomado para muestra. Y no detuvo consigo sino a un viejo, llamado Yumbé, al parecer de mayor autoridad y prudencia, para informarse de las cosas de la tierra, y para que animase a los indios a platicar con los cristianos; lo que hizo pronta y fielmente todo el tiempo que anduvimos por donde se entendía su lengua. Por lo que en premio y recompensa de esto, cuando llegamos adonde no podía ser entendido, el Almirante le dio algunas cosas, y le envió a su tierra muy contento; esto sucedió antes de llegar al Cabo de Gracias a Dios, en la costa de la Oreja, de que ya se ha hecho mención.

CAPÍTULO XC

Cómo el Almirante no quiso ir a Nueva España, sino continuar hacia Oriente, en busca de Veragua y el estrecho de Tierra Firme

Aunque el Almirante, vista dicha canoa, se dio cuenta de las grandes riquezas, policía e industria que había en los pueblos de las partes occidentales de la Nueva España, no quiso ir a ellos; sin embargo, pareciéndole que por estar aquellos países a sotavento, podía navegar a ellos desde Cuba, cuando le fuese conveniente, y siguió su intento de descubrir el estrecho de Tierra Firme, para abrir la navegación del mar de Mediodía, de lo que tenla necesidad para descubrir las tierras de la especiería. Por ello, determinó seguir el camino de Oriente, hacia Veragua y el Nombre de Dios, donde imaginaba y creía estuviese el estrecho referido, como en efecto estaba; pero se engañó al imaginarlo, porque no sabía que fuese estrecho de tierra, como son otros, sino de mar, que pasase como canal de un mar a otro, de cuyo error podía ser causa la equivocación del nombre, porque al decir que el estrecho de Tierra Firme estaba en Veragua y el Nombre de Dios, podía entenderse de agua o de tierra; él creía ser del elemento más dilatado, y porque lo deseaba más; bien que aquel istmo de tierra ha sido y es la puerta por donde se dominan tantos mares, y por donde han sido descubiertas y traídas a España tantas riquezas, porque no quiso Dios que una cosa tan grande y de tanta importancia se consiguiese de otro modo, pues túvose conocimiento de la Nueva España, por los indios de aquella canoa. Para buscar el mencionado es trecho, no habiendo en aquellas islas de Guanajas cosa estimable, sin

tardanza alguna navegó a Tierra Firme, a una punta que llamó de Caxinas, porque había en ella muchos árboles que producían unas manzanillas algo arrugadas, con hueso esponjoso, buenas para comer, y especialmente cocidas, a las cuales llamaban Caxinas los indios de 12 Española. Como no se veía en aquella tierra cosa digna de mención, el Almirante no quiso perder tiempo entrando en un gran golfo que allí se hace, sino seguir su camine hacia Leste, a lo largo de la costa que va al mismo rumbo en el Cabo de Gracias a Dios, la cual es muy baja y de playa muy limpia; los indios más cercanos a Caxinas se cubrían con las referidas camisetas pintadas, y pañetes delante de sus partes vergonzosas; hacen petos de algodón, colchados, que bastan para defensa de sus azagayas, y aun pueden resistir algunos golpes de nuestras armas; pero, los que están más arriba, hacia Oriente, hasta el Cabo de Gracias a Dios, son casi negros, y de aspecto brutal; van completamente desnudos; en todo son muy rústicos, y, según decía el indio Jumbé que fue tomado, comen carne humana y peces crudos, tales como los matan; traen las orejas horadadas con tan anchos agujeros, que cómodamente podía pasarse por ellos un huevo de gallina, por lo que el Almirante llamó aquel país, costa de Oreja.

En aquella costa salió a tierra el Adelantado, la mañana del domingo 14 de Agosto del año 1502, con las banderas y los capitanes, y otros muchos de la armada, a oír misa; y el miércoles siguiente, yendo las barcas a tierra para tomar posesión de aquel país en nombre de los Reyes Católicos, nuestros señores, concurrieron a la playa más de cien indios cargados de bastimentos, esperando a los nuestros; tan luego como éstos llegaron, presentaron al Adelantado cuanto llevaban, y luego se apartaron sin decir palabra. El Adelantado mandó que les diesen cascabeles, cuentas y otras cosillas, y les preguntó sobre las cosas de aquella región, por señas y por el intérprete referido, aunque éste, por hacer poco tiempo que andaba con nosotros,

no entendía bien a los cristianos, por la distancia, aunque pequeña, de su tierra a la isla Española, donde muchos de los navegantes habían aprendido el habla de los indios, y tampoco los entendían; pero, quedando satisfechos éstos de lo que se les había dado, volvieron al mismo lugar, al día siguiente, más de otros doscientos, cargados de varias suertes de bastimentos, a saber: gallinas de la tierra, que son mejores que las nuestras; ánades, peces tostados, habas coloradas y blancas, semejantes a los fríjoles, y otras cosas nada diferentes de las que hay en la Española; la tierra era muy verde y hermosa, aunque baja; había en ella muchos pinos y encinas; palmas de siete especies; mirobalanos, que llaman *hobos* en la Española, y casi todas las otras frutas que se hallan en esta isla. Asimismo había muchos leopardos, ciervos, corzos, y también ciertos peces que abundan mucho en la isla Española y no se conocen en Castilla. La gente de este país es casi de igual disposición que en las otras islas, pero no tienen las frentes anchas, como aquéllos, ni muestran tener religión alguna; hay entre ellos lenguas diferentes, y generalmente van desnudos, aunque traen cubiertas sus partes vergonzosas; algunos usan ciertas camisetas largas, como las nuestras, hasta el ombligo, y sin mangas; traen labrados los brazos y el cuerpo, de labores moriscas, hechas con fuego, que les dan parecer extraño; algunos llevan leones pintados, ciervos, castillos con torres y otras figuras diversas; en lugar de bonetes, traen los más ciertos pañetes de algodón, blancos y colorados; otros llevan colgando, sobre la frente, algunos mechones del pelo; pero cuando se componen para alguna fiesta, se tiñen la cara, unos de negro y otros de colorado; algunos se hacen rayas de varios colores en la cara; otros se tiñen el pico de la nariz; otros dan de negro a los ojos, y así se adornan para parecer hermosos, aunque verdaderamente parecen diablos.

CAPÍTULO XCI

Cómo el Almirante fue por la costa de Oreja hacia el Cabo de Gracias a Dios, llegó a Cariay, y lo que vio e hizo allí

Navegó el Almirante por la mencionada costa de Oreja a Poniente hasta el Cabo de Gracias a Dios, que fue llamado así porque, no habiendo desde la punta de Caxinas más de sesenta leguas, se padeció mucho, por la contrariedad de los vientos y por las corrientes, en setenta días de caminar a la bolina, saliendo de una borda hacia el mar, y volviendo de otra a tierra, ganando muchas veces con el viento, y perdiendo con frecuencia, según era abundante o escaso en los rumbos que se hacían; es indudable que si no hubiera sido la costa de tan buenos surgideros como era, hubiésemos tardado más en pasarla; pero como era limpia y media legua de ella, tenía el mar dos brazos de fondo, y entrando en el mar, a cada legua de distancia crecía el agua otras dos, teníamos gran comodidad para dar fondo de noche, o cuando era muy poco el viento, por causa del buen fondo; de modo que, si bien con dificultad, se pudo navegar aquel camino.

Después, cuando a 14 de Septiembre llegamos a dicho Cabo, viendo que la tierra iba hacia Mediodía, y que con los vientos levantes que allí reinaban y nos habían sido tan contrarios, podíamos continuar cómodamente nuestro viaje, dimos todos muchas gracias a Dios. En memoria de esto, le llamó el Almirante, Cabo de Gracias a Dios.

Poco más allá pasamos por algunos bancos peligrosos, que salían al mar, cuanto alcanzaba la vista. Como teníamos necesi-

dad de tomar agua y leña, el sábado a 16 de Septiembre, envió el Almirante las barcas a un río que parecía profundo y de buena entrada; pero no fue tal a la salida, porque habiéndose enfurecido los vientos, e hinchándose mucho el mar, rompiéndose contra la corriente de la boca, embistió a las barcas con tanta violencia, que se anegó una y pereció toda la gente que iba en ella, por lo que le llamó el Almirante Río de la Desgracia. En este río y su contorno había cañas tan gruesas como el muslo de un hombre.

El domingo, a 25 de Septiembre, siguiendo hacia el Mediodía, fondeamos en una isleta llamada Quiribiri, y un pueblo de Tierra Firme llamado Cariay, que era de la mejor gente, país y sitio que hasta allí habíamos hallado, así porque era alta la tierra, de muchos ríos y copiosa de árboles elevadísimos, como porque dicha isleta era espesa como el basilicón, llena de muchos boscajes de árboles derechos, así de palmitos y mirobalanos, como de otras muchas especies, por lo que llamóla el Almirante, la Huerta. Dista una legua pequeña del pueblo llamado Cariay por los indios que tiene cerca un río grande; allí concurrió infinita gente de aquel contorno, muchos con arcos y flechas y otros con varas de palma, negras como la pez y duras como hueso, cuya punta estaba armada con huesos y espinas agudas de peces; otros, con macanas o recios bastones, y habían ido allí con ánimo de defender la tierra. Llevaban los hombres trenzados los cabellos, y revueltos a la cabeza; las mujeres, cortados como nosotros. Viendo que éramos gente de paz, mostraban gran deseo de nuestras cosas a cambio de las suyas, que son armas, mantas de algodón, camisetas de las dichas, y aguilillas de guanines, que es oro muy bajo, que traían colgado al cuello, como nosotros llevamos el Agnus Dei, u otra reliquia. Todas estas cosas llevaban, nadando, a las barcas porque, los cristianos, ni aquel día ni el siguiente salieron a tierra, ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna, para que no los tuviesen

por hombres que deseaban lo que ellos tenían, antes les hizo dar muchas de nuestras cosas. Los indios, cuanto más veían que hacíamos poco caso de rescatar, lo deseaban más, haciendo muchas señas desde tierra y extendiendo las mantas como banderas, convidándonos a ir a tierra; finalmente, viendo que ninguno iba a ellos, cogieron todas las cosas que les habíamos dado, sin dejar alguna, y, muy bien atadas, las pusieron en el mismo sitio donde habían ido las barcas a recibirlos; allí las hallaron los nuestros el miércoles, que salieron a tierra. Como los indios vecinos a este lugar creían que los cristianos no se fiaban de ellos, enviaron a las naves un indio viejo, de venerable presencia, con una bandera puesta en un palo, y dos muchachas, una de ocho años y otra de catorce, las cuales entradas en la barca, hizo señal de que los cristianos podían desembarcar seguramente. Atendiendo a este ruego, salieron a tomar agua; los indios tuvieron mucho cuidado de no hacer algún ademán ni otra cosa de que se asustasen los cristianos, y cuando después los vieron volver a los navíos, les hacían muchos gestos de que llevasen consigo las mozas, con los guanines que traían al cuello, y a instancias del viejo que las llevaba, nos agradó traerlas. En lo cual, no sólo mostraban más ingenio de el que hasta entonces se había visto en otros, pero en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque siendo los cristianos de tan extraña vista, trata y generación, no dieron muestra de sentimiento, ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto, por lo que fueron muy bien tratadas por el Almirante, que mandó darlas vestir y comer; luego encargó que fuesen llevadas a tierra, donde estaban 50 indios, y las volvió a recibir el viejo que las había traído, alegrándose mucho con ellas.

Volviendo aquel mismo día las barcas a la costa, hallaron los mismos indios con las muchachas, las cuales destituyeron a los cristianos todo lo que les habían dado, sin quedarse con cosa

alguna. El día siguiente, habiendo salido el Adelantado a tierra para informarse de estas gentes, llegaron dos de los más honrados a la barca donde estaba; tomándolo por los brazos en medio de ellos, le hicieron sentar en la hierba de la playa, y preguntándoles éste algunas cosas, mandó al escribano de la nave que anotase lo que respondían; pero viendo el papel y la pluma, se alborotaron de forma que la mayor parte de los indios echó a huir, por miedo, según pareció, de ser hechizados con palabras o hechos, aunque verdaderamente ellos nos parecían grandes hechiceros, y con razón, pues cuando se acercaban a los cristianos echaban por el aire cierto polvo hacia éstos, y con sahumerios hechos del mismo polvo, procuraban que el humo fuese hacia los nuestros; además que el no querer recibir ninguna cosa de las nuestras, y sí restituirlas, daba sospecha, pues, como suele decirse, *piensa el ladrón que todos son de su condición*.

Habiéndonos detenido aquí más de lo que requería la presteza del viaje, prevenidos y aprestados los navíos de todo lo que necesitaban, el domingo 2 de Octubre, mandó el Almirante que saliese el Adelantado, salir a tierra con alguna gente, a reconocer los pueblos de los indios, sus costumbres y su naturaleza, con la calidad del país. Lo más notable que vieron fue que, dentro de un palacio grande de madera, cubierto de cañas, tenían sepulturas; en una de ellas había un cuerpo muerto, seco y embalsamado; en otra, dos sin mal olor, envueltos en paños de algodón; sobre las sepulturas había una tabla, en que estaban algunos animales esculpidos; en otras, la figura del que estaba sepultado, adornado de muchas joyas, de guanines, de cuentecillas y otras cosas que mucho estimaban. Por ser estos indios de más entendimiento que los otros vistos en aquella región, mandó el Almirante que se tomase alguno para saber los secretos de la tierra; de siete que se cogieron, eligió dos principales, y despachó a los otros cinco, con algunas dádivas, habiéndolos tratado muy bien para que no se alborotase la tierra; dijo a los otros

que los llevaría por guías en aquella costa, y después les daría libertad. Pero, creyendo los indios haber sido presos, por avaricia y ganancia nuestra, para cambiarlos por joyas y mercancías, al día siguiente llegó, de improviso, mucha gente a la playa; enviaron cuatro mensajeros a la Capitanía, para tratar del rescate, por el que ofrecieron algunas cosas, y llevaron de regalo dos porquezuelos de la tierra, que aunque pequeños, son muy bravos. El Almirante, viendo la prudencia de esta gente, entró en mayor deseo de tratar con ellos, y no quiso partir de allí sin tomar lengua de éstos; no dando crédito a sus ofertas, mandó que a los mensajeros se les donasen algunas cosillas, para que volviesen más satisfechos, y que les fuesen pagados los puercos. Con éstos hubo una cacería, y es siguiente:

Entre otros animales de aquella tierra hay algunos gatos de color gris, del tamaño de un pequeño lebrel, con la cola más larga, y tan fuerte, que cogiendo alguna cosa con ella, parecía que estaba atada con una soga; andan éstos por los árboles, como ardillas, saltando de uno en otro, y cuando dan el salto, no sólo se agarran a las ramas con las manos, más también con la cola, de la cual muchas veces se quedan colgando, como por juguete y descanso; cierto ballestero trajo de un bosque uno de estos gatos, echándole de un árbol abajo con un virote, y porque estando ya en tierra se puso tan feroz que no se atrevió a acercarse a él, le cortó un brazo de una cuchillada; trayéndole así herido, se espantó, en cuanto le vio, un buen perro que teníamos; pero mayor miedo dio a uno de los puercos que nos habían traído, que apenas vio al gato, echó a huir mostrando grande miedo. Esto nos causó grande admiración, porque antes que sucediese, el puerco embestía a todos, y no dejaba al perro quieto, en la cubierta; por lo cual, mandó el Almirante que le arrimasen al gato, el cual viéndole cerca, le echó la cola y le rodeó el hocico, y con el brazo que le había quedado sano, le agarró el copete para morderle; el puerco gruñía de miedo, fuerte-

mente, de lo que conocimos que semejantes gatos deben de cazar, como los lobos y los lebreles de España.

CAPÍTULO XCII

Cómo el Almirante partió de Cariay, fue a Cerabaró y Veragua, y navegó hasta que llegó a Portobelo, cuyo viaje fue por costa muy provechosa

Luego, el miércoles, a 5 de Octubre, se hizo el Almirante a la vela, y arribó al puerto de Cerabaró[214], que tiene seis leguas de largo y más de tres de ancho, en el cual hay muchas isletas, y tres o cuatro bocas muy a propósito para entrar y salir con todos vientos. Van las naves por estas islas, entre una y otra, como por calles, tocando las cuerdas de los navíos a las ramas de los árboles. Luego que fondeamos en este puerto, fueron las barcas a una isla donde había en tierra veinte canoas, y los indios en la costa, desnudos, como nacieron; sólo traían un espejo de oro al cuello, y algunos traían una águila de guanin. Estos, sin mostrar miedo, por mediación de los dos indios de Cariay, trocaron al instante un espejo que pesó diez ducados, por tres cascabeles; dijeron haber gran abundancia de aquel oro, y que se cogía en la Tierra Firme, muy cerca de ellos. Al día siguiente, 7 de Octubre, fueron a Tierra Firme las barcas, donde se encontraron con diez canoas llenas de indios, y porque no quisieron rescatar sus espejos con los nuestros, fueron presos dos de los más principales, para que el Almirante se informase de ellos, por medio de los dos intérpretes; el espejo traía uno, pesó catorce ducados, y el águila del otro, veintidós. Decían estos indios que a una o dos jornadas, tierra adentro, se cogía mucho oro en algunos lugares que nombraban; que en aquel puerto había muchísimos peces, y en tierra muchos animales de los

que decimos haber en Canarias, y gran cantidad de alimentos usados por los indios, como raíces de plantas, granos y frutas. Los indios iban pintados de varios colores, blanco, negro y colorado, tanto en la cara, como en el cuerpo, y desnudos, con un pañete corto de algodón en las partes deshonestas.

De este puerto de Cerabaró pasamos a otro que confina con él, y se le parece en todo, llamado Aburemá; después, a 17 del mes, salimos al mar grande para seguir nuestro viaje, y llegando a Guaiga, que es un río, distante doce leguas de Aburemá, el Almirante envió las barcas a tierra, las cuales vieron más de cien indios en la playa; éstos les acometieron furiosamente, entrando en el agua hasta la cintura, esgrimiendo sus varas, tocando cuernos y un tambor, en ademán de guerra, para defender la región; echaban agua salada hacia los cristianos, mascaban hierbas y las escupían hacia los nuestros, que no se movieron, procurando aquietarlos, como se logró; al fin, se acercaron a rescatar los espejos que traían al cuello, cada uno por dos o tres cascabeles; se ganaron diez y seis espejos de oro fino, que valían 150 ducados. El siguiente día, viernes, 29 de Octubre, volvieron a tierra las barcas, para rescatar y antes que saliesen de ellas, llamaron a ciertos indios que estaban bajo unas ramadas que aquella noche habían hecho en la costa, para guardar la tierra temiendo que los cristianos desembarcasen para darles algún disgusto. Por más que los llamaron muchas veces, ningún indio quiso venir a las barcas, ni los cristianos salir sin saber primero el ánimo en que estaban, pues como se supo después, los esperaban con ánimo de embestirlos cuando bajasen de las barcas. Viendo que los nuestros no salían, empezaron a tocar los cuernos y el tambor; con mucha grita saltaron al agua, como el día antes, y llegaron hasta cerca de las barcas, haciendo demostración de lanzar sus varas, si los nuestros no se volvían a los navíos; de cuya actitud, mal satisfechos los cristianos, para que los indios no tuviesen tanto atrevimiento, ni los desprecia-

sen, hirieron a uno en un brazo con una flecha, y dispararon una lombarda, de que cobraron tal miedo, que todos se volvieron huyendo confusamente a tierra; entonces desembarcaron cuatro cristianos, y habiéndoles llamado, dejando sus armas, vinieron hacia nosotros con mucha seguridad, y trocaron tres espejos, diciendo que no traían más, porque venían dispuestos sólo a pelear, y no a permutar.

El Almirante no cuidaba en este viaje más que de adquirir muestras. Por esta razón, sin detenerse, abreviando el camino, pasó a Cateba, y echó las anclas a la entrada de un gran río. Veíase que los indios se convocaban con cuernos y tambores, para juntarse, y después enviaron a las naves una canoa con dos hombres, los cuales, habiendo hablado con el indio que se había tomado en Cariay, entraron al instante en la Capitana, muy seguros; por consejo de dicho indio, dieron al Almirante dos espejos de oro que traían al cuello, y el Almirante les dio algunas cosillas de las nuestras. Luego que éstos volvieron a tierra, vino a los navíos otra canoa con tres indios, con sus espejos al cuello, los cuales hicieron lo mismo que los primeros. Trabada amistad, bajaron los nuestros a tierra, donde hallaron muchos indios con su rey, que no se diferenciaba de los demás sino en estar cubierto con una hoja de árbol, porque llovía mucho; para dar ejemplo a sus vasallos, cambió un espejo, y les dijo que trocasen los suyos, que, en todos, fueron diez y nueve, de oro fino. Aquí fue la primera vez que se vio en las Indias muestra de edificio, y fue un gran pedazo de estuco que parecía estar labrado de piedra y cal, de que mandó el Almirante tomar un pedazo en memoria de aquella antigüedad.

Desde allí pasó hacia Oriente y llegó a Cobrava, cuyos pueblos están situados junto a los ríos de aquella costa; como no salía gente a la playa, y el viento era muy bueno, pasó a cinco pueblos de mucho rescate, de los cuales era uno Veragua, donde decían los indios que se cogía el oro, y se hacían los espejos. El

día siguiente llegó a un pueblo que se llama Cubiga, donde, según decía el indio de Cariay, se acababa la tierra de rescate, que tenía principio en Cerabaró y continuaba hasta Cubiga, en que hay cincuenta leguas de costa; sin detenerse el Almirante, navegó hasta que entró en Portobelo, al que puso este nombre porque es muy grande, muy hermoso y poblado, y tiene alrededor mucha tierra cultivada; entró en él a 2 de Noviembre, por entre dos isletas; dentro de él pueden las naves acercarse a tierra, y si quieren, salir volteando. La tierra que circunda este puerto es alta, y no muy áspera, bien labrada y llena de casas distantes unas de otras un tiro de piedra o de ballesta; parece una cosa pintada, la más hermosa que se ha visto.

En siete días que estuvimos aquí detenidos por las lluvias y malos tiempos, venían a los navíos canoas de todo el contorno a cambiar alimentos de los que ellos comen, y ovillos de algodón hilado, muy lindo, que daban por algunas cosillas de latón, como alfileres y agujetas.

CAPÍTULO XCIII

Cómo el Almirante llegó a Puerto de Bastimentos y al de Nombre de Dios, y navegó hasta que entró en el del Retrete

Miércoles, 9 de Noviembre, salimos de Portobelo, y navegamos hacia Levante ocho leguas; pero, el día siguiente volvimos atrás cuatro, forzados del mal tiempo, y entramos en las isletas, cerca de Tierra Firme, donde está Nombre de Dios, y porque todos aquellos contornos e isletas estaban llenas de maizales, se les puso de nombre, puerto de Bastimentos; allí queriendo un batel nuestro, bien armado, tomar lengua de una canoa, creyendo los indios que pensaba hacerles algún daño, viendo el batel a menos de un tiro de piedra, se echaron todos al agua, para huir nadando, y de tal modo lo hicieron que por más que el batel bogó mucho, no pudo tomar alguno en media legua que los persiguió; porque cuando los alcanzaba, se sumergían como hacen las aves de agua, y de allí a un rato volvían a salir en otro sitio distante un tiro o dos de ballesta; persecución divertida, por ver cómo el batel se fatigaba en vano, y, al fin, tuvo que volver vacío. Estuvimos allí hasta 23 de Noviembre, componiendo los navíos y la vasija, y partimos dicho día hacia Oriente, hasta una tierra que llaman Guiga, del mismo nombre que otra situada en Veragua y Ciguaré. Llegadas las barcas a tierra hallaron en la playa más de trescientos indios, con deseo de trocar comestibles de los suyos, y algunas muestras de oro que traían colgando de las orejas y de la nariz.

Sin detenernos, el sábado, a 26 de Noviembre, entramos en un puertecillo al que se dio nombre de El Retrete, porque no

cabían en él más de cinco o seis navíos; su entrada era por una boca de quince o veinte pasos de ancho; a los dos lados había rocas que salían del agua, como puntas de diamantes, y era tan profundo el canal por el medio, que acercándose a la orilla un poco, se podía saltar desde el navío en tierra, lo que fue la causa principal de que peligrasen los navíos en la angostura de aquel puerto, de lo que tuvieron culpa los que fueron a sondarle antes de entrar allí las naves los cuales mintieron por desembarcar, deseosos de rescates; pues, si los indios hubiesen querido, nos habrían asaltado viendo que los navíos se habían acercado a la orilla. Estuvimos en este puerto nueve días con tiempo revuelto; en los primeros, venían los indios muy pacíficamente a rescatar sus cosillas pero, viendo después salir a los cristianos secretamente de los navíos, se retiraron a sus casas, porque los marineros, como gente sin freno y avara, les hacían muchos ultrajes, lo que motivó el que los indios se airasen de tal forma, que se rompió la paz, hubo algunas escaramuzas entre ambas partes, y creciendo los indios cada día más en número, se atrevieron a llegar a los navíos, que, como hemos dicho, estaban con el bordo en tierra, creyendo poderles hacer daño, cuyo intento no les hubiera salido en vano si el Almirante no hubiese procurado siempre apaciguarlos con paciencia y cortesía; pero, viendo después su soberbia y arrogancia, para meterles miedo, hizo disparar una lombarda, a cuyo estruendo correspondían con gritos, dando palos a las ramas de los árboles, haciendo grandes amenazas, para mostrar que no tenían miedo de aquel gran ruido, porque creían verdaderamente que aquellos truenos sólo servían de causar espanto; por esto, y también porque no tuviesen tanta soberbia, ni despreciasen a los cristianos, mandó el Almirante disparar contra una cuadrilla de indios que estaban en un cerrillo, y dando la pelota en medio de ellos, les hizo conocer que aquella burla tenla de rayo tanto como de trueno; por lo que, después, no se atrevían a presentar ni si-

quiera en lo alto de los montes. Era la gente de esta tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto entre los indios, porque eran altos, enjutos, nada de hinchados los vientres, y hermosos de rostro. La tierra estaba toda llena de hierbecilla, con pocos árboles, y en el puerto había grandísimos lagartos o cocodrilos, los cuales salen a estar y dormir en tierra, y esparcen un olor tan suave, que parece del mejor almizcle del mundo; pero, son tan carniceros y tan crueles, que si encuentran algún hombres durmiendo en tierra, le cogen y lo arrastran al agua para comérselo; fuera de esto, son tímidos, y huyen cuando se les acomete. Hay de estos lagartos en otras muchas partes de las Indias, y afirman algunos ser éstos lo mismo que los cocodrilos del Nilo.

CAPÍTULO XCIV

Cómo por la fuerza de los temporales volvió el Almirante hacia Poniente para saber de las minas e informarse de Veragua

Lunes, a 5 de Diciembre, viendo el Almirante que la violencia de los vientos levantes y nordestes no cesaba, y que no podía rescatar con aquellos pueblos, determino volver a certificarse de lo que decían los indios acerca de las minas de Veragua; y así aquel día fue a dormir a Portobelo, diez leguas a Occidente; siguiendo otro día su camino, fue embestido de un viento oeste, contrario a su nuevo intento; pero bien próspero comparado con el que había tenido por espacio de tres meses antes, y porque no creyó que durase este viento, no quiso cambiar de rumbo, sino luchar algunos días, porque eran los vientos inseguros; ya que vino un poco de buen viento a propósito para ir a Veragua, le sucedió otro contrario, que le hizo volver hacia Portobelo, y cuando tenía más esperanza de entrar en el puerto, volvía el viento a mudarse, contrario al que necesitábamos, a veces con tantos truenos y relámpagos que no se atrevía la gente a abrir los ojos; parecía que los navíos se hundían y que el cielo se venía abajo; algunas veces se continuaban tanto los truenos, que se tenía por cierto que alguna nave de la compañía disparaba la artillería pidiendo socorro; otras veces se resolvía el tiempo en tanta lluvia, que en dos o tres días no dejaba de llover copiosamente, de modo que parecía un nuevo diluvio. Por ello, ninguno de los navíos dejaba de padecer gran trabajo, y de estar medio desesperado, viendo que no podían reposar media hora, bañados continuamente de agua, y caminando, ya a

una parte, ya a otra, luchando con todos los elementos y temiendo de todos; pues en temporales tan espantosos, temían al fuego, por los rayos y los relámpagos; al aire, por su furia; al agua, por las olas, y a la tierra, por los bajos y escollos de costas no conocidas, que suelen hallar los hombres cerca del puerto donde esperaban encontrar descanso, y por no tener noticia, o no conocer bien la entrada, se tiene por mejor luchar con otros elementos de los que se reciba menos daño.

A más de estos temores tan diversos, sobrevino otro de no menor peligro y admiración, que fue una manga de agua que pasó el martes, 13 de Diciembre, por entre los navíos, que si no la hubiesen cortado diciendo el Evangelio de San Juan, no hay duda que anegara cuanto cogiera debajo; porque, como hemos dicho, sube el agua hasta las nubes en forma de columna más gruesa que un tonel, retorciéndola como un torbellino. Aquella misma noche perdimos de vista la nave Vizcaína, y con buena suerte, volvimos a verle después de tres días oscurísimos, aunque perdido el batel, por haber corrido enorme peligro, pues habiendo fondeado cerca de tierra con el auxilio de una áncora, que al fin perdió, se vio precisado a cortar el cable. En aquella ocasión se notó que las corrientes de la costa eran conformes a los temporales, pues entonces iban con el viento hacia Levante, y se volvían al contrario cuando reinaban levantes, que corrían hacia Poniente; porque parece que las aguas siguen aquí el curso de los vientos que soplan más.

Con tales contrariedades de mar y de viento, perseguida la armada con tanta fuerza que la tenían medio deshecha, sin poder ninguno hacer más, por los trabajos padecidos, se logró algún descanso en un día o dos de calma, en que vinieron a los navíos tantos tiburones, que casi ponían miedo, especialmente a los que observan agüeros; pues así como se dice de los buitres que barruntan donde hay cuerpo muerto, y perciben el olor a muchas leguas de distancia, esto mismo piensan algunos que

sucede a los tiburones, los cuales cogen el brazo o la pierna de una persona, con los dientes, y la cortan como con una navaja, porque tienen dos filas de dientes a modo de sierra, fue tanta la matanza que hicimos de ellos, con el anzuelo de cadena, que por no poder matar más, los dejamos correr por el agua; es tanta la voracidad suya, que no sólo comen toda carroña, sino que son cogidos con el trapo colorado en que se envuelve al anzuelo, yo vi sacar del vientre de uno de estos tiburones, una tortuga, que vivió después en el navío; de otro, la cabeza de un tiburón, que habíamos cortado y echado al mar, por no ser de comer, aunque lo demás es carne apetitosa; se la había engullido el tiburón, y nos pareció cosa fuera de razón que un animal se tragase una cabeza de la grandeza de la suya; pero no es de maravillar, porque tienen la boca rasgada casi hasta el vientre. Aunque algunos lo tuviesen por mal agüero, y otros por mal pescado, a todos les hicimos el honor de comerlos, por la penuria que teníamos de vituallas, pues habían pasado más de ocho meses que corríamos por el mar, en los que se había consumido toda la carne y el pescado que llevamos de España, y con los calores y la humedad del mar, hasta el bizcocho se había llenado tanto de gusanos que, ¡así Dios me ayude!, vi muchos que esperaban a la noche para comer la mazamorra[215], por no ver los gusanos que tenía; otros estaban ya tan acostumbrados a comerlos, que no los quitaban, aunque los viesen, porque si se detenían en esto, perderían la cena.

El sábado, a 17 del mes, entró el Almirante en un puerto, tres leguas al Oriente del peñón que los indios llamaban Huiva, y era como un gran puerto, donde descansamos tres días; saltando en tierra, vimos a los moradores habitar en las copas de los árboles, como pájaros, atravesados algunos palos de un ramo a otro, y fabricadas allí sus cabañas, que así pueden llamarse, mejor que casas; aunque no sabíamos el motivo de esta novedad, juzgamos que procediese de miedo a los grifos[216] que hay en

aquel país, o a los enemigos, porque en toda aquella costa, de una legua a otra, hay grandes enemistades. A 20 del mismo mes, partimos de este puerto con bonanza poco segura, porque apenas salimos al mar, volvieron a molestarnos los vientos y las tempestades, de manera que nos vimos obligados a entrar en otro puerto, del que salimos al tercer día con muestra de mejor tiempo; pero, como quien espera al enemigo en alguna esquina para matarle, luego nos embistió un mal tiempo, que nos llevó casi al Peñón, y cuando ya teníamos esperanza de entrar en el puerto donde nos habíamos refugiado primero, como si jugase con nosotros nos embistió a la boca del puerto tan contrario viento, que nos forzó a volver hacia Veragua. Estando parados en la ribera del mismo río, se volvió el tiempo tan violento que sólo fue de provecho en dejarnos tomar aquel puerto de cuya boca nos habíamos retirado antes, el jueves, a 22 del mes de Diciembre; aquí estuvimos desde el día segundo de Navidad, hasta 3 de Enero del año siguiente de 1503. Compuesta allí la nave Gallega, y hecha la provisión de maíz, agua y leña, volvimos al camino de Veragua con malos y contrarios vientos que se hacían peores conforme el Almirante cambiaba el rumbo de su camino; esto fue cosa tan extraña y jamás vista, que yo no habría anotado tantos cambios si, a más de estar presente, no lo hubiese visto escrito por Diego Méndez, el que navegó con las canoas desde Jamaica, de que adelante se hará mención, el cual también escribió este viaje, y en la carta que el Almirante envió con él a los Reyes Católicos, cuya relación puede conocer el lector, pues está impresa, cuánto padecimos, y cuánto persigue la fortuna a los que debía dar prosperidades.

Pero, volviendo a las mudanzas y contrariedades de los vientos y del viaje que tanta fatiga nos dieron, entre Veragua y Portobelo, por lo cual se llamó aquella costa después, la Costa de los Contrastes, digo que el jueves de la Epifanía dimos fondo junto a un río que los indios llaman Yebra, y el Almirante le lla-

mó Belén, porque llegamos a dicho lugar el día de los Tres Magos. Al punto hizo sondar la boca de aquel río, y de otro que estaba más a Occidente, que los indios llamaban Veragua; halló su entrada muy baja, y la de Belén con cuatro brazas de agua en plena mar. Entraron con las barcas en el río Belén, y subieron hasta el pueblo donde tenían noticia que estaban las minas de oro de Veragua, aunque, al principio, no sólo rehusaban los indios hablar, sino que se juntaban armados para impedir que desembarcasen los cristianos. Al día siguiente, yendo nuestras barcas al río de Veragua, los indios de aquel pueblo hicieron lo mismo que los anteriores; tanto en tierra, como en el mar, se prepararon a la defensa con sus canoas; mas por haber ido con los cristianos un indio de aquella costa, que les entendía un poco, y les dijo ser nosotros buenas personas, que no queríamos cosa alguna sin pagarla, se aquietaron algo; trocaron veinte espejos de oro, algunos canutillos y granos de oro sin fundir; para darles más valor, decían que se cogían lejos de allí; que cuando esto hacían no comían, ni llevaban mujeres consigo; que es lo mismo que decían también los de la Española cuando fue descubierta.

CAPÍTULO XCV

Cómo el Almirante entró con sus navíos en el río de Belén y determinó edificar allí un pueblo, y dejar en él al Adelantado, su hermano

Entramos en el río de Belén con la nave Capitana y la Vizcaína, el lunes 9 de Enero, y al instante vinieron los indios a cambiar las cosas que tenían, especialmente pescado, que a ciertos tiempos entra en aquel río, del mar, lo que parece increíble a quien no lo vea; allí trocaron algún poco de oro, por alfileres; lo que valía más, lo daban por unas cuentas, o por cascabeles. El día siguiente entraron los otros dos navíos que no habían entrado antes, pues por haber poca agua en la boca, les fue preciso esperar la creciente, aunque no sube allí el mar, en la mayor marea, sino media braza. Como Veragua tenía mucha fama de minas y grandes riquezas, al tercer día de nuestro arribo, el Adelantado fue con las barcas al mar, para entrar por el río e ir hasta el pueblo del Quibio, que así llaman los indios a sus reyes. Este, sabida la venida del Adelantado fue con sus canoas por el río abajo, a recibirle; se trataron ambos con mucha cortesía y amistad, dando el uno al otro las cosas que más estimaban, y habiendo estado un gran rato en conversación, se retiró cada uno a los suyos, con gran quietud y paz.

El día siguiente fue el Quibio a los navíos a visitar al Almirante, y habiendo estado más de una hora en conversación, el Almirante le dio algunas cosas, los suyos rescataron algún oro por cascabeles, y se volvió sin ceremonia alguna por el camino que había ido.

Estando nosotros muy contentos y seguros, el martes a 24 de Enero, de repente creció el río de Belén tanto que: sin poder evitarlo ni echar los cables a tierra, dio la violencia del agua a la Capitana con tanta fuerza que rompió una de sus dos anclas, y la echó con tanto ímpetu sobre la nave Gallega, que estaba a su popa, que del golpe le rompió la contramesana[217]; luego, abordándose la una con la otra, corrían con tanta furia de aquí para allá que estuvieron en peligro de perecer con toda la armada.

Pensaron algunos que la causa de esta marejada fuesen las grandes y continuas lluvias que hubo el invierno en aquella tierra, sin que cesasen ni un día; pero, si esto fuera así, habría la creciente engrosado poco a poco, y no vendría de repente con tanta vehemencia; por lo cual se sospechaba que fuese algún gran turbión que descargó sobre los montes de Veragua que llamó de San Cristóbal el Almirante, porque la cumbre del más alto entraba en la región del aire donde se engendran los cambios, por lo que, en su altura, no se ven nubes, sino que están más bajas; quien lo viere dirá que es una ermita, y está, por lo menos, a veinte leguas de tierra adentro, en medio de montañas cubiertas de árboles; allí creímos haberse originado esta crecida, la cual hizo tanto daño, que el menor peligro fue que, si bien podíamos con la creciente salir al ancho mar, que estaba media milla distante, era tan cruel la tormenta que andaba en él, que pronto nos hubiera hecho pedazos al salir por la desembocadura. Esta tormenta duró tantos días que no pudimos asegurar y amarrar bien los navíos; se rompían las olas con tanta furia contra la boca del río, que no podían las barcas salir de él a correr la costa, reconocer la tierra para saber dónde estaban las minas, y elegir el mejor sitio para edificar un pueblo; porque tenía determinado el Almirante dejar aquí al Adelantado con la mayor parte de la gente, para que poblasen y sujetasen aquella tierra, hasta que él fuese a Castilla, para enviarles socorro de gente y bastimentos.

Con este designio, habiendo abonanzado el tiempo, lunes, a 6 de Febrero, envió al Adelantado, por mar, con 68 hombres, a la boca del río Veragua, que distaba de Belén una legua al Occidente, y navegaron por el río arriba, otra legua y media, hasta el pueblo del Cacique, donde estuvieron un día, informándose del camino de las minas. El miércoles siguiente anduvieron cuatro leguas y media, y fueron a dormir cerca de un río que pasaron cuarenta y tres veces; el día siguiente caminaron legua y media hacia las minas, que les enseñaron los indios que había dado por guías el Rey Quibio; a cabo de dos horas, después que llegaron, cada uno cogió oro, entre las raíces de los árboles, que son altísimos en aquel país y llegan al cielo. Estimóse mucho esta muestra porque ninguno de los que iban llevaba ingenios para sacar el oro, ni vez alguna lo habían cogido. Como su viaje no era más que para informarse de las minas, se volvieron muy alegres aquel día, a dormir a Veragua, y el siguiente, a los navíos. Es verdad, como se supo después, que estas minas no eran las de Veragua, que están más cercanas, sino de Urirá, que es un pueblo de enemigos, y porque tenían guerra con los de Veragua, para darles enojo, mandó el Quibio que fuesen guiados allí los cristianos, y también para que éstos codiciasen ir a las minas de Urirá y dejasen las de Veragua.

CAPÍTULO XCVI

Cómo el Adelantado visitó algunos pueblos de la provincia y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra

El jueves, a 16 de Febrero del año referido de 1503, salió el Adelantado con cincuenta y nueve personas y con una barca por mar con catorce; el día siguiente, por la mañana, llegaron al río Urirá, que dista siete leguas del de Belén, hacia Occidente; a una legua del pueblo le fue a recibir el cacique, con veinte indios, le presentó muchas cosas de las que comen, y se trocaron algunos espejos de oro. Mientras estaban allí el cacique y sus principales, no cesaban de meterse en la boca una hierba seca, y de mascarla; a veces tomaban también cierto polvo, que llevaban juntamente con la hierba seca, lo cual parece mucha barbarie. Después de estar allí un rato, los indios y los cristianos fueron al pueblo, donde había mucha gente que los salió a recibir; señaláronles una casa donde se alojasen, y presentándoles muchas cosas de comer. De allí a poco vino el cacique de Dururi, que es otro pueblo vecino, con muchos indios, los cuales también traían algunos espejos para trocarlos; y de éstos y de aquéllos entendieron que en la tierra adentro había muchos caciques que tenían gran abundancia de oro, y de gente armada como nosotros.

Al día siguiente mandó el Adelantado que la mayor parte de la gente se volviese por tierra a los navíos, y siguió su viaje, con treinta hombres, hacia Zobraba, donde había más de seis leguas de maizales, que son como los campos de trigo; desde aquí fue a Cateba, que es otro pueblo; en ambos tuvo buena acogida, y le

dieron bastimentos, rescatando aún algunos espejos de oro, los que, según hemos dicho, son como patenas de cáliz, unos mayores y otros menores, de doce ducados de peso, unos más y otros menos; traénlos al cuello, colgados de una cuerdecilla, como nosotros el Agnus Dei u otra reliquia.

Como entonces el Adelantado se había alejado mucho de los navíos, sin haber hallado por toda aquella costa puerto alguno, ni río más grande que el de Belén, para edificar una población, se volvió por el mismo camino, a 24 de Febrero, con muchos ducados de oro, ganados en rescates. Tan luego como llegó, comenzó con diligencia a disponer su mansión, y, para esto, en cuadrillas de diez, o de menos, como lo acordaban quienes hablan de quedar, que eran en total ochenta, comenzaron a edificar casas, a distancia de un tiro de lombarda de la boca del río, pasada una cala que está a mano derecha, entrando por el río, en cuya boca se levanta un montecillo. A más de las casas, que eran de madera, cubiertas de hojas de palmas, que nacen en la playa, se hizo también otra casa grande que sirviese de tienda y alhóndiga, en la que se puso mucha pólvora, artillería, bastimentos y otras cosas para el sustento de los pobladores, las más necesarias, como vino, bizcocho, aceite, vinagre, quesos y muchas legumbres, porque no había allí otra cosa que comer. Estas cosas dejaban aquí como en parte más segura que en la nave Gallega, que la reservaba el Adelantado para valerse de ella en mar y tierra, con todos los aparejos de redes y anzuelos y otras cosas útiles a la pesca, porque, según hemos dicho, hay en aquella región muchos peces en todos los ríos, a los cuales, y a la orilla del mar, van en ciertos tiempos del año, como de paso, ciertas especies de aquéllos, de los que toda la gente del país se alimenta más que de carne, pues aunque hay allí algunas especies de animales, no bastan al ordinario sustento de los indios. Las costumbres de estos indios son, generalmente, parecidas a los de la Española e islas vecinas; pero, los de Veragua y del

contorno, cuando hablan uno con otro, se ponen de espaldas, y cuando comen, mascan siempre cierta hierba, lo que juzgamos debe ser causa de tener los dientes gastados y podridos. Su comida es pescado, que pescan con redes y con anzuelos de hueso, que los hacen de las conchas de las tortugas, cortándolas con hilo [de cabuya]; lo mismo hacen en las otras islas. Tenían otro modo para pescar algunos peces tan pequeños como los que más, llamados Titi en la Española; éstos acuden a ciertos tiempos, con las lluvias, a las orillas, donde son tan perseguidos de los peces mayores, que se ven obligados a subir a la superficie del agua, en la que los pescan los indios con esterillas y con redes muy chicas; así cogen cuantos quieren, y los envuelven en hojas de árboles, del mismo modo que conservan los drogueros sus confecciones; tostados luego, en el horno, se conservan por largo tiempo. También acostumbran pescar sardinas, de modo análogo al que hemos dicho en otras pescas, pues la sardina huye, en ocasiones, de los peces grandes, con tanta velocidad y miedo, que saltan a la playa seca dos o tres pasos; de modo que el único trabajo es tomarlas, como a los otros peces. Pescan también de otro modo las sardinas; en las canoas, desde la popa a la proa, pon en un seto de hojas de palma, de tres brazas de alto; navegando por el río, hacen mucho ruido y dan con los remos en el bordo, porque las sardinas, para salvarse del pez que las persigue, saltan por la canoa, dan en el seto y caen dentro; y así toman cuantas quieren. Los jureles, los sábalos y aun las lizas van también allí a su tiempo, como también otros géneros de peces, y es cosa maravillosa ver, cómo al tiempo que éstos pasan por aquellos ríos, toman tan gran cantidad, que conservan mucho tiempo tostada. Tienen también para su alimento mucho maíz, que es cierto grano que nace como el mijo, con una espiga o panocha, de que hacen vino tinto, y blanco, como la cerveza de Inglaterra; allí echan lo que les parece, según lo que más les agrada, y sale de buen sabor, semejante al vino ras-

pante. Hacen otro vino de unos árboles que parecen palmas, y yo creo que son especie de éstas, aunque son lisos como los otros árboles y tienen en el tronco muchas espinas tan largas como las del puerco espín. De la médula de estas palmas, que son como palmitos, apretándola y exprimiéndola, sacan el zumo de que hacen el vino, y cociéndolo con agua y con sus especias, lo tienen por muy bueno y preciado. También hacen otro vino del mismo fruto que hemos dicho que se halló en la isla de Guadalupe, que es semejante a una piña gruesa, y la planta se siembra en campos anchos, con un gran pimpollo que sale encima de la misma piña, como sucede en los tallos de la lechuga; esta planta dura tres o cuatro años, dando siempre fruto. Hacen también vino de varias suertes de frutas, especialmente de una que nace en árboles altísimos, tan grandes como cedros; cada una tiene dos, tres y cuatro huesos, a modo de nueces, aunque no redondo, sino como el ajo, o la castaña; la corteza de ese fruto es como la de la granada, y se parece a ella cuando está quitado del árbol, aunque no tiene coronilla; su sabor es como de durazno, o pera muy buena; de éstas unas son mejores que otras, como sucede en las demás frutas; también las hay en las islas Antillas, y los indios las llaman Mameyes.

CAPÍTULO XCVII

Cómo para seguridad del pueblo de los cristianos fue preso el Quibio, con muchos indios principales, y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban

Ya estaban en orden todas las cosas de la población, en la que había diez o doce casas cubiertas de paja, y el Almirante dispuesto para ir a Castilla, cuando el río, que antes, por la soberbia de las aguas, nos había puesto en gran peligro, ahora nos puso en mayor, por falta de ellas, pues habiendo cesado ya las lluvias de Enero, con el buen tiempo, se cerró la boca del río con arena, de modo que cuando entramos en él, tenía cuatro brazas de agua, que era muy poca para la que se necesitaba; cuando quisimos salir, tenía media braza; con esto, quedamos encerrados y sin remedio alguno, porque era imposible sacar los navíos por la arena; y aun cuando hubiéramos tenido máquinas para hacerlo, no estaba el mar tan tranquilo que con la menor ola que llegase a la orilla, no hiciese pedazos los navíos, especialmente los nuestros, que ya parecían panales, agujereados todos por la broma. Entonces, nos encomendamos a Dios, pidiéndole nos diese lluvia, como antes le habíamos pedido tiempo sereno, porque sabíamos que lloviendo, llevaría más agua el río y se abriría la boca, como suele suceder en aquellos ríos. Súpose, al mismo tiempo, por medio del intérprete, que el Quibio, cacique de Veragua, tenía deliberado de venir secretamente a poner fuego a las casas y matar a los cristianos, porque a todos los indios pesaba mucho que poblasen en aquel río. Y pareció que para castigo suyo, y escarmiento y temor de los co-

marcanos, era bien prendello con todos sus principales, y traellos a Castilla, y que su pueblo quedase en servicio de los cristianos. Para hacerlo así fue el Adelantado con setenta y cuatro hombres al pueblo de Veragua, el día 30 de Marzo de 1503; y aunque llamóle pueblo, es de advertir que en aquella tierra no hay casas juntas, pues viven como los de Vizcaya, separados los unos de los otros.

Cuando el Quibio supo que se acercaba el Adelantado, le mandó a decir que no fuese a su casa, que estaba en una colina sobre el río Veragua; para que no se huyese de miedo, acordó el Adelantado ir a ella con solo cinco hombres, dejando orden a los demás que fuesen a la zaga, de dos, en dos, separados unos de otros, y que en oyendo disparar un arcabuz, rodeasen la casa de manera que nadie se escapase.

Habiéndose acercado el Adelantado a la casa, le envió otro recado el Quibio, diciéndole que no entrase en ella, que él saldría a hablarle, aunque estaba herido de una flecha; esto lo hacen así para que no vean sus mujeres, porque son celosísimos; por ello salió hasta la puerta, y se sentó allí, diciendo que llegase sólo el Adelantado, el cual lo hizo así.

Habiendo llegado el Adelantado al cacique, le preguntó por su enfermedad y otras cosas de la tierra, por medio de un indio que llevaba, que habíamos cogido más de tres meses antes, cerca de allí, y andaba con nosotros familiar y voluntariamente; el cual tenía entonces gran miedo, por el amor que nos profesaba, sabiendo que el Quibio deseaba mucho matar a los cristianos, y como no conocía aún nuestras fuerzas, creía se podría salir con ello fácilmente, por la multitud de gente que había en la provincia. Pero el Adelantado se cuidaba poco de este miedo, y fingiendo querer ver dónde tenía el cacique la herida, le cogió de un brazo. Y como ambos eran de gran fuerza, el Adelantado hizo tan buena presa que le sujetó hasta que llegaron los cuatro; hecho esto, mandó disparar el arcabuz y corrieron todos los

cristianos de la emboscada en torno a la casa, donde había cincuenta personas grandes y pequeñas, de que se prendió la mayor parte, sin haber herido a ninguno; porque viendo a su rey preso, no quisieron ponerse en defensa. Había entre éstos algunos hijos y mujeres del Quibio, y otros indios principales, que prometían grandes riquezas, diciendo que en un bosque cercano había un gran tesoro, y que todo lo darían por su rescate; pero no satisfecho el Adelantado con aquella promesa, determinó que, antes que se juntasen los del contorno, el Quibio fuese enviado preso a la nave juntamente con su mujer e hijos y los indios principales; él quedóse con la mayor parte de la gente, para ir contra los vasallos y parientes que habían huido.

Después, tratando con los capitanes y la gente de más honra, acerca de a quién se debía encomendar aquella gente para que la llevase hasta la boca del río, se la entregó a Juan Sánchez de Cádiz, piloto y hombre muy estimado, porque se ofreció a conducirlos, llevando al cacique atado de pies y manos; advirtiéndole que tuviese cuidado de que no se escapase; respondió que le pelasen las barbas si se le huía. Tomóle a su cuidado y partió con él, río abajo de Veragua; estando a media legua de la boca, empezó el Quibio a lamentarse mucho de llevar atadas tan fuertemente las manos, de manera que movió a piedad a Juan Sánchez, y le desató del banco de la barca donde iba sujeto, teniéndole sujeto con la cuerda. De allí a poco, viéndole el Quibio algo distraído, se echó al agua, y Juan Sánchez, no pudiendo hacer fuerza con la cuerda, la dejó, por no caer también al río. Llegada la noche, con el ruido de los que andaban en la barca, no pudieron ver ni oír dónde había tomado tierra; de modo que no supieron más noticia de él, como si fuese un peñón que había caído en el agua. Para que no sucediese lo mismo con los otros cautivos, siguieron su camino las naves, con bastante vergüenza de su descuido e inadvertencia. El día siguiente, que fue primero de abril, viendo el Adelantado que la tierra era mon-

tuosa, llena de árboles, y que allí no había pueblo ordenado, sino una casa en un collado y otra en otro, y que sería muy dificultoso ir de una parte a otra, acordó volverse a los navíos con su gente, sin que ninguno de ellos fuese muerto o herido, y presentó al Almirante los despojos habidos en la casa del Quibio, que valdrían 300 ducados en espejos, aguilillas y canutillos de oro que se ponen engarzados en los brazos y alrededor de las piernas, y tiras de oro con que, a modo de corona, se rodean la cabeza; todo lo cual, sacado el quinto para los Reyes Católicos, se dividió y repartió entre los que habían ido a la empresa; al Adelantado, en señal de su victoria, se le dio una corona de las ya mencionadas.

CAPÍTULO XCVIII

Cómo habiendo salido el Almirante para Castilla asaltó Quibio el pueblo de los cristianos, en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos

Estando a la sazón proveídas las cosas pertenecientes al mantenimiento del pueblo, y hechas las provisiones y ordenanzas que para su gobierno había dispuesto el Almirante, quiso Dios mandar tanta lluvia que creció mucho el río, de modo que volvió a abrirse la boca; por lo que resolvió el Almirante partir luego a la Española con tres navíos, para enviar de allí socorro con la mayor diligencia. Así, esperando bonanza y calma, porque el mar no rompiese ni batiese la boca del río, salimos con los dichos navíos, yendo las barcas delante, de remolque; pero ninguno salió tan limpio que no arrastrase la quilla por el fondo, que si no fuese de arena movible, hasta en la bonanza hubiesen peligrado. Hecho esto, muy luego, todos llevamos, con gran presteza, dentro de las naos, lo que habíamos sacado para aligerarlas al tiempo de la salida; y esperando de este modo, ya salidos a la dilatada costa, a una legua de la boca del río, el tiempo de navegar, quiso Dios milagrosamente que hubiese motivo para enviar la barca de la Capitana a tierra, tanto por agua como por otras cosas necesarias, para que con la pérdida de éstas se salvaran los que estaban en tierra y en el mar. Fue el caso que los indios y el Quibio, viendo que por estar los navíos fuera no podían dar socorro a los que quedaban en la fortaleza, al punto mismo que llegó la barca a tierra, asaltaron el pueblo de los cristianos, no habiendo sido descubiertos por lo espeso

del bosque; tan luego como estuvieron a diez pasos de la casa, les asaltaron, dando fuertes gritos, tirando lanzas a cuantos veían, y a las casas, que por ser cubiertas con hojas de palmas, las pasaban fácilmente de un lado al otro, y alguna vez herían a los que estaban dentro; de modo que habiendo cogido de improviso a los nuestros, y muy ajenos de esta sorpresa, hirieron a cuatro o cinco, antes de ponerse en orden para resistir. El Adelantado, que era hombre de gran corazón, se opuso a los enemigos con una lanza, animando a los suyos, y embistió animosamente a los indios, con siete u ocho que le seguían, de modo que les hicieron retirarse hasta el bosque, que como hemos dicho, estaba cercano a las casas. Desde allí hicieron de nuevo algunas escaramuzas los indios, tirando sus azagayas, y retirándose después, como en el juego de cañas hacen los españoles, hasta que acudiendo muchos cristianos, fueron los indios castigados con el corte de las espadas, y por un perro que los perseguía fieramente, con lo que se pusieron en fuga, dejando muerto un cristiano y siete heridos, entre ellos al Adelantado con una lanzada en el pecho. De este peligro se resguardaron bien dos cristianos, cuyo caso, por contar el ingenio de uno, que era italiano, lombardo, y la gravedad del otro, que era castellano, se debe contar, y fue así: El lombardo, llamado Sebastián, huyendo furiosamente a esconderse en una casa, le dijo Diego Méndez, de quien se hará mención más adelante: «*Vuelve, vuelve atrás, Sebastián; ¿dónde vas?*»; a quien respondió: «*Déjame ir, diablo, que voy a poner en salvo mi persona*». El español era el capitán Diego Tristán, a quien el Almirante había enviado con la barca a tierra, el cual no salió fuera con su gente, aunque estaba en el río, cerca de donde era la contienda; habiéndole preguntado algunos, y reprendido otros, por qué no salía en ayuda de los cristianos, respondió que lo hacía para evitar que los cristianos de tierra, llenos de miedo, entrasen en la barca, si se acercaba con ella y pereciesen todos; porque, perdida la barca, el Al-

mirante correría después peligro en el mar; y por esto no quería hacer más de lo que se le había mandado, que era cargar agua y leña; a lo menos, hasta que viese que los nuestros tenían más necesidad de su socorro. Queriendo cumplir el encargo de tomar agua, para luego dar al Almirante cuenta de lo que pasaba, determinó ir por el río arriba a tomarla, hasta donde no se mezclase la dulce con la amarga, aunque algunos le intimaron que no hiciese aquel viaje, por el gran peligro que había con los indios y sus canoas; a que respondió que no temía aquel riesgo; que para esto había ido, y le había mandado el Almirante; así continuó su camino el río arriba, que es muy profundo, y muy cerrado de ambas partes, pobladas de árboles que llegan hasta el agua, y tan espesos que apenas es posible bajar a tierra, salvo en algunos parajes donde terminan las sendas de los pescadores, y donde ellos esconden sus canoas.

Tan luego como los indios le vieron casi una legua más arriba del pueblo, salieron de lo más boscoso de ambas orillas con sus barcas o canoas, y con grandes alaridos embistieron por todas partes, tocando cuernos, con atrevimiento y mucha ventaja; porque siendo sus canoas ligerísimas, que un solo indio basta para gobernarlas y guiarlas adonde quieren, especialmente las que son chicas y de pescadores, venían en cada una tres o cuatro indios: uno bogaba y los otros arrojaban lanzas y dardos, contra los de la barca; llamo dardos y lanzas a sus varas, por el tamaño que tienen, si bien no llevan hierro, sino espinas o dientes de pez.

No habiendo en nuestra barca sino siete u ocho hombres que bogaban, y el capitán con solos dos o tres soldados, no podían resguardarse de las muchas lanzas que les tiraban, con lo que tuvieron que dejar los remos, y tomar las rodelas; pero era tanta la muchedumbre de indios que llovía de todas partes, que arrimándose con las canoas, y retirándose cuando les parecía, con destreza, hirieron la mayor parte de los cristianos, y espe-

cialmente al capitán, al que dieron muchas heridas, y aunque estuvo siempre firme, animando a los suyos, no le sirvió de nada, porque le tenían sitiado por todas partes, sin poderse mover ni valerse de los mosquetes; hasta que, al fin, le hirieron en un ojo con una lanza, de cuya herida cayó muerto de repente; todos los otros tuvieron el mismo fin, excepto un tonelero de Sevilla, llamado Juan de Noya, cuya buena suerte quiso que en medio de la contienda cayese al agua; nadando por debajo, salió a la orilla sin que nadie le viese, y por entre la espesura de los árboles llegó a la población a dar nuevas del suceso, de que se espantaron mucho los nuestros, quienes, viéndose tan pocos, heridos la mayor parte, algunos de los compañeros muertos, y estar el Almirante en el mar, sin barca, a riesgo de no poder volver a sitio de donde pudiese enviar socorros, determinaron no quedarse donde se hallaban; así, al instante, sin obediencia, ni orden alguna, hubiéranse ido de allí, si no lo impidiese la boca del río, que con el mal tiempo se había vuelto a cerrar, de modo que no sólo no podía salir por ella el navío que les había quedado, pero ni una barca, porque el mar lo rompía todo; ni siquiera una persona que pudiese dar aviso al Almirante de lo que les había sucedido.

Este no corría menos riesgo en el mar donde estaba surto, por ser playa, no tener barca y contar con tan poca gente, por la que le habían muerto; de modo que, él y todos nosotros estábamos en el mismo trabajo y confusión que los del pueblo, quienes, por el desastre del combate pasado, y por venir el río abajo los muertos, llenos de heridas, seguidos de los cuervos de aquel país, que venían sobre ellos graznando y volando, lo tomaban todo por agüero desdichado, y estaban con miedo de tener el mismo fin que los otros; mayormente, viendo que los indios estaban muy soberbios con la victoria, y no los dejaban sosegar un instante, por la mala disposición del pueblo. Es cierto que todos hubiéramos quedado maltrechos si no se tomara la buena

resolución de ir a una gran playa, despejada, a la parte oriental del río, donde se fabricó un baluarte con los toneles y otras cosas que tenían, plantando la artillería en lugares convenientes, y así se defendían, porque los indios no se atrevían a salir del bosque, por el daño que recibían de las pelotas.

CAPÍTULO XCIX

Cómo huyeron los indios que estaban presos en las naves, y el Almirante supo de la derrota de los de tierra

Mientras sucedían en tierra estas cosas, pasaron diez días, los cuales estuvo el Almirante con gran desvelo y sospecha de lo que hubiese acaecido, esperando de hora en hora que sosegase el tiempo para enviar la otra barca a saber el motivo de la tardanza de la primera; pero siéndonos contraria en toda la fortuna, no quiso que supiésemos los unos de los otros, y aun por aumentar el trabajo, sucedió que los hijos y parientes del Quibio, que teníamos presos en la nave Bermuda para traerlos a Castilla, pudieron libertarse del modo siguiente: Por la noche los metían debajo de cubierta, y por estar la escotilla tan alta que los presos no podían llegar a ella, se olvidaron los guardas de cerrarla por la parte de arriba, con cadenas, porque allí encima dormían algunos marineros; esto motivó el que procurasen huir los indios; para ello recogieron poco a poco todos los cantos del lastre, los pusieron debajo de la escotilla, haciendo un gran montón, y luego, todos juntos subidos en él, empujando con las espaldas, abrieron una noche, a viva fuerza, la escotilla, derribando los que dormían encima; y saliendo fuera, prontamente, algunos de los principales indios se echaron al agua; mas, por haber concurrido la gente al ruido, no pudieron hacerlo muchos otros. Habiendo luego cerrado la escotilla los marineros con la cadena, hicieron mejor la guardia; por lo que, desesperados los que no se habían podido escapar con sus compañeros, amanecieron ahorcados con las cuerdas que pudieron

haber; estaban colgados con los pies y las rodillas en el suelo y en el lastre de la nave, pues no había tanta altura que pudieran levantarse más; de modo que todos los presos de aquel navío huyeron o se mataron, «que aunque la falta de aquellos muertos e idos no hiciese en los navíos mucho daño, parecía que, demás de acrecentarse las desdichas podría a los de tierra recrecerse, que porque quizá el cacique o señor Quibia, por razón de haber sus hijos, holgara de tomar paz con los cristianos, y viendo que no había prenda por quien temer, les haría más cruda guerra».

Hallándonos con tantos daños y desgracias muy atribulados y a discreción de las amarras con que estábamos surtos, sin saber nada de los de tierra, no faltó quien se atreviese a decir, que, pues aquellos indios, para salvar solamente la vida, se habían arriesgado a echarse al mar, a más de una legua de distancia de tierra, ellos por salvarse a si mismos y a tanta gente, se arriesgarían a tomar tierra nadando, si con la barca que quedaba, que era de la nave Bermuda, los llevaban hasta donde las olas no rompían. Sólo había aquella barca, porque la barca de la Vizcaína, ya hemos dicho que se perdió en el combate, y en todos los tres navíos no había más que la referida, para sus necesidades.

Viendo el Almirante el buen ánimo de estos marineros, convino en que ejecutasen su ofrecimiento, y la mencionada barca los llevó hasta un tiro de arcabuz de tierra, en parte a la que no podían arrimarse fuera de riesgo, a causa lo recio de las olas que rompían contra la playa; desde aquí se echó al agua Pedro de Ledesma, piloto de Sevilla, y con buen ánimo, ya encima, ya debajo de las olas, llegó finalmente a tierra, donde supo el estado de les nuestros, y oyó decir, a todos, unánimes, que de ningún modo querían quedar vendidos y sin remedio, como estaban, suplicando al Almirante que no se fuera sin recogerlos, porque dejarlos era tanto como condenarlos a muerte, y más

entonces que, con las sediciones entre ellos no obedecían al Adelantado, ni a los capitanes, y que todo su estudio y aplicación era ponerse en orden para, cuando abonanzase, tomar alguna canoa y embarcarse; pues con una barca sola que les había quedado no podían hacer esto cómodamente; y que si el Almirante no los acogía en la nave que le había quedado, procurarían salvar las vidas y ponerse al arbitrio de la fortuna antes que estar a la discreción de la muerte que aquellos indios, como crueles carneceros, quisiesen darles. Con esta respuesta volvió Pedro de Ledesma a la barca que le esperaba, y de allí a los navíos, donde contó al Almirante lo que sucedía.

CAPÍTULO C

Cómo el Almirante recogió la gente que había dejado en Belén, y después navegamos a Jamaica

Luego que supo el Almirante la derrota, el alboroto y la desesperación de aquella gente, resolvió esperarlos, a fin de recogerlos, aunque no sin gran peligro, porque tenía sus navíos en la playa, sin reparo alguno, ni esperanza de salvarse, si el tiempo empeoraba; pero quiso Nuestro Señor que, al cabo de ocho días que estuvo allí, abonanzó el tiempo, de modo que con su barca y con grandes canoas bien dispuestas, y atadas una con otra para que no se volcasen, comenzaron a recoger su hacienda; cada uno procuró no ser el último, y se dieron tanta prisa, que en dos días no dejaron en tierra sino el casco del navío, que, a causa de la broma, no podía navegar. Así, con gran alegría de vernos todos juntos, nos hicimos a la vela, llevando el rumbo de Levante, la costa arriba de aquella tierra; pues, aunque a todos los pilotos parecía que tomando la vía del Norte podíamos volver a Santo Domingo, sólo el Almirante y el Adelantado, su hermano, conocían que era necesario ir un buen trecho por la costa arriba, antes de atravesar el mar que hay entre la Tierra Firme y la Española, lo que tenía muy descontenta a la gente, pareciéndoles que el Almirante quería volverse a Castilla por camino derecho, sin navíos, ni bastimentos suficientes al viaje. Pero, como él sabía mejor lo que convenía, seguimos nuestro viaje hasta llegar a Portobelo, donde nos vimos precisados a dejar la nave Vizcaína, por la mucha agua que hacía, y porque todo su plan estaba deshecho y roto por la broma.

Siguiendo la costa subimos hasta que pasamos más allá del puerto del Retrete, y de una tierra que tenía cercanas muchas islillas, a las que llamó el Almirante las Barbas[218], bien que los indios y los pilotos llaman a todo aquel contorno, del Cacique Pocorosa. Desde aquí, pasando más adelante, al extremo que vimos de la Tierra Firme, llamó Mármol, que distaba diez leguas de las Barbas.

Después, el lunes, primero de Mayo de 1503, tomamos la vía del Norte con vientos y corrientes de la banda de Levante, porque procurábamos siempre navegar con el viento que podíamos. Aunque todos los pilotos decían que ya habríamos pasado al Oriente de las islas de los Caribes, sin embargo, el Almirante temía no poder llegar a la Española, y esto se verificó; porque el miércoles, 10 del mismo mes de Mayo, dimos vista a dos islas muy pequeñas y bajas, llenas de tortugas, de las cuales estaba tan lleno todo aquel mar, que parecían escollos, por lo que se dio a estas islas el nombre de las Tortugas[219]; pasando de largo la vía del Norte, el viernes siguiente, por la tarde, a treinta leguas más adelante arribamos al Jardín de la Reina, que es una muchedumbre de isletas situadas al Mediodía de la isla de Cuba. Estuvimos surtos en este paraje, diez leguas de Cuba, con bastante hambre y trabajos, porque no teníamos que comer mas que bizcocho y un poco de aceite y vinagre, fatigados de día y de noche, para sacar el agua con tres bombas, porque los navíos se iban a fondo por los muchos agujeros que les había hecho la broma. Estando allí sobrevino de noche una gran tempestad en la que, no pudiendo la Bermuda mantenerse con sus anclas, cargó sobre nuestra nave y rompió toda la proa, aunque no quedó ella sana del todo, porque perdió casi toda la popa, hasta cerca de la limeta; con gran trabajo, por la mucha agua y viento, quiso Dios que se apartasen una de otra, y echadas al mar todas las anclas y las gúmenas que teníamos, nada bastó para afirmar la nave, sino el áncora de esperanza, cuyo cable

hallamos al amanecer tan cortado, que sólo pendía de una cuerdecilla, de suerte que si hubiese durado una hora más la noche, hubiese acabado de cortarse, mayormente siendo aquel sitio áspero y lleno de escollos, que no podíamos menos de dar en algunos que teníamos por popa; no obstante, quiso Dios librarnos, como nos había librado de otros muchos peligros.

Partiendo de aquí con bastante fatiga, fuimos a un pueblo de indios en la costa de Cuba, llamado Macaca, donde habiendo tomado algún refresco, partimos a Jamaica, porque los vientos de Levante y las grandes corrientes que van al Poniente, no nos dejaban ir a la Española, mayormente estando los navíos tan agujereados como hemos dicho, por lo que, ni de día, ni de noche dejábamos de trabajar en sacar el agua con tres bombas, de las que, si se rompía alguna, era preciso que, mientras se aderezaba, supliesen las calderas el oficio de aquélla. A pesar de esto, la noche antes, víspera de San Juan, creció el agua tanto en nuestra nave, que no había medio de vencerla, porque llegaba casi hasta la cubierta; con grandísima fatiga nos mantuvimos así, hasta que, venido el día, llegamos a un puerto de Jamaica, llamado Puerto Bueno; y aunque lo es para reparar los navíos, no tenía agua para poderla coger, ni pueblo alguno alrededor. Pero, remediando esto lo mejor que pudimos, pasado el día de San Juan fuimos a otro puerto más hacia Oriente, llamado Santa Gloria[220], lleno de peñas; y habiendo entrado en él, no pudiendo sostenerse más los navíos, los encallamos en tierra, lo mejor que pudimos, acomodando uno junto a otro, a lo largo, bordo con bordo, y con muchos puntales a una y otra parte, los pusimos tan fijos, que no se podían mover; así, se llenaron de agua casi hasta la cubierta, sobre la cual, en los castillos de popa y de proa, se arreglaron cámaras donde pudiera la gente alojarse, con intento de hacernos allí fuertes, si los indios quisieran causarnos algún daño, pues, en aquel tiempo, la isla no estaba aún poblada, ni sujeta a los cristianos.

CAPÍTULO CI

Cómo el Almirante envió con canoas, desde Jamaica a la Española, a dar aviso de que estaba allí perdido con su gente

Estando fortalecidos los navíos de este modo, a un tiro de ballesta de la tierra, los indios, que eran buena y doméstica gente, luego llevaron éstos, en canoas, a vendernos sus cosas y bastimentos, por el deseo que tenían de adquirir las nuestras. Para que en el mercado no hubiese disputa alguna entre los cristianos y ellos, y unos tomasen más de lo que habían menester, y a otros faltase lo necesario, nombró el Almirante dos personas que tuviesen cuenta de las compras y rescates de cuanto llevaron los indios, y que todos los días lo dividiesen por suertes entre la gente del navío. Porque entonces no teníamos en las naves cosa alguna con que sustentarnos, pues nos habíamos comido la mayor parte de las provisiones; el resto se había podrido, y no poco, perdido al tiempo de embarcar en el río de Belén, donde, con la prisa y la gana de salir, no se había podido recoger todo lo que se quería.

Para socorrernos de vituallas, quiso nuestro Señor llevarnos a aquella isla, abundante de bastimentos, y muy poblada de indios, deseosos de rescatar con nosotros, por lo que venían de todas partes a traernos cuanto tenían. Por esto, y para que los cristianos no se desbandasen por la isla, quiso el Almirante fortificarse en el mar, y no habitar en tierra; porque siendo nosotros, por naturaleza, descomedidos, ningún castigo ni precepto bastarían a tener tan quieta la gente que no fuese a correr los lugares y casas de los indios, para quitarles lo que habían ad-

quirido, y también ofendiesen a sus hijos y mujeres, de donde nacerían muchas contiendas y tumultos, y resultaría hacerlos enemigos; de quitarles por fuerza los bastimentos, se padecería entre nosotros gran necesidad y trabajo. No sucedió así, porque la gente residía en las naves, de donde nadie podía salir sin licencia y dejando su nombre anotado; esto satisfizo tanto a los indios, que por cosas de poquísimo valor nos llevaban cuanto necesitábamos, porque si traían una o dos hutias, que son animales como conejos, les dábamos en recompensa un cabo de agujeta; si traían hogazas del pan que llamaban cazabe, hecho de raíces de hierba ralladas, se les daban dos o tres cuentas de vidrio verdes o coloradas; si traían alguna cosa de más calidad, se les daba un cascabel, y tal vez al Rey y a sus caciques, un espejillo, algún bonete colorado, o unas tijeras, para dejarlos contentos; con este orden de rescates estaba la gente muy abastecida de cuanto necesitaba, y los indios, sin enojo de nuestra compañía y vecindad.

Pero siendo necesario buscar modo para volver a Castilla, juntó el Almirante a los capitanes y otros hombres de su mayor estimación, para tratar con ellos la manera de salir de aquella prisión, y que a lo menos, volviésemos a la Española, porque permanecer allí con esperanza de que algún navío arribase, resultaría inútil; querer fabricar allí una nave, imposible, porque no tenían instrumentos, ni maestranza que bastase para cosa buena, si no era con mucho tiempo, o hacer algo que no sirviese para navegar, según los vientos y las corrientes que reinan entre aquellas islas y van al Occidente. Antes se perdería el tiempo y se procuraría nuestra ruina, en lugar de impedirla. Después de muchas consultas, determinó el Almirante enviar a la Española a decir que se había perdido en aquella isla y que le enviasen un navío con municiones y bastimentos. Para esto eligió a dos personas de quien se fiaba mucho, y que lo ejecutarían con gran fidelidad y con grande valor; digo con gran valor,

porque parecía temerario el paso de una isla a otra, e imposible hacerle en canoas, como era necesario, porque son barcas de un madero cavado, como queda dicho, y hechas de modo que, cuando están muy cargadas, no salen una cuarta sobre el agua; a más era obligado que, para aquel paso, fuesen medianas, pues si fueran chicas, serían muy peligrosas; y si grandes, no servirían, por su peso, a un viaje largo, ni habrían podido hacer el que se deseaba. Escogidas, en fin, dos canoas a propósito para lo que queríamos, mandó el Almirante, en Julio de 1503, que fuese en una de ellas Diego Méndez de Segura, escribano mayor de la Armada, con seis cristianos, y diez indios que bogasen; en la otra envió a Bartolomé Fiesco, gentil hombre genovés, con otra tanta compañía, para que luego que Diego Méndez estuviese en la Española, siguiese derecho su camino a Santo Domingo, que distaba de donde estábamos casi 250 leguas[221]; que volviese Fiesco a traer noticia de que el otro había pasado en salvo, y no estuviésemos con dudas y temores de si le habría sucedido alguna desgracia, la cual debía temerse mucho, considerada, como hemos dicho, la poca resistencia de una canoa en cualquiera alteración de mar, y especialmente yendo en ella cristianos; porque de ir indios solos, no se corría peligro tan grande, pues son tan diestros, que, aunque se les anegue la canoa en medio del mar, la vuelven a tomar, nadando, y se meten en ella. Pero, como la honra y la necesidad hacen emprender los mayores peligros, tomaron los referidos su camino por la costa abajo de la dicha isla de Jamaica, navegando hacia Oriente, hasta que llegaron a la punta Oriental de la isla, que llaman los indios Aoamaquique, por un cacique de aquella provincia nombrado así, que dista treinta y tres leguas de Maima, que era el lugar donde nosotros estábamos fortificados. Como para atravesar de una isla a otra era menester navegar 250 leguas[222] sin haber en el camino, sino una isleta o escollo que dista ocho leguas de la Española, fue necesario, para pasar

aquel mar semejantes bajeles, que esperasen una gran calma, la que plugo a Dios que viniese en breve. Habiendo metido cada indio en las canoas su calabaza de agua, algunas especias de que usan y cazabe, y entrados en ella los cristianos con sus rodelas, espadas y bastimentos que necesitaban, se echaron al mar; el Adelantado, que había ido con ellos hasta el Cabo de Jamaica, para evitar que los indios de la isla les impidiesen el viaje en algún modo, os perdió de vista, y volvió poco a poco a los navíos, exhortando, de camino, a la gente del país, para que recibiese nuestra amistad y comunicación.

CAPÍTULO CII

Cómo los Porras, con gran parte de la gente, se rebelaron contra el Almirante diciendo que se iban a Castilla

Partidas las canoas a la Española, empezó a enfermar la gente que quedaba en los navíos, así de los grandes trabajos que habían padecido en el camino, como por la mudanza de alimentos; pues entonces ya no comían nada de Castilla, ni bebían vino, ni tenían más carne que la de algunas hutias que de cuando en cuando podían rescatar de modo que pareciendo a los que estaban sanos, áspera vida, por estar tan largo tiempo encerrados, murmuraban entre ellos diciendo que el Almirante no quería volver a España porque los Reyes le habían desterrado; que menos podía ir a la Española, donde, al venir de Castilla, se le había prohibido la entrada; que los enviados en las canoas, iba a España para tratar los negocios de aquél, y no para que trajesen navíos ni otro socorro, y que en tanto que negociaban con los Reyes Católicos, quería él estar allí, cumpliendo su destierro; porque si fuese de otro modo, ya habría vuelto Bartolomé Fiesco, como era público que había de volver. Demás de esto, no tenían certidumbre de que Fiesco y Diego Méndez no se hubiesen ahogado en el tránsito, y si fuera así, jamás tendrían socorro ni remedio, si ellos no se disponían a procurarlo por sí mismos; pues el Almirante no se hallaba dispuesto a ponerse en tal camino, por las referidas causas, y por la gota que padecía en todos sus miembros, que apenas podía moverse de la cama, lejos de poder meterse en el trabajo y peligro de pasar en canoas a la Española. Por esto, debían resolverse con ánimo determi-

nado, pues se hallaban sanos, antes de caer enfermos como los demás, que el Almirante no se lo podría impedir, y pasados a la Española, serían recibidos tanto mejor cuanto en mayor peligro le hubiesen dejado, por el odio y la enemistad que le tenía el Comendador de Lares, entonces Gobernador de la isla; que idos a Castilla, tendrían allí al Obispo D. Juan de Fonseca, que les favorecería, y aun al Tesorero Morales, quien tenía por concubina una hermana de los hermanos Porras, que eran las cabezas de la conjuración en las naves; lo que más incitaba a todos era el tener por hecho cierto que serían muy bien acogidos de los Reyes Católicos, delante de los cuales atribuirían siempre la culpa al Almirante, como había sucedido en las revueltas de la Española con Roldán; de modo que los Reyes le prenderían para quitarle todo lo que aún tenía, lejos de obligarse a cumplir lo que habían capitulado con él.

Con estas cosas y otras razones que se daban unos a otros, y con esperanza en la sedición de los hermanos Porras, uno de los cuales era Capitán de la nao Bermuda, y el otro Contador de la Armada, firmaron la conjuración cuarenta y ocho, recibiendo a Porras por Capitán; y para el día y hora que habían convenido cada uno se proveyó de lo más necesario.

Estando ya los rebeldes en orden y armados, a 2 de enero, por la mañana subió a la popa del navío donde estaba el Almirante el Capitán Francisco de Porras, y le dijo: «Señor, ¿qué significa el que no queráis ir a Castilla, y que os agrade tenernos aquí a todos perdidos?», a que el Almirante, oyendo tan arrogantes palabras, y tan fuera de la manera con que solía hablarle, sospechó lo que podía ser, y le respondió con gran disimulación y sosiego, que no hallaba modo de poder pasar hasta que los idos en las canoas le enviasen navío en que navegar; que más que ninguno deseaba la ida, por su bien particular y el común de todos aquellos de quien debía dar cuenta; pero que si le parecía otra cosa, como en otras ocasiones habían ido los Capi-

tanes y los hombres principales que estaban allí, a exponer lo que sentían, entonces y cuantas más veces fuese necesario, los juntaría, para que de nuevo se tratase de este negocio. A lo que replicó Porras no haber ya tiempo para tantas palabras, sino que se embarcase luego, o quedase con Dios. Y con esto, volviéndole la espalda, repitió en voces altas: «*¡Yo me voy a Castilla con los que quieran seguirme!*» A cuyo tiempo, todos sus secuaces que estaban presentes, empezaron a gritar fuertemente, diciendo: «*¡Queremos ir contigo, queremos ir contigo!*», y saltando unos por una parte, y otros por otra, ocuparon los castillos y las gavias, con las armas en la mano, sin orden, ni juicio, gritando unos, *¡muera!*; otros, *¡a Castilla, a Castilla!*, y otros, *señor Capitán, ¿qué haremos?* Aunque el Almirante estaba en la cama tan postrado de la gota, que no podía tenerse en pie, no pudo menos de levantarse para ir cojeando al alboroto; pero tres o cuatro de los más honrados servidores suyos se abrazaron a él, para que los rebeldes no le matasen y le volvieron con gran trabajo a la cama. Después fueron al Adelantado, que se había opuesto con ánimo valeroso, con una lanza en la mano y, quitándosela por fuerza, le llevaron con su hermano, rogando al Capitán Porras que se fuese con Dios, y que no hiciese tan malas obras que tocasen a todos, pues bastaba que no hubiese impedimento, ni resistencia, para su partida; porque, si sobrevenía la muerte del Almirante, sólo podía esperarse un gran castigo, sin esperanza de sacar utilidad alguna. Sosegado un poco el tumulto, tomaron los conjurados diez canoas, que estaban atadas al bordo de los navíos, las cuales el Almirante había hecho buscar y comprar en la isla, tanto para privar de ellas a los indios, a fin de que no las utilizasen contra los cristianos, como para aprovecharlas en cosas necesarias. Embarcáronse en éstas con tanta alegría como si hubieran entrado en algún puerto de Castilla; por lo cual, otros muchos que ignoraban la traición, desesperados de ver que se quedaban, como creían, abandonados, yéndose la mayor parte,

y los más sanos con sus haciendas, entraron con ellos en las canoas, con tantas lágrimas y dolor de los pocos fieles servidores que se quedaban con el Almirante, y de muchos enfermos que había, que todos imaginaban quedar para siempre perdidos y sin alivio alguno. Es cierto que si toda la gente hubiera estado sana, no habrían quedado veinte hombres con el Almirante, el cual salió a confortar a los suyos con las mejores palabras que le dieron el tiempo y el estado de sus cosas.

Los rebeldes, con su Capitán Francisco Porras, siguieron en las canoas el camino de la punta de Levante, por donde habían atravesado Diego Méndez y Fiesco a la Española; en todas partes por donde pasaban hacían mil injurias a los indios, quitándoles por fuerza los bastimentos, y todo lo que más les agradaba, diciéndoles que fuesen al Almirante, que se lo pagaría, y que si no lo pagase, les daban licencia para que le matasen o hiciesen lo que les pareciese más conveniente; porque no sólo le aborrecían los cristianos, más él era la causa de todo el mal de los indios en la isla Española, y que lo mismo haría con ellos, si no lo remediaban con su muerte, pues con dicho designio se quedaba a poblar en aquella isla.

Caminando de este modo hasta la punta oriental de Jamaica, al principio con buen tiempo y calma, emprendieron el paso a la Española, llevando consigo algunos indios que bogasen. Pero como los vientos eran poco seguros, y las canoas muy cargadas, navegaban poco; no estando aún a cuatro leguas de tierra, se volvió el viento contrario, lo que les causó tan gran miedo que determinaron volverse a Jamaica. Como no estaban diestros en gobernar canoas, entró un poco de agua sobre la borda y tomaron por remedio aligerarlas, arrojando al mar cuanto llevaban, sin dejar más que las armas, y comida bastante para volver; arreciando el viento y pareciéndoles correr algún riesgo, para aligerarlas más, determinaron echar a los indios en el mar, como lo ejecutaron con algunos; a otros que, fiados en saber na-

dar, se habían echado al mar, por temor de la muerte, cuando ya muy cansados se llegaban al bordo de las canoas para respirar un poco, les cortaban las manos y les hacían otras heridas; así mataron diez y ocho, no dejando vivos sino algunos que gobernasen las canoas, porque ellos no sabían hacerlo. Y es bien cierto que si la necesidad que tenían de los indios no les contuviese, habrían del todo puesto en efecto la crueldad mayor que se puede pensar, no dejando ninguno de éstos vivo, en premio de haberlos sacado con engaños y ruegos para servirse de ellos en tan importante viaje.

Llegados a tierra hubo diversos pareceres; porque unos decían que era mejor ir a Cuba; pues desde allí donde estaban, podían tomar los vientos levantes y las corrientes a medio lado, y pasando así con prontitud y sin trabajo podían atravesar a la Española, de una tierra en otra, no sabiendo que estaban a distancia de diez y siete leguas; otros decían era mejor volver a los navíos y hacer la paz con el Almirante, o quitarle por fuerza lo que le había quedado de armas y rescates; otros fueron de opinión que antes que se intentase alguna cosa de estas, se esperase allí alguna bonanza o calma, para intentar de nuevo aquel paso; lo cual tuvieron por mejor, y permanecieron en aquel pueblo de Aoamaquique, más de un mes, esperando el viento y destruyendo la tierra. Venida la calma, volvieron a embarcarse otras dos veces, pero sin efecto, porque los vientos les eran contrarios. Por lo cual, desesperados de lograr este pasaje, de pueblo en pueblo, se fueron hacia Poniente, muy disgustados, sin canoas y sin consuelo alguno, comiendo a veces lo primero que hallaban, y otras, tomándolo a discreción, según el poder y la resistencia que hacían los caciques por donde pasaban.

CAPÍTULO CIII

De lo que hizo el Almirante después que los rebeldes partieron a la Española, y de su ingenio para valerse de un eclipse

Volviendo ahora a lo que hizo el Almirante después que salieron los rebeldes, digo que procuró que a los enfermos que habían quedado con él, se les diese cuanto necesitaban para su restablecimiento; y que los indios fuesen tan bien tratados, que no dejasen de traer las vituallas que nos traían, con amistad y deseo de nuestros rescates; en lo que se puso tanta diligencia, y se atendió de tal modo, que en breve sanaron los cristianos, y los indios continuaron algunos días proveyéndonos con abundancia. Pero, como son gente de poco trabajo para cultivar campos grandes, y consumíamos nosotros en un día más que ellos comen en veinte, habiéndoles faltado entonces el afán de nuestros rescates, que ya estimaban en poco, siguiendo casi el parecer de los conjurados, pues veían tan gran parte de los cristianos contra nosotros, no cuidaban de traernos las vituallas que necesitábamos, por lo que nos vimos en sumo trabajo, pues si queríamos tomarlo por fuerza, era necesario que saliésemos todos a pelear, dejando al Almirante, que estaba gravemente enfermo de su gota, a gran riesgo en los navíos; y esperar a que de voluntad nos proveyesen era padecer más miseria, y darles diez veces más que se les daba al principio, pues sabían muy bien hacer su negocio, pareciéndoles que tenían muy segura su ventaja; por lo que no sabíamos qué partido tomar.

Pero como Dios nunca olvida a quien se le encomienda, como lo hacía el Almirante, le advirtió el recurso que debía em-

plear para estar proveído de todo y fue éste:

Acordóse de que al tercer día había de haber un eclipse de luna, al comienzo de la noche[223], y mandó que un indio de la Española que estaba con nosotros llamase a los indios principales de la provincia, diciendo que quería hablar con ellos en una fiesta que había determinado hacerles. Habiendo llegado el día antes del eclipse los caciques, les dijo por el intérprete, que nosotros éramos cristianos y creíamos en Dios, que habita en el cielo y nos tiene por súbditos, el cual cuida de los buenos y castiga a los malos, y que habiendo visto la rebelión de los cristianos, no les había dejado pasar a la Española, como pasaron Diego Méndez y Fiesco, y habían padecido los peligros y trabajos que eran notorios en la isla; que igualmente, en lo que tocaba a los indios, viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer bastimentos, por nuestra paga y rescate, estaba irritado contra ellos, y tenía resuelto enviarles una grandísima hambre y peste. Como ellos quizá no le darían crédito, quería mostrarles una evidente señal de esto, en el cielo, para que más claramente conociesen el castigo que les vendría de su mano. Por tanto, que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarles. Acabado el razonamiento se fueron los indios, unos con miedo, y otros creyendo sería cosa vana.

Pero comenzando el eclipse al salir la luna, cuanto más ésta subía, aquél se aumentaba, y como tenían grande atención a ello los indios, les causó tan enorme asombro y miedo, que con fuertes alaridos y gritos iban corriendo, de todas partes, a los navíos, cargados de vituallas, suplicando al Almirante rogase a Dios con fervor para que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante le traerían con suma diligencia todo cuanto necesitase. El Almirante les dijo quería hablar un poco con su Dios; se encerró en tanto que el eclipse crecía y los indios gritaban que les ayudase. Cuando el Almirante vio acabar-

se la creciente del eclipse, y que pronto volvería a disminuir, salió de su cámara diciendo que ya había suplicado a su Dios, y hecho oración por ellos; que le había prometido en nombre de los indios, que serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos, llevándoles bastimentos y las cosas necesarias; que Dios los perdonaba, y en señal del perdón, verían que se pasaba la ira y encendimiento de la luna. Como el efecto correspondía a sus palabras, los indios daban muchos gracias al Almirante, alababan a su Dios, y así estuvieron hasta que pasó el eclipse. De allí en adelante tuvieron gran cuidado de proveerles de cuanto necesitaban, alabando continuamente al Dios de los cristianos; porque los eclipses que habían visto alguna otra vez, imaginaban que sucedían en gran daño suyo, y no sabiendo su causa, ni que fuese cosa que ha de suceder a ciertos tiempos, ni creyendo que nadie pudiera saber en la tierra lo que pasaba en el cielo tenían por certísimo que el Dios de los cristianos se lo había revelado al Almirante.

CAPÍTULO CIV

Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la que se apaciguó con la venida de una carabela de la isla Española

Habiendo pasado ocho meses después que salieron Diego Méndez y Bartolomé Fiesco, sin que hubiese nuevas de ellos, estaba la gente del Almirante con mucha inquietud, y, sospechando lo peor, decían algunos que el mar los había anegado; quienes afirmaban que los indios de la Española los habrían muerto, y otros, que habrían perecido en el camino, de enfermedades y trabajos; porque desde la punta más vecina a Jamaica hasta Santo Domingo, donde tenían que ir en busca de socorro, había más de cien leguas, de montes asperísimos, por tierra, y de mala navegación el mar, por las muchas corrientes y vientos contrarios que reinan siempre en aquella costa. Para aumentar más esta presunción, alegaban que algunos indios habían visto un navío trastornado y llevado con la furia de las corrientes por la costa de Jamaica abajo, lo que fácilmente habían divulgado los rebeldes, para quitar del todo la esperanza de alivio a los que estaban con el Almirante. Así que, teniendo éstos por cierto que no podía llegar socorro alguno, un maestre llamado Bernal, boticario valenciano, y otros dos compañeros llamados Zamora y Villatoro, con la mayor parte de los que habían quedado enfermos, hicieron secretamente otra conjuración, para ejecutar lo mismo que los primeros. Pero viendo Nuestro Señor el gran riesgo en que estaba el Almirante con esta segunda sedición, quiso remediarlo con la venida de un cara-

belón[224] enviado por el Gobernador de la Española. Llegó este bajel cierto día, por la tarde, cerca de los navíos, que estaban encallados, y su Capitán, llamado Diego de Escobar, fue en su barca a visitar al Almirante, diciéndole que el Comendador de Lares, Gobernador de la Española, se le encomendaba mucho, y porque no podía enviarle presto un navío que bastase para llevar toda aquella gente, le había enviado a visitar en su nombre; presentóle un barril de vino y medio puerco salado, volvióse a la carabela y, sin tomar cartas de ninguno, salió aquella noche.

Muy consolada la gente con esta venida, disimuló la trama urdida, aunque se maravillaron y sospecharon mal de la presteza y secreto con que retornó el carabelón, creyendo fácilmente que el Comendador Mayor no quería que el Almirante pasase a la Española; el cual, advertido de esto, les decía que él lo había dispuesto así, porque no quería partir de allí sin llevarlos a todos juntos, para lo que no bastaba aquella carabela, ni quería que de su estada se siguiesen otras pláticas e inconvenientes, por obra de los rebeldes. Mas la verdad era que el Comendador Mayor temía y sospechaba que, vuelto el Almirante a Castilla, le restituirían los Reyes Católicos su gobierno y él tendría que dejarlo; por esto no quiso proveer oportunamente todo lo que se le pedía, para que el Almirante pasase a la Española, y había enviado aquella carabela, de espía, para saber, con disimulo, el estado del Almirante, y de qué modo se podía lograr que del todo se perdiese. Conoció esto el Almirante por lo sucedido a Diego Méndez, que envió relación de su viaje, con el carabelón, y había sido de esta manera.

CAPÍTULO CV

Cómo se supo lo acontecido en su viaje a Diego Méndez y a Fiesco

Salidos Diego Méndez y Fiesco, de Jamaica, en sus canoas, aquel día tuvieron buen tiempo de calma, con el que navegaron hasta la tarde, esforzando y animando a los indios a bogar con las palas de que usan en lugar de remos; por ser muy recio el calor, para refrescarse y aliviarse, de cuando en cuando se arrojaban al mar, a nadar un poco; luego volvían frescos al remo. Navegando de este modo, a ras del agua, al ponerse el sol perdieron de vista la tierra; de noche se renovaba la mitad de los indios y de los cristianos, para bogar y hacer guarda, no fuese que los indios cometiesen alguna traición; navegaron toda aquella noche sin parar, de modo que a la venida del día estaban todos muy cansados; pero animando cada uno de los Capitanes a los suyos, y manejando ellos mismos alguna vez los remos, tomaron alimento para recobrar las fuerzas y el vigor, después de la mala noche pasada, y volvieron a su trabajo, no viendo más que agua y cielo. Era esto bastante para afligirles mucho, y de ellos podíamos decir lo que de Tántalo, que teniendo el agua sólo un palmo distante de la boca, no podía apagar la sed, como sucedía a los nuestros, que estuvieron en grandísimo trabajo por esto, a causa del mal gobierno de los indios, que con el gran calor del día y de la noche pasada, se habían bebido todo el agua, sin mirar adelante. El trabajo y la calma del mar eran insoportables; cuanto más se levantaba el sol, en el día segundo de su partida, tanto más crecía el calor y la sed de todos: de manera que al mediodía les faltaban del todo las fuer-

zas, y como en tales tiempos el cuidado y vigilancia del Capitán deben suplir la falta de medios, hallaron dos barriles de agua, por su buena suerte los Capitanes; y socorriendo con dos gotillas a los indios, los sostuvieron hasta el fresco de la tarde, alentándolos y asegurándoles que presto llegarían a una isleta llamada Navaza, que estaba en su viaje a ocho leguas distante de la Española. Porque demás de la gran fatiga de la sed, y haber bogado dos días y una noche, tenían turbado el ánimo, por imaginar que habían errado el camino, porque, según su cuenta, habían navegado entonces veinte leguas, y a su parecer debían haber visto dicha isla.

Pero lo cierto es que les engañaba la fatiga y flojedad que tenían; porque bogando muy bien una barca o canoa, no puede hacer en un día y una noche más viaje que diez leguas, y porque las aguas desde Jamaica a la Española son contrarias a este viaje, que siempre parece más largo al que pasa mayores trabajos de manera que, venida la tarde, habiendo echado al mar uno que había muerto de sed, estando otros tendidos en el suelo de la canoa se hallaron tan atribulados de espíritu, tan débiles y sin fuerzas, que apenas adelantaban. Así, poco a poco, tomando alguna vez agua del mar, para refrescar la boca, que podemos decir que fue remedio usado por Nuestro Señor cuando dijo: «*tengo sed*», siguieron como podían, hasta que llegó la segunda noche, sin que hubiesen visto tierra.

Pero como eran enviados por el que Dios quería salvar, les hizo merced, en ocasión tan angustiosa, de que Diego Méndez viese que salía la luna encima de tierra, pues la cubría una isleta, a modo de eclipse; de otro modo no hubieran podido verla, porque era muy pequeña, y en atención a la hora. Confortándolos Méndez con esta alegría, y mostrándoles la tierra, les dio mucho ánimo, y habiéndoles repartido, para mitigar la sed, una poca agua del barril, bogaron de modo que a la mañana si-

guiente se hallaron sobre la isla que según hemos dicho, distaba ocho leguas de la Española, y era llamada Navaza.

Hallaron que ésta era toda de piedra viva, de media legua de circuito. Desembarcados donde mejor pudieron, dieron muchas gracias a Dios por tal socorro, y porque no había en ella agua dulce viva, ni árbol alguno, sino peñascos, anduvieron de peña en peña, recogiendo con calabazas el agua llovediza que hallaban, de la que Dios les dio tanta abundancia, que fue bastante para llenar los vientres y los vasos; aunque los más prudentes advirtieron a los otros que bebiesen con moderación, llevados por la sed, bebieron sin tino algunos indios, y se murieron allí; otros, enfermaron de grave dolencia.

Habiendo descansado aquel día hasta la tarde, recreándose y comiendo lo que hallaban en la orilla del mar, porque Diego Méndez había llevado consigo los utensilios de sacar lumbre, con mucha alegría de estar a la vista de la Española, para que no les viniese algún mal tiempo, dispusieron acabar el viaje. Así, al caer el sol, con el fresco de la tarde, se encaminaron hacia el Cabo de San Miguel, que es el más próximo a la Española, y llegaron a la mañana del día siguiente, que era el cuarto desde que habían salido de Jamaica.

Luego que descansaron allí dos días, Bartolomé Fiesco, que era caballero, aguijado por su honor, quiso volver con la canoa, como se lo había ordenado el Almirante; pero, como los marineros y los indios estaban muy fatigados, e indispuestos por el trabajo y por el agua de mar que habían bebido, que les parecía haberlos sacado Dios del vientre de una ballena, ninguno hubo que quisiera volver[225]. Pero Diego Méndez, que tenía más prisa, había salido ya con su canoa, por la costa arriba de la Española, aunque padecía cuartanas por el trabajo que había sufrido en mar y en tierra, Con esta compañía, y la fatiga de ir por montes y malos caminos, llegó a Xaraguá, provincia que está en el Occidente de la Española, donde a la sazón estaba el Gober-

nador, quien mostró alegrarse de su venida, bien que luego se detuvo mucho en despacharle[226], por las causas dichas arriba. Al fin, después de mucha porfía, consiguióse que diese a Diego Méndez licencia para ir a Santo Domingo, a fin de comprar y aderezar un navío, con las rentas y el dinero que allí tenía el Almirante. Puesta en punto y aparejada esta nave fue enviada a Jamaica, a fines de mayo de 1504, y tomó el camino de España, según la orden que había dado el Almirante, para que diese relación a los Reyes Católicos de lo acontecido en su viaje.

CAPÍTULO CVI

Cómo los rebeldes volvieron contra el Almirante, y no quisieron entrar en ajuste alguno

Volviendo al Almirante, que, con sus compañeros, estaba consolado por la relación de Diego Méndez, y la venida del carabelón, con esperanza y certidumbre de la salvación de todos, creyó conveniente hacer saber a los rebeldes todo lo acaecido, para que, dejando sus recelos, volviesen a la obediencia. A tal fin, con dos hombres de autoridad que eran amigos de los rebeldes, sabiendo que éstos no creerían la llegada de la carabela, o la disimularían, les envió la mitad del puerco que el Capitán de ésta le había presentado. Llegados ambos adonde estaba su Capitán Porras con aquellos de quienes más fiaba, salió éste a su encuentro a fin de que no incitasen y persuadiesen a la gente para que se arrepintiesen del delito cometido, imaginando, como era verdad, que el Almirante les enviaría un perdón general. Mas no pudo contener a los suyos tanto que no supiesen las nuevas; la venida de la carabela; también, de la salud y buen estado de los que tenía consigo el Almirante, y de las ofertas que le hacían. Por ello, después de muchas juntas que tuvieron, a las que concurrían los principales, fue su resolución que no querían fiarse del salvoconducto y perdón que el Almirante les enviaba, sino que voluntariamente se irían de la isla con quietud, si el Almirante prometiese darles un navío, en caso de llegar dos, y si no viniese más de uno, la mitad; en tanto, como hablan perdido sus haciendas y rescates en el mar, que partiese con elles lo que tenía. A esto respondieron los mensajeros, que no

eran condiciones razonables; los rebeldes contestaron que pues esto no se les concedía a buenas, que ellos lo tomarían por fuerza, a discreción suya. Con esto, despidieron a los enviados, echando a mala parte las ofertas del Almirante, diciendo a sus secuaces, que era hombre cruel y vengativo, y que si bien ellos no tenían miedo, pues el Almirante no se atrevería a causarles algún daño, por el favor que tenían en la corte, sin embargo era de temer que quisiese tomar venganza de los otros, so color y con nombre de castigo; que por esto, Roldán y sus amigos, no se habían fiado de él, ni de sus ofertas en la Española, y les había salido bien, habiendo sido tan afortunados, que le enviaron con grillos a Castilla; y ellos no tenían menos causa y esperanza de hacerlo. Para que no hubiese alguna mudanza por la venida de la carabela con las nuevas de Diego Méndez, daban a entender a todos, que la carabela venida no era verdadera, sino fingida y fabricada por nigromancia, porque el Almirante sabía mucho de tal arte, pues era inverosímil que si realmente fuese carabela, no hubiese tratado más la gente que venía en ella, con la del Almirante, ni que desapareciese tan presto; más bien era razonable que, si fuese carabela, se hubiesen embarcado en ella el Almirante, su hermano y su hijo. Con estas y otras semejantes palabras dirigidas al mismo propósito, volvieron a confirmarse en su rebeldía, y muy luego determinaron ir a los navíos, tomar por fuerza lo que hallasen, y hacer prisionero al Almirante.

CAPÍTULO CVII

Cómo llegados los rebeldes cerca de los navíos, salió el Adelantado a darles batalla, y los venció, prendiendo a su Capitán Porras

Perseverando los rebeldes en su mal ánimo y propósito, llegaron hasta un cuarto de legua de los navíos, a un pueblo de indios llamado Maima, donde después edificaron los cristianos una ciudad llamada Sevilla. Sabida por el Almirante la intención con que iban, resolvió enviar contra ellos al Adelantado su hermano, para que con buenas palabras los redujese a sano juicio y arrepentimiento, pero con compañía bastante para que si quisiesen ofenderle, bastase para resistirles. Con esta determinación sacó el Adelantado cincuenta hombres, bien armados, dispuestos a pelear en cualquier caso y con presto ánimo. Habiendo llegado éstos, por una colina, a un tiro de ballesta del pueblo donde estaban los rebeldes, enviaron a los dos que habían ido con la embajada, para que volviesen a requerirles con la paz, y el jefe de los rebeldes se abocara con ellos pacíficamente. Pero, como no eran menos los levantiscos, ni inferiores en fuerza, por ser casi todos marineros, se persuadieron de que los que venían con el Adelantado eran gente cobarde, que no se atraería a darles batalla, por lo cual no quisieron que llegasen los mensajeros para hablarles. Antes, con las espadas desnudas, y las lanzas, hechos un escuadrón, empezaron a dar gritos diciendo: «¡Mata, mata!», y embistieron al escuadrón del Adelantado, habiendo antes jurado seis de los conjurados, tenidos por los más valientes, de no apartarse uno de otro, sino ir contra la persona del Adelantado, porque muerto éste, no había que ha-

cer cuenta de los demás. Pero, quiso Dios que todo sucediese al contrario, porque fueron tan bien recibidos, que al primer encuentro cayeron en tierra cinco o seis, la mayor parte de los que venían contra el Adelantado, el cual dio sobre los enemigos de tal suerte, que al poco tiempo fue muerto José Sánchez de Cádiz, al que se le huyó Quibio, y un Juan Barba, que fue el primero a quien yo vi sacar la espada en tiempo de su rebeldía; otros muchos quedaron en tierra mal heridos, y preso el Capitán Francisco de Porras. Viéndose tan maltrechos, como gente vil y rebelde, volvieron las espaldas y huyendo a más no poder; quería el Adelantado seguir el alcance, pero algunos de los principales le detuvieron, diciéndole que era bueno el castigo, pero no con tanta severidad, no fuese que por matar muchos, quizá los indios acordasen caer sobre los vencedores, pues ya se les veía todos armados, esperando el suceso del combate, sin arrimarse a una ni a otra de las partes. Tenido como bueno este consejo, recogió su gente el Adelantado, y se volvió a los navíos con el Capitán y otros presos; allí fue recibido del Almirante su hermano y de los otros que habían quedado con él, dando muchas gracias a Dios de tanta victoria; procedida de su mano, en que los soberbios y los malos, aunque eran más fuertes, habían recibido su castigo y perdido el orgullo, sin que de nuestra parte hubiese herido alguno, si no es el Adelantado, en una mano, y un maestresala del Almirante, que murió de una pequeña lanzada en un costado.

Volviendo a los rebeldes, digo que Pedro de Ledesma (aquel piloto de quien dijimos que había ido con Vicente Yáñez, a Honduras, y que fue a tierra, nadando, en Belén) cayó allí por unas peñas, y estuvo escondido aquel día y el siguiente, hasta la tarde, sin saber nadie de él, ni auxiliarle, más que los indios, que maravillados e ignorando cómo cortaban nuestras espadas, le abrían con las flechas las heridas, de las cuales tenía una en la cabeza, que se le veían los sesos; otra en un hombro que lo tenía

abierto y colgando todo el brazo; otra en un muslo, cortado, hasta el hueso de la canilla; otra en un pie, como si le hubieran cortado una soleta desde el carcañal a los dedos. Con todos estos daños, cuando le enfadaban los indios, les decía: «Dejadme, porque si me levanto, os haré…», y con estas amenazas huían los indios de miedo. Habiéndose sabido esto en los navíos, fue llevado a una casa de paja, cerca de ellos, donde los mosquitos y la humedad bastarían a matarlo. En lugar de la trementina que era necesaria, le quemaban con aceite las heridas, que eran tantas, de más de las que hemos referido, que juraba el cirujano que en los primeros ocho días que le curó, siempre hallaba nuevas heridas; por último sanó; murió el Maestresala, de quien no se temía este fin. El día siguiente, que era lunes, 20 de Mayo, todos los que habían huido enviaron un memorial al Almirante, suplicándole humildemente que usase con ellos de misericordia, porque estaban arrepentidos de lo que habían hecho, y querían volver a su obediencia. Concediólo así el Almirante y dio un perdón general, a condición de que el Capitán quedase preso como lo estaba, para que no diese causa de nuevo tumulto. Como en las naves no habrían estado cómodos y tranquilos, y no faltarían palabras desagradables, de personas vulgares que con ligereza fomentan rumores y renuevan las injurias olvidades o disimuladas, de donde luego proceden nuevas cuestiones y alborotos, y además, porque sería difícil que se pudiese alojar cómodamente tanta gente en los navíos y proveerla de vituallas, cuando éstas ya no bastaban para pocos, acordó mandar con ellos un Capitán, por mercancías de rescate, para que yendo por la isla, los mantuviera en justicia, en tanto que llegaban los navíos que se esperaban.

CAPÍTULO CVIII

Y último. Cómo el Almirante pasó a la Española, y de allí a Castilla, donde fue a Nuestro Señor servido de llevarle a su Santa Gloria en Valladolid

Reducidos a obediencia los cristianos y los indios, tuvieron éstos cuidado de proveerlos con rescates, en que pasaron algunos días y se cumplió un año que habíamos ido a Jamaica. En este tiempo llegó una nave que había comprado Diego Méndez, y bastecido en Santo Domingo, con dinero del Almirante, en la que nos embarcamos, amigos y enemigos. A 28 de Junio nos hicimos a la vela, navegando con bastante trabajo, por ser de continuo muy contrarias las corrientes y los vientos, que como hemos dicho lo son siempre al volver de Jamaica a Santo Domingo, en cuyo puerto entramos con mucho deseo de descansar, a 13 de Agosto de 1504, donde el Gobernador hizo gran recibimiento al Almirante y le dio su casa para alojarse; pero como si ésta fuese la paz del escorpión, de otra parte dio libertad a Porras, que había sido cabeza de la rebelión; procuró castigar a los que intervinieron en su prisión, y quiso juzgar otras cosas y delitos que sólo tocaban a los Reyes Católicos, por haber éstos mandado al Almirante por Capitán general de su Armada. Hacía el Gobernador cumplimientos al Almirante, con falsa risa y simulación, en su presencia. Esto duró hasta que se compuso nuestro navío, y alquiló una nave en que se embarcaron el Almirante, sus parientes y criados; la mayor parte de la otra gente se quedó en la Española.

Haciéndonos a la vela a 12 de Septiembre, salimos por el río a dos leguas en el mar, donde se rompió el árbol del navío hasta la cubierta, por esto el Almirante lo hizo volver atrás, y seguimos con la nao nuestro camino hacia Castilla; en el cual, habiendo tenido buen tiempo hasta casi al tercio del Océano, nos embistió tan terrible tempestad, que puso a la nave en grande riesgo. Al día siguiente, sábado, 19 de Octubre, habiendo ya bonanza y estando descansados, se quebró el árbol mayor en cuatro pedazos; pero, el valor del Adelantado, y el ingenio del Almirante, que se hallaba entonces en la cama postrado de la gota, hallaron remedio, haciendo un árbol más chico de una pequeña entena, y asegurando la mitad del quebrado con cuerdas y madera de los castillos de popa y de proa, los cuales deshicimos. En otra tempestad se nos rompió la contramesana. Al fin, quiso Dios que navegásemos unas setecientas leguas, al cabo de las cuales llegamos al puerto de San Lúcar de Barrameda[227]; de allí fuimos a Sevilla, donde descansó algo el Almirante de los trabajos que había padecido. Después, en el mes de Mayo de 1505, fue a la corte del Rey Católico, porque ya el año antes había pasado a mejor vida la gloriosa Reina doña Isabel[228], de lo que el Almirante mostró dolerse grandemente, pues era la que le mantenía y favorecía, habiendo hallado siempre al Rey algo seco y contrario a sus negocios, Esto se vio más claro en la acogida que le hizo, pues aunque en la apariencia le recibió con buen semblante y fingió volver a ponerle en su estado, tenía voluntad de quitárselo totalmente, si no lo hubiese impedido la vergüenza, que, según hemos dicho, tiene gran fuerza en los ánimos nobles.

Su Alteza misma y la Serenísima Reina le enviaron cuando partió al mencionado viaje; pero, dando entonces las Indias y sus cosas muestras de lo que habían de ser, y viendo el Rey Católico la mucha parte que en ellas tenía el Almirante, en virtud de lo capitulado con él, intentaba quedarse con el absoluto do-

minio de las Indias, y proveer a su voluntad los oficios que tocaban al Almirante, por lo que empezó a proponerle nuevos capítulos de recompensa[229], a lo que no dio lugar Dios, porque entonces el Serenísimo Rey Felipe I, vino a reinar a España[230], y al tiempo que el Rey Católico salió de Valladolid a recibirle, el Almirante quedó muy agravado de gota, y del dolor de verse caído de su estado; agravado también con otros males, dio su alma a Dios, el día de su Ascensión, a 20 de Mayo, de MDVI, en la villa de Valladolid, habiendo recibido, con mucha devoción, todos los sacramentos de la Iglesia y dicho estas últimas palabras: IN MANUS TUAS, DOMINE, COMMENDO SPIRITUM MEUM. El cual, por su alta misericordia y bondad, tenemos por cierto que le recibió en su gloria *Ad quam nos cum eo perducat*. Amén[231].

Su cuerpo fue llevado después a Sevilla, y enterrado en la iglesia mayor de aquella ciudad con pompa fúnebre; de orden del Rey Católico, para perpetua fama de sus memorables hechos y descubrimiento de las Indias, se puso un epitafio en lengua española, que decía:

A Castilla y a León
Nuevo Mundo dio Colón.

Palabras verdaderamente dignas de gran consideración y de agradecimiento, porque ni en antiguos ni modernos, se lee de ninguno que haya hecho esto, por lo que habrá memoria eterna en el mundo de que fue el primer descubridor de las Indias Occidentales; como también que después, en la Tierra Firme, donde estuvo, Hernando Cortés y Francisco Pizarro, han hallado muchas otras provincias y reinos grandísimos, pues Cortés descubrió la provincia del Yucatán, llamada Nueva España, con la ciudad de México, poseída entonces del Gran Montezuma, Emperador de aquellas tierras. Pizarro halló el reino del Perú,

que es grandísimo y lleno de innumerables riquezas, poseído por el gran Rey Atabalipa; de cuyas provincias y reinos se traen a España, todos los años, muchos navíos cargados de oro, plata, brasil, grana, azúcar y otras muchas cosas de gran valor, además de perlas y otras piedras preciosas, por las que España y sus príncipes florecen hoy con abundancia de riquezas.

LAUS DEO

HERNANDO o FERNANDO COLÓN. Nació el 15 de agosto de 1488 en Córdoba (España). Podía haber pasado únicamente a la historia por ser el hijo de Cristóbal Colón, fruto de su relación con Beatriz Henríquez de Arana. Sin embargo, destaca más en él su condición de cosmógrafo, escritor, jurista, aventurero, bibliófilo, biógrafo, embajador y viajero incansable.

Tras el segundo viaje de Colón, Hernando y su hermanastro, Diego, fueron enviados a la Corte como pajes. Era este detalle parte del pago de los Reyes Católicos por los servicios de su padre a la Corona con el descubrimiento de América y explica que un hijo bastardo acceda a un ambiente que normalmente tendría vetado.

Con solo 13 años, Hernando acompañó a su padre en el cuarto viaje que hacía al Nuevo Mundo. Lejos de ser un estorbo, el propio Colón destaca su valiosa ayuda en los diarios que escribía de sus aventuras. Esta expedición, que partió en 1502 y regresó en 1504, no sería el único viaje de Hernando a Améri-

ca. En 1509 acompañó a su hermanastro Diego cuando éste tomó posesión como gobernador.

Con Diego Colón en América, Hernando asumió la representación de su familia en España. Aquí veló por los intereses de su hermanastro y pleiteó contra la Corona por los derechos de su familia sobre los nuevos territorios. Aunque finalmente perdió en sus pretensiones por una sentencia del Consejo Real de 1512, eso no empeoró sus relaciones con el monarca. Prueba de ello es que en ese mismo año se trasladó a Italia como embajador real ante la Santa Sede.

Esta estancia en Italia, así como diversos viajes por Europa en esos años, no hacen sino engordar su gran pasión: la biblioteca que estaba reuniendo en Sevilla. Diversos estudiosos creen que al final de sus días su colección alcanzó más de 15 000 volúmenes, algo más que meritorio para la época. Parte de estos fondos pueden consultarse hoy en la biblioteca colombina que atesora la ciudad de Sevilla. El mérito de tamaña colección estriba no solo en el número de libros, sino en su calidad también. Y, para completar el valor de Hernando, inventó un sistema de catalogación que hizo más sencillo el acceso a sus fondos y la categorización de las obras.

El amor de Hernando Colón por el conocimiento no se centró solo en los libros. También él mismo aportó a la cultura europea de la época con el estudio de la geografía de la Península Ibérica. Afamado cosmógrafo, fue llamado por Carlos I para que formara parte de la Junta de Badajoz, consejo científico que debía determinar el dominio sobre las Islas Molucas, en litigio con Portugal. La Corona también le encargó que hiciera un mapa de las Indias Occidentales. Nada más apropiado, puesto que él era hijo de quien las puso en el mapa. Añadió así el oficio de geógrafo a su larga lista de profesiones.

Su óbito sobrevino en Sevilla el 12 de julio de 1539.

Notas

[1] Hernández Díaz, J., y Muro Orejón, A.: *El testamento de D. Hernando Colón*, Sevilla, 1941, pág. 229.

Para no cargar excesivamente de notas esta introducción —siempre por razones de espacio— remitiremos con frecuencia al lector a obras especializadas con abundante bibliografía. <<

[2] Torre y Del Cerro, J.: *Beatriz Enríquez de Arana y Cristóbal Colón*, Madrid, 1933. <<

[3] Manzano y Manzano J.: *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida (1485-1492)*, Madrid, 1964, cap. V. <<

[4] Arranz Márquez, L.: *Don Diego Colón*, Madrid, 1982, t. I, páginas 49 y ss. <<

[5] Fernández de Navarrete, M.: *Colección de los viajes y descubrimientos*… B. A. E. Madrid, 1954, t. I, pág. 326. <<

[6] Raccolta… Roma, 1892, P. I, V. II, pág. 169. <<

[7] Navarrete: *Colección...* T. I, pág. 491. <<

[8] Raccolta… P. II, V. I, pág. 209. <<

[9] Este documento y los dos siguientes en Torre y Del Cerro: *Beatriz...*, docs. núms. 34, 36 y 39. <<

[10] Estaba encargado, por parte de su hermano, de vender la villa de la Palma y la fortaleza del Alpizar que había adquirido unos años antes. Esto en Hernández y Muro: *El testamento*…, páginas XI y ss. <<

[11] Torre y Del Cerro: *Beatriz...*, doc. 42. <<

[12] Véanse los caps. LXXXVIII y CIII. <<

[13] Jos, E.: *Investigaciones sobre la vida y obra de don Fernando Colón*, Sevilla, 1945, págs. 61 y ss. <<

[14] Arranz: *Diego Colón*, págs. 131 y ss.; los docs. en págs. 249 y 338. Aprovechamos para decir que el documento titulado *Proyecto de Hernando Colón en nombre y representación de su hermano*… tiene cambiadas las págs. 339 y 340, como se comprueba a simple lectura y siguiendo la numeración de las notas aclaratorias. <<

[15] Jos: *Investigaciones*…, pág. 67. <<

[16] Fernández Navarrete, E.: *Noticias para la vida de don Hernando Colón*, CODOIN España, t. 16, pág. 383. <<

[17] Marín, T.: *Hernando Colón y su participación activa en las Juntas de Badajoz-Elvas sobre la aplicación del Tratado de Tordesillas*, Valladolid, 1973, págs. 171 y ss. <<

[18] Rumeu de Armas, A.: *Hernando Colón, historiador del Des. cubrimiento de América*, Madrid, 1973, pág. 81.

<<

[19] Marín, T.: *Obras y libros de Hernando de Colón*, Madrid, 1970, págs. 159-245, con amplia bibliografía.

<<

[20] En nuestro trabajo sobre *Diego Colón* dedicamos los capítulos IV, V y VI, donde resaltamos el protagonismo de Hernando Colón.

<<

[21] *Pleitos Colombinos*; Sevilla, 1967, t. I, con una breve, pero clara introducción de Muro Orejón. <<

[22] E. F. Navarrete: *Noticias...*, pág. 365. <<

[23] Giménez Fernández, M.: *Bartolomé de las Casas*, Sevilla, 1960, V. II, pág. 707. <<

[24] Las Casas: *Historia de las Indias*, B. A. E., Madrid, 1957, V. II, cap. CLIV. <<

[25] E. F. Navarrete: *Noticias...*, pág. 376. <<

[26] Jos: *Investigaciones...*, pág. 115, y *Pleitos de Colón*, C. D. U., Madrid, 1894, t. 8, pág. 376. <<

[27] *Pleitos de Colón*, T. 8, págs. 417-420. <<

[28] Hernández y Muro: *El testamento...*, pág. 212. <<

[29] *Pleitos colombinos*, Sevilla, 1964, t. VIII. <<

[30] Se trata de una Probanza hecha a petición del fiscal (11 de agosto de 1515) e interrogatorios de 24 preguntas. En *Pleitos de Colón*, C, D. U., t. 8, pág. 121. El paralelismo con la probanza de 1535 es clarísima. <<

[31] Jos, E.: *Fernando Colón y su Historia del Almirante*, Rev. de Historia de América, México, 1940, pág. 22. <<

[32] En relación con esto véanse las notas de la *Historia del Almirante*, núms. 61, 65-70, 83 y 92. <<

[33] Véanse las notas de la *Historia* núms, 3, 4, 5, 15, 37 y 39. <<

[34] Notas 121 y 142. <<

[35] Notas 154 y 158. <<

[36] Notas 20 y 112. <<

[37] Para cubrir la frondosa bibliografía referida a este apartado podemos remitir entre las publicaciones últimas a Cioranescu, A.: *Primera biografía de Cristóbal Colón. Fernando Colón y Bartolomé de las Casas* (Tenerife, 1960) y a Rumeu de Armas, A.: *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América*, Madrid, 1973. <<

[38] Hernández y Muro: *El testamento...*, pág. 227. <<

[39] El que se ha acercado y descifrado las claves de esta biblioteca ha sido T. Marín: *Obras y libros...* Remitimos a esta obra para todo lo referente a este capítulo. <<

[40] Hernández y Muro: *El testamento...*, pág. 154. <<

[41] *Ibídem*, pág. 158. <<

[42] Serrano y Sanz, M.: En su *Proemio a la Historia del Almirante don Cristóbal Colón*. Madrid, 1932, t. I, pág. LXXVIII. Y en la pág. CXLI algo sobre la actitud antiespañola de Hernando. <<

[43] Hernández y Muro: *El testamento...*, ofrecen los documentos de todas estas peripecias sufridas. <<

[44] Sea por el propio don Hernando o por el traductor Ulloa, los errores aquí contenidos son varios: Tácito (*Anales*, XII, 15 y 21) relata el episodio de Mitrídates y lo fecha en el año 50. La hazaña fue llevada a cabo por Junius Cilo o Cilón y por Julius Aquila. Por ello fueron recompensados, el primero con las insignias consulares, y el segundo con las pretorianas.

<<

[45] Este pasaje recuerda mucho a lo que acababa de publicar Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia*, lib. II, cap. II). Como táctica —que repetirá en otros momentos— no deja de ser inteligente: no contradice nada, simplemente lo recoge como rumor y desliza algo sobre unos remotos antecedentes romanos. Plasencia es la Piacenza de Lombardía. <<

[46] Cugureo o Cogoleto y sus relaciones familiares con los hermanos Colombo no se han podido fundamentar históricamente. Este entronque queda desprestigiado muy pronto incluso en los árboles genealógicos de los Colombos genoveses —hasta de los falsificados—. Sin lugar a dudas es una pista para confundir, a la vez que contesta a Oviedo.

<<

[47] Agostino Giustiniani, escritor genovés y obispo de Nebbio, en Córcega, escribió en Génova en 1516 el *Salterio Políglota*, un libro de salmos en latín, griego, hebreo, árabe y caldeo.

En un comentario marginal al salmo 19, Giustiniani decía de Colón que era *oriundo de Génova* y que procedía de origen plebeyo (vilibus ortus parentibus). Esto mismo repetía en su obra *Annalli della... República di Genoa...*, impresa en Génova el 18 de marzo de 1537, a la vez que calificaba a los Colombo genoveses de tejedores de paños de lana. Se suele aceptar que Cristóbal Colón nació en 1451.

<<

[48] Obsérvese que Hernando no se detiene a rebatir la veracidad o falsedad de los antecedentes artesanos de su familia, sino que se fija en los acontecimientos cercanos. Era como decir que si Giustiniani no era fiable en hechos de actualidad menos lo sería en cuanto al pasado.

<<

[49] No consta que esto pasara, máxime cuando Giustiniani sólo recoge lo que había escrito desde años antes Antonio Gallo, canciller del Banco de San Jorge de la República de Génova y cronista oficial de la ciudad. <<

[50] Ningún otro cronista se hace eco de que Colón pisara las aulas de la Universidad de Pavía. Y hasta hoy tampoco se ha podido demostrar. <<

[51] Se refiere a la esfera. <<

[52] Se trata de René o Renato de Anjou, príncipe que disputó al rey de Aragón la Corona de Nápoles. Este episodio puede encuadrarse hacia finales del año 1472, en que Colón tendría unos veintiún años y luchaba, lo mismo que Génova, a favor del de Anjou. <<

[53] La *galeaza* es una embarcación grande de remos, con tres palos y vela latina; la *saetía* o *saltía* es una embarcación más ligera; y la *carraca* es una nave de transporte muy voluminosa. <<

[54] Tile o Tulé se identifica con Islandia.

<<

[55] Fortaleza levantada por los portugueses en 1482 en el golfo de Guinea. <<

[56] La Costa de la Malagueta se extendía por la costa que actualmente ocupa Liberia, a la entrada del golfo de Guinea. <<

[57] Xíos o Quíos, isla situada en pleno Mar Egeo y que pertenecía a Génova.

<<

[58] Este pasaje es uno de los más discutidos de la historia del Almirante y de la vida de Colón. Todos los historiadores han registrado dos batallas en el cabo de San Vicente: una, la del 13 de agosto de 1476, en la que los contrincantes eran, de una parte, el almirante-corsario francés Guillaume de Casanove, apellidado Colombo el Viejo, al servicio del rey galo y aliado de Portugal; de la otra parte, cuatro naves de comercio genovesas y una urca flamenca que transportaban mercancías a Inglaterra. El espantoso desenlace es el que se cita en este capítulo. La otra batalla tuvo lugar el 21 de agosto de 1485, y enfrentó a otro almirante-corsario, Jorge Bissipat o Jorge el Griego, apellidado Colombo el Mozo, también al servicio de Francia, contra cuatro galeazas, esta vez venecianas, que regresaban de Flandes. En esta ocasión, el resultado no fue un combate, sino una rendición veneciana.

Hernando hace aquí una mezcla de nombres y de participantes de los dos combates del Cabo de San Vicente. Muchos historiadores han considerado esta narración o como una ligereza de don Hernando o como una falsificación hecha por mano ajena. Y para encontrar sentido a lo escrito han recompuesto el lance diciendo que Colón no pudo asistir más que al combate de 1476 (en 1485 ya estaba en Castilla); pero como genovés no era lógico que luchara contra naves genovesas; en consecuencia, o él luchaba con los vencidos (no probado por nadie) o, en

compañía de Colombo el Viejo, se enfrentó a naves venecianas (tampoco demostrado). Algunos, incluso, consideran esto como una presunción colombina para alardear de que Cristóbal Colón no era el primer Almirante de su familia, pretendiendo emparentar con estos Colombos.

Sin embargo, también hay que decir que hoy en día está prácticamente aceptado por grandes estudiosos de Colón que por tales años éste no era ajeno a la piratería ni a la actividad de corsario, ni tampoco al tráfico esclavista. Navegó con el más temible de los Almirantes-corsarios de ese tiempo (Colombo el Viejo) y nadie ha demostrado que no lo hiciera con Colombo el Mozo antes de 1485.

Al mezclar estos dos episodios, parece como si don Hernando quisiera confundir o distraer la atención para ocultar algo más grave. <<

[59] Monasterio de la Orden de Santiago que albergaba a damas nobles que hacían algunos votos, aunque esto no les impedía con traer matrimonio. <<

[60] El nombre exacto era Bartolomé Perestrello, primer capitán donatario de la isla de Porto Santo, en el archipiélago de Madera. <<

[61] Estas andanzas colombinas se desarrollaban entre 1477 y 1482. Debió casarse hacia 1479-80. <<

[62] En efecto, coincidía Colón con Alfragano, cosmógrafo árabe del siglo IX, pero con una diferencia: las millas de Alfragano eran árabes, es decir, de 1973,50 metros, y las de Colón eran italianas, de 1477,50 metros. El resultado era que Alfragano calculó las dimensiones del ecuador terrestre sin apenas error, mientras que Colón lo reducía en una tercera parte. De esta manera, el mar Océano se acortaba sensiblemente y podía navegarse. Y donde pensaba encontrar el fin de Asia, encontró

las Antillas; de ahí su convencimiento de que había llegado a las Indias. <<

[63] Cuando Hernando Colón escribía esto (1537-39) estaba demostrado que su padre había descubierto un Nuevo Mundo, pero no llegado a las Indias orientales, como creyó el Almirante. De ahí este tono duro que adoptó. <<

[64] La obra de Marco Polo, *Libro de las cosas maravillosas*, le influyó mucho a Colón; pero su primer conocimiento de esta obra le debió llegar a través de Pablo del Pozo Toscanelli. <<

[65] Juan de Mandavila, caballero inglés que hizo soñar a Europa desde finales del siglo XIV con relatos fantásticos. <<

[66] Pedro de Aliaco o Pierre d'Ailly (1350-1420), cardenal francés y autor de la obra *Imago Mundi*, libro favorito de Colón. <<

[67] Autor y obra completamente desconocidos. Quizá sea un error del traductor Ulloa. <<

[68] Paolo del Pozzo Toscanelli (1397-1482), físico, astrónomo y matemático florentino; defendía la idea de que las distancias del Océano eran navegables y, por tanto, debía intentarse seguir la ruta de Occidente para llegar al extremo de Asia. A través de su amigo portugués, el canónigo Fernando Martins, escribe una carta y elabora un mapa para que sea utilizado por los lusitanos, los más preparados para tal empresa. Véanse las controversias sobre estas cartas en nota del capítulo siguiente. <<

[69] Fernando Martins era canónigo de Lisboa y amigo de Toscanelli. El 25 de junio de 1474 recibía del sabio florentino una carta y un mapa aconsejando la ruta de Occidente para llegar a las Indias. Los portugueses archivaron esos documentos por discrepar de las medidas que daba sobre el Océano. <<

[70] Estas cartas forman otro capítulo discutidísimo de la biografía colombina. Algunos autores consideran las tres cartas

falsas. Otros las tienen por auténticas. Y hay un tercer grupo que considera auténtica la carta de Toscanelli a Martins y falsas las dirigidas a Colón. No faltan quienes relacionan la copia, adulteración o sustracción de los archivos portugueses hecha por Cristóbal Colón con su huida de Portugal en 1485. Estos documentos no constan en ningún archivo y se conocen sólo a través de esta obra (y de aquí lo recogería más tarde Las Casas). <<

[71] Se refiere a la guerra civil desatada en Castilla entre partidarios de Isabel la Católica y de Juana la Beltraneja desde 1475 a 1479. Portugal defendió el partido de la Beltraneja, que terminó siendo derrotado. <<

[72] Catayo o Catay era la China continental del Norte. <<

[73] Mango o Mangi era la China continental del Sur. <<

[74] Cipango correspondería al actual Japón. Esta localización geográfica estaba tomada del libro de Marco Polo. <<

[75] Serrano y Sanz copia estas cartas del manuscrito autógrafo de la *Historia de las Indias*, de Las Casas, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. <<

[76] Es curioso cómo quiere cargar las culpas sobre Toscanelli cuando está demostradísimo que en 1492 y durante los años siguientes Colón estaba firmemente convencido de haber llegado al extremo de las Indias. <<

[77] Juvencio Fortunato, que aquí aparece como autor, es citado en Las Casas como libro: *Inventio Fortunata* (lib. I, cap. XIII). <<

[78] Este error consta en la edición italiana. <<

[79] Terranova. <<

[80] Los historiadores que defienden el predescubrimiento de América o el conocimiento que antes de 1492 tenía Colón de las tierras que más tarde descubriría ven en este capítulo una

maniobra habilísima de Hernando. Al mezclar la teoría del piloto anónimo con los intentos de Vicente Díaz, los Cazzana y otros nombres más, aderezado todo con fantasías varias, parece que trata de desviar la atención de los lectores para que la grandeza del Descubrimiento de América no quede empañada por glorias rivales (J. Manzano: *Colón y su secreto*, cap. II, y J. Pérez de Tudela: *Mirabilis in Altis*, cap. I). <<

[81] Este pasaje, al mezclar en la narración la primera y la tercera personas, parece referirse a recuerdos de Cristóbal Colón y no de Hernando. Lucas y Francisco Cazzana estaban ya muertos hacia 1500. <<

[82] La relación de Oviedo está en su *Historia*, lib. II, cap. III, y lo pública en 1535. Hernando, después de recoger las *habladurías* sobre el piloto anónimo, tras mezclarlo todo sin dar importancia al asunto y no rebatir nada, ataca a Oviedo no por la relación que hace de un predescubridor que informará a Colón (hecho que resultaba muy verosímil), sino por la identificación que aquél hace de las Indias con las Hespérides, antiguas posesiones pertenecientes a remotos monarcas españoles: a Héspero XII rey de España. Hernando emplea aquí toda su artillería erudita y todos sus recursos para invalidar a Oviedo. <<

[83] Juan II (1455-1495) subió al trono portugués en 1481, pero dirigía los descubrimientos por el Océano desde 1475. <<

[84] Las propuestas colombinas a Juan II se han fechado entro 1482 y 1484. Fue rechazado porque —aparte de sus exigencias— el proyecto de Colón no difería gran cosa del de Toscanelli, que los técnicos portugueses habían descartado anteriormente. <<

[85] Algunos han apuntado que la expedición para descubrir islas y tierra firme por el Suroeste podría ser la de Vicente Díaz. Uncía el Noroeste, Juan II enviaría a Hernâo Dulmo y a

Joâo Alfonso de Estreito entre el 3 de marzo y el 4 de agosto de 1486. <<

[86] No debió ser muy tranquila la marcha de Portugal, pues a principios de 1485 salió huyendo de la justicia del rey. La explicación puede estar en la sustracción de la carta de Toscanelli o en que Colón participase en revueltas nobiliarias; no hay nada demostrado. Tampoco es seguro que hubiera muerto ya su mujer. Diego Colón podría tener entonces unos tres años. <<

[87] Se cree que Bartolomé Colón nació hacia 1460. <<

[88] Bartolomé Colón recibió la noticia del descubrimiento las Indias estando en la corte de Francia (1493). <<

[89] Se acepta que la llegada de Colón a Castilla fue en la primavera de 1485. <<

[90] Algunos historiadores no aceptan que Colón visitase el Monasterio de Santa María de la Rábida en 1485; otros defienden que desembarcó en Palos, pero no para dejar a su hijo Diego en el monasterio, sino sólo de paso. El niño sería llevado a casa de una cuñada de Colón, Violante Muñiz, que vivía en Huelva. <<

[91] Aragonés descendiente de judíos y uno de los grandes protectores de Colón. Prestó a los Reyes lo necesario para poner en marcha la expedición que en 1492 descubriría América. <<

[92] Fray Hernando de Talavera, de la Orden de los Jerónimos, fue confesor de la Reina. <<

[93] El conocimiento científico de la época no podía hacer otra cosa que rechazarlo. Así sucedió en Portugal, el pueblo más avanzado científicamente; y lo mismo hubiera sucedido en Castilla, la otra potencia científica y marinera, de no ser por otros motivos. <<

[94] Durante los siete años que duraron las negociaciones entre los Reyes y Colón éste pasó algunas temporadas intentando convencer al Duque de Medinaceli y al de Medina-Sidonia, grandes potentados de Andalucía. <<

[95] Esta visita a la Rábida se produce en 1491 y nadie la discute. Pasa de visita con su hijo, no a recogerlo, ya que no lo había dejado allí, y en ese momento encontrará un valioso apoyo en el fraile Juan Pérez. <<

[96] Fray Juan Pérez no era el guardián del Monasterio. Cuando se negociaron las capitulaciones de Santa Fe fue quien represento a Colón. <<

[97] El 15 de agosto de 1488, en Castilla, Cristóbal Colón tuvo un hijo natural, Hernando, nacido de sus amores con la cordobesa Beatriz Enríquez de Arana. Su otro hijo Diego nació en Portugal. Cuando habla de que ha tenido hijos en España puede referirse a España en un sentido geográfico que abarca toda la Península. Por eso, durante la Edad Media se hablaba de la España de los Cinco Reinos, incluido el de Portugal. <<

[98] Aquí se mezclan los puntos exactos de las capitulaciones de Santa Fe (17 de abril de 1492) con la merced que amplía sus poderes y que se le dio el 30 de abril. Uno y otro documento tienen distinto valor y fuerza legal, pero Hernando los mezcló siempre. <<

[99] El 20 de marzo de 1488 Juan II de Portugal le escribía llamándole *nuestro especial amigo* y le daba todas las garantías para su regreso al reino vecino. <<

[100] Esto es un cuento que nadie toma ya en serio. <<

[101] Juan de Coloma, en nombre de los Reyes, y fray Juan Pérez, en el de Colón, elaboraron la Capitulación de Santa Fe. Se firmó el 17 de abril de 1492. <<

[102] La Pinta y la Niña eran carabelas y la Santa María era nao. <<

[103] Están documentados cerca de 90 tripulantes. Debieron ser algunos más, pero no tantos como dice Oviedo, que da 120. <<

[104] Esto es injusto y falso. Todos los estudiosos saben que si los Pinzones no hubieran respaldado a Colón durante los preparativos de la armada, habría sido muy difícil llevar a cabo la empresa. Pero Hernando escribía esto en 1537, y en agosto de 1535, en los Pleitos Colombinos, el fiscal de la Corona, Villalobos, en connivencia con el hijo de Martín Alonso, Juan Martín Pinzón, querían probar que Colón no tuvo la exclusiva del Descubrimiento de América, sino que tanta parte o más le cupo a Martín Alonso Pinzón. <<

[105] Según el historiador Cioranescu (*Colón y Canarias*, 1959), se refiere al Teide, aunque no pasó por Tenerife —conquistada en 1495—, y tampoco se tienen noticias de una erupción por esas fechas. <<

[106] Está entrando en el Mar de los Sargazos. <<

[107] Vela supletoria. <<

[108] Aves marinas parecidas a las gaviotas. <<

[109] Por estas fechas había inquietud en todos, pero no este ambiente casi de motín que presenta Hernando. <<

[110] La frase *que no se pierda mi buena mano* no tiene sentido. Parece una mala traducción de albricias que da Las Casas (*Historia*, lib. I, cap. 38). <<

[111] Curiosamente, Hernando olvida cantar lo que pasó el 6 de octubre, y que el *Diario* de Colón refleja con claridad: se cambia de rumbo, hacia la parte de Sudoeste, por consejo de Martín Alonso Pinzón. Manzano (*Colón y su secreto*, pág. 275) sitúa en este día un motín de vizcaínos en la nao Santa María;

motín que fue sofocado gracias a la autoridad de los Pinzones. Cuando Hernando escribía esto, se estaba discutiendo en los Pleitos Colombinos el papel jugado por los Pinzones en este primer viaje. <<

[112] Hernando tergiversa la verdad al considerar que es el Almirante, por propia iniciativa, quien cambia el rumbo. <<

[113] El 10 de octubre hubo motín, esta vez en toda la armada. Los Pinzones dieron tres días de plazo para encontrar fierra y si no, regresar. Según Manzano (*Colón y su secreto*, pág. 300). Colón, forzado por estas circunstancias, se vio obligado a revelarles el conocimiento que tenía de esas tierras y a enseñarles el mapa donde las tenía pintadas. <<

[114] En efecto, a esa distancia estaban las primeras islas, pero navegando a una latitud más al Sur que la que ahora seguían. Cada vez está más claro que Colón sabía con certeza dónde estaban las tierras que quería descubrir. <<

[115] El verdadero nombre de este marinero era Juan Rodríguez Bermejo, según los estudios realizados por Miss A. B. Gould sobre la lista de tripulantes. <<

[116] Esta merced la recibió el Almirante con cargo a las carnicerías de Córdoba, y se la cedió en usufructo a Beatriz Enríquez de Arana. <<

[117] El nombre indígena era Guanahaní (hoy Watlings), en el archipiélago de las Lucayas (hoy Bahamas). <<

[118] Actualmente Cayo Rum. <<

[119] Long Island. <<

[120] La palabra india es hamaca. <<

[121] En la actualidad es Crooked Island. <<

[122] En blanco en todas las ediciones. <<

[123] Aunque Hernando no dice nada, Colón en su *Diario*, identificará esa isla con la tierra continental de Asia primero, y

después con el Cipango. <<

[124] Se trata del tabaco. Las Casas cuenta algo más de esta extraña cosa en su *Historia*, lib. I, cap. 46. <<

[125] Bohío y Haití eran nombres que los indios daban a la isla que Colón bautizó con el nombre de La Española (hoy compartida por República Dominicana y Haití). Es más difícil, sin embargo identificar Babeque o Baneque; lo único que se creía es que era rica en oro y estaba al este. <<

[126] Con este acto de desobediencia de Martín Alonso Pinzón comenzaron los enfrentamientos y suspicacias entre él y Colón. <<

[127] Probar la comida de las personas importantes, para comprobar que está a salvo de traición y engaño. <<

[128] Colcha. <<

[129] Vasija de vidrio, a manera de garrafa. <<

[130] Moneda de oro castellana acuñada por los Reyes Católicos. <<

[131] Primo de Beatriz Enríquez de Arana. Llevó el cargo de alguacil mayor de la armada. <<

[132] Comarca en el interior de la isla Española, con buenas minas de oro, que pronto identificará Colón con el Cipango. <<

[133] La nao encallada en lo que hoy se llama Bahía del Caracol (Haití) fue la Santa María, cuyo maestre era Juan de la Cosa. <<

[134] Según la teoría del piloto anónimo que informa a Colón sobre estas tierras (Manzano: *Colón y su secretó*), Monte Cristo, por sus inconfundibles características, era el punto de referencia para orientarse. <<

[135] Nada se sabe de las causas que provocaron el distanciamiento de estos Pinzón y el Almirante. Pero una cosa es esta acción, criticable a todas luces, y otra el comportamiento ejem-

plar que Martín Alonso demostró durante el viaje descubridor. <<

[136] Es oro bajo, aleación do oro, plata y cobre. <<

[137] Isla de las Amazonas, situada a la *entrada de las Indias* en las Antillas menores. Para unos es Guadalupe y otros piensan en Martinica. <<

[138] No eran caribes, sino ciguayos de la región de Samaná, en la isla Española. <<

[139] Es la referencia más clara de que Colón, antes de emprender este viaje, dejó a sus dos hijos, Diego y Hernando, con la madre de éste, Beatriz Enríquez de Arana. <<

[140] Con las velas amainadas para que la embarcación se mueva lo menos posible. <<

[141] No hay por qué pensar mal de esta arribada a Portugal, pero a un rey tan inteligente como Juan II le va a poner en guardia para hacer sus reclamaciones ante los monarcas castellanos. <<

[142] Arribó en Bayona (Galicia) y envió una carta a los Reyes. <<

[143] Los documentos papales conocidos como Bulas Alejandrinas fueron tramitados con toda rapidez por el embajador español en el Vaticano (finales de abril), y el 3 y 4 de mayo de 1493 se fechaban las famosas bulas *Inter Caetera*. Estas contenían el título de donación y demarcación de las tierras descubiertas y por descubrir al Occidente de un meridiano que pasara a 100 leguas de las Azores y Cabo Verde, siempre que no fueran de ningún otro príncipe cristiano. <<

[144] Estos dos documentos son trascendentales para Hernando y para la marcha de los Pleitos Colombinos; por ello los incluye íntegros y con toda solemnidad. Son mercedes graciosas de los Reyes que ampliaban extraordinariamente los poderes

colombinos. Hernando luchará tenazmente para conseguir que se reconozca a estos documentos (la merced de 30 de abril de 1492 y su confirmación-ampliación de 28 de mayo de 1493) la misma validez jurídica que a la capitulación de Santa Fe (17 de abril de 1492). Y así como la merced podía ser revocable por los Reyes —como pronto lo fue—, la Capitulación, como contrato que era, obligaba a su cumplimiento. <<

[145] Aunque se haya creído lo contrario, eran poquísimas las gentes de campo que iban en esta armada. La inmensa mayoría eran gente de armas. <<

[146] Estas eran las islas que Colón tenía que haberse encontrado en el primer viaje de haber salido todo como él creía y sabía. <<

[147] Nombre indígena de la isla que Colón llamó San Juan o Puerto Rico. <<

[148] No se han podido identificar estas islas. <<

[149] Voz sin sentido que aparece en el texto de Ulloa y que los estudiosos no han podido explicar. Algunos proponen que está en lugar de guanín (oro bajo), pero no es seguro. <<

[150] Diego Márquez, veedor y capitán de un navío (Las Casas, *Historia*, lib. I, cap. 84). <<

[151] Alonso de Hojeda, conquistador bravo pero indisciplinado. Destacará en expediciones a las costas de Venezuela y el Darién.

<<

[152] Debe ser una ligereza del traductor, pues lo correcto es: «*ochocientas* cuentas menudas… y *ciento* de oro». Así también en Las Casas (*Historia*, lib. I, cap. 86). <<

[153] Diego Colón nació en 1468. <<

[154] Serrano traduce lo que dice Ulloa, pero en lugar de *castellano* debe querer decir *alcaide*. <<

[155] La manipulación de Hernando sobre este caso es evidente. Correspondiendo a las mismas fechas —exactamente el 12 de junio de 1494— el Almirante afirmaba lo contrario: que Cuba era tierra firme; más aún, que era la tierra continental de China, concretamente la provincia de Mango. Y para que constara oficialmente hizo que el escribano Fernán Pérez de Luna levantara un acta que se conserva. <<

[156] Isla de Pinos. <<

[157] La parte baja de la nao. <<

[158] Era el pan de los indios, hecho de una planta que se llama yuca. Se cultivaba en montones y su fruto eran una especie de raíces a manera de nabos grandes. <<

[159] Isla Saona. <<

[160] Véase el capítulo XI. Cuando se entera del éxito de su hermano, Bartolomé no estaba en Inglaterra sino negociando en la Corte francesa. <<

[161] Diego Colón estaba nombrado desde el 8 de mayo de 1492; en Barcelona le fue renovado su albalá y concedido otro a Hernando. Este, por ser hijo natural del Almirante, necesitaba ser legitimado para disfrutar la posición social que ahora le correspondía. Esta formalidad legal en lo referente a Hernando quedó resuelta tras ser presentado en la corte por su tío Bartolomé Colón. <<

[162] Pedro Margarit y fray Boyl (religioso catalán investido de grandes poderes) fueron los primeros desertores importantes de las Indias. Denunciaron el gobierno duro de los Colón, las necesidades que padece la población y la falta de oro de la colonia (Pérez de Tudela, *Las armadas de indias*, Madrid, 1956). <<

[163] Con estas naves llegó a España el primer cargamento de esclavos indios. Fueron embarcados más de 500 y arribaron a Cádiz menos de la mitad. <<

[164] En estas fechas tiene lugar algo muy importante que, como es lógico, *ha olvidado* contar don Hernando, pues afecta negativamente a su padre: el descubrimiento de la costa de América del Sur y el rico criadero de perlas de Margarita-Cubagua. Se produjo a finales de 1494, y lo grave fue que lo mantuvo en secreto hasta que los Reyes se enteraron por otros en 1499. En este hecho radica una de las principales causas de su caída (J. Manzano: *Colón descubrió América del Sur en 1494,* Caracas, 1972). <<

[165] Según Las Casas y Oviedo, el cacique del Cibao, Caonabó, fue hecho prisionero por Alonso de Hojeda, y murió al hundirse la nave en que le traían a Castilla. <<

[166] Ceremonia de la Cohoba. Sobre costumbres y particularidades de los indios, véase la *Relación* de fray Ramón Pané, que sigue a continuación. <<

[167] El texto original de la relación del ermitaño fray Ramón Pané se ha perdido. Si ahora la conocemos es porque fue incorporada a la *Historia del Almirante*, formando parte del cap. LXII.

Pané fue un ermitaño de la Orden de San Jerónimo que pasó a las Indias en el segundo viaje colombino (1493). Pronto conocedor de la lengua taína, fue encargado por Colón para que recogiera las tradiciones y mitología de los indios de la Española. Residió durante casi dos años con el cacique Guarionex y después con Mabiatué, y hacia 1498 terminó de escribir la citada relación. Resulta la fuente más directa sobre los indios de las Antillas, y la primera escrita por un europeo. Fue aprovechada en parte por Mártir de Anglería y por Las Casas. Su valor etnográfico es capital.

En el texto que se ofrece seguimos a Serrano y Sanz con algunas correcciones sobre la grafía de algún que otro nombre propio, de acuerdo con el reciente y profundo estudio de J. J. Arrom (*Relación*… Siglo XXI, 1974). <<

[168] Sífilis o mal de las bubas. Los indios empleaban para curarse el pelo de guayacán. <<

[169] Falta el nombre, pero más adelante le llama *Deminan*. <<

[170] Falta una palabra, pero quizá sea *membrillo*, siguiendo a Anglería. <<

[171] Lo mismo que otros pueblos del Continente (Maya, Azteca, etcétera), el taíno también tiene la premonición de la llegada de hombres blancos. <<

[172] Echar el punto era fijar en la carta de navegación la situación del barco. <<

[173] Colón arriba a Cádiz el 11 de junio de 1496. En octubre estaba ya en la corte, establecida en Burgos, y el 19 de marzo de 1497 se casaron el Príncipe Don Juan y Margarita de Austria. <<

[174] El 23 de enero de 1498 partían de Sanlúcar. <<

[175] El año que debe ponerse aquí es 1497. <<

[176] El 23 de abril de 1497, en Burgos, se confirmaban los principales privilegios colombinos, Y el 2 de junio, en Medina, se despachaban varias disposiciones para la nueva armada. <<

[177] Juan Rodríguez de Fonseca, personaje muy influyente en la organización de las Indias, fue enemigo declarado de los Colón. <<

[178] Murió el 4 de octubre de 1497 en Salamanca. <<

[179] Hermano de Beatriz Enríquez de Arana, madre de Hernando Colón. Ni una sola referencia a su parentesco con los Arana. <<

[180] Acababa de comprobar lo terrible que es para un velero caer en una zona de calmas ecuatoriales. <<

[181] Nizardo parece ser un fallo del traductor. No tiene sentido. <<

[182] Hoy punta Galeota. <<

[183] Está entrando en el Golfo de Paria, donde van a desembocar varios brazos del río Orinoco. El choque de las aguas del Golfo con las del Océano se produce en la Boca de la Sierpe y en las Bocas del Dragón. Lo que no dice aquí Hernando, pero sí su padre en cartas conservadas, es que creía firmemente que este Golfo era la fuente del Paraíso Terrenal. <<

[184] Cristóbal Colón pisó tierra del Continente Sudamericano en la península de Paria (Venezuela) el 6 de agosto de 1498 en un lugar cercano a la punta de San Diego (Morison: *El Almirante de la Mar Océano*, pág. 664). <<

[185] No se detiene. Oficialmente es ahora cuando descubre este criadero de perlas. Pero sabía de ellas desde finales de 1494, y pensaba volver a rescatar una vez que desembarcara los bastimentos en la Española, pero los incidentes que se encontró en la isla se lo impidieron. Leer esto en relación con lo dicho en el capítulo LXI. <<

[186] Entre 1494 y 1495 se ponían las bases de esta ciudad, convertida muy pronto en capital de las Indias. <<

[187] La mayoría padecía extrema *pobreza*; la política de los Colón exigía *obediencia* por las buenas o por las malas; y para *castidades*, los Colón no propiciaban las mezclas. Sin embargo, el problema era más complejo y en síntesis podría plantearse así: o el poblamiento de América seguía como una empresa controlada por el Estado y los Colón o se abría la mano a la iniciativa privada, con lo que todos estaban de acuerdo. La importancia de Roldán deberá hacerse eco de este sentir casi general y capitanear la rebelión (Pérez de Tudela: *Las armadas de Indias*, Madrid, 1957). <<

[188] Había partido de Sanlúcar el 23 de enero de 1498, para traer mantenimiento a la necesitada colonia. <<

[189] Venían a trabajar a sueldo, y los sublevados les ofrecían que los indios trabajaran por ellos. <<

[190] La fecha correcta es 12 de septiembre (1498). <<

[191] Adrián de Mújica, posteriormente condenado a muerte por orden de Cristóbal Colón. <<

[192] Esto es un error, quizá de Ulloa, porque Ballester nunca prendió a Roldán. <<

[193] Para mayor aclaración, véase la nota del cap. 73. <<

[194] La fecha correcta es 14 de noviembre (1498). <<

[195] Molusco del género Teredo, que perfora la madera de los barcos. <<

[196] Había salido de España a mediados de mayo de 1499, con el fin de recorrer y descubrir parte de la costa de Venezuela. Llevaba consigo a Juan de la Cosa y Américo Vespucio. <<

[197] Estas páginas han de leerse con suma precaución, porque constantemente se están mezclando sucesos de 1499 y de 1500. <<

[198] Si se compara esta versión con la que da Las Casas (*Historia*, lib. I, cap. 170), el Almirante no sale tan bien parado como nos lo pinta Hernando. La tensión acumulada de atrás parece que explota ahora, con mucho rigor justiciero por parte de los Colón. <<

[199] Fallecía en Granada el 20 de julio de 1500. Era nieto de los Reyes Católicos. <<

[200] Quien tradujo aquí mal fue Serrano y Sanz. Ya está corregido según el texto de Ulloa. <<

[201] Una vez más Hernando mezcla fechas y acontecimientos de 1499 y de 1500, Desde que Bobadilla fue nombrado hasta que se embarcó para las Indias pasó más de un año. La decisión era muy grave y no parece que hubiera prisas. El malestar de la colonia, la dureza de los Colón y la desconfianza en el Almiran-

te por haber ocultado a los Reyes el descubrimiento de las perlas son algunas causas de la destitución colombina. <<

[202] Quienquiera que lea estos capítulos tendrá a Bobadilla por la *bestia negra* de los Colón, no faltándole *parte de razón*. Sin embargo, a medida que avanza la investigación histórica y se van descubriendo algunos puntos oscuros sobre Colón, la cuestión se complica. El recibimiento hecho a Bobadilla no fue muy cordial, y está demostrado que hubo conatos de desobediencia por parte do los Colón y hasta amenazas de emplear la fuerza. Pasó casi mes y medio hasta que el Almirante y sus hermanos fueron apresados. <<

[203] La única crítica que los Reyes hicieron a Bobadilla fue la de haberse excedido en repartir beneficios económicos. <<

[204] El 16 de septiembre de 1501 recibía las instrucciones de gobierno y el 13 de febrero de 1502 dejaba Sanlúcar camino de Santo Domingo. <<

[205] Ahora son los Reyes los que tienen prisa para que vaya a descubrir. Por ello las promesas. Les preocupaba el avance descubridor portugués; Vasco de Gama acababa de llegar a la India (Calicut). <<

[206] Diego Colón, primogénito y sucesor del I Almirante. <<

[207] Hernando está escribiendo en 1537-39, y él ha sido el más firme defensor de los derechos familiares sobre todo el Continente en los Pleitos Colombinos. <<

[208] El autor de esta historia tenía entonces trece años. Su relato del cuarto viaje colombino es pieza valiosísima para el historiador. <<

[209] Colón pensaba que entre las tierras del Norte y las del Sur ya descubiertas había un estrecho que comunicaría el mar Océano con el Indico, donde se localizaban las islas de la Especiería, verdadera obsesión para Castilla y Portugal. <<

[210] Aunque el Descubridor llevaba la orden de no fondear en Santo Domingo, y es de suponer que también Ovando estaría advertido, ningún historiador puede explicarse esta actitud. <<

[211] La nave de Bobadilla se hundió con su gente y con una importante cantidad de oro que traía. Acababa de sufrir un huracán típico del Caribe. <<

[212] Este pasaje corresponde exactamente al verano de 1509 en Santo Domingo, donde Hernando coincide con ellos. <<

[213] En 1537, año en que escribe, es lógico hacer esta interpolación. <<

[214] Corresponde a la actual isla Colón. <<

[215] Los restos del bizcocho. <<

[216] Animal fabuloso, mitad águila, mitad león. La literatura medieval había divulgado tales creencias. <<

[217] Mástil pequeño, situado hacia popa. <<

[218] Las conocemos hoy como archipiélago de las Mulatas. <<

[219] Años después se llamaban islas de los Caimanes, y hoy las conocemos como islas Caimán, al noroeste de Jamaica. <<

[220] Rebautizada años después como bahía de Santa Ana. En esta costa se levantará, a partir de 1509, la primera villa española: Sevilla la Nueva. <<

[221] Esta medida es inexacta. Del extremo oriental de Jamaica hasta el cabo occidental de la Española mide 105 millas de ancho; ello, además, contra viento y corriente. <<

[222] Ver nota anterior. <<

[223] Era el día 29 de febrero de 1504, año bisiesto. Colón sabía que iba a haber un eclipse total de luna porque lo había leído en un almanaque; cualquier astrólogo o navegante que se preciara conocía su utilidad y llevaba alguno. Había dos muy divulgados entonces: el de Regiomontano, titulado *Ephemerides*

Astronomicae, publicado en 1474, y el *Almanach perpetuum* de Abraham Zacuto, que había sido traducido del hebreo al latín y al castellano por el portugués Vizinho. <<

[224] Carabela pequeña. <<

[225] La travesía duró tres días con sus noches. Y Diego Méndez será conocido desde entonces como *el de la canoa*. Unos pocos años después el rey le reconoció éste y otros servicios, haciéndole caballero y dándole escudo de armas; escudo que llevaría como divisa una canoa con dos indios a cada lado manteniendo un palo dorado. En su testamento dejó también un relato de esta hazaña y pidió que en su losa grabaran una canoa. <<

[226] Diez meses estuvo Méndez intentando socorrer al Almirante, pero la negativa de Ovando lo impidió. Díjose en la Española que sólo cuando los rumores del pueblo y los predicadores desde el púlpito se lo echaron en cara permitió salir en su auxilio una nave. <<

[227] El 7 de noviembre de 1504. <<

[228] El 26 de noviembre de 1504. <<

[229] Se apuntó que el rey le daría Carrión de los Condes a cambio de que desistiera de reclamar sus privilegios. Ni él, ni su sucesor aceptaron la oferta. Eso nunca fue su lema. <<

[230] El 26 de abril de 1506 desembarcaban en La Coruña los nuevos reyes de Castilla Felipe I y Juana. <<

[231] Aquí termina la *Historia* del Almirante. Lo que sigue es una adición posterior, quizá del traductor Ulloa. <<

ÍNDICE

Historia del Almirante	2
Introducción	4
Al muy magnífico Señor Baliano de Fornari, José Moleto	46
Proemio del Autor	49
I.—De la patria, origen y nombre del Almirante Cristóbal Colón	50
II.—Quiénes fueron el padre y la madre del Almirante, y sus cualidades, y la falsa relación que un cierto Justiniano hace de su ejercicio antes que adquiriese el título de Almirante	53
III.—De la disposición de cuerpo del Almirante y de las ciencias que aprendió	58
IV.—De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir a España	60
V.—De la venida del Almirante a España y de lo que le sucedió en Portugal, que fue la causa del descubrimiento que hizo de las Indias	63
VI.—La principal causa que movió al Almirante a creer que podía descubrir las Indias	67
VII.—La segunda causa que movió al Almirante a descubrir las Indias	70

VIII.—Carta de Paulo, físico florentino, al Almirante, acerca del descubrimiento de las Indias 73

IX.—La tercera causa y conjetura que en algún modo incitó al Almirante a descubrir las Indias 78

X.—Se demuestra ser falso que los españoles tuviesen antiguamente el dominio de las Indias, como Gonzalo Fernández de Oviedo se esfuerza en probar en sus Historias 84

XI.—Cómo el Almirante se indispuso con el Rey de Portugal con motivo del descubrimiento que le ofreció de las Indias 93

XII.—Salida del Almirante de Portugal y pláticas que tuvo con los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel 97

XIII.—Cómo el Almirante, no quedando de acuerdo con el Rey de Castilla, decidió marcharse a ofrecer a otro su empresa 100

XIV.—Cómo el Almirante volvió al campo de Santa Fe y se presentó a los Reyes Católicos, pero no llegó a convenio alguno con ellos 102

XV.—Cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante, y le concedieron cuanto pedía 104

XVI.—Cómo el Almirante armó tres carabelas para llevar a cabo la empresa de su descubrimiento 107

XVII.—Cómo el Almirante llegó a las Canarias y allí se proveyó completamente de todo lo que 109

necesitaba
XVIII.—Cómo el Almirante salió de la isla de la gran Canaria para seguir, o dar principio a su descubrimiento, y lo que le sucedió en el Océano 112
XIX.—Cómo todos estaban muy atentos a los indicios que había en el mar, con deseo de llegar a tierra 115
XX.—Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse, y viendo otras señales y demostraciones de tierra, caminó hacia ella con alegría 118
XXI.—Cómo no sólo vieron los indicios y las señales anteriores, sino otros mejores, que les dieron algún ánimo 122
XXII.—Cómo el Almirante encontró la primera tierra, que fue una isla en el archipiélago llamado de los Lucayos 126
XXIII.—Cómo el Almirante salió a tierra y tomó posesión de aquélla en nombre de los Reyes Católicos 128
XXIV.—De la índole y costumbre de aquella gente, y de lo que el Almirante vio en la isla 130
XXV.—Cómo el Almirante salió de aquella isla y fue a ver otras 133
XXVI.—Cómo el Almirante pasó a otras islas que desde allí se veían 136

XXVII.—Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y lo que allí encontró 138
XXVIII.—Cómo volvieron los dos cristianos, y lo que contaron haber visto 140
XXIX.—Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió por Oriente hacia La Española 143
XXX.—Cómo el Almirante volvió a seguir su camino hacia Oriente para ir a la Española, y separóse de su compañía uno de los navíos 145
XXXI.—Cómo el Almirante se dirigió a la Española, y lo que en ella vio 148
XXXII.—Cómo fue a las naves el rey principal de aquella isla, y la majestad con que iba 152
XXXIII.—Cómo el Almirante perdió su nave en unos bajos, por negligencia de los marineros, y el auxilio que le dio el rey de aquella isla 155
XXXIV.—Cómo el Almirante decidió fundar un pueblo en el paraje donde habitaba el mencionado rey, y le llamó Villa de la Navidad 158
XXXV.—Cómo el Almirante salió para Castilla, y halló la otra carabela con Pinzón 161
XXXVI.—Cómo en el golfo de Samaná, de la isla Española, se originó la primera contienda entre los indios y los cristianos 164

XXXVII.—Cómo el Almirante salió para Castilla, y por una gran tempestad se separó de su compañía la carabela Pinta 167

XXXVIII.—Cómo el Almirante llegó a las islas de los Azores, y los de la isla de Santa María le tomaron la barca con la gente 171

XXXIX.—Cómo el Almirante corrió otra tormenta, y al fin recuperó su gente con la barca 173

XL.—Cómo el Almirante salió de las islas de las Azores y llegó con temporal a Lisboa 177

XLI.—Cómo los de Lisboa iban a ver al Almirante, como a una maravilla, y luego fue a visitar al Rey de Portugal 179

XLII.—Cómo el Almirante salió de Lisboa para venir a Castilla por mar 182

XLIII.—Cómo se acordó que el Almirante volviese con gran armada a poblar la isla Española, y se logró del Papa la aprobación de la conquista 184

XLIV.—Privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante 186

XLV.—Cómo el Almirante salió de Barcelona para Sevilla, y de Sevilla para la Española 194

XLVI.—Cómo el Almirante salió de la Gomera, y atravesando el Océano halló las islas de los Caribes 196

XLVII.—Cómo el Almirante descubrió la isla de 198

Guadalupe, y lo que en ella vio
XLVIII.—Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que halló en su camino 203
XLIX.—Cómo el Almirante llegó a la Española, donde supo la muerte de los cristianos 205
L.—Cómo el Almirante fue a la Villa de la Navidad, y la halló quemada y despoblada, y cómo se avistó con el rey Guacanagarí 207
LI.—Cómo el Almirante salió de la Navidad, y fue a poblar una villa que denominó la Isabela 210
LII.—Cómo el Almirante fue a la provincia de Cibao, donde encontró las minas de oro y labró el fuerte de Santo Tomás 214
LIII.—Cómo el Almirante volvió a la Isabela y halló que aquella tierra era muy fértil 217
LIV.—Cómo el Almirante dejó bien dispuestas las cosas de la isla y salió a descubrir la de Cuba, creyendo que era tierra firme 221
LV.—Cómo el Almirante descubrió la isla de Jamaica 224
LVI.—Cómo el Almirante volvió desde Jamaica a seguir la costa de Cuba, creyendo todavía que ésta era tierra firme 226
LVII.—Cómo el Almirante hubo grande fatiga y 229

trabajo al navegar entre tan innumerables islas
LVIII.—Cómo el Almirante navegó hacia la isla Española 232
LIX.—De la grande hambre y los trabajos que padeció el Almirante con los suyos, y cómo volvió a Jamaica 235
LX.—Cómo el Almirante descubrió la parte meridional de la isla Española, hasta que volvió por Oriente a la villa de la Navidad 238
LXI.—Cómo el Almirante sometió la isla Española y lo que dispuso para sacar de ella utilidad 241
LXII.—De algunas cosas que se vieron en la isla Española, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios 247
I.—De dónde proceden los indios y de qué manera 250
II.—Cómo se separaron los hombres de las mujeres 251
III. …… 251
IV. …… 252
V.—Cómo volvieron después las mujeres a la isla llamada Española, que antes llevaba el nombre de Haití, y así la llaman los habitantes de ella; anteriormente, ésta y las otras islas se llamaban Bohío 252
VI.—Cómo Guahayona volvió a la mencionada cauta, de donde había antes sacado a las mujeres 253
VII.—Cómo hubo de nuevo mujeres en la isla de Haití, que ahora se llama la Española 254
VIII.—Cómo hallaron medio de que fuesen mujeres 254

IX.—Cómo cuentan que fue hecho el mar 255

X.—Cómo los cuatro hijos gemelos de Itiba Cahubaba, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había convertido en peces, y ninguno se atrevió a tomarla sino Deminán Caracaracol, que la descolgó, y todos se hartaron de peces 255

XI.—De lo que aconteció a los cuatro hermanos cuando iban huyendo de Yaya 256

XII.—De lo que piensan acerca de andar vagando los muertos; cómo son éstos y lo que hacen 257

XIII.—Del aspecto que dicen tener los muertos 257

XIV.—De dónde procede esto, y lo que les hace estar en tal creencia 258

XV.—De las observaciones de estos indios behiques, y cómo profesan la medicina, y enseñan a los indios, y en sus curas medicinales muchas veces se engañan 259

XVI.—De lo que hacen dichos behiques 260

XVII.—Cómo se engañan a veces estos médicos 261

XVIII.—Cómo los parientes del muerto se vengan cuando han tenido respuesta por medio del hechizo de las bebidas 262

XIX.—Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra 263

XX.—Del cemí Buya y Aiba, del que dicen que cuando hubo guerras lo quemaron, y después, lavándolo con el jugo de la yuca, le crecieron los brazos, le nacieron de nuevo los ojos y creció de cuerpo 265

XXI.—Del cemí de Guamorete 266

XXII.—De otro cení que se llamaba Opiyelguobiran, que lo tenía un hombre principal de nombre Sababaniobabas, que 266

tenía muchos vasallos a su mando
XXIII.—De otro cemí llamado Guabancex 267
XXIV.—Lo que creen de otro cemí que se llama Baraguabael 267
XXV.—De las cosas que afirman haber dicho dos caciques principales de la isla Española; uno de ellos Cacibaquel, padre del mencionado Guarionex; el otro Guamanacoel 268
XXVI.—De lo que aconteció con las imágenes, y del milagro que Dios hizo para mostrar su poder 272
LXIII.—Cómo el Almirante fue a España para dar cuenta a los Reyes Católicos del estado en que dejaba la isla Española 275
LXIV.—Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe para ir a Castilla 279
LXV.—Cómo el Almirante llegó a la Corte, y la expedición que le encomendaron los Reyes Católicos para su vuelta a las Indias 282
LXVI.—Cómo el Almirante salió de Castilla y fue a descubrir la tierra firme de Paria 285
LXVII.—Cómo el Almirante salió de las islas de Cabo Verde a buscar la Tierra Firme; del gran calor que sufrió, y la claridad que daba el Norte 290
LXVIII.—Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vio la Tierra Firme 293
LXIX.—Cómo el Almirante fue al cabo del Arenal, y los de una canoa fueron para hablar con él 296

LXX.—Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la boca de la Sierpe; y cómo se descubrió Paria, que fue el primer hallazgo de Tierra Firme 298
LXXI.—Cómo en Paria se hallaron muestras de oro y perlas, y gente de buen trato 300
LXXII.—Cómo el Almirante salió para la Boca del Dragón y el peligro que corrió 303
LXXIII.—Cómo el Almirante fue desde Tierra Firme a la isla Española 306
LXXIV.—De la rebelión y alborotos que el Almirante halló en la Española promovidos por la maldad de Roldán, a quien había dejado por alcalde mayor 308
LXXV.—Cómo Roldán procuró sublevar la villa de la Concepción y entró a saco en la Isabela 311
LXXVI.—Cómo Roldán incitó a los indios del país contra el Adelantado, y se fue con los suyos a Xaraguá 314
LXXVII.—Cómo llegaron navíos de Castilla con vituallas y socorros 317
LXXVIII.—Cómo los tres navíos que el Almirante mandó desde las Canarias llegaron donde estaba la sedición 319
LXXIX.—Cómo estos capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo 322

LXXX.—Cómo Roldán fue a ver al Almirante, y no llegó a ningún acuerdo con éste 328
LXXXI.—El convenio que se hizo entre el Almirante, Roldán y los rebeldes 330
LXXXII.—Cómo después del ajuste fueron los rebeldes a Xaraguá, diciendo que iban a embarcarse en las dos naves que enviase el Almirante 334
LXXXIII.—Cómo los rebeldes mudaron de propósito en el ir a Castilla, e hicieron nuevo convenio con el Almirante 336
LXXXIV.—Cómo vuelto Hojeda de su descubrimiento, causó nuevos alborotos en la Española 339
LXXXV.—Cómo por informaciones falsas y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos un juez a las Indias, para saber lo que pasaba 345
LXXXVI.—Cómo el Almirante fue preso y enviado a Castilla con grillos, juntamente con sus hermanos 348
LXXXVII.—Cómo el Almirante fue a la Corte a dar cuenta de sí a los Reyes Católicos 351
LXXXVIII.—Cómo el Almirante salió de Granada para ir a Sevilla y hacer la armada necesaria para su descubrimiento 355

LXXXIX.—Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje, y descubrió las islas Guanajas 359

XC.—Cómo el Almirante no quiso ir a Nueva España, sino continuar hacia Oriente, en busca de Veragua y el estrecho de Tierra Firme 364

XCI.—Cómo el Almirante fue por la costa de Oreja hacia el Cabo de Gracias a Dios, llegó a Cariay, y lo que vio e hizo allí 367

XCII.—Cómo el Almirante partió de Cariay, fue a Cerabaró y Veragua, y navegó hasta que llegó a Portobelo, cuyo viaje fue por costa muy provechosa 373

XCIII.—Cómo el Almirante llegó a puerto de Bastimentos y al de Nombre de Dios, y navegó hasta que entró en el del Retrete 377

XCIV.—Cómo por la fuerza de los temporales volvió el Almirante hacia Poniente para saber de las minas e informarse de Veragua 380

XCV.—Cómo el Almirante entró con sus navíos en el río de Belén y determinó edificar allí un pueblo, y dejar en él al Adelantado, su hermano 385

XCVI.—Cómo el Adelantado visitó algunos pueblos de la provincia y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra 388

XCVII.—Cómo para seguridad del pueblo de los 392

cristianos fue preso el Quibio, con muchos indios principales, y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban

XCVIII.—Cómo habiendo salido el Almirante para Castilla asaltó Quibio el pueblo de los cristianos, en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos 396

XCIX.—Cómo huyeron los indios que estaban presos en las naves, y el Almirante supo de la derrota de los de tierra 401

C.—Cómo el Almirante recogió la gente que había dejado en Belén, y después navegamos a Jamaica 404

CI.—Cómo el Almirante envió con canoas, desde Jamaica a la Española, a dar aviso de que estaba allí perdido con su gente 407

CII.—Cómo los Porras, con gran parte de la gente, se rebelaron contra el Almirante diciendo que se iban a Castilla 411

CIII.—De lo que hizo el Almirante después que los rebeldes partieron a la Española, y de su ingenio para valerse de un eclipse 416

CIV.—Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la que se apaciguó con la venida de una carabela de la isla Española 419

CV.—Cómo se supo lo acontecido en su viaje a Diego Méndez y a Fiesco 421

CVI.—Cómo los rebeldes volvieron contra el Almirante, y no quisieron entrar en ajuste alguno 425

CVII.—Cómo llegados los rebeldes cerca de los navíos, salió el Adelantado a darles batalla, y los venció, prendiendo a su Capitán Porras 427

CVIII.—Y último. Cómo el Almirante pasó a la Española, y de allí a Castilla, donde fue a Nuestro Señor servido de llevarle a su Santa Gloria en Valladolid 430

Autor 434

Notas 436